CERVANTES

PERSILES
Y
SIGISMUNDA

BARCELONA
1768

HISTORIA DE LOS TRABAJOS DE PERSILES, Y SIGISMUNDA.

ESCRITA

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,

Nuevamente corregida, y enmendada en eſta ultima Impreſsion.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

EN BARCELONA: Por JUAN NADAL Impreſſor, Año 1768.

PROLOGO
DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

SUcedió, pues, Lector amantisimo, que viniendo otros dos amigos, y yo del famoso Lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linages, y otra por sus ilustrisimos vinos: sentí que á mis espaldas venia picando con gran priesa uno, que al parecer trahia deseo de alcanzarnos, y aún lo mostró, dandonos voces que no picasemos tanto. Esperamosle, y llegó sobre una borrica un Estudiante pardál, porque todo venia vestido de pardo, antiparas, zapato redondo, y espada con contera, balona bruñida, y con trenzas iguales: verdad es, no trahia mas de dos, porque se le venia á un lado la balona por momentos, y él trahia sumo trabajo, y cuenta de enderezarla. Llegando á nosotros, dixo: Vuesas mercedes ván á alcanzar algun oficio, ó prebenda á la Corte; pues allá está su Ilustrisima de Toledo, y Su Magestad, ni mas, ni menos, segun la priesa con que caminan: que en verdad que á mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez? A lo qual respondió uno de mis compañeros: El rocin del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa de esto, porque es algo que pasilargo. Apenas huvo oído el Estudiante el nombre de Cervantes, quando apeandose de su cavalgadura, cayendosele aqui el coxin, y alli el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mi; y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dixo: Si, si, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regozijo de las Musas? Yo que en tan poco espacio ví el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas; y asi abrazandole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la balona, le dixe: Ese es un error, donde han caído muchos aficionados ignorantes. Yo, señor, soy Cervantes, pero no el regozijo de las Musas, ni ninguna de las demás bartijas, que ha dicho vuesa merced. Buelva á cobrar su burra, y suba, y caminemos en buena conversacion,

lo poco que nos falta del camino. Hizolo asi el comedido Estudiante: tuvimos algun tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el qual se trató de mi enfermedad, y el buen Estudiante me deshaució al momento, diciendo: Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Occeano, que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidandose de comer, que con esto sanará, sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo; pero asi puedo dexar de beber á todo mi beneplacito, como si para solo eso huviera nacido: mi vida se va acabando, y al paso de las enfermedades de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este Domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto há llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. En esto llegamos á la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuydado, mis amigos gana de decirla, y yo mayor gana de escucharla. Tornéle á abrazar, bolvióseme á ofrecer, picò á su burra, y dexóme tan mal dispuesto, como él iba caballero en su burra, quien havia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donayres, pero no son todos los tiempos unos: tiempo vendrá quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aqui me falta, y lo que sé, convenia.

A Dios gracias, á Dios donayres, á Dios regozijados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos y en la otra vida.

LIBRO

LIBRO PRIMERO, DE LA HISTORIA DE LOS TRABAJOS DE PERSILES, Y SIGISMUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

Sacan á Periandro de la prision: echanle al Mar en una balsa: corre tormenta, y es socorrido de un Navio.

VOCES daba el barbaro Corcicurbo á la estrecha boca de una profunda mazmorra, antes sepultura, que prision de muchos cuerpos vivos; que en ella estaban sepultados; y aunque su terrible, y espantoso estruendo cerca, y lexos se escuchaba, de nadie eran entendidas particuladamente las razones que pronunciaba, sino de la miserable Cloélia, á quien sus desventuras en aquella profundidad tenian encerrada. Haz, ó Cloélia (decia el barbaro) que assi como está ligadas las manos atrás, salga acá arriba atado á essa cuerda que descuelgo, aquel mancebo, que avrá dos dias que te entregamos: y mira bien si entre las mugeres de la passada presa hay alguna que merezca nuestra compañia, y gozar de la luz del claro Cielo, que nos cubre, y del ayre saludable que nos rodea. Descolgó en esto una gruessa cuerda de cañamo, y de alli á poco espacio él, y otros quatro barbaros tiraron ácia arriba, en la qual cuerda ligado por debaxo de los brazos sacaron asido fuertemente á un mancebo, al parecer de hasta diez y nueve, ò veinte años, vestido de lien-

zo basto, como marinero; pero hermoso sobre todo encarecimiento. Lo primero que hicieron los barbaros, fue requerir las esposas, y cordeles con que à las espaldas trahia ligadas las manos. Luego le sacudieron los cabellos, que como infinitos anillos de puro oro la cabeza le cubrian: limpiaronle el rostro, que cubierto de polvo tenia, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió, y enterneció los pechos de aquellos que para ser verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante genero de afliccion alguna, antes con ojos al parecer alegres alzó el rostro, y miró al Cielo por todas partes, y con voz clara, y no turbada lengua, dixo: Gracias os hago, ó inmensos, y piadosos Cielos, de que me aveis trahido à morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos obscuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran. Bien queria yo no morir desesperado à lo menos, porque soy Christiano; pero mis desdichas son tales, que me llaman, y casi fuerzan à desearlo. Ninguna de estas razones fue entendida de los barbaros, por ser dichas en diferente lenguage que el suyo, y asi cerrando primero la boca de la mazmorra con una gran piedra, y cogiendo al mancebo sin desatarle, entre los quatro llegaron con él á la marina, donde tenian una balsa de maderos, atados unos con otros con fuertes bexucos, y flegibles mimbres. Este artificio les servia, como luego pareciò, de baxel en que passaban à otra isla; que no dos millas, ò tres de alli se parecia. Saltaron luego en los maderos, y pusieron en medio de ellos sentado al prisionero, y luego uno de los barbaros asió de un grandisimo arco, que en la balsa estaba; y poniendo en él una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le echó, y encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dando señales, y muestras de que ya le queria passar el pecho. Los barbaros que quedaban, asieron de tres palos gruessos, cortados à manera de remos, y el uno se puso à ser el timonero, y los dos à encaminar la balsa á la otra Isla. El hermoso mozo, que por instantes esperaba, y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogia los ombros, apretaba los labios, enarcaba las cejas, y con silencio profundo dentro en su corazon pedia al Cielo, no que le librasse de aquel tan cercano, como cruel peligro, sino que le diesse animo para sufrirlo. Viendo

el

el qual el barbaro flechero, y sabiendo que no avia de ser aquel el genero de muerte, con que le avian de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazon, no quiso darle dilatada muerte, teniendole siempre encarada la flecha al pecho, y asi arrojó de sí el arco, y llegandose á él, por señas como mejor pudo, le diò à entender que no queria matarle. En esto estaban, quando los maderos llegaron à la mitad del estrecho, que las dos Islas formaban, en el qual de improviso se levantó una borrasca, que sin poder remediarlo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron, y dividieron en partes, quedando en la una (que sería de hasta seis maderos compuesta) el mancebo que de otra muerte, que de ser anegado, tan poco avia que estaba temeroso. Levantaron remolinos las aguas, pelearon entre sí los contrapuestos vientos, anegaronse los brabaros, salieron los leños del atado prisionero al mar abierto, passabanle las olas por cima, no solamente impidiendole ver el Cielo; pero negandole el poder pedirle tuviesse compasion de su desventura: y si tuvo, pues, las continuas, y furiosas ondas que á cada punto le cubrian, no le arrancaron de los leños, y se le llevaron consigo à su abismo, que como llevaba atadas las manos á las espaldas, ni podia asirse, ni usar de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho salió à lo raso del mar, que se mostró algun tanto sossegado, y tranquilo, al bolver una punta de la Isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron, y del furioso mar se defendieron. Sentóse el fatigado joven, y tendiendo la vista à todas partes, casi junto à él descubriò un navio, que en aquel redoso del alterado mar, como en seguro Puerto se reparaba. Descubrieron asimismo los del navio los maderos, y el bulto que sobre ellos venia, y por certificarse que podia ser aquello, echaron el esquife al agua, y llegaron á verlo: y hallando alli al tan desfigurado cemo hermoso mancebo, con diligencia, y lastima le passaron á su navio dando con el nuevo hallazgo admiracion à quantos en él estaban. Subió el mozo en brazos agenos, y no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco (porque avia tres dias que no avia comido) y de puro molido, y maltratado de las olas, dió consigo un gran golpe sobre la cubierta del navio; el Capitan del qual, con animo generoso, y compassion natural, mandó

que le ſocorrieſſen. Acudiéron luego, unos á quitarle las ataduras, otros á traher conſervas, y odoriferos vinos, con cuyos remedios bolvió en sí como de muerte á vida el desmayado mozo, el qual poniendo los ojos en el Capitan, cuya gentileza, y rico trage le llevó tras si la vista, y aun la lengua, y le dixo: Los piadosos Cielos te paguen, piadoso ſeñor, el bien que me has hecho, que mal ſe pueden llevar las triſtezas del animo, ſi no ſe esfuerzan los deſcaecimientos del cuerpo. Mis deſdichas me tienen de manera, que no te puedo hacer ninguna recompenſa de eſte beneficio, sino es con el agradecimiento: y ſi ſe ſufre que un pobre afligido pueda decir de sí mismo alguna alabanza, yo sé que en ser agradecido, ninguno en el mundo me podrá llevar alguna ventaja. Y en esto probó á levantarſe para ir á beſarle los pies, mas la flaqueza no ſe lo permitió, porque tres veces lo probó, y otras tantas bolvió á dar consigo en el suelo. Viendo lo quál el Capitan, mandó que le llevaſſen debaxo de cubierta, y le echaſſen en dos tranſportines, y que quitandole los mojados veſtidos, le vistiesen otros enjutos, y limpios, y le hicieſſen deſcanſar, y dormir. Hizose lo que el Capitan mandó, obedeció callando el mozo, y en el Capitan creció la admiracion de nuevo, viendolo levantar en pie con la gallarda diſpoſicion que tenia, y luego le comenzó á fatigar el deſeo de ſaber de él lo mas preſto que pudieſſe, quien era, como ſe llamaba, y de que cauſas avía nacido el efecto que en tanta estrecheza le avia pueſto; pero excediendo su corteſia á ſu deſeo, quiſo que primero ſe acudieſſe à su debilidad, que cumplir la voluntad ſuya.

CAPITULO II.

Daſe noticia de quien era el Capitan del Navio. Cuenta Tauriſa á Periandro el robo de Auriſtela: ofreceſe él, para buscarla, ſer vendido á los Barbaros.

REpoſando dexaron los ministros de la nave al mancebo en cumplimiento de lo que su ſeñor les avia mandado, pero como le acoſavan varios, y tristes penſamientos, no podia el ſueño tomar poſſeſsion de ſus ſentidos: ni menos lo conſintieron unos congoxoſos ſuſpiros, y unas anguſtiadas lamentaciones, que á ſus oidos llegaron, à ſu parecer ſalidos

de

de entre unas tablas de otro apartamiento, que junto al ſuyo estaba, y poniendoſe con grande atencion á eſcucharlas, oyó que decian: En triste, y menguado ſigno mis Padres me engendraron, y en no benigna Eſtrella mi Madre me arrojó á la luz del mundo, y bien digo, arrojó, porque nacimiento como el mio antes ſe puede decir arrojar, que nacer. Libre pensé yo que gozára de la luz del Sol en eſta vida, pero engañóme mi penſamiento, pues me veo á pique de ſer vendida por eſclava: deſventura, á quien ninguna puede compararſe! O tu, quien quiera que seas, dixo á esta ſazon el mancebo, ſi es, como decirſe ſuele, que las deſgracias, y trabajos, quando ſe comunican, ſuelen aliviarſe; llegate aqui, y por entre los eſpacios deſcubiertos de eſtas tablas cuentame los tuyos; que ſi en mi no halláres alivio, hallarás quien de ellos ſe compadezca. Eſcucha, pues, le fue reſpondido, que en las mas breves razones te contaré las ſin razones que la fortuna me ha hecho; pero querria ſaber primero á quien las cuento. Dime si eres por ventura un mancebo, que poco ha hallaron medio muerto en unos maderos, que dicen ſirven de barcos á unos barbaros, que están en esta Isla, donde avemos dado fondo, reparandonos de la borrasca que ſe ha levantado? El miſmo ſoy, reſpondió el mancebo. Pues quien eres, preguntó, la perſona que hablaba? Dixeratelo, ſi no quiſiera que primero me obligáras con contarme tu vida, que por las palabras que poco ha que te oí decir, imagino que no debe de ſer tan buena como quiſieras. A lo que le reſpondieron: Eſcucha, que en cifra te diré mis males. El Capitan, y ſeñor de eſte navio ſe llama Arnaldo, es hijo heredero del Rey de Dinamarca, á cuyo poder vino por diferentes, y eſtraños acontecimientos una principal doncella, á quien yo tuve por ſeñora, á mi parecer, de tanta hermoſura, que entre las que oy viven en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginacion el mas agudo entendimiento, puede llevar la ventaja: Su diſcrecion iguala á ſu belleza, y ſus deſdichas á ſu diſcrecion, y á ſu hermoſura; ſu nombre es Auristela, ſus Padres de linage de Reyes, y de riquiſsimo Eſtado. Eſta, pues, á quien todas eſtas alabanzas vienen cortas, ſe vió vendida, y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco, y con tantas veras la amó, y la ama, que mil veces de eſclava la quiſo hacer ſu ſeñora, admitiendola por ſu legitima

gitimo Esposa, y esta con voluntad del Rey, Padre de Arnaldo, que juzgó, que las raras virtudes, y gentileza de Auristela mucho mas que ser Reyna merecian: Pero ella se defendía diciendo; no ser posible romper un voto que tenia hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera; si bien la solicitassen promessas, ó amenazassen muertes; pero no por esto ha dexado Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimandolas á la variacion de los tiempos, y á la mudable condicion de las mugeres: hasta que sucedió, que andando mi señora Auristela por la ribera del mar solazandose, no como esclava, sino como Reyna, llegaron unos baxeles de corsarios y la robaron, y llevaron, no se sabe adonde. El Principe Arnaldo imaginando que estos corsarios eran los mismos que la primera vez se la vendieron: los quales corsarios andan por todos estos mares, Insulas, y riberas robando, ó comprando las mas hermosas doncellas que hallan para traherlas por grangería á vender á esta Insulta donde dicen que estamos; la qual es habitada de unos barbaros, gente indomita, y cruel: los quales tienen entre sí por cosa inviolable, y cierta (persuadidos, ó ya del dominio, ò ya de un antiguo hechizero, á quien ellos tienen por sapientissimo varon) que de entre ellos ha de salir un Rey, que conquiste, y gane gran parte del mundo. Este Rey que esperan, no saben quien ha de ser, y para saberlo, aquel hechizero les dió esta orden: Que sacrificassen todos lòs hombres que á su Insula llegassen, de cuyos corazones, digo de cada uno de por sí hiciessen polvos, y los diessen á beber á los barbaros mas principales de la Insula, con expressa orden, que el que los passasse sin torcer el rostro, ni dar muestra de que le sabia mal, le alzassen por su Rey; pero no ha de ser este el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo. Tambien les mandó, que tuviessen en la Isla todas las doncellas que pudiessen, ó comprar, ó robar, y que la mas hermosa de ellas se la entregassen luego al barbaro, cuya sucession valerosa prometia la bebida de los polvos. Estas doncellas compradas, ó robadas, son bien tratadas de ellos, que solo en esto muestran no ser barbaros; y las que compran son á subidissimos precios, que los pagan en pedazos de oro sin cuño, y en preciosissimas perlas de que los mares de las riberas de estas Islas abun-

dan;

dan: y à esta causa llevados de este interès, y ganancia, muchos se han hecho corsarios, y mercaderes. Arnaldo, pues, que como te he dicho, ha imaginado, que en esta Isla podria ser que estu viesse Auristela mitad de su alma, sin la qual no puede vivir, ha ordenado, para certificarse de esta duda, de venderme à mi à los barbaros, porque quedando yo entre ellos, sirva de espia de saber lo que desea, y no espera otra cosa sino que el mar se amanse, y para hacer esclava, y concluir su venta. Mira, pues, si con razon me quexo, pues la ventura que me aguarda es venir à vivir entre barbaros, que de mi hermosura no me puedo prometer venir à ser Reyna, especialmente si la corta suerte huviesse trahido à esta tierra à mi señora la sin par Auristela. De esta causa nacieron los suspiros que me has oído, y de estos temores las quexas que me atormentan. Callò en diciendo esto, y al mancebo se le atravesó un ñudo en la garganta, pegò la boca con las tablas, que humedeció con copiosas lagrimas, y al cabo de un pequeño espacio le preguntó, si por ventura tenia algunos barruntos, de que Arnaldo huviesse gozado de Auristela, ò ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, desdeñasse à Arnaldo, y no admitiesse tan gran dadiva como la de un Reyno; porque à el le parecia que tal vez las leyes del gusto humano tienen mas fuerza que las de Religion. Respondióle: Que aunque ella imaginaba, que el tiempo avia podido dar á Auristela ocasion de querer bien á un tal Periandro, que la avia sacado de su Patria, Cavallero generoso, dotado de todas las partes que le podian hacer amable de todos aquellos que le conociessen, nunca se le avia oído nombrar en las continuas quexas, que de sus desgracias daba al Cielo, ni en otro modo alguno. Preguntóle si conocia ella à aquel Periandro, que decia: Dixole que no, sino que por relacion sabía ser el que llevó à su señora, à cuyo servicio ella avia venido, despues que Periandro por un estraño acontecimiento la avia dexado. En esto estaban, quando de arriba llamaron á Taurisa, que este era el nombre de la que sus desgracias avia contado, la qual oyendose llamar, díxo: Sin duda alguna el mar está manso, y la borrasca quieta, pues me llaman para hacer de mi la desdcihada entrega; à Dios te queda, quien quiera que seas, y los Cielos te libren de ser entregado, para que los polvos de tu abrasado corazon testifiquien

fiquies eſta vanidad, é impertinente profecía; que tambien eſtos inſolentes moradores de eſta Inſula buſcan corazones que abraſar, como doncellas que guardar, para lo que procuran. Apartaronſe, ſubió Tauriſa à la cubierta, quedó el mancebo penſativo, y pidiò que le dieſſen de veſtir, que queria levantarſe; truxeronle un veſtido de damaſco verde, cortado al modo del que él avia trahido de lienzo. Subió arriba, recibióle Arnaldo con agradable ſemblante, ſentóle junto á sí, viſtieron à Tauriſa rica, y gallardamente, al modo que ſuelen veſtirſe las Ninfas de las aguas, ò las Amadriades de los montes. En tanto que eſto ſe hacia con admiracion del mozo: Arnaldo le contó todos ſus amores, y ſus intentos, y aun le pidió consejo de lo que haria: y le preguntó, ſi los medios que ponia para ſaber de Auriſtela, iban bien encaminados. El mozo, que del razonamiento que avia tenido con Tauriſa, y de lo que Arnaldo le contaba, tenia el alma llena de mil imaginaciones, y ſoſpechas, diſcurriendo con velociſsimo curſo del entendimiento lo que podria ſuceder, ſi acaſo Auriſtela entre aquellos barbaros se hallaſſe; le reſpondió: Señor, yo no tengo edad para ſaberte aconſejar, pero tengo voluntad que me mueve á ſervirte, que la vida que me has dado con el recibimiento, y mercedes que me has hecho, me obligan à emplearla en tu ſervicio. Mi nombre es Periandro, de nobiliſsimos Padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi deſventura, y mis deſgracias, las quales por ſer tantas, no conceden lugar ahora para contarlas. Eſſa Auriſtela que buſcas, es una hermana mia, que tambien yo ando buſcando, que por varios acontecimientos ha un año que nos perdimos. Por el nombre, y por la hermoſura que me encareces, conozco ſin duda que es mi perdída hermana, que daria por hallarla, no ſolo la vida que poſſeo, ſino el contento que eſpero recibir de averla hallado, que es lo mas que puedo encarecer: Y aſsi como tan intereſſado en eſte hallazgo, voy eſcogiendo entre muchos medios, que en la imaginacion fabrico eſte; que aunque venga á ſer con mas pelígro de mi vida, ſerà mas cierto, y mas breve. Tu, ſeñor Arnaldo, eſtás determinado de vender eſta doncella á eſtos barbaros, para que eſtando en ſu poder, vea ſi eſtá en el ſuyo Auriſtela; de que te podrás informar, bolviendo otra vez á vender otra doncella à los miſmos barbaros, y á Tauriſa no

le faltarà modo, ó dará ſeñales ſi eſtá, ò no Auriſtela con las demás, que para el efecto que ſe ſabe los barbaros guardan, y con tanta ſolicitud compran. Aſsi es la verdad, dixo Arnaldo, y he eſcogido antes á Tauriſa, que à otra, de quatro que van en el navio para el miſmo efecto, porque Tauriſa la conoce que ha ſido ſu doncella. Todo eſto eſtá muy bien penſado, dixo Periandro; pero yo ſoy de parecer, que ninguna perſona hará eſſa diligencia tan bien como yo, pues mi edad, mi roſtro, el interés que ſe me ſigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auriſtela, me eſtá incitando á aconſejarme que tome ſobre mis ombros eſta empreſa. Mira, ſeñor ſi vienes en eſte parecer, y no lo dilates, que en los caſos arduos, y dificultoſos en un miſmo punto han de andar el conſejo, y la obra. Quedaronle à Arnaldo las razones de Periandro, y sin reparar en algunos inconvenientes que ſe le ofrecian, las puſo en obra, y de muchos, y ricos veſtidos de que venia proveido por ſi hallaba à Auriſtela, viſtió á Periandro, que quedó al parecer la mas gallarda, y hermoſa muger, que hasta entonces los ojos humanos avian viſto, pues ſi no era la hermoſura de Auriſtela, ninguna otra podia igualarſele. Los del navio quedaron admirados, Tauriſa atonita, el Principe confuſo, el qual, à no penſar que era hermano de Auriſtela, el conſiderar que era varon, le traſpaſsára el alma con la dura lanza de los zelos, cuya punta ſe atreve à entrar por las de el mas agudo diamante: quiero decir, que los zelos rompen toda ſeguridad, y recato, aunque de él ſe armen los pechos enamorados. Finalmente hecho el metamorphoſis de Periandro, ſe hicieron un poco à la mar, para que de todo en todo de los barbaros fueſſen deſcubiertos. La prieſa con que Arnaldo quiſo ſaber de Auriſtela, no conſintió en que preguntaſſe primero à Periandro, quien eran él, y ſu hermana, y por qué trances avian venido al miſerable en que le avía hallado; que todo eſto, ſegun buen diſcurſo, avia de preceder á la confianza de él hacia: pero como es propia condicion de los amantes ocupar los penſamientos, antes en buſcar los medios de alcanzar el fin de ſu deſeo, que en otras curioſidades, no le dió lugar à que preguntaſſe lo que fuera bien que ſupiera, y lo que ſupo deſpues, quando no le eſtuvo bien el ſaberlo. Alongados, pues, un tanto de la Isla, como ſe ha dicho, adornaron

ron la nave con flamulas, y gallardetes, que ellos azotando el ayre, y ellas besando las aguas hermosissima vista hacian. El mar tranquilo, el Cielo claro, el són de las chirimias, y de otros instrumentos, tan belicos, como alegres suspendian los animos: y los barbaros, que no de muy lexos lo miraban quedaron mas suspensos, y en un momento coronaron la ribera, armados de arcos, y saétas, de la grandeza, que otra vez se ha dicho. Poco menos de una milla llegaba la nave à la Isla, quando disparando toda la artillería, que trahia mucha, y gruessa, arrojó el esquife al agua y entrando en él Arnaldo, Taurisa, y Periandro, y otros seis marineros pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venian de paz, como es costumbre casi en todas las Naciones de la tierra: y lo que en esta les sucedió se cuenta en el Capitulo que se sigue.

CAPITULO III.

Vende Arnaldo á Periandro en la Isla Barbara, vestido de muger.

COmo se iba acercando el barco à la ribera, se iban apiñando los barbaros, cada uno deseoso de saber primero que viesse lo que en él venia: y en señal que lo recibirian de paz, y no de guerra sacaron muchos lienzos, y los campearon por el ayre: tiraron infinitas flechas al viento, y con increible ligereza saltaban algunos de unas partes en otras. No pudo llegar el barco á abordar con la tierra, por ser la mar baxa, que en aquellas partes crece, y mengua como en las nuestras; pero los barbaros hasta cantidad de veinte se entraron à pié por la mojada arena, y llegáron á él casi á tocarse con las manos. Trahian sobre los ombros à una muger barbara, pero de mucha hermosura, la qual, antes que otro alguno hablasse, dixo en lengua Polaca: A vosotros, quien quiera que seais, pide nuestro Principe, ò por mejor decir nuestro Gobernador, que la digais quien sois, à que venis, y que es lo que buscais: si por ventura traheis alguna doncella que vender, se os será muy bien pagada; pero si son otras mercancías las vuestras no las hemos menester, porque en esta nuestra Isla, merced al Cielo, tenemos todo lo necessario para la vida humana, sin tener necessidad de salir à otra parte à buscarlo. Entendióla muy bien Arnaldo, y preguntóla,

tóla, si era barbara de nacion, ò si acaso era de las compradas en aquella Isla? A lo que le respondió: Respondeme tu à lo que he preguntado, que estos mis amos, no gustan que en otras platicas me dilate, sino en aquellas que hacen al caso para su negocio. Oyendo lo qual Arnaldo, respondió: Nosotros somos naturales del Reyno de Dinamarca, usamos el oficio de mercaderes, y de corsarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran, y despachamos lo que hurtamos: y entre otras presas que á nuestras manos han venido, ha sido la de esta doncella (y señaló à Periandro) la qual, por ser una de las mas hermosas, ò por mejor decir, la mas hermosa del mundo, os la trahemos à vender, que ya sabemos el efecto para que las compran en esta Isla. Y si es que ha de salir verdadero el vaticinio de vuestros Sabios han dicho, bien podreis esperar de esta sin igual belleza, y disposicion gallarda, que os dará hijos hermosos, y valientes. Oyendo esto algunos de los barbaros, preguntaron á la barbara, les dixesse lo que decia: dixolo ella, y al momento se partieron quatro de ellos, y fueron (á lo que pareció) à dar aviso á su Gobernador. En este espacio que bolvian, preguntó Arnaldo à la barbara, si tenian algunas mugeres compradas en la Isla, y si avia alguna entre ellas de belleza tanta, que pudiesse igualar á la que ellos trahian para vender? No, dixo la barbara, porque aunque hay muchas, ninguna de ellas se me iguala, porque en efecto yo soy una de las desdichadas, para ser Reyna de estos barbaros, que seria la mayor desventura que me pudiesse venir. Bolviéron los que avian ido à la tierra, y con ellos otros muchos, y su Principe, que lo mostró ser en el rico adorno que trahia. Aviase echado sobre el rostro un delgado, y transparente velo Periandro, por dar de improviso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos barbaros, que con grandissima atencion le estaban mirando. Habló el Gobernador con la barbara, de que resultó, que ella dixo à Arnaldo, que su Principe decia, que mandasse alzar el velo à su doncella. Hizose assi, levantóse en pie Periandro, descubrió el rostro, alzó los ojos al Cielo, mostró dolerse de su ventura, extendió los rayos de sus dos soles à una, y otra parte, qué encontrandose con los del barbaro Capitan, dieron con él en tierra: à lo menos assi lo dió à entender el hincarse de rodillas;

como ſe hincó, adorando á ſu modo en la hermoſa imagen, que penſaba ſer muger: y hablando con la barbara, en pocas razones concertó la venta, y dió por ella todo lo que quiſo pedir Arnaldo, ſin replicar palabra alguna. Partieron todos los barbaros á la Isla, en un instante bolvieron con infinitos pedazos de oro, y con lenguas ſartas de finiſsimas perlas, que ſin cuenta, y à monton confuſo ſe las entregaron á Arnaldo: el qual, luego tomando de la mano à Periandro, le entregó al barbaro, y dixo á la interprete, dixeſſe à ſu dueño, que dentro de pocos dias bolveria á venderle otra doncella, ſi no tan hermoſa, á lo menos tal, que pudieſſe merecer ſer comprada. Abrazó Periandro à todos los que en el barco venian, caſi preñados los ojos de lagrimas, que no le nacian de corazon afeminado, ſino de la conſideracion de los riguroſos trances que por él avian paſſado. Hizo ſeñal Arnaldo à la nave, que diſparaſe la artillería, y el barbaro à los ſuyos, que tocaſſen ſus inſtrumentos, y en un inſtante atronó el Cielo la artillería, y la muſica de los barbaros llenaron los ayres de confuſos, y diferentes ſones. Con eſte aplauſo llevado en ombros de los barbaros, puſo los pies en tierra Periandro: llegó à ſu nave Arnaldo, y los que con él venian, quedando concertado entre Periandro, y Arnaldo,
venian, quedando concertado entre Periandro, y Arnaldo,
que ſi el viento no le forzaſſe, procuraria no deſviarſe de la Isla sino lo que baſtaſſe, para no ſer de ella deſcubierto, y bolver á ella à vender (ſi fueſſe neceſſario) à Tauriſa, que con la ſeña que Periandro le hicieſſe, ſe ſabria el ſi, ò el no del hallazgo de Auriſtela: y en caſo que no eſtuvieſſe en la Isla, no faltaria traza para libertar á Periandro, aunque fueſſe moviendo guerra á los barbaros en todo ſu poder, y el de ſus amigos.

CAPITULO IV.

Trahen à Auriſtela de la priſion en trage de varon, para ſacrificarla, mueveſe guerra entre los Barbaros, y poneſe fuego á la Isla. Lleva un Barbaro Eſpañol á ſu cueva á Periandro, Auriſtela, Cloélia, y la Interprete.

ENtre los que vinieron à concertar la compra de la doncella, vino con el Capitan un barbaro, llamado Bradamiro, de los mas valientes, y mas principales de toda la Isla,

la, menospreciador de toda ley, arrogante sobre la misma arrogancia, y atrevido tanto como él mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este, pues, desde el punto que vió á Periandro, creyendo ser muger, como todos lo creyeron, hizo disignio en su pensamiento de escogerla para si, sin esperar á que las leyes del vaticinio se provassen, ò cumpliessen. Assi como puso los pies en la Insula Periandro, muchos barbaros á porfia le tomaron en ombros, y con muestras de infinita alegria le llevaron á una gran tienda, que entre otras muchas pequeñas en un apacible, y deleytoso prado estaban puestas, todas cubiertas de pieles de animales, quales domesticos, quales selvaticos. La barbara, que avia servido de interprete de la compra, y venta, no se le quitaba del lado, y con palabras, y en lengua que él no entendia, le consolaba. Ordenó luego el Governador, que passassen á la Insula de la prision, y tragessen de ella algun varon, si le huviesse, para hacer la prueba de su engañosa esperanza: Fue obedecido al punto, y al mismo instante tendieron por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias, y lisas de animales, para que de manteles sirviessen: sobre las quales arrojaron, y tendieron sin concierto, ni policia alguna diversos generos de frutas secas: y sentandose él, y algunos de los principales barbaros que alli estavan, comenzò á comer, y á combidar por séñas á Periandro, que lo mismo hiciesse. Solo se quedó en pie Bradamiro, arrimado á su arco, clavados los ojos en la que pensaba ser muger. Rogóle el Governador se sentasse, pero no quiso obedecerle; antes dando un gran suspiro, bolbió las espaldas, y se saliò de la tienda. En esto llegó un barbaro, que dixo al Capitan, que al tiempo que avia llegado él, y otros quatro para passar á la prision, llegó á la marina una balsa, la qual trahía un varon, y á la muger guardiana de la mazmorra, cuyas nuevas pusieron fin á la comida; y levantandose el Capitan con todos los que alli estaban, acudió á ver la balsa. Quiso acompañarle Periandro, de lo que él fué muy contento: quando llegaron ya estaban en tierra el prisionero, y la custodia. Miró atentamente Periandro, por ver si por ventura conocia al desdichado, á quien su corta suerte avia puesto en el mismo extremo en que él se avia visto; pero no pudo ver el rostro de lleno en lleno, á causa que tenia inclinada la cabeza, y

como de industria parecia que no dexaba verse de nadie; pero no dexò de conocer á la muger, que decian ser guardiana de la prision, cuya vista, y conocimiento le suspendió el alma, y le alborotó los sentidos: porque claramente, y sin poner duda en ello conoció ser Cloélia, ama de su querida Auristela. Quisierala hablar, pero no se atrevió, por no entender si acertaria, ó no en ello: y assí reprimiendo su deseo, como sus labios, estuvo esperando en lo que pararia semejante acontecimiento. El Governador con deseo de apresurar sus pruebas, y dar felice compañia á Periandro, mandò que al momento se sacrificasse aquel mancebo, de cuyo corazon se hiciessen los polvos de la ridicula, y engañosa prueba. Asieron al momento del mancebo muchos barbaros, sin mas ceremonias que atarle un lienzo por los ojos, le hicieron hincar de rodillas, atandole por atras las manos; el qual sin hablar palabra, como un manso cordero esperaba el golpe que le avia de quitar la vida. Visto lo qual por la entigua Cloélia, alzó la voz, y con mas aliento, que de sus muchos años se esperaba, comenzó á decir: Mira, ó gran Governador, lo que haces, porque esse varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprovechar, ni servir en cosa alguna á tu intento, porque es la mas hermosa muger que puede imaginarse. Habla, hermosissima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tassa á la providencia de los Cielos, que te la pueden guardar, y conservar, para que felizmente la gozes. A estas razones los crueles barbaros detuvieron el golpe, que ya la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado. Mandó el Capitan desatarle, y dar libertad á las manos, y luz á los ojos: mirandole con atencion, le pareciò ver el mas hermoso rostro de muger que hubiesse visto; y juzgò, aunque barbaro, qui si no era el de Periandro, ningun otro en el mundo podria igularse. Que lengua podrá decir, ó que pluma escrivir lo que sintió Periandro, quando conoció ser Auristela la condenada, y la libre? Quitósele la vista de los ojos, cubriósele el corazon, y con passos torcidos, y floxos fue á abrazarse con Auristela, á quien dixo, teniendola estrechamente entre sus brazos: O querida mitad de mi alma! ò firme columna de mis esperanzas! ó prenda, que no sé si diga por mi bien, ó por mi mal halla-

hallada; aunque no será sino por bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno! vés aqui á tu hermano Periandro (y esta razon dixo con voz tan baxa, que de nadie pudo ser oída) y prosiguió diciendo: Vive señora, y hermana mia, que en esta Isla no hay muerte para las mugeres, y no quieras tu para contigo ser mas cruel que sus moradores: confia en los Cielos, que pues te han librado hasta aqui de los infinitos peligros en que te debes de aver visto, te librarán de los que se pueden temer de aqui adelante. Ay hermano! respondió Auristela (que era la misma que por varon pensaba ser sacrificada) ay hermano! replicó otra vez, y como creo que este, en que nos hallamos ha de ser el ultimo trance que de nuestras desventuras puede temerse! suerte dichosa ha sido el hallarte, pero desdichada ser en tal lugar, y en semejante trage. Lloraban entrambos, cuyas lagrimas vió el barbaro Bradamiro, y creyendo que Periandro las vertia del dolor de la muerte de aquel que pensó ser su conocido, pariente, ó amigo, determinó de libertarle, aunque se pusiesse á romper por todo inconveniente: y assi llegandose á los dos, asió de la una mano à Auristela, y de la otra á Periandro, y con semblante amenazador, y ademán sobervio, en alta voz dixo: Ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar á estos dos aun en un solo cabello: esta doncella es mia, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere. Apenas huvo dicho esto, quando el barbaro Governador indignado, é impaciente sobremanera, puso una grande, y aguda flecha en el arco, y desviandole de sí, quanto pudo extenderse el brazo isquierdo, pusola en pulguèra con el derecho junto al diestro oído, y disparó la flecha con tan buen tino, y con tanta furia, que en un instante llegó á la boca de Bradamiro, y se la cerrò, quitandole el movimiento de la lengua, y sacandole el Alma, con que dexó admirados, atonitos, y suspensos á quantos alli estavan; pero no hizo tan á su salvo el tiro tan atrevido, como certero, que no recibiesse por el mismo estílo la paga de su atrevimiento: porque un hijo de Corsicurbo el barbaro, que se ahogò en el passage de Periandro, pareciendole ser mas ligeros sus pies, que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al Capitan, y alzando el brazo le embaynó en el pecho un puñal, que aunque de piedra, era

mas fuerte, y agudo, que si de azero forjado fuera. Cerrò el Capitan en sempiterna noche los ojos, y dió con su muerte venganza á la de Bradamiro: alborotò los pechos, y los corazones de los parientes de entrambos: puso las armas en las manos de todos, y en un instante, incitados de la venganza, y colera, comenzaron à embiar muertes en las flechas de unas partes á otras. Acabadas las flechas, como no se acabaron las manos, ni los puñales, arremetieron los unos á los otros, sin respetar el hijo al Padre, ni el hermano al hermano, antes como si de muchos tiempos atrás fueran enemigos mortales por muchas injurias recibidas: con las uñas se despedazaban, y con los puñale se herian, sin aver quien los pusiesse en paz. Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes, y entre estas muertes estaban juntos la antigua Cloélia, la doncella interprete; Periandro, y Auristela todos apiñados, y todos llenos de confusion, y de miedo. En mitad de esta furia, llevados en buelo algunos barbaros, de los que debian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda, y fueron á poner fuego á una selva, que estava alli cerca, como á hacienda del Gobernador. Comenzaron à arder los arboles, y á favorecer la ira el viento, que aumentando las llamas, y el humo, todos temieron ser ciegos, y abrasados. Llegabase la noche, que aunque fuera clara, se obscureciera, quanto mas siendo obscura, y temerosa. Los gemidos de los que morian, las voces de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los barbaros ponian miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira, y la venganza; ponianle, si, en los de los miserables apiñados, que no sabían que hacerse, adonde irse, ó como valerse: y en esta sazon tan confusa, no se olvidó el Cielo de socorrerles por tan estraña novedad, que la tuvieron por milagro. Ya casi cerraba la noche, y como se ha dicho, obscura, y temerosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, quando un barbaro mancebo se llegó á Periandro, y en lengua Castellana que de él fue bien entendida, le dixo: Sigueme, hermosa doncella, y dí que hagan lo mismo las personas que contigo están, que yo os pondré en salvo, si los Cielos me ayudan. No le respondiò palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloélia, y la interprete se animassen, y le siguiessen:

guiessen: y assi pisando muertos, y hollando armas, siguieron al joven barbaro, que les guiaba. Llevaban las llamas de la ardiente selva á las espaldas, que les servian de viento, que el passo les aligerasse. Los muchos años de Cloélia, y los pocos de Auristela no permitian que al passo de su guia tendiessen el suyo. Viendo lo qual el barbaro robusto, y de fuerzas, asió de Cloèlia, y se la echó al ombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela: la interprete menos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguia. De esta manera cayendo, y levantando, como decirse suele, llegaron á la marina: y aviendo andado como una milla por ella àcia la vanda del Norte, se entró el barbaro por una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba, y salia. Pocos passos anduvieron por ella, torciendose á una, y otra parte, estrechandose en una, y alargandose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agoviados al suelo, y ya en pie, y derechos, hasta que salieron, á su parecer, á un campo raso, pues les pareció que podian libremente enderezarse, que assi se lo dixo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la obscuridad de la noche, y porque las luces de los encendidos montes, que entonces con mas rigor ardian, alli llegar no podian. Bendito sea Dios, dixo el barbaro en la misma lengua Castellana, que nos ha trahido á este lugar, que aunque en él se puede temer algun peligro, no será de muerte. En esto vieron que ácia ellos venia corriendo una gran luz, bien assi como cometa, ó por mejor decir, exhalacion que por el ayre camínaba: esperáranla con temor, si el barbaro no dixera: Este es mi Padre, que viene à recibirme. Periandro, que aunque no muy despiertamente sabía hablar la lengua Castellana, le dixo: El Cielo te pague, ó Angel humano, ó quien quiera que seas, el bien que nos has hecho, que aunque no sea otro, que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio. Llegó en esto la luz que la trahia uno, al parecer barbaro, cuyo aspecto la edad poco mas de cinquenta años le señalaba. Llegando, puso la luz en tierra, que era un gruesso palo de tea, y à brazos abiertos se fue à ſu hijo, á quien preguntó en Castellano: Qué le avia sucedido, que con tal compañia bolvia? Padre, respondio el mozo, vamos á nuestro rancho, que hay muchas cosas que decir, y muchas mas que pensar. La Isla se abrasa, casi todos los moradores de esta quedan

hechos ceniza, ó medio abrasados: estas pocas reliquias que aqui veis, por impulso del Cielo las he hurtado á las llamas, y al silvo de los barbaros puñales. Vamos, señor, como tengo dicho, á nuestro rancho, para que la caridad de mi Madre, y de mi hermana se muestre, y exercite en acariciar á estos mis cansados, y temerosos huespedes. Guió el Padre, siguieronle todos, animòse Cloélia, pues caminó á pie: no quiso dexar Periandro la hermosa carga que llevaba, por no ser possible que le diesse pesadumbre, siendo Auristela unico bien suyo en la tierra. Poco anduvieron, quando llegaron á una altissima peña, al pie de la qual descubrieron un anchisimo espacio, ó cueva, à quien servian de techo, y de paredes las mismas peñas. Salieron con teas encendidas en las manos dos mugeres vestidas al trage barbaro, la una muchacha de hasta quince años, y la otra hasta treinta; esta hermosa, pero la muchacha hermosissima. La una dixo: Ay Padre, y hermano mio! y la otra no dixo mas sino: Seais bien venido, regalado hijo de mi alma. La interprete estaba admirada de oír hablar en aquella parte, y á mugeres que parecian barbaras, otra lengua de aquella que en la Isla se acostumbraba, y quando les iba á preguntar: que mysterio tenia saber ellas aquel lenguage, lo estorvó mandar el Padre á su esposa, y à su hija, que aderezassen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueva: ellas le obedecieron, arrimando á las paredes las teas. En un instante, solicitas, y diligentes, sacaron de otra cueva que mas adentro se hacia, pieles de cabras, y ovejas, y de otros animales, con que quedó el suelo adornado, y se reparó el frio que comenzaba á fatigarles.

CAPITULO V.

De la cuenta que dió de si el barbaro Español á sus nuevos huespedes.

PResta, y breve fue la cena; pero por cenarla sin sobresalto la hizo sabrosa: renovaron las teas, y aunque quedó ahumado el aposento, quedó caliente: las baxillas que en la cena sirvieron, ni fueron de plata, ni de pisa: las manos de la barbara, y barbaro pequeños fueron los platos, y unas cortezas de arboles un poco mas agradables, que de corcho fueron los vasos. Quedóse Candia lexos, y sirvió en su lugar agua pura, limpia, y frigidissima: quedóse dormida Cloélia,

lia, porque los luengos años mas amigos son del sueño, que de otra qualquiera conversacion, por gustosa que sea. Acomodóla la barbara grande en el segundo apartamiento, haciendole de pieles, assi colchones, como frazadas. Bolvió à sentarse con las demás, à quien el Español dixo en lengua Castellana de esta manera: Puesto que estaba en razon que yo supiere primero, señores mios, algo de vuestra hacienda, y sucessos, antes que os dixere los mios, quiero, por obligaros, que los sepais, porque los vuestros no se me encubran, despues que los mios huvieredes oído. Yo, segun la buena suerte quiso, nací en España en una de las mejores Provincias de ella: echaronme al mundo Padres medianamente nobles, criaronme como ricos, llegué á las puertas de la Grammatica, que son aquellas por donde se entra á las demás ciencias. Inclinòme mi estrella, si bien en parte à las letras, mucho mas á las armas: no tuve amistad en mis verdes años, ni con Ceres, ni con Baco, y assi en mi siempre estuve Venus fria. Llevado, pues, de mi inclinacion natural, dexé mi Patria, y fuíme á la guerra, que entonces la Magestad del Cesar Carlos Quinto hacia en Alemania contra algunos Potentados de ella, fuéme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el Emperador, tuve amigos, y sobre todo aprendi á ser liberal, y bien criado: que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte Christiano. Bolví á mi Patria honrado, y rico, con proposito de estarme en ella algunos dias gozando de mis Padres, que aùn vivian, y de los amigos que me esperaban; pero este que llaman fortuna, que yo no sé lo que se sea, embidiosa de mi sossiego, bolviendo la rueda, que dicen que tiene, me derribó de su cumbre, adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo: tomando por instrumento para hacerlo, á un Cavallero, hijo segundo de un Titulo, que junto á mi lugar el de su estado tenia. Este, pues, vino à mi Pueblo á ver unas fiestas: Estando en la plaza en una rueda, ò corro de Hidalgos, y Cavalleros, donde yo tambien hacia numero, bolviendose á mi, con ademán arrogante, y risueño, me dixo: Bravo estais, señor Antonio, mucho le ha aprovechado la Platica de Flandes, y de Italia, porque en verdad que está bizarro, y sepa el buen Antonio, que yo le quiero mucho. Yo le

respondí : Porque yo soy aquel Antonio, beso à vuessa Señoria las manos mil veces por la merced que me hace, en fin vuessa Señoría hace como quien es, en honrar à sus compatriotas, y servidores; pero con todo esso quiero que vuessa Señoría entienda, que las galas yo me las llevé de mi tierra á Flandes, y con la buena crianza nací del vientre de mi Madre, assi que por esto, ni merezco ser alabado, ni vituperado, y con todo, bueno, ó malo que yo sea, soy muy servidor de vuessa Señoría, á quien suplico me honre como merecen mis buenos deseos. Un Hidalgo que estaba á mi lado, grande amigo mio, me dixo, y no tan baxo que no lo pudo oír el Cavallero: Mirad, amigo Antonio, como hablais, que al señor Don Fulano no le llamamos acá Señoría. A lo que respondió el Cavallero, antes que yo respondiesse: El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde en lugar de merced dicen Señoría. Bien sé, dixe yo, los usos, y las ceremonias de qualquiera buena crienza, y el llamar á vuessa Señoria, Señoría, no es al modo de Italia, sino porque entiendo, que el que me ha de llamar vos, ha de ser Señoría, al modo de España: y yo, por ser hijo de mis obras, y de Padres hidalgos, merezco el merced de qualquier Señoría, y quien otra cosa dixere (y esto echando mano á mi espada) esta muy lexos de ser bien criado, y diciendo, y haciendo, le dí dos cuchilladas en la cabeza muy bien dadas, con que le turbé de manera, que no supo lo que avia acontecido, ni hizo cosa en su desagravio, que fuesse de provecho, y yo sustenté la ofensa, estandome quedo con mí espada desnuda en la mano. Pero passandosele la turbacion, puso mano á su espada, y con gentil brio procuró vengar su injuria, mas yo no le dexé poner en efecto su honrada determinacion, ni á él la sangre que le corria de la cabeza de una de las dos heridas. Alborotaronse los circunstantes, pusieron mano contra mi: retiréme á la casa de mis Padres, contéles el caso, y advertidos del peligro en que estaba, me proveyeron de dineros, y de buen cavallo, aconsejandome á que me pusiesse en cobro, porque me avian grangeado muchos, fuertes, y poderosos enemigos. Hicelo assi, y en dos dias pisé la raya de Aragon, donde respiré algun tanto de mi no vista priessa. En resolucion, con poco menos diligencia me puse en Alemania,

manía, donde bolví à servir al Emperador. Alli me avisaron, que mi enemigo me buscaba con otros muchos, para matarme del modo que pudiesse. Temí este peligro, como era razon que lo temiesse. Bolvíme á España, porque no hay mejor asylo que el que promete la casa del mismo enemigo; ví á mis Padres de noche, tornaronme á proveer de dineros, y joyas, con que viene á Lisboa, y me embarqué en una nave, que estaba con las velas en alto, para partirse à Inglaterra, en la qual iban algunos Cavalleros Ingleses, que avian venido llevados de su curiosidad à ver á España: y aviendola visto toda, ó por lo menos las mejores Ciudades de ella, se bolvian á su patria. Sucedió pues, que yo me rebolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero Inglés, á quien fue forzoso darle un bofetón: llamó este golpe la colera de los demás marineros, y de toda la chusma de la nave, que comenzaron á tirarme todos los instrumentos arrojadizos, que les vinieron á las manos. Retireme al castillo de popa, y tomé por defensa á uno de los Cavalleros Ingleses, poniendome á sus espaldas, cuya defensa me valió de modo, que no perdí luego la vida. Los demás Cavalleros sossegaron la turba, pero fue con condicion, que me arrojassen á la mar, ó que me diessen el esquife, ó barquilla de la nave, en que me bolviesse á España, ó adonde el Cielo me llevasse. Hizose assi, dieronme la barca proveìda con dos barriles de agua, uno de manteca, y alguna cantidad de bizcocho. Agradecí à mis valedores la merced que me hacian: entré en la barca con solos dos remos, alargóse la nave, vino la noche obscura, hallóme solo en la mitad de la immensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino, que aquel que le concedia el no contrastar contra las olas, ni contra el viento. Alcé los ojos al Cielo, encomendéme á Dios con la mayor devocion que pude: miré al Norte, por donde distinguí el camino que hacia; pero no supe el parage en que estaba. Seis dias, y seis noches anduve de esta manera, confiando mas en la benignidad de los Cielos, que en la fuerza de mis brazos: los quales ya cansados, y sin vigor alguno del continuo trabajo, abandonaron los remos, que quité de los escalamos, y los puse dentro la barca, para servirme de ellos quando el mar lo consintiesse, ò las fuerzas me ayudassen. Tendime de largo á

largo

largo de espaldas en la barca, cerré los ojos, y en lo secreto de mi corazon no quedó Santo en el Cielo á quien no llamasse en mi ayuda: y en mitad de este aprieto, y en medio de este necessidad, (cosa dura de creer) mé sobrevino un sueño tan pesado, que horrandome de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido, (tales son las fuerzas de lo que pide, y ha menester nuestra naturaleza) pero allá en el sueño me representaba la imaginacion mil generos de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas de ellas me parecia que me comian lobos, y despedazaban fieras; de modo, que dormido, y despierto era una muerte dilatada mi vida. De este no apacible sueño me despertó con sobresalto una furiosa ola del mar, que passando por cima de la barca, la llenó de agua; reconocía el peligro, bolví como mejor pude el mar al mar, torné á valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecharon: ví que el mar se ensobervecia, azotado, y herido de un viento Abrego, que en aquellas partes parece que mas que en otros mares muestra su poderío. Ví que era simpleza oponer mi debil barca á su furia, y con mis flacas, y desmayadas fuerzas â su rigor; y assi torné á recoger los remos, y á dexar correr la barca por donde las olas, y el viento quisiesen llevarla. Reiteré plegarias, añadí promessas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos; no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena, que mis malas obras merecian. Finalmente, no sé á cabo de quantos dias, y noches que anduve vagamundo por el mar, siempre mas inquieto, y alterado, me vine á hallar junto â una Isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos, que por ella á manadas discurrian. Lleguéme al abrigo de una peña, que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra, por temor de los animales que avia visto. Comí del bizcocho ya remojado, que la necessidad, y la hambre no repara en nada. Llegó la noche menos obscura, que avia sido la passada: pareció que el mar se sossegaba, y prometia mas quietud el venidero dia. Miré al Cielo, ví las estrellas con aspecto de prometer bonanza en las aguas, y sossiego en el ayre. Estando en esto me parecio por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servia de puerto, se coronaba de los mismos lobos que en la marina avia visto, y que uno

de

de ellos (como es la verdad) me dixo en voz clara, y distinta, y en mi propria lengua: Español, hazte á lo largo, y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en esta morir hecho pedazos por nuestras uñas, y dientes; y no preguntes quien es el que esto te dice, sino dá gracias al Cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras. Si quedé espantado, ó no, á vuestra consideracion lo dexo; pero no fué bastante la turbacion mia, para dexar de poner en obra el consejo que se me avia dado. Apreté los escalamos, até los remos, esforcé los brazos, y sali al mar descubierto. Mas como suele acontecer, que las desdichas, y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no os podré decir quantos fueron los dias que anduve por aquellos mares, tragendo, no una, sino mil muertes á cada passo: hasta que arrebatada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallé en esta Isla, donde dí al través con ella en la misma parte, y lugar adonde està la boca de la cueva, por donde aqui entrasteis. Llegó la barca á dar casi en seco por la cueva adentro, pero bolviala á sacar la resaca: viendo yo lo qual me arrojé de ella, y clavando las uñas en la arena, no dí lugar à que la resaca al mar me bolviesse: y aunque con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla, holgué de mudar genero de muerte, y quedarme en tierra, que como se dilate la vida, no se desmaya la esperanza. A este punto llegaba el barbaro Español, que este titulo le daba su trage, quando en la estancia mas á dentro, donde avian dexado á Cloélia, se oyeron tiernos gemidos, y sollozos. Acudieron al instante con luces Auristela, Periandro, y todos los demás á ver que sería, y hallaron que Cloélia, arrimadas las espaldas á la peña, sentada en las pieles, tenía los ojos clavados en el Cielo, y casi quebrados. Llegóse à ella Auristela, y á voces compassivas, y dolorosas le dixo: Qué es esto, ama mia? Como, y es possible que me quereis dexar en esta soledad, y á tiempo que mas he menester valerme de vuestros consejos? Bolvió en sí algun tanto Cloélia, y tomando la mano de Auristela, le dixo: Vés ahí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo, yo quisiera que mi vida duràra hasta que la tuya se viere en el sosiego que merece; pero si no lo permite el Cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor,

que

que es en mi mano, le ofrezco mi vida: lo que te ruego es, señora mia, que quando la buena suerte quisiere (que si querrá) que te veas en tu Estado, y mis Padres aún fueren vivos, ó alguno de mis parientes, les digas, como yo muero Christiana en la Fé de Jesu-Christo, y en la que tiene que es la misma, la Santa Iglesia Catholica Romana; y no te digo mas, porque no puedo. Esto dicho, y muchas veces pronunciando el Nombre de JESUS, cerró los ojos en tenebrosa noche, á cuyo espectaculo tambien cerró los suyos Auristela con un profundo desmayo. Hicieronse fuentes los de Periandro, y rios los de los circunstantes. Acudió Periandro á socorrer á Auristela, la qual buelta en sí acrecentò las lagrimas, y comenzó suspiros nuevos, y dixo razones, que movieran á lastima á las piedras. Ordenóse que otro dia le sepultassen, y quedando en guarda del cuerpo muerto la doncella barbara, y su hermano, los demás se fueron á reposar lo poco que de la noche les faltaba.

CAPITULO VI.

Donde el barbaro Español prosigue su historia.

TArdó aquel dia en mostrarse al mundo, al parecer mas de lo acostumbrado, á causa que el humo, y pavesas del incendio de la Isla, que aún duraba, impedia que los rayos del Sol por aquella parte no passassen á la tierra. Mandó el barbaro Español á su hijo, que saliesse de aquel sitio, como otras veces salia, y se informasse de lo que en la Isla passaba. Con alborotado sueño passaron los demas aquella noche, porque el dolor, y sentimiento de la muerte de su ama Cloélia, no consintió que Auristela durmiesse; y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia á Periandro, el qual con Auristela saliò al raso de aquel sitio, y vió que era hecho, y fabricado de la naturaleza, como si la industria, y el arte lo huvieran compuesto. Era redondo, cercado de altissimas, y peladas peñas, y á su parecer tanteó que baxaba poco mas de una legua, todo lleno de arboles silvestres, que ofrecian frutos, si bien asperos, comestibles á lo menos. Estaba crecida la hierba, porque las muchas aguas que de las peñas salian, la tenian en perpetua verdura, todo lo qual le admiraba, y suspendia; y llegó en esto el barbaro Español,

y

y dixo: Venid, señores, y darémos sepultura à la difunta, y fin á mi comenzada historia. Hizieronlo assi, y enterraron á Cloélia en lo hueco de una peña, cubriendola con tierra, y con otras peñas menores. Auristela le rogó que le pussiesse una Cruz encima, para señal de que aquel cuerpo avia sido Christiano. El Español respondió, que él traheria una gran Cruz, que en su estancia tenia, y la pondria encima de aquella sepultura. Dieronle todos el ultimo vale: renovó el llanto Auristela, cuyas lagrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto, pues, que el mozo barbaro bolvia, se bolvieron todos á encerrar en el concavo de la peña donde avian dormido por defenderse del frio, que con rigor amenazaba; y aviendose sentado en las blandas pieles, pidió el barbaro silencio, y prosiguió su cuento en esta forma.

Quando me dexò la barca en que venia, en la arena, y la mar tornó á cobrarla, ya dige que con ella se me fue la esperanza de la libertad, pues aún ahora no la tengo de cobrarla. Entré aqui dentro, ví este sitio, y parecióme que la naturaleza le avía hecho, y formado para ser theatro, donde se representasse la tragedia de mis desgracias. Admiróme el no ver gente alguna, sino algunas cabras monteses, y animales pequeños de diversos generos: rodeé todo el sitio, hallé esta cueva cavada en estas peñas, y señalèla para mi morada. Finalmente, aviendolo rodeado todo, bolbí à la entrada que aqui me avia conducido, por ver si oía voz humana, ó descubria quien me dixese en que parte estaba: y la buena suerte, y los piadosos Cielos, que aun del todo no me tenian olvidado, me depararon una muchacha barbara, de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos, y escollos de la marina pintadas conchas, y apetitoso marisco andaba buscando. Pasmóse viendome, pegaronsele los pies en la arena, soltó las cogidas conchuelas, y derramósele el marisco: y cogiendola entre mis brazos, sin decirla palabra, ni ella á mi tampoco, me entré por la cueva adelante, y la truxe á este mismo lugar donde ahora estamos: pusela en el suelo, beséle las manos, halaguéle el rostro con las mias, y hice todas las señales, y demostraciones que pude para mostrarme blando, y amoroso con ella. Ella, passado aquel primer espanto, con atentissimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo: y de

quan-

quando en quando, ya perdido el miedo se reía, y me abrazaba, y sacando del seno una manera de pan hecho á su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y á lo que despues acá he sabido, en lo que decia me rogaba que comiesse: yo lo hice assi, porque lo avia bien menester. Ella me asió de la mano, y me llevó á aquel arroyo que alli está donde assimismo por señas me rogó que bebiesse. Yo no me hartaba de mirarla, pareciendome antes Angel del Cielo, que barbara de la tierra. Bolví á la entrada de la cueva, y alli con señas, y con palabras, que ella no entendia, le supliqué, como si ella las entendiera, que volviesse á verme. Con esto la abrazé de nuevo, y ella simple, y piadosa me besó en la frente, y me hizo claras, y ciertas señas de que bolvería à verme. Hecho esto, torné á pisar este sitio, y á requerir, y probar la fruta, de que algunos arboles estaban cargados, y hallé nueces, y avellanas, y algunas peras silvestres: dí gracias á Dios del hallazgo, y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio. Passé aquella noche en este mismo lugar, esperé el dia, y en el esperé tambien la buelta de mi barbara hermosa, de quien comencé á temer, y á recelar, que me avia de descubrir, y entregarme á los barbaros, de quienes imaginè estar llena esta Isla; pero sacòme de este temor el verla bolver algo entrado el dia, bella como el Sol, mansa como una cordera, no acompañada de barbaros, que me prendiessen, sino cargada de bastimentos que me sustentassen. Aqui llegaba de su historia el Español gallardo, quando llegó el que avia ido á saber lo que en la Isla passaba, el qual dixo, que casi toda estaba abrasada, y todos, ó los mas de los barbaros muertos, unos á hierro, y otros á fuego, y que si algunos avia vivos, eran los que en algunas balsas de maderos se avian entrado en el mar, por huír en el agua el fuego de la tierra: que bien podian salir de alli, y passear la Isla por la parte que el fuego les diesse licencia, y que cada uno pensasse que remedio se tomaria para escapar de aquella tierra maldita, que por allí cerca avia otras Islas de gente menos barbara habitadas que quizà mudando de lugar, mudarian de ventura. Sossiegate hijo un poco, que estoy dando cuenta á estos señores de mis sucessos, y no me falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas. No te canses, señor mio, dixo la barbara

gran-

grande, en referirlos tan por extenso, que podrá ser que te canses, ó que canses: dexame á mi que cuente lo que queda á lo menos hasta este punto en que estamos. Soy contento, respondió el Español, porque me le dará muy grande el ver como las relatas. Es, pues, el caso, replicó la barbara, que mis muchas entradas, y salidas, en este lugar le dieron bastante, para que de mi, y de mi esposo naciessen esta muchacha, y este niño. Llamo esposo á este señor, porque antes que me conociesse del todo, me dió palabra de serlo, al modo que él dice que se usa entre verdaderos Christianos, hame enseñado su lengua, y yo á él la mia, y en ella assimismo me enseñó la ley Catholica Christiana, dió me agua de Baptismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran: declaróme su Fé como él la sabe, la qual yo assenté en mi alma, y en mi corazon, donde le he dado el credito que he podido darle. Creo en la Santissima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espiritu Santo, tres Personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero: y que aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espiritu Santo, no son tres Dioses distintos, y apartados, sino un solo Dios verdadero. Finalmente creo todo lo que tiene, y cree la Santa Iglesia Catholica Romana, regida por el Espiritu Santo, y governada por el Summo Pontifice, Vicario, y Vice-Rey de Dios en la tierra, sucessor legitimo de San Pedro, su primer Pastor despues de Jesu-Christo, primero, y universal Pastor de su Esposa la Iglesia. Dixome grandezas de la siempre Virgen Maria, Reyna de los Cielos, y Señora de los Angeles, y nuestra; Thesoro del Padre Relicario del Hijo, y amor del Espiritu Santo, amparo, y refugio de los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas, que no las digo, por parecerme que las dichas bastan por que entendais que soy Catholica Christiana. Yo simple, y compassiva le entregué una alma rustica, y él (merced à los Cielos) me la ha buelto discreta, y Christiana. Entreguèle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia á nadie, y de este entrego resultó averle dado dos hijos como los que aqui veis, que acrecientan el numero de los que alaban al Dios verdadero. En veces le truxe alguna cantidad de oro, de lo que abunda esta Isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas esperando el dia que ha de ser tan

dicho,

dichoso que nos saque de esta prision, y nos lleve adonde con libertad, y certeza, y sin escrupulo seamos unos de los del rebaño de Christo, en quien adoro, en aquella Cruz que alli veis. Esto que he dicho me pareció á mi era lo que le faltaba por decir á mi señor Antonio (que assi se llamaba el Español barbaro) el qual dixo: Dices verdad, Ricla mia (que este era el propio nombre de la barbara) con cuya variable historia admiraron á los presentes, y despertaron mil alabanzas que les dieron, y mil buenas esperanzas que les anunciaron: especialmente Auristela, que quedó aficionadissima á las dos barbaras Madre, é hija. El mozo barbaro, que tambien como su Padre se llamaba Antonio, dixo á esta sazon, no ser bien estarse alli ociosos, sin dar traza, y orden como salir de aquel encerramiento: porque si el fuego de la Isla, que á mas andar ardia, sobrepujasse las altas sierras, ó trahidas del viento cayessen en aquel sitio, todos se abrasarian. Dices verdad, hijo, respondió el Padre. Soy de parecer, dixo Ricla, que aguardemos dos dias, porque de una Isla que está tan cerca de esta, que algunas veces, estando el Sol claro, y el mar tranquilo, alcanzó la vista á verla: de ella vienen á esta sus moradores á vender, y trocar lo que tienen con lo que tenemos, y á trueco por trueco. Yo saldré de aqui, y pues ya no hay nadie que me escuche, ó que me impida, pues ni oyen, ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos, y mi marido que encerrados en una cueva tengo, de la rigurosidad del fuego. Pero quiero que sepais que estas barcas son fabricadas de madera, y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes á defender que no entre agua por los costados; pero à lo que he visto, y notado, nunca ellos navegan sino con mar sossegado, y no trahen aquellos lienzos que he visto, que trahen otras barcas, que suelen llegar á nuestras riberas á vender doncellas, ó varones para la vana supersticion qué avreis oído decir, que en esta Isla ha mucho tiempo que se acostumbra: por donde vengo á entender, que estas tales barcas no son buenas para fiarlas del mar grande, y de las borrascas, y tormentas que dicen que suceden á cada passo. A lo que añadió Periandro: No ha usado el señor Antonio de este remedio en tantos años como ha que está aqui encerrado?

rado? No respondió Ricla, porque no me han dado lugar los muchos ojos que mirán, para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar escusa que dar para la comprar. Assi es, dixo Antonio, y no por no firme de la debilidad de los baxeles; pero ahora que me ha dado el Cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estará atenta á ver quando vengan los mercaderes de la otra Isla, y sin reparar en precio comprará una barca con todo el necessario matalotage, diciendo que la quiere para lo que tiene dicho. En resolucion, todos vinieron en este parecer, y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver el estrago que el fuego avia hecho, y las armas. Vieron mil diferentes generos de muertes, de quien la colera sin razon, y enojo suelen ser inventores. Vieron assimismo, que los barbaros que avian quedado vivos, recogiendose á sus balsas, desde lexos estaban mirando el riguroso incendio de su Patria, y algunos se avian passado á la Isla, que servia de prision à los Cautivos. Quisiera Auristela que passáran á la Isla á ver si en la obscura mazmorra quedaban algunos: pero no fue menester porque vieron venir una balsa, y en ella hasta veinte personas, cuyo trage dió á entender ser los miserables que en la mazmorra estaban. Llegaron á la marina, besaron la tierra, y casi dieron muestras de adorar el fuego, por averles dicho el barbaro, que los sacó del calabozo obscuro, que la Isla se abrasaba, y que ya no tenian que temer á los barbaros. Fueron recibidos de los libres amigablemente, y consolados en la mejor manera que les fue possible: algunos contaron sus miserias, y otros las dexaron en silencio, por no hallar palabras para decirlas. Ricla se admiró de que huviesse avido barbaro tan piadoso, que los sacasse, y de que no huviessen passado á la Isla de la prision parte de aquellos que á las balsas se avian recogido. Uno de los prisioneros dixo, que el barbaro que los avia libertado, en lengua Italiana les avia dicho todo el sucesso miserable de la abrasada Isla, aconsejandoles, que passassen á ella à satisfacerse de sus trabajos con el oro, y perlas que en ella hallarian, y que él vendria en otra balsa que allá quedaba á tenerles compañia, y á dar traza en su libertad: Los sucessos que contaron fueron tan diferentes, tan estraños, y tan desdichados, que unos les sacaban las lagrimas á los ojos, y otros la risa de el pe-

cho. En esto vieron venir acia la Isla hasta seis barcas de aquellas de quien Ricla avia dado noticia: hicieron escala, pero no sacaron mercaderia alguna, por no parecer barbaro que la comprasse. Concertó Ricla todas las barcas con las mercancías, sin tener intencion de llevarlas. No quisieron venderle sino las quatro, porque les quedassen dos para bolverse. Hizose el precio con liberalidad notable, sin que en él huviesse tanto mas, quanto. Fue Ricla á su cueva, y en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagó todo lo que quisieron: dieron dos barcas á los que avian salido de la mazmora, y en otras dos se embarcaron; en la una todos los bastimientos que pudieron recoger, con quatro personas de las recien libres; y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el Padre, y Antonio el hijo, con la hermosa Ricla, y la discreta Transila, y la gallarda Constanza, hija de Ricla, y de Antonio. Quiso Auristela ír á despedirse de los huessos de su querida Cloélia, acompañaronla todos, lloró sobre la sepultura, y entre lagrimas de tristeza, y entre muestras de alegria bolvieron à embarcarse, aviendo primero en la marina hincadose de rodillas, y suplicado al Cielo con tierna, y devota oracion les diesse felice viage, y los enseñasse el camino que tomarian. Sirvió la barca de Periandro de Capitan, á quien siguieron los demás: y al tiempo que querian dar los remos al agua, (porque velas no las tenian) llegó á la orilla del mar un barbaro gallardo, que á grandes voces en lengua Toscana dixo: Si por ventura sois Christianos los que vais en essas barcas, recoged á este que lo es, y por el verdadero Dios os lo suplica. Uno de las otras barcas dixo: Este barbaro, señores, es el que nos sacó de la masmorra, si quereis corresponder á la bondad que parece que teneis (y esto encaminando su platica á los de la barca primera) bien será que le pagueis el bien que nos hizo, con el que le haceis, recogiendole en nuestra compañia. Oyendo lo qual Periandro, le mandó llegasse su barca á tierra, y le recogiesse en la que llevaba los bastimientos. Hecho esto, alzaron las voces con alegres acentos, y tomando los remos en la mano, dieron alegre principio á su viage.

CA-

CAPITULO VII.

Navegan desde la Isla barbara, á otra Isla que descubrieron.

QUuatro millas, poco mas, ó menos, avrian navegado las quatro barcas, quando descubrieron una poderosa nave, que con todas las velas tendidas, y viento en popa, parecia que venia á embestirles. Periandro dixo, aviendola visto: Sin duda este navio debe ser el de Arnaldo, que buelve á saber de mi sucesso, y tuvieralo yo por muy bueno ahora no verle. Avia ya contado Periandro á Auristela todo lo que con Arnaldo le avia passado, y lo que entre los dos dexaron concertado. Turbòse Auristela, que no quisiera bolver al poder de Arnaldo, de quien avia dicho, aunque breve, y succintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le avia acontecido. No quisiera ver juntos á los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaria seguro con el fingido hermanazgo suyo, y de Periandro; todavia el temor de que podia ser descubierto el parentesco, la fatigaba, y mas que quien le quitaria á Periandro no estar zeloso, viendo á los ojos tan poderoso contrario: que no hay discrecion que valga, ni amorosa fé que assegure el enamorado pecho, quando por su desventura entran en él zelosas sospechas; pero de todas estas le asseguró el viento, que bolvió en un instante al soplo que daba de lleno, y en popa á las velas en contrario, de modo, que á vista suya, y en un momento breve dexó la nave derribar las velas de alto á baxo, y en otro instante, casi invisible, las hizaron, y levantaron hasta las gavias, y la nave comenzó à correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongandose de las barcas con toda priessa. Respiró Auristela, cobró nuevo aliento Periandro; pero los demás que en las barcas iban quisieran mudarlas, entrandose en la nave, que por su grandeza mas seguridad de las vidas, y mas felice viage pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubriò la nave á quien quisieran seguir, si pudieran, mas no les fue posible, ni pudieron hacer otra cosa, que encaminarse á una Isla, cuyas altas montañas cubiertas de nieve hacian parecer que estaban cerca, distando de alli mas de seis leguas. Cerraba la noche algo obscura, picaba el viento largo, y en popa, que fue alivio à los brazos, que bolbiendo

á tomar los remos, se dieron priessa à tomar la Isla. La media noche seria, segun el tanto que el barbaro Antonio hizo del Norte, y de las guardas, quando llegaron á ella, y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideracion, dieron con las barcas en tierra, y á fuerza de brazos la vararon. Era la noche fria de tal modo, que les obligó buscar reparos para el hielo; pero no hallaron ninguno. Ordenó Periandro, que todas las mugeres se entrassen en la barca Capitana, y apiñandose en ella con la compañia, y estrecheza templassen el frio. Hizose assi, y los hombres hicieron cuerpo de guardia á la barca, passeandose como centinelas de una parte á otra, esperando el dia para descubrir en que parte estaban, porque no pudieron saber por entonces si era, ò no despoblada la Isla. Y como es cosa natural, que los cuydados destierran el sueño, ninguno de aquella cuydadosa compañia pudo cerrar los ojos; lo qual, visto por el barbaro Antonio, dixo al barbaro Italiano: Que para entretener el tiempo, y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche fuesse servido de entretenerles, contadoles los sucessos de su vida: porque no podian dexar de ser peregrinos, y raros, pues en tal trage, y en tal lugar le avian puesto. Haré yo esso de muy buena gana, respondió el barbaro Italiano, aunque temo que por ser mis desgracias tantas, tan nuevas, y tan extraordinarias no me aveis de dar credito alguno. A lo que dixo Periandro: En las que á nosotros nos han sucedido, nos hemos enseñado, y dispuesto á creer quantas nos contaren, puesto que tengan mas de lo impossible, que de lo verdadero. Lleguemonos aqui, respondió el barbaro, al borde de esta barca, donde están estas señoras, quizá alguna al són de la voz de mi cuento se quedará dormida, y quizá alguna, desterrando el sueño, se mostrará compassiva: ques alivio al que cuenta sus desventuras ver, ú oír que hay quien se duele de ellas. A lo menos por mi, respondió Ricla de dentro de la barca, y á pesar del sueño tengo lagrimas que ofrecer á la compasion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas. Casi lo mismo dixo Auristela: y assi todos rodearon la barca, y con atento oído estuvieron escuchando lo que el que parecia barbaro, decia, el qual comenzó su historia de esta manera.

CA-

CAPITULO VIII.

Donde Rutilio dá cuenta de su vida.

MI nombre es Rutilio, mi Patria Sena, una de las mas famosas Ciudades de Italia: mi oficio Maestro de danzar, unico en él, y venturoso, si yo quisiera. Avia en Sena un Cavallero rico, á quien el Cielo dió una hija mas hermosa, que discreta, á la qual trató de casar su Padre con un Cavallero Florentin: y por entregarsela adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltaban, quiso que yo la enseñasse á danzar: que la gentileza, gallardia, y disposicion del cuerpo en los bayles honestos, mas que en otros passos se señalan, y á las Damas principales les está muy bien saberlos para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entré á enseñarla los movimientos del cuerpo; pero movía los del alma, pues como no discreta, como he dicho, rindió la suya á la mia: y la suerte, que de corriente larga trahia encaminadas mis desgracias, hizo que para que los dos nos gozassemos, yo la sacasse de casa de su Padre, y la llevase á Roma; pero como el amor no dá baratos sus gustos, y los delitos llevan á las espaldas el castigo (pues siempre se teme) en el camino nos prendieron á los dos, por la diligencia que su Padre puso en buscarnos. Su confession, y la mia (que fue decir, que yo llevaba á mi esposa, y ella se iba con su marido) no fue bastante para no agravar mi culpa, tanto, que obligó al Juez, movió, y convenció á sentenciarme á muerte. Apartaronme en la prision con los ya condenados á ella, por otros delitos no tan honrados como el mio. Visitóme en el calabozo una muger, que decian estaba presa por fatucherie, que en Castellano se llaman hechiceras, que la Alcaydesa de la carcel avia hecho soltar de las prisiones, y llevadola á su aposento, á titulo de que con hierbas, y palabras avia de curar á una hija suya de una enfermedad, que los Medicos no acertaban á curarla. Finalmente, por abreviar mi historia, pues no hay razonamiento, que aunque sea bueno, siendo largo, lo parezca. Viendome yo atado, y con el cordel á la garganta, sentenciado al suplicio, sin orden, ni esperanza de remedio, dí el sí á lo que la hechizera me pidió, de ser su marido, si me sacaba de aquel

trabajo. Dixome, que no tuviesse pena, que aquella misma noche del dia que sucedió esta platica, ella romperia las cadenas, y los cepos, y á pesar de otro qualquier impedimiento me pondria en libertad, y en parte donde no me podiessen ofender mis enemigos, aunque fuessen muchos, y puderosos. Tuvela no por hechizera, sino por Angel que embiaba el Cielo para mi remedio: esperé la noche, y en la mitad de su silencio llegó á mi, y me dixo, que asiesse de la punta de una caña, que me puso en la mano, diciendome la siguiesse. Turbéme algun tanto, pero como el interés era tan grande, moví los pies para seguirla, y hallélos sin grillos, y sin cadenas, y las puertas de toda la prision de par en par abiertas, y los prisioneros, y guardas en profundissimo sueño sepultados. En saliendo á la calle tendió en el suelo mi guiadora un manto: y mandandome que pusiesse los pies en él, me dixo: Que tuviesse buen animo, que por entonces dexasse mis devociones. Luego ví mala señal, luego conoci que queria llevarme por los ayres: y aunque como Christiano bien enseñado, tenia por burla todas estas hechizerias, (como es razon que se tengan) todavia el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dexó atropellar por todo: y en fin, puse los pies en la mitad del manto, y ella, ni mas, ni menos murmurando unas razones, que yo no pude entender: y el manto comenzó á levantarse en el ayre, yo comencé á atemer poderosamente, y en mi corazon no tuvo Santo la Letanía á quien no llamase en mi ayuda. Ella debió de conocer mi miedo, y presentar mis rogativas, y bolvióme á mandar que las dexasse. Desdichado de mi, dixe, que bien puedo esperar, si se me niega, el pedirle á Dios, de quien todos los bienes vienen? En resolucion, cerré los ojos, y dexéme llevar de los diablos, que no son otras las postas de las hechizeras: y al parecer quatro horas, ó poco mas avia volado, quando me hallé al crepusculo del dia en una tierra no conocida. Tocó el manto el suelo, y mi guiadora me dixo: En parte estás, amigo Rutilio, que todo el genero humano no podrá ofenderte, y diciendo esto comenzó á abrazarme, no muy honestamente. Apartéla de mi con los brazos, y como mejor pude divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya vision me heló el alma, me turbó los sentidos, y dió con mi mucho animo al través; pero como suele acontecer,

que

que en los grandes peligros la poca esperanza de vencerlos, saca del animo desesperadas fuerzas, las pocas mias me pusieron en la mano un cuchillo, que acaso en el seno trahia, y con furia, y rabia se le hinqué por el pecho á la que pensé ser loba, la qual cayendo en el suelo perdió aquella fea figura, y hallé muerta, y corriendo sangre á la desventurada encantadora. Considerad, señores, qual quedaria en tierra no conocida, y sin persona que me guiasse. Estuve esperando el dia muchas horas; pero nunca acababa de llegar, ni por los Horizontes se descubria señal de que el Sol viniese. Apartéme de aquel cadaver, porque me causaba horror, y espanto el tenerle cerca de mi. Bolvia muy á menudo los ojos al Cielo, contemplaba el movimiento de las estrellas, y pareciame, segun el curso que avian hecho, que ya avia de ser de dia. Estando en esta confusion, oí que venia hablando, por junto de donde estava alguna gente, y assi fue verdad: y saliendoles al encuentro, les pregunté en mi lengua Toscana, que me dixessen que tierra era aquella; y uno de ellos assimismo en Italiano me respondió: Esta tierra es Noruega; pero quien eres tu que lo preguntas, y en lengua que en estas partes hay muy pocos que la entiendan? Yo soy, respondí, un miserable, que por huír de la muerte he venido á caer en sus manos, y en breves razones le dí cuenta de mi viage, y aún de la muerte de la hechizera. Mostró condolerse el que me hablaba, y dixome: Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al Cielo, por averte librado del poder de estas maleficas hechizeras, de las quales hay mucha abundancia en estas septentrionales partes. Cuentase de ellas, que se convierten en lobos, assi machos, como hembras, porque de entrambos generos hay maleficos, y encantadores. Como esto puede ser, yo lo ignoro, y como Christiano que soy Catholico no lo creo; pero la experiencia me muestra lo contrario. Lo que puedo alcanzar es, que todas estas transformaciones son ilusiones del demonio, y permission de Dios, y castigo de los abominables pecados de este maldito genero de gente. Preguntéle, que hora podria ser, porque me parecia que la noche se alargaba, y el dia nunca venia. Respondióme, que en aquellas partes remotas se repartia el año en quatro tiempos, tres meses avia de noche obscura, sin que el Sol parciesse en la tierra en manera alguna;

y tres meses avia de crepusculo del dia, sin que bien fuesse noche, ni bien fuese dia: otros tres meses avia de dia claro continuado, sin que el Sol se escondiese; y otros tres de crepusculo de la noche: y que la sazon en que estaban era la del crepusculo del dia, assi que esperar la claridad del Sol por entonces era esperanza vana, y que tambien lo sería esperar yo bolver á mi tierra tan presto, sino fuesse quando llegase la sazon del dia grande, en la qual parten navios de estas partes á Inglaterra, Francia, y España con algunas mercancías. Preguntóme si tenia algun oficio en que ganar de comer, mientras llegaba tiempo de bolverme á mi tierra? Dixele, que era baylarin, y grande hombre de hacer cabriolas, y que sabía jugar de manos sutilisissimamente. Rióse de gana el hombre, y me dixo, que aquellos exercicios, ú oficios (ó como llamarlos quisiesse) no corrian en Noregua, ni en todas aquellas partes. Pruntóme si sabria oficio de orifice. Dixele que tenia habilidad para aprender lo que me enseñasse. Pues venios hermano conmigo, aunque primero será bien que debemos sepultura á este miserable. Hicimoslo assi, y llevóme á una Ciudad, donde toda la gente andaba por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaba. Preguntéle en el camino, que como, ó quando avia venido á aquella tierra, y que si era verdaderamente Italiano? Respondió, que uno de sus passados Abuelos se avia casado en ella, viniendo de Italia á negocios que le importaban, y á los hijos que tuvo les enseñó su lengua, y de uno en otro se extendió por todo su linage hasta llegar á él, que era uno de sus quartos nietos, y assi como vecino, y morador tan antiguo, llevado de la aficion de mis hijos, y muger, me he quedado hecho carne, y sangre entre esta gente, sin acordarme de Italia, ni de los parientes que allá dixeron mis Padres que tenian. Contar yo ahora la casa donde entré, la muger, è hijos que hallé, y criados que tenia muchos, el gran caudal, el recibimiento, y agasajo que me hicieron, sería proceder en infinito: basta decir en suma, que yo aprendí su oficio, y en pocos meses ganaba de comer por mi trabajo. En este tiempo se llegó el de llegar el dia grande, y mi Amo, y Maestro (que assi le pudo llamar) ordenó de llevar gran cantidad de su mercancía á otras Islas por allí cercanas, y á otras bien apartadas. Fuíme con él,

assi

assi por curiosidad, como por vender algo, que ya tenia de caudal: en el qual viage ví cosas dignas de admiracion, y espanto, y otras de risa, y contento. Noté costumbres, advertí ceremonias no vistas, y de ninguna otra gente usadas. En fin, á cabo de dos meses corrimos una borrasca, que nos duró cerca de quarenta dias, al cabo de los quales dimos en esta Isla, de donde oy salimos entre unas peñas, donde nuestro baxél se hizo pedazos, y ningun de los que en él venian quedó vivo sino yo.

CAPITULO IX.

Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.

LO primero que se me ofreció á la vista antes que viesse otra cosa alguna, fue un barbaro pendiente, y ahorcado de un arbol, por donde conocí que estaba en tierra de barbaros salvages: y luego el miedo me puso delante mil generos de muertes, y no sabiendo que hacerme, alguna, ó todas juntas las temia, y las esperaba. En fin, como la necessidad, segun se dice, es maestra de sutilizar el ingenio, dí en un pensamiento harto extraordinario, y fue, que descolgué al barbaro del arbol: y aviendome desnudado de todos mis vestidos, que enterré en la arena, me vestí de los suyos, que me vinieron bien, pues no tenian otra hechura que ser de pieles de animales, no cosidos, ni cortados á medída, sino ceñidos por el cuerpo, como lo aveis visto. Para dissimular la lengua, y que por ella no fuesse conocido por estrangero, me fingí mudo, y sordo, y con esta industria me entre por la Isla adentro, saltando, y haciendo cabriolas en el ayre. A poco trecho descubrí una gran cantidad de barbaros, los quales me rodearon, y en su lengua unos, y otros con gran priesa me preguntaron (á lo que despues acá he entendido) quien era, como me llamaba, de donde venia, y adonde iba. Respondíles con callar, y hacer todas las señales de mudo mas aparentes que pude, y luego reiteraba los saltos, y menudeaba las cabriolas. Salíme de entre ellos, siguieronme los muchachos, que no me dexaban adonde quiera que iba. Con esta industria passé por barbaro, y por mudo, y los muchachos por verme saltar, y hacer gestos, me daban de comer de lo que tenian. De esta manera he passado

sado tres años entre ellos, y aún passára todos los de mi vida, sin ser conocido. Con la atencion, y curiosidad noté su lengua, y aprendí mucha parte de ella: supe la profecía que de la duracion de su Reyno tenia profetizada un antiguo, y sabio barbaro, á quien ellos daban gran credito. He visto sacrificar algunos varones para hacer la experiencia de su cumplimiento, y he visto comprar algunas doncellas para el mismo efecto, hasta que sucedió el incendio de la Isla, que vosotros señores aveis visto. Guardéme de las llamas, fuí á dar aviso á los prisioneros de la mazmorra, donde vosotros sin duda avreis estado. Ví estas barcas, acudí á la marina, hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos, recogisteisme en ellas, por lo que os doy infinitas gracias, y ahora espero en la del Cielo, que pues nos sacó de tanta miseria á todos, nos ha de dar en este que pretendemos, felicissimo viage. Aqui dió fin Rutilio á su platica, con que dexó admirados, y contentos á los oyentes. Llegóse el dia aspero, turbio, y con señales de nieve muy ciertas. Dióle Auristela á Periandro lo que Cloèlia le avia dado la noche que murió, que fueron dos pelotas de cera, que la una, como se vió, cubria una Cruz de diamantes tan rica, que no acertaron á estimarla, por no agraviar su valor: y la otra dos perlas redondas, assimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento de que Auristela, y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraba esta verdad su gentil disposicion, y agradable trato. El barbaro Antonio, viniendo el dia, se entró un poco en la Isla, pero no descubrió otra cosa que montañas, y sierras de nieve: y bolviendo á la barca, dixo, que la Isla era despoblada, y que convenia partirse de allí luego á buscar otra parte donde recogerse del frio que amenazaba, y proveerse de los mantenimientos, que presto les harian falta. Echaron con presteza las barcas al agua, embarcaronse todos, y pusieron las proas en otra Isla, que no lexos de alli se descubria. En esto, yendo navegando con el espacio que podian prometer dos remos, que no llevaba mas cada barca, oyeron que de la una de las otras dos salia una voz blanda, suave, de manera, que les hizo estar atentos á escucharla. Notaron, especialmente el barbaro Antonio el Padre, que notó que lo que se cantaba era en lengua Portuguesa, que el sabia muy bien.

Ca-

Calló la voz, y de alli á poco bolvió á cantar en Castellano, y no á otro tono de instrumentos que el de remos, que sesgamente por el tranquilo mar las barcas impelian, y notó, que lo que cantaron, fue esto:

Mar cesgo, viento largo, estrella clara;
Camino aunque no usado, alegre, y cierto,
Al hermoso, al seguro, al capaz Puerto
Llevan la nave vuestra, unica, y rara.

En Scylas, ni en Caribdis no repara,
Ni en peligro, que el mar tenga encubierto,
Siguiendo su derrota al descubierto,
Que limpia honestidad su curso para.

Con todo, si os faltáre la esperanza
Del llegar á este Puerto, no por esso
Gireis las velas, que será simpleza.

Que es enemigo amor de la mudanza:
Y nunca tuvo prospero sucesso,
El que no se quilata en la firmeza.

LA barbara Ricla dixo, en callando la voz: De espacio debe de estar, y ocioso el cantor que en semejante tiempo dá su voz á los vientos; pero no lo juzgaron assi Periandro, y Auristela, porque le tuvieron por mas enamorado, que ocioso al que cantado avia, que los enamorados facilmente reconcilian los animos, y travan amistad con los que conocen que padecen su misma enfermedad: y assi con licencia de los demás que en su barca venian, aunque no fuera menester pedirla, hizo que el cantor se passasse á su barca, assi por gozar de cerca de su voz, como por saber de sus sucesos, porque persona que en tales tiempos cantaba, ó sentia mucho, ó no tenia sentimiento alguno. Juntaronse las barcas, passó el musico á la de Periandro, y todos los de ella le hicieron agradable recogida. En entrando el musico, en medio Portugués, y en medio Castellano, dixo: Al Cielo, y á vosotros señores, y á mi voz agradezco esta mudanza, y esta mejora de navio; aunque creo que con mucha brevedad

vedad le dexaré libre de la carga de mi cuerpo, porque las penas que siento en el alma, me van dando señales de que tengo la vida en sus últimos terminos. Mejor lo hará el Cielo, respondió Periandro, que pues yo soy vivo, no avrá trabajos que puedan matar á alguno. No sería esperanza aquella, dixo á esta sazon Auristela, á que pudiessen contrastar, y derribar infortunios: pues assi como la luz resplandece mas en las tinieblas, assi la esperanza ha de estar mas firme en los trabajos, que el desesperarse en ellos, es accion de pechos cobardes, y no hay mayor pusilanimidad, ni baxeza, que entregarse el trabajo (por mas que lo sea) á la desesperacion. El alma ha de estar, dixo Periandro, el un pié en los labios, y el otro en los dientes, si es que hablo con propriedad, y no ha de dexar de esperar su remedio, porque seria agraviar á Dios, que no puede ser agraviado, poniendo tassa, y coto á sus infinitas misericordias. Todo es assi, respondió el músico, y yo lo creo á despecho, y pesar de las experiencias, que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas. No por estas platicas dexaban de bogar, de modo, que antes de anochecer con dos horas llegaron á una Isla tambien despoblada, aunque no de arboles, porque tenia muchos, y llenos de fruto, que aunque passado de sazon, y seco, se dexaba comer. Saltaron todos en tierra en la qual vararon las barcas, y con gran priesa se dieron á desgajar arboles, y hacer una gran barraca, para defenderse aquella noche del frio. Hicieron assimismo fuego, ludiendo dos secos palos el uno con el otro (artificio tan sabido, como usado) y como todos trabajaban, en un punto se vió levantada la pobre maquina, donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciendoles aquella choza dilatado alcazar. Satisfacieron la hambre, y acomodaronse á dormir luego, si el deseo que Periandro tenia de saber el sucesso del musico, no lo estorvára, porque le rogó, si era possible, les hiciese sebidores de sus desgracias, pues no podian ser venturas las que en aquellas partes le avian trahido. Era cortés el cantor, y assi sin hacerse de rogar, dixo:

***

CA-

CAPITULO X.

De lo que contó el enamorado Portugués.

CON mas breves razones de las que sean possibles, daré fin á mi cuento con darle al de mi vida, si es que tengo de dar credito á cierto sueño, que la passada noche me turbó el alma. Yo, señores, soy Portugués de nacion, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza. Mi nombre es Manuel de Sosa Coutiño, mi Patria Lisboa, y mi exercicio el de soldado. Junto á las casas de mis Padres casi pared en medio estaba la de otro Cavallero del antiguo linage de los Pereyras, el qual tenia sola una hija, unica heredera de sus bienes, que eran muchos, baculo, y esperanza de la prosperidad de sus Padres: la qual por el linage, por la riquesa, y por la hermosura era deseada de todos los mejores del Reyno de Portugal: y yo, que como mas vecino de su casa tenia mas comodidad de verla, la miré, la conocí, y la adoré con una esperanza mas dudosa que cierta, de que podria ser viniesse à ser mi esposa. Y por ahorrar de tiempo, y por entender que con ella avian de valer poco requiebros, promesas, ni dadivas, determiné de que un pariente mio se la pidiesse á sus Padres para esposa mia: pues ni en el linage, ni en la hacienda, ni aùn en la edad diferenciabamos en nada: La respuesta que truxo, fue, que su hija Leonora aùn no estaba en edad de casarse, que dexasse passar dos años, que le daba la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo, sin hacerme sabidor de ello. Lleve este primer golpe en los ombros de mi paciencia, y en el escudo de la esperanza; pero no dexé por esto de servirla publicamente á sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la Ciudad; pero ella retirada en la fortaleza de su prudencia, y en los retretes de su recato, con honestidad, y licencia de sus Padres admitia mis servicios, y daba à entender que si no los agradecia con otros, por lo menos no los desestimaba. Sucedió, que en este tiempo mi Rey me embió por Capitan General á una de las fuerzas que tenia en Berbería, oficio de calidad, y de confianza. Llegóse el dia de mi partida: y pues en el no llegó el de mi muerte, no hay ausencia que mate, ni dolor que consu-

ma,

ma. Hablé á su Padre, hicele que me bolviesse à dar la palabra de la espera de los dos años: tuvome lastíma, porque era discreto, y consintió que me despidiesse de su muger, y de su hija Leonora, la qual en compañia de su Madre salió à verme á una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardía, y el silencio. Pasméme quando ví tan cerca de mi tanta hermosura: quise hablar, y anudóseme la voz á la garganta; y pegóseme al paladar la lengua, y ni supe, ni pude hacer otra cosa, que callar, y dar con mi silencio indicio de mi turbacion: la qual vista por el Padre, que era tan cortés como discreto, se abrazó conmigo, y dixo: Nunca, Señor Manuel de Sosa, los dias de partida dan licencia à la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en su favor de vuessa merced mas que alguna otra Rhetorica. Vuessa merced vaya á exercer su cargo, y buelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocàre á servirle. Leonora mi hija es obediente, y mi muger desea darme gusto, y yo tengo el deseo que he dicho, que con estas tres cosas me parece que puede esperar vuessa merced buen sucesso en lo que deseo. Estas palabras todas me quedaron en la memoria, y en el alma impressas, de tal manera, que no se me han olvidado, ni se me olvidarán en tanto que la vida me duráre. Ni la hermosa Leonora, ni su Madre, me dixeron palabra, ni yo pude, como he dicho, decir alguna. Partíme á Berbería, exercité mi cargo con satisfaccion de mi Rey dos años: bolví á Lisboa, hallé que la fama, y hermosura de Leonora avia salido de los limites de la Ciudad, y del Reyno, y extendidose por Castilla, y otras partes, de las quales venian embaxadas de Principes, y Señores, que la pretendian por esposa; pero como ella tenia la voluntad tan sujeta á la de sus Padres, no miraba, si era, ó no solicitada. En fin, viendo yo passado el termino de los dos años, bolví á suplicar á su Padre, me la diesse por esposa. Ay de mi, que no es possible que me detenga en estas circustancias! Porque á las puertas de mi vida està llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras, que si assi fuesse, no las tendria yo por tales. Finalmente, un dia me avisaron, que para un Domingo venidero me entregarian á mi deseada Leonora, cuya nueva faltó poco para no quitarme la vida de contento. Combidé á

mis

mis parientes, llamé á mis amigos, hice galas, embié presentes con todos los requisitos que pudiessen mostrar ser yo el que me casaba, y Leonora la que avia de ser mi esposa. Llegóse este dia, y yo fui acompañado de todo lo mejor de la Ciudad á un Monasterio de Monjas, que se llamaba de la Madre de Dios, adonde me dixeron que mi esposa desde el dia de antes me esperava, que avia sido su gusto que en aquel Monasterio se celebrase su desposorio con licencia del Arzobispo de la Ciudad. Detuvosse algun tanto el lastimado Cavallero, como para tomar aliento de proseguir su platica; y luego dixo: Lleguè al Monasterio, que Real, y pomposamente estaba adornado: salieron á recibirme casi toda la gente principal del Reyno, que alli aguardandome estaba con infinitas señoras de la Ciudad de las mas principales: hundiase el Tiempo de musica, asi de voces, como de instrumentos: y en esto saliò por la puerta del Claustro la sin par Leonora, acompañada de la Priora, y de otras muchas Monjas, vestida de raso blanco acuchillado, con saya entera á lo Castellano, tomadas las cuchilladas con ricas, y gruessas perlas. Venia forrada la saya en tela de oro verde: trahia los cabellos sueltós por las espaldas, tan rubios, que deslumbraban los del Sol, y tan luengos, que casi besaban la tierra: la cintura, collar, y anillos que trahia, opiniones huvo que valian un Reyno. Torno á decir que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda, y tan ricamente compuesta, y adornada, que causó embidia en las mugeres, y admiracion en los hombres De mi sé decir, que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla, por parecerme que la agraviaba, aunque yo fuera el Emperador del Mundo. Estaba hecho un modo de tehatro en mitad del cuerpo de la Iglesia, donde desenfadadamente, y sin que nadie lo empachasse, se avia de celebrar nuestro desposorio. Subió en él primero la hermosa doncella, dando al descubierto mostró su gallardia, y gentileza. Pareció á todos los ojos que la miraban, lo que suele parecer la bella Aurora al despuntar del dia, ó lo que dicen las antiguas fabulas, que parecia la casta Diana en los bosques: y algunos, creo que huvo tan discretos, que no la acertaron á comparar sino à si misma. Subí yo al tehatro, pensando que subia à mi Cielo, y puesto de rodillas ante ella, casi dí demonstracion de adorarla. Alzóse

una

una voz en el Templo, procedida de otras muchas que decia: Vivid felices, y luengos años en el mundo, ó dichosos, y bellissimos amantes, coronen presto hermosissimos hijos vuestra mesa, y á largo andar se dilate vuestro amor en vuestros nietos: no sepan los rabiosos zelos, ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos: rindase la embidia á vuestros pies, y la buena fortuna no acierte á salir de vuestra casa. Todas estas razones, y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con que gusto general llevaba el Pueblo mi ventura. En esto la hermosa Leonora me tomó por la mano, y assi en pié como estabamos, alzando un poco la voz, me dixo: Bien sabeis, señor Manuel de Sosa, como mi Padre os dió palabra, que no dispondria de mi persona en dos años, que se avian de contar desde el dia que me pedisteis, fuesse yo vuestra esposa: y tambien, si mal no me acuerdo, os dixe yo, viendome acossada de vuestra solicítud, y obligada de los infinitos beneficios que me aveis hecho, mas por vuestra cortesía, que por mis merecimientos, que yo no tomaria otro esposo en la tierra sino á vos. Esta palabra mi Padre os la ha cumplido, como aveis visto, y yo os quiero cumplir la mia, como vereis: y assi porque sé que los engaños, aunque sean honrosos, y provechosos, tienen un no sé que de traicion, quando se dilatan, y entretienen, quiero del que os parecerá que os he hecho, sacaros en este instante. Yo señor mio, soy casada, y en ninguna manera, siendo mi Esposo vivo, puedo casarme con otro: yo no os dexo por ningun hombre de la tierra, sino por uno del Cielo, que es Jesu-Christo Dios, y hombre verdadero: él es mi esposo, á él le dí la palabra primero que á vos: à él sin engaño, y de toda mi voluntad, y á vos con dissimulacion, y sin firmeza alguna. Yo confiesso, que para escoger esposo en la tierra, ninguno os pudiera igualar: pero aviendole de escoger en el Cielo, quien como Dios? Si esto os parece traicion, ó descomodido trato, dadme la pena que quisieredes, y el nombre que se os antojáre, que no avrá muerte, promesa, ó amenaza, que me aparte del crucificado Esposo mio. Calló, y al mismo punto la Priora, y las otras Monjas, comenzaron á desnudarla, y cortarla la preciosa madexa de sus cabellos. Yo enmudecí, por no dar muestra de flaqueza, tuve cuenta con

con reprimir las lagrimas que me venian à los ojos, é hincandome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza le basé la mano, y ella Christianamente compassiva, me echó los brazos al cuello. Alcéme en pié, y alzando la voz de modo que todos me oyessen, dixe: *Maria optimam partem elegit*; y diciendo esto, me baxè del theatro, y acompañado de mis amigos, me bolvi á mi casa, adonde yendo, y viniendo con la imaginacion en este estraño sucesso, vine casi à perder el juicio: y ahora por la misma causa vengo á perder la vida, y dando un gran suspiro, se le salió el alma, y dió consigo en el suelo.

CAPITULO XI.

Lllegan à otra Isla donde hallan buen acogimiento.

ACudió con presteza Periandro á verle, y halló que avia espírado de todo punto, dexando á todos confusos, y admirados del triste, y no imaginado sucesso. Con este sueño, dixo á esta sazon Auristela, se ha escusado este Cavallero de contarnos que le sucedió en la passado noche, los trances por donde vino á tan desastrada termino, y á la prision de los barbaros, que sin duda debian de ser casos tan desesperados, como peregrinos. A lo que añadiò el barbaro Antonio: Por maravilla hay desdichado solo que lo sea en sus desventuras: compañeros tienen las desgracias, y por aqui, ò por alli siempre son grandes, y entonces lo dexan de ser, quando acaban con la vida del que las padece. Dieron luego orden de enterrarle como mejor pudieron: sirvióle de mortaja su mismo vestido, de tierra la nueve, y de Cruz la que le hallaron en el pecho en un Escapulario, que era la de Christus, por ser Cavallero de su Habito; y no fuera menester hallarle esta honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las avian dado bien claras su grave presencia, y razonar discreto. No faltaron lagrimas que le acompañassen, porque la compassion hizo su oficio, y las sacó de todos los ojos de los circunstantes. Amaneció en esto: bolbieron las barcas al agua, pareciendoles que el mar les esperaba sossegado, y blando, y entre tristes, y alegres, entre temor, y esperanza siguieron su camino, sin llevar parte cierta adonde encaminarle. Están todos aquellos mares

casi cubiertos de Islas, todas, ó las mas despobladas: y las que tienen gente, es rustica, y medio barbara, de poca urbanidad, y de corazones duros, é insolentes, y con todo esto deseaban topar alguna que los acogiesse, porque imaginaban que no podian ser tan crueles sus moradores, que no lo fuessen mas las montañas de nieve, y los duros, y asperos riscos de las que atrás dexaban. Diez dias mas navegaron, sín tomar puerto, playa, ó abrigo, dexando á entrambras partes diestra, y siniestra Islas pequeñas, que no prometian estar pobladas de gente. Puesta la mira en una gran montaña, que à la vista se les ofrecia, pugnaban con todas sus fuerzas llegar á ella con la mayor brevedad que pudiessen, porque ya sus barcas hacian agua, y los bastimentos á mas andar iban faltando. En fin, mas con la ayuda del Cielo, como se debe creer, que con la de sus brazos, llegaron à la deseada Isla, y vieron andar dos personas por la marina, á quien con grandes voces preguntó Transila, que tierra era aquella, quien la gobernaba, y si era de Christianos Catholicos? Respondieronle en lengua que ella entendió, que aquella Isla se llamaba Golandia, y que era de Catholicos puesto que estaba despoblada, por ser tan poca la gente que tenia, que no ocupaba mas de una casa, que servia de meson á la gente que llegaba á un Puerto detrás de un peñon que señaló con la mano: y si vosotros, quien quiera que seais, quereis repararos de algunas faltas, seguidnos con la vista, que nosotros os pondremos en el Puerto. Dieron gracias á Dios los de las barcas, y siguieron por la mar á los que los guiaban por la tierra: y al bolver del peñon que les avian señalado vieron un abrigo, que podia llamarse Puerto, y en él hasta diez, ó doce baxeles; de ellos chicos, de ellos medianos, y de ellos grandes, y fue grande la alegria que de verlos recibieron, pues les daba esperanza de mudar de navíos, y seguridad de caminar con certeza á otras partes. Llegaron á tierra, salieron assi gente de los navíos, como del meson á recibirles: saltó en tierra en ombros de Periandro, y de los dos barbaros Padre, é hijo, la hermosa Auristela vestida con el vestido, y adorno con que fue Periandro vendido á los barbaros por Arnaldo. Saliò con ella la gallarda Transila, y la bella barbara Constanza con Ricla su Madre, y todos los demás de las barcas acompaña-

pañaron este esquadron gallardo. De tal manera causó admiracion, espanto, y assombro la bellissima esquadra en los de la mar, y la tierra, que todos se postraron en el suelo, y dieron muestras de adorar á Auristela. Mirabanla callando, y con tanto respecto, que no acertaban à mover las lenguas por no ocuparse en otra cosa, que en mirar. La hermosa Transila, como ya avia hecho experiencia de que entendian su lengua, fue la primera que rompió el silencio, diciendoles: A vuestro hospedage nos ha trahido la nuestra hasta oy contraria fortuna: en nuestro trage, y en nuestra mansedumbre echaréis de ver, que antes buscamos paz, que guerra, porque no hacen batalla las mugeres, ni los varones afligidos. Acogednos, señores, en vuestro hospedage, y en vuestros navíos, que las barcas que aqui nos han conducido, aqui dexan el atrevimiento, y la voluntad de tornar otra vez á entregarse á la instabilidad del mar. Si aqui se cambia por oro, ó por plata lo necessario que se busca, con facilidad, y abundancia sereis recompensados de lo que nos diéredes, que por subidos precios que lo vendais, lo recibiremos como si fuesse dado. Uno (milagro estraño!) que parecia ser de la gente de los navíos, en lengua Española respondió: De corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que dudára la verdad dices, que puesto que la mentira se dissimula, y el daño se disfraza con la mascara de la verdad, y del bien no es possible que aya tenido lugar de acogerse á tan gran belleza como la vuestra. El patron de este hospedage es cortesissimo, y todos los de estas naves ni mas, ni menos: mirad si os dá mas gusto bolveros á ellas, ó entrar en el hospedage, que en ellas, y en el sereis recibidos, y tratados como vuestra presencia merece. Entonces viendo el barbaro Antonio, ù oyendo, por mejor decir, hablar su lengua, dixo: Pues el Cielo nos ha trahido á parte que suene en mis oídos la dulce lengua de mi Nacion, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias: vamos, señores, al hospedage, y en reposando algun tanto, daremos orden en bolver à nuestro camino con mas seguridad que la que hasta aqui hemos trahido. En esto un grumete que estaba en lo alto de una gabia, dixo á voces en lengua Inglesa: Un navío se descubre, que con tendidas velas, y mar, y viento en popa viene la buelta de este abrigo. Alborotaronse todos, y en el mismo

lugar donde estaban, sin moverse un passo, se pusieron á esperar el baxél, que tan cerca se descubria: y quando estuvo junto, vieron que las hinchadas velas las atravessaban unas Cruces roxas, y conocieron que en una vandera que trahia en el peñolo de la mayor gavia, venian pintadas las armas de Inglaterra. Disparó en llegando dos piezas de gruessa artillería, luego hasta obra de veinte arcabuzes: de la tierra les fue hecha señal de paz, y de alegres voces, porque no tenian artilleria con que responderle.

CAPITULO XII.

Donde se cuenta de que parte, y quien eran los que venian en el Navio.

HEcha, como se ha dicho, la salva de entrambas partes, assi del navío, como de la tierra, al momento echaron ancoras los de la nave, y arrojaron el esquife al agua: en el qual el primero que salió, despues de quatro marineros que le adornaron con tapetes, y asieron de los remos, fue un anciano varon, al parecer de edad de sesenta años, vestido de una ropa de terciopelo negro, que le llegaba à los pies, forrada en felpa negra, y ceñida con una de las que llaman colonias de seda. En la cabeza trahia un sombrero alto, y puntiagudo, assimismo al parecer de felpa. Tras él baxó al esquife un gallardo, y brioso mancebo, de poco mas edad de veinte y quatro años, vestido à lo marinero de terciopelo negro, una espada dorada en las manos, y una daga en la cinta. Luego como si los arrojáran, echaron de la nave al esquife un hombre lleno de cadenas, y una muger con él enredada, y presa con las cadenas mismas: él de hasta quarenta años de edad, y ella de mas de cincuenta: él brioso, y despachado, y ella melancolica, y triste. Impelieron el esquife los marineros: en un instante llegaron á tierra, adonde en sus ombros, y en los de otros soldados arcabuceros, que en el barco venian, sacaron á tierra al viejo, y al mozo, y á los dos prisioneros. Transila, que como los demás avia estado atentissima mirando los que en el esquife venian, bolviendose à Auristela, le dixo: Por tu vida, señora, que me cubras el rostro con esse velo que trahes atado al brazo, porque, ó yo tengo poco conocimiento, ó son algunos de

los que vienen en este barco personas que yo conozco, y me conocen. Hizolo assi Auristela, y en esto llegaron los de la barca á juntarse con ellos, todos se hicieron bien criados recibimientos. Fuese derecho el anciano de la selva á Transila, diciendo: Si mi ciencia no me engaña, y la fortuna no me desfavorece, prospera avrá sido la mia con este hallazgo: y diciendo, y haciendo, alzó el velo del rostro de Transila, y se quedó desmayado en sus brazos, que ella se los ofreciò, y se los puso, porque no diesse en tierra. Sin duda se puede creer, que este caso de tanta novedad, y tan no esperado, puso en admiracion á los circunstantes, y mas quando le oyeron decir á Transila: O Padre de mi alma! que venida es esta, quien trahe á vuestras venerables canas, y à vuestros cansados años, por tierras tan apartadas de la vuestra? Quien le ha de traher, dixo á esta sazon el brioso mancebo, sino el buscar la ventura, que sin vos le faltaba? El, y yo, dulcissima señora, esposa mia, venimos buscando el Norte, que nos ha de guiar, adonde hallémos el porte de nuestro descanso; pero pues ya, (gracias sean dadas á los Cielos) le avemos hallado, haz, señora, que buèlva en sí tu Padre Mauricio, y consiente que de su alegria reciba yo parte, recibiendole á él como á Padre, y á mi como á tu legitimo esposo. Bolvió en sí Mauricio, y sucedióle en su desmayo Transila. Acudió Auristela à su remedio, pero no osó llegar á ella Ladislao (que este era el nombre de su esposo) por guardar el honesto decoro que à Transila se le debia; pero como los desmayos que suceden de alegres, y no pensados acontecimientos, ó quitan la vida en un instante, ó no duran mucho, fue pequeño espacio el en que estuvo Transila desmayada. El dueño de aquel meson, ù hospedage, dixo: Venid señores todos adonde con mas comodidad, y menos frio del que aqui hace, os deis cuenta de vuestros sucessos. Tomaron su consejo, y fueronse al meson, y hallaron que era capaz de alojar una flota. Los dos encadenados se fueron por su pié, ayudandoles á llevar sus hierros los arcabuceros, que como en guarda con ellos venian. Acudieron á sus naves algunos, y con tanta priessa, como buena voluntad, truxeron de ellos los regalos que tenian: hizose lumbre, pusieronse las mesas, y sin tratar entonces de otra cosa, satisfacieron todos la hambre, mas con muchos generos de

pescados, que con carnes, porque no sirvió otra, que la de muchos pajaros, que se crian en aquellas partes, de tan estraña manera, que por ser rara, y peregrina, me obliga á que aqui la cuente. Hincanse unos palos en la orilla de la mar, y entre los escollos donde las aguas llegan: los quales palos de alli á poco tiempo todo aquello que cubre el agua se convierte en dura piedra, y lo que queda fuera del agua se pudre, y se corrompe, de cuya corrupcion se engendra un pequeño pajarillo, que volando á la tierra se hace grande, y tan sabroso de comer, que es uno de los mejores manjares que se usan: y donde hay mas abundancia de ellos, es en las Provincias de Hibernia, y de Irlanda el qual pajaro se llama Barnaclas. El deseo que tenian todos de saber los sucessos de los recien llegados, les hacia parecer larga la comida, la qual acabada, el anciano Mauricio dió una gran palmada en la mesa como dando señal de pedir que con atencion le escuchassen. Enmudecieron todos, y el silencio les selló los labios, y la curiosidad les abrió los oídos. Viendo lo qual Mauricio soltó la voz en tales razones. En una Isla, de siete que estàn circunvecinas á la de Hibernia, nací yo, y tuvo principio mi linage tan antiguo, bien como aquel que es de los Mauricios, que en decir este apellido le encarezco todo lo que pudo. Soy Christiano Catholico, y no de aquellos que andan mendigando la Fé verdadera entre opiniones. Mis Padres me criaron en los estudios, assi de las armas, como de las letras, si se puede decir que las armas se estudian: he sido aficionado á la ciencia de la Astrología judiciaria, en la qual he alcanzado famoso nombre. Caséme, en teniendo edad, para tomar estado con una hermosa, y príncipal muger de mi Ciudad, de la qual tuve esta hija que está aqui presente. Seguí las costumbres de mi Patría, à lo menos en quanto á las que parecian ser niveladas con la razon, y en las que no, con apariencias fingidas mostraba seguírlas, que tal vez la dissimulacion es provechosa. Creció esta muchacha á mi sombra, porque le faltó la de su Madre, á dos años despues de nacida, y á mi me faltó el arrimo de mi vejéz, y me sobró el cuydado de criar la hija: y por salir del que es carga dificil de llevar de cansados, y ancianos ombros, en llegando á casi edad de darle esposo en que le diesse arrimo, y compañia, lo puse en efecto, y el que

le

le escogí fue este gallardo mancebo que tengo á mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado, y aùn conveniente, que los Padres casen á sus hijas con su beneplacito, y gusto, pues no les dan compañia por un dia, sino por todos aquellos que les duráre la vida: y de no hacer esto assí, se han seguido, siguen, y seguirán millares de inconvenientes, qne los mas suelen parar en desastrados sucessos. Es pues de saber, que en mi Patria hay una costumbre, entre muchas malas, la peor de todas, y es, que concertado el matrimonio, y llegado el dia de la boda, es una casa principal para esto diputada, se juntan los novios, y sus hermanos, si los tienen, con todo los parientes mas cercanos de entrambas partes, y con ellos el Regimiento de la Ciudad: los unos para testigos, y los otros para verdugos, que assi los puedo, y debo llamar. Está la desposada en un rico apartamiento esperando lo que no sé como pueda decirlo, sin que la verguenza no me turbe la lengua. Está esperando (digo) á que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus parientes mas cercanos, de uno en uno á coger las flores de su jardin, y á manosear los ramilletes que ella quisiera guardar intactos para su marido; costumbre barbara, y maldita, que vá contra todas las leyes de la honestidad, y del buen decoro; porque qué dote puede llevar mas rico una doncella que serlo? Ni qué limpieza puede, ni debe agradar mas al esposo, que la que su muger lleva á su poder en su entereza? La honestidad siempre anda acompañada con la verguenza, y la verguenza con la honestidad: y si la una, ó la otra comienzan á desmoronarse, y á perderse todo el edificio de la hermosura dará en tierra, y será tenido en precio baxo, y asqueroso. Muchas veces avia yo intentado de persuadir á mi Pueblo dexasse esta perniciosa costumbre, pero apenas lo intentaba, quando se me daba en la boca con mil amenazas de muerte donde vine á verificar aquel antiguo adagio, que vulgarmente se dice: Que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, mi hija se encerró en el retrahimiento dicho, y estuvo esperando su perdicion: y quando queria ya entrar un hermano de su esposo á dar principio al torpe trato, veis aqui donde veo salir con una lanza terciada en las manos á la gran sala, donde

toda la gente estaba, á Transila hermosa como el Sol, brava como una leona, airada como un tigre.

Aqui llegaba de su historia el anciano Mauricio, escuchandole todos con la atencion possible, quando revistiendosele á Transila el mismo espiritu que tuvo al tiempo que se vió en el mismo acto, y ocasion que su Padre contaba, levantandose en pié con lengua á quien suele turbar la colera, con el rostro hecho brasa, y los ojos fuego. En efecto, con ademán que la pudiera hacer menos hermosa, si es que los accidentes tienen fuerzas de menoscabar las grandes hermosuras, quitandole á su Padre las palabras de la boca, dixo las del siguiente Capitulo.

CAPITULO XIII.

Donde Transila prosigue la historia, á quien su Padre dió principio.

SAlí, dixo Transila, como mi Padre ha dicho, á la gran sala, y mirando á todas partes, en alta, y colerica voz, dixe: Haceos adelante vosotros, aquellos, cuyas deshonestas, y barbaras costumbres van contra las que guarda qualquier bien ordenada Republica. Vosotros, digo, mas lascivos, que religiosos, que con apariencia, y sombra de ceremonias vanas quereis cultivar los agenos campos sin licencia de sus legitimos dueños. Veisme aqui, gente mal perdída, y peor aconsejada, venid, venid, que la razon puesta en la punta de esta lanza, defenderá mi partido, y quitará las fuerzas á vuestros malos pensamientos, tan enemigos de la honestidad, y de la limpieza. Y en diciendo esto, salté en mitad de la turba, y rompiendo por ella, salí á la calle, acompañada de mi mismo enojo, y llegué á la marina, donde cifrando mil discursos, que en aquel tiempo hice en uno, me arrojé en un pequeño barco, que sin duda me deparò el Cielo: y asiendo de dos pequeños remos, me alargé de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se daban priessa á seguirme en otros muchos barcos, mas bien parados, y de mayores fuerzas impellidos, y que no era possible escaparme, solté los remos, y bolvi à tomar mi lanza, con intencion de esperarles, y no dexarme llevar á su poder, sino perdiendo la vida, vengando primero en quien pudiesse mi agravio. Buelvo á decir otra vez, que el Cielo, commovido de mi des-

desgracia, avivó el viento, y llevò el barco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegó à una corriente, ó rudal, que le arrebató como con peso, y le llevó mas adentro, quitando la esperanza á los que tras mí venian, de alcanzarme, que no se aventuraron à entrarse en la desenfrenada corriente, que por aquella parte el mar llevaba. Assi es verdad, dixo á esta sazon su esposo Ladislao, porque como me llevabas en alma, no pude dexar de seguirte. Sobrevino la noche, y perdimoste de vista, y aún perdimos la esperanza de hallarte viva, si no fuesse en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomó á su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos. Es, pues, el caso, prosiguió Transila, que aquella noche un viento que de la mar soplaba me traxo á la tierra, y en la marina hallé unos Pescadores, que benignamente me recogieron, y alvergaron, y aún me ofrecieron marido, si no le tenia, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo. Pero la codicia humana, que reyna, y tiene su señorío aùn entre las peñas, y riscos del mar, y en los corazones duros, y campestres, se entró aquella noche en los pechos de aquellos rusticos Pescadores, y acordaron entre sí, que pues de todos era la presa que en mi tenian, y que no podria ser dividida en partes, para poder repartirme, que me vendiessen á unos cosarios, que aquella tarde avian descubierto no lexos de sus pesquerías. Bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedir á los cosarios; pero no quise tomar ocasion de recibir bien alguno de ninguno de mi barbara Patria: y assi al amanecer, aviendo llegado allí los Piratas, me vendieron, no sé por quanto, aviendome primero despojado de las joyas que llevaba de desposada. Lo que sé decir, es, que me trataron los cosarios con mejor termino, que mis Ciudadanos, y me dixeron, que no fuesse melancolica, porque no me llevaban para esclava, sino para esperar ser Reyna, y aun señora de todo el Universo, si ya no mentian ciertas profecías de los barbaros de aquella Isla, de quien tanto se hablaba por el mundo. De como llegué, del recibimiento que los barbaros me hicieron, de como aprendì su lengua, en este tiempo que ha que falté de vuestra presencia, de sus ritos, ceremonias, y costumbres, del vano assumpto de sus profecías, y del hallazgo de estos señores con quien vengo, y del incendio de la Isla,

que ya queda abrasada, y de nuestra libertad, diré otra vez; que por ahora basta lo dicho, quiero dar lugar á que mi Padre me diga que ventura le ha trahido, á darmela tan buena, quando menos la esperaba.

Aqui dió fin Transila á su platica, teniendo à todos colgados de la suavidad de su lengua, y admirados del extremo de su hermosura, que despues de la de Auristela, ninguna se le igualaba. Mauricio su Padre, entonces dixo: Ya sabes, hermosa Transila, querida hijo, como mis estudios, y exercicios entre otros muchos, gustosos, y loables, me llevaron tras sí los de la Astrología judiciaria, como aquellos que quando aciertan, cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no solo de saber todo lo passado, y presente, sino lo por venir. Viendote, pues, perdída, noté el punto, observé los astros, miré el aspecto de los Planetas, señalé los sitios, y casas necessarias para que respondiesse mi trabajo á mi deseo; porque ninguna ciencia en quanto á ciencia engaña, el engaño está en quien no la sabe, principalmente la del Astrología, por la velocidad de los Cielos que se lleva tras sí todas las Estrellas, las quales no influyen en este lugar lo que en aquel, ni en aquel lo que en este: y assi, el Astrologo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arrimarse á lo mas probable, y á lo mas experimentado: y el mejor Astrologo del Mundo, puesto que muchas veces se engaña, es el demonio: porque no solamente juzga de lo por venir, por la ciencia que sabe, sino tambien por las premissas, y congeturas: y como ha tanto tiempo que tienen experiencia de los casos passados, y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja á juzgar de los por venir: lo que no tenemos los aprendices de esta ciencia, pues hemos de juzgar siempre á tiento, y con poca seguridad. Con todo esso alcancé que tu perdicion avia de durar dos años, y que te avia de cobrar este dia, y en esta parte, para remozar mis canas, y para dar gracias á los Cielos del hallazgo de mi thesoro, alegrando mi espiritu con tu presencia; puesto que sé que ha de ser á costa de algunos sobresaltos: que por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las quales tienen jurisdiccion, y un modo de licencia de entrarse por los buenos sucessos, dando à entender, que ni el bien es eterno, ni el mal durable. Los Cielos

seràn

serán servidos, dixo á esta sazon Auristela, que avia gran tiempo que callaba, de darnos prospero viage, pues nos le promete tan buen hallazgo. La muger prisionera, que avia estado escuchando con grande atencion el razonamiento de Transila, se puso en pié á pesar de sus cadenas, y al de la fuerza que le hacia, para que no se levantasse el que con ella venia preso, y con voz levantada dixo:

CAPITULO XIV.

Donde se declara quien eran los que tan aherrojados venian.

SI es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concedaseme á mi por esta vez, donde la brevedad de mis razones templará el fastidio que tuvieredes de escucharlas. Haste quexado (dixo bolviendose á Transila) señora doncella de la barbara costumbre de los de tu Ciudad, como si lo fuera aliviar el trabajo á los menesterosos, y quitar la carga á los flacos: si que no es error (por bueno que sea un cavallo) passearle la carrera primero que se ponga en él, ni vá contra la honestidad el uso, y costumbre, si en el no se pierde la honra, y se tiene por acertado lo que no lo parece: si, que mejor governará el timon de una nave el que huviere sido marinero, que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto. La experiencia en todas las cosas es la mejor maestra de las artes: y asi mejor te fuera entrar experimentada en la compañia de tu esposo, que rustica, é inculta. Apenas oyó esta razon ultima el hombre que consigo venia atado, quando dixo, poniendole el puño cerrado junto al rostro, amenazandola: O Rosamunda, ò por mejor decir, Rosa inmunda! porque munda, ni lo fuiste, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si viviesses mas años que los mismos tiempos, y assi no me maravillo de que te parezca mal la honestidad, ni el buen recato, á que están obligadas las honradas doncellas. Sabed, señores, (mirando á todos los circunstantes) prosiguió, que esta muger que aqui veis atada como loca, y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido concubina, y amiga del Rey de Inglaterra, de cuyas impudicas costumbres hay largas historias, y longissimas memorias entre todas las gentes del mundo. Esta mandó al Rey, y por añadidura a todo el Reyno,

puso

puso leyes, quitó leyes, levantó caidos víciosos, y derribó levantados virtuosos: cumplió sus gustos tan torpe, como publicamente en menoscabo de la autoridad del Rey, y en muestra de sus torpes apetitos, fueron tantas las muestras, y tan torpes, y tantos sus atrevimientos, que rompiendo los lazos de diamantes, y las redes de bronce, con que tenia ligado el corazon del Rey, le movieron á apartarla de sí, y á menospreciarla en el mismo grado que la avia tenido en precio. Quando esta estaba en la cumbre de su rueda, y tenia asida por la guedeja à la fortuna, vivia yo despechado, y con deseos de mostrar al mundo quan mal estaban empleados los de mi Rey, y señor natural. Tengo un cierto espiritu satirico, y maldiciente, una pluma veloz, y una lengua libre: deleytanme las maliciosas agudezas, y por decir una, perderé yo no solo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos. Finalmente á entrambos á dos llegó el dia de nuestra ultima paga: á esta mandó el Rey, que nadie en toda la Ciudad, ni en todos sus Reynos, y Señoríos le diesse, ni dado, ni por dineros, otro algun sustento que pan y agua, y que á mi junto con ella nos traxessen á una de las muchas Islas que por aqui hay, que fuesse despoblada, y aqui nos dexassen: pena que para mi ha sido mas mala que quitarme la vida; porque la que con ella passo, es peor que la muerte. Mira Clodio, dixo à esta sazon Rosamunda, quan mal me hallo yo en tu compañia, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar: y si lo he dexado de hacer, es por no llevarte conmigo, que si en el infierno pudiera estar sin ti, se me aliviaran las penas. Yo confiesso que mis torpezas han sido muchas; pero han caído sobre sugeto flaco, y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles ombros, y sobre discrecion experimentada, sin sacar de ellas otra ganancia que una delectacion mas ligera que la menuda paja, que en volubles remolinos rebuelve el viento. Tu has lastimado mil agenas honras, has aniquilado ilustres creditos, has descubierto secretos escondidos, y contaminado linages claros: haste atrevido á tu Rey, á tus Ciudadanos, á tus Amigos, y á tus mismos Parientes: y en són de decir gracias, te has desgraciado con todo él mundo. Bien quisiera yo,

yo, que quisiera el Rey que en pena de mis delitos acabára con otro genero de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que à cada passo me dá tu lengua, de la qual tal vez no están seguros los Cielos, ni los Santos. Con todo esto, dixo Clodio, jamás me ha acusado la conciencia de aver dicho alguna mentira. A tener tu conciencia, dixo Rosamunda, de las verdades que has dicho, tenias harto de que acusarte, que no todas las verdades han de salir en pùblico, ni á los ojos de todos. Si, dixo á esta sazon Mauricio, si, que tiene razon Rosamunda, que las verdades de las culpas cometidas en secreto nadie ha de ser osado de sacarlas en público, especialmente las de los Reyes, y Principes que nos goviernan: si que no toca á un hombre particular reprehender à su Rey, y Señor, ni sembrar en los oídos de sus vasallos las faltas de su Principe, porque esto no será causa de enmendarle, sino de que los suyos no le estimen. Y si la correccion ha de ser fraterna entre todos, por qué no ha de gozar de este privilegio el Principe? Por qué le han de decir publicamente, y en el rostro sus defectos, que tal vez la reprehension pública, y mal consideráda suele endurecer la condicion del que la recibe, y bolverle antes pertinaz, que blando? Y como es forzoso que la reprehension cayga sobre culpas verdaderas, ó imaginadas, nadie quiere que le reprehendan en pùblico: y assi dignamente los satiricos, los maldícientes, los mal intencionados son desterrados, y echados de sus casas sin honra, y con vituperio, sin que les quede otra alabanza, que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos: y es como lo que suele decirse: La traícion contenta, pero el traydor enfada. Y hay mas, que las honras que se quitan por escrito como buelan, y passan de gente en gente no se pueden reducir á restitucion, sin la qual no se perdonan los pecados. Todo lo sé, respondió Clodio, pero si quieren que no hable, ó escriva, cortenme la lengua, y las manos; y aùn entonces pondré la boca en las entrañas de la tierra, y daré voces como pudiere, y tendré esperanza que de alli salgan las cañas del Rey Midas. Ahora bien, dixo á esta sazon Ladislao, haganse estas paces, casemos á Rosamunda con Clodio, quizá con la bendicion del Sacramento del Matrimonio, y con la discrecion de entrambos, mudando de estado, mudarán de vida. Aún bien, dixo Rosamunda,

que

que tengo aqui un cuchillo con que podré hacer una, ó dos puertas en mi pecho por donde salga el alma, que ya tengo casi puesta en los dientes, en solo aver oìdo este tan desastrado, y desatinado casamiento. Yo no me mataré, dixo Clodio, porque aunque soy murmurador, y maldiciente, el gusto que recibo de decir mal quando lo digo bien, es tal, que quiero vivir, porque quiero decir mal. Verdad es, que pienso guardar la cara à los Principes, porque ellos tienen largos brazos, y alcanzan adonde quieren, y á quien quieren: y ya la experiencia me ha mostrado, que no es bien ofender à los poderosos; y la caridad Christiana enseña, que por el Principe bueno se ha de rogar al Cielo por su vida, y por su salud; y por el malo, que le mejore, y enmiende. Quien todo esso sabe, dixo el barbaro Antonio, cerca está de enmendarse: no hay pecado tan grande, ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre, ó se quite del todo. La lengua maldiciente es como espada de dos filos, que corta hasta los huessos, ó como rayo del Cielo, que sin romper la bayna, rompe, y desmenuza el acero que cubre: y aunque las conversaciones, y entretenimientos se hacen sabrosos con la sal de la murmuracion, todavia suelen tener los dexos las mas veces amargos, y desabridos. Es tan ligera la lengua, como el pensamiento: y si son malas las preñeces de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua: y como sean las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden revocar, ni bolver á la parte donde salieron hasta que han hecho su efecto, pocas veces el arrepentirse de averlas dicho, menoscaba la culpa del que las dixo; aunque ya tengo dicho, que un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

CAPITULO XV.

Llega Arnaldo á la Isla donde están Periandro, y Auristela.

EN esto estaban, quando entró un marinero en el hospedage, diciendo á voces: Un baxél grande viene con las velas tendidas encaminado á este Puerto, y hasta ahora no he descubierto señal que me dè à entender de que parte sea. Apenas dixo esto, quando llegò á sus oídos el són horrible de mu-

muchas piezas de artillería, que el baxél disparó al entrar del Puerto, todas limpias, y sin bala alguna, señal de paz, y no de guerra. De la misma manera le respondió el baxél de Mauricio, y toda la arcabucería de los soldados que en él venian. Al momento todos los que estaban en el hospedage salieron á la marina, y en viendo Periandro el baxél recien-llegado, conoció ser el de Arnaldo, Principe de Dinamarca, de que no recibió contento alguno; antes se le rebolvieron las entrañas, y el corazon le comenzó á dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes, y sobresaltos recibió en el suyo Auristela, como aquella que por larga experiencia sabía la voluntad que Arnaldo le tenia, y no podia acomodar su corazon á pensar como podria ser, que las voluntades de Arnaldo, y Periandro se avíniessen bien, sin que la rigurosa, y desesperada flecha de los zelos no les atravezasse las almas. Ya estaba Arnaldo en el esquife de la nave, y ya llegaba á la orilla, quando se adelantó Periandro á recibirle; pero Auristela no se movió del lugar donde primero puso el pié, y aùn quisiera, que allí se le hincáran en el suelo, y se bolvieran en torcidas raíces, como se bolvieron los de la hija de Penéo, quando el ligero corredor Apolo la seguia. Arnaldo que vió á Periandro le conoció, y sin esperar que los suyos le sacassen en ombros á tierra, de un salto que dió desde la popa del esquife se puso en ella, y en los brazos de Periandro, que con ellos abiertos le recibió, y Arnaldo le dixo: Si yo fuesse tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallasse à tu hermana Auristela, ni tendria mal que temer, ni otro bien mayor que esperar. Conmigo està, valeroso señor, respondió Periandro, que los Cielos atentos à favorecer tus virtuosos, y honestos pensamientos, te la han guardado con la entereza que tambien ella por sus buenos deseos merece. Ya en esto se avia comunicado por la nueva gente, y por la que en la tierra estava, quien era el Principe que en la nave venia: y todavia estaba Auristela como estatua, sin voz, inmovible, y junto á ella la hermosa Transila, y las dos, al parecer barbaras, Ricla, y Constanza. Llegó Arnaldo, y puesto de hinojos ante Auristela, le dixo: Seas bien hallado, Norte por donde se guian mis honestos pensamientos, y estrella fixa, que me lleva al Puerto, donde han de tener reposo mis buenos deseos. A todo esto no respondió palabra Auristela, antes

tres le vinieron las lagrimas á los ojos, que comenzaron á bañar sus rosadas mexillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse, si de pesar, ù de alegria podia proceder semejante acontecimiento: mas Periandro, que todo lo notaba, y en qualquier movimiento de Auristela tenia puestos los ojos, sacó á Arnaldo de duda, diciendo: Señor, el silencio, y las lagrimas de mi hermana nacen de admiracion, y de gusto. La admiracion, de el verte en parte tan no esperada; y las lagrimas, del gusto de averte visto. Ella es agradecida, como lo deben ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto de servirte, con las mercedes, y limpio tratamiento que siempre le has hecho. Fueronse con esto al hospedage, bolvieron á colmarse las meses de manjares; llenaronse de regozijo los pechos, porque ae llenaron las tazas de generosos vínos: que quando se trasisgan por la mar de un cabo à otro, se mejoran de manerae, que no hay nectar que se les iguale. Esta segunda comida se hizo por respecto del Principe Arnaldo. Contó Periandro al Principe lo que le sucedió en la Isla barbara con la libertad de Auristela, con todos los sucessos, y puntos que hasta aqui se han contado, con que se suspendió Arnaldo, y de nuevo se alegraron, y admiraron todos los presentes.

CAPITULO XVI.

Determinan todos salir de la Isla prosiguiendo su viage.

EN esto el Patron del hospedage dixo: No se si diga que me pesa de la bonanza que prometen en el mar las señales del Cielo. El Sol se pone claro, y limpio, cerca, ni lexos no se descubre zelage alguno, las olas hieren la tierra blanda, y suavemente, y las aves salen al mar á espaciarse; que todos estos son indicios de serenidad firme, y duradera, cosa que ha de obligar á que me dexen solo tan honrados huespedes como la fortuna á mi hospedage ha trahido. Assi será, dixo Mauricio, que puesto que vuestra noble compañia se ha de tener por agradable, y cara, el deseo de bolver á nuestras Patrias, no consiente que mucho tiempo la gozemos. De mi sé decir, que esta noche à la primera guarda me pienso hacer á la vela, si con mi parecer viene el de mi Piloto, y el de essos señores Soldados, que en el navío vienen.

A

A lo que añadió Arnaldo : Siempre la pérdida del tiempo no se puede cobrar, y la que se pierde en la navegacion es irremediable. En efecto, entre todos los que en el Puerto estaban, quedó de acuerdo, que en aquella noche fuessen de partida la buelta de Inglaterra, á quien todos iban encaminados. Levantóse Arnaldo de la mesa, y asciendo de la mano à Periandro, le sacó fuera del hospedage, donde à solas, y sin ser oído de nadie, le dixo: No es possible, Periandro amigo, sino que tu hermana Auristela te avrá dicho la voluntad, que en dos años que estuvo en poder del Rey mi Padre le mostré, tan ajustada con sus honestos deseos, que jamás me salieron palabras à la boca que pudiesen turbar sus castos intentos: nunca quise saber mas de su hacienda de aquello que ella quiso decirme, pintandola en mi imaginacion, no como persona ordinaria, y de baxo estado, sino como à Reyna de todo el mundo: porque su honestidad, su gravedad, su discrecion, tan en extremo extremada, no me daba lugar à que otra cosa pensase. Mil veces me le ofrecí por su esposo, y esto con voluntad de mi Padre, y aún me parecia que era corto mi ofrecimiento : respondióme siempre, que hasta verse en la Ciudad de Roma, adonde iba á cumplir un voto, no podia disponer de su persona. Jamás me quiso decir su calidad, ni la de sus padres : ni yo, como ya he dicho, le importuné me la dixesse, pues ella sola por sí misma, sin que trayga dependencia de otra alguna noblezà, merece, no solamente la Corona de Dinamarca, sino de toda la Monarquía de la tierra. Todo esto te he dicho, Periandro, para que como varon de discurso, y entendimiento consideres que no es muy baxa la ventura, que eſtá llamando á las puertas de tu comodidad, y la de tu hermana, à quien desde aqui me ofrezco por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento, quando ella quisiere; y à donde quisiere, aqui debajo de estos pobres techos, ó en los dorados de la famosa Roma : y assimismo te ofresco de contenerme en los limites de la honestidad, y buen decoro, si bien viesse consumirme en los ahincos, y desseos que trahe consigo la concupiscencia desenfrenada, y la esperanza propinqua, que suele fatigar mas que la apartada. Aqui dió fin à su platica Arnaldo: y estuvo atentissimo á lo que Periandro avia de responderle, que fue: Bien conozco, valeroso Principe Arnaldo, la obligacion en

que yo, y mi hermana te estamos, por las mercedes que hasta aqui nos has hecho, y por la que ahora de nuevo nos haces; à mi por ofrecerte por mi hermano, y à ella por esposo; pero aunque parezca locura, que dos miserables Peregrinos, desterrados de su Patria, no admitan luego, luego el bien que se les ofrece, te sé decir, no ser posible el recibirle, como es posible el agradecerle. Mi hermana, y yo vamos llevados del destino, y de la eleccion à la Santa Ciudad de Roma: y hasta vernos en ella parece que no tenemos sér alguno, ni libertad para usar de nuestro alvedrio. Si el Cielo nos llevare á pisar la Santissima tierra, y adorar sus Reliquias Santas, quedarémos en disposicion de disponer de nuestras, hasta ahora impedidas voluntades: y entonces será la mia toda empleada en servirte. Séte decir tambien, que si llegáres al cumplimiento de tu buen deseo, llegarás á tener una esposa de ilustrissimo linage nacida, y un hermano que lo sea mejor que cuñado: y entre las muchas mercedes que entrambos à dos hemos recibido, te suplico me hagas à mi una, y es, que no me preguntes mas de nuestra hacienda, y de nuestra vida, porque no me obligues á que sea mentiroso, inventando quimeras que decirte, mentirosas, y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia. Dispon de mi, respondió Arnaldo, hermano mio, à toda tu voluntad, y gusto, haciendo cuenta que yo soy cera, y tu el sello, que has de imprimir en mi lo que quisieres: y si te parece, sea nuestra partida esta noche à Inglaterra, que de allí facilmente passarémos à Francia, y á Roma, en cuyo viage, y del modo que quisieredes, pienso acompañaros, si de ello gustáredes. Aunque le pesò á Periandro de este ultimo ofrecimiento, le admitió, esperando en el tiempo, y en la dilacion, que tal vez mejora los sucesos: y abrazandose los dos cuñados en esperanza, se bolvieron al hospedage à dar traza en su partida. Avia visto Auristela, como Arnaldo, y Periandro avian salido juntos, y estaba temerosa del fin que podia tener el de su platica, y razonamiento: y puesto que conocia la modestia en el Principe Arnaldo, y la mucha discrecion de Periandro, mil generos de temores la sobresaltaban, pareciendole, que como el amor de Arnaldo igualaba à su poder, podia remitir à la fuerza sus ruegos: que tal vez en los pechos de los desdeñados amantes se convierte la paciencia

ciencia en rabia, y la cortesía en descomedimiento; pero quando los vió venir tan sossegado, y pacificos, cobró casi los perdidos espiritus. Clodio el maldiciente, que ya avia sabido quien era Arnaldo, se le echó á los pies, y le suplicó le mandasse quitar la cadena, y apartar de la compañia de Rosamunda. Mauricio le contò luego la condicion, la culpa, y la pena de Clodio, y la de Rosamunda. Movido á compassion de ellos, hizo por un Capitan que los trahia á su cargo, que los desherrassen, y se los entregassen, que él tomaba à su cargo alcanzarles perdon de su Rey, por ser su grande amigo. Viendo lo qual el maldiciente Clodio, dixo: Si todos los señores se ocupassen en hacer buenas obras, no avria quien se ocupasse en decir mal de ellos; pero porque ha de esperar el que obra mal, que digan bien de él? y si las obras virtuosas, y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, por què no lo serán las malas? Por qué ha de esperar, el que siembra zizaña, y maldad, dé buen fruto su cosecha? Llevame contigo, ò Principe, y verás como pongo sobre el cerco de la Luna tus alabanzas. No, no, respondió Arnaldo, no quiero que me alabes por las obras que en mi son naturales: y mas, que la alabanza tanto es buena, quanto es bueno el que la dice, y tanto es mala, quanto es vicioso, y malo el que alaba: que si la alabanza es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabanza; y si vicioso, vituperio.

CAPITULO XVII.

Dà cuenta Arnaldo del sucesso de Taurisa.

CON gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo, y Periandro passaron en la platica que tuvieron fuera del hospedage, y aguardaba comodidad para preguntarselo à Periandro, y para saber de Arnaldo, que se avia hecho su doncella Taurisa: y como si Arnaldo le adivinára los pensamientos, le dixo: Las desgracias que has pasado, hermosa Auristela, te avrán llevado de la memoria las que tenias en obligacion de acordarte de ellas: entre las quales querria que huviessen borrado de ella à mi mismo, que con sola la imaginacion de pensar que algun tiempo he estado en ella, viviria contento: pues no puede aver olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo. El olvido presente cae sobre

la memoria del acuerdo pasado ; pero como quiera que sea ; acuerdesete de mi , ò no te acuerdes , de todo lo que hicieres estoy contento : que los Cielos que me han destinado para ser tuyo , no me dexan hacer otra cosa : mi alvedrio lo es para obedecerte. Tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas , que despues que te robaron de mi Reyno, te han sucedido ; unas me han admirado , otras suspendido, y estas , y aquellas espantado. Veo asimismo , que tienen fuerza las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones , que parecen forzosas: ni me has preguntado por mi padre , ní por Taurisa tu doncella : à él dexè yo bueno , y con deséo de que te buscase , y te hallasse : à ella le traxe conmigo , con intencion de venderla á los barbaros , para que sirviesse de espia , y viesse si la fortuna te avia llevado á su poder. De como vino al mio tu hermano Periandro , ya él te lo avrá contado , y el concierto que entre los dos hícimos : y aunque muchas veces he probado bolver á la Isla barbara , los vientos contrarios no me han dexado , y ahora bolvia con la misma intencion , y con el mismo deseo : el qual me ha cumplido el Cielo con bienes de tantas ventajas , como son de tenerte en mi presencia , alivio universal de mis cuydados. Taurisa tu doncella avrá dos dias que la entregué à dos Cavalleros amigos mios , que encontré en medio de este mar , que en un poderoso navio iban á Irlanda , à causa que Taurisa iba muy mala , y con poca seguridad de la vida: y como este navio en que yo ando, mas se puede llamar de corsario , que de hijo de Rey , viendo que en él no avia regalos , ni medicinas que piden los enfermos , se la entregué , para que la llevassen á Irlanda, y la entregassen á su Principe , que la regalasse , curasse , y guardasse , hasta que yo mismo fuesse por ella. Oy he dexado apuntado con tu hermano Periandro , que nos partamos mañana , ó ya para Inglaterra , ò ya para España , ó Francia , que à do quiera que arribemos tendremos segura comodidad para poner en efecto los honestos pensamientos , que tu hermano me ha dicho que tienes : y yo en este entretanto llevaré sobre los ómbros de mi paciencia mis esperanzas , sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento. Con todo esto te ruego , señora , y te suplico , que mires , si con nuestro parecer , viene, y ajusta el tuyo , que si algun tanto dissueña no le pondremos en

execu-

execucion. Yo no tengo otra voluntad, respondió Auristela, sino la de mi hermano Periandro, ni él, pues es discreto, querrá salir un punto de la tuya. Pues si assi es, replicò Arnaldo, no quiero mandar, sino obedecer, porque no digan que por la calidad de mi persona me quiero alzar con el mando á mayores. Esto fue lo que passó à Arnaldo con Auristela la qual se lo contò todo à Periandro, y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao, y los dos Capitanes, y el navio Inglés, con todos los que salieron de la Isla barbara, entráron en consejo, y ordenaron su partida en la forma siguiente.

CAPITULO XVIII.

Donde Mauricio sabe por la Astrologia un mal sucesso que les avino en el mar.

EN la nave donde vinieron Mauricio, y Ladislao, los Capitanes, y Soldados que traxeron à Rosamunda, y à Clodio se embarcaron todos aquellos que salieron de la mazmorra, y prision de la Isla barbara: y en el navio de Arnaldo se acomodaron Mauricio, Transila, Ricla, y Constanza, y los dos Antonios Padre, é hijo, Ladislao, Mauricio, y Transila; sin consentir Arnaldo que se quedassen en tierra Clodio, y Rosamunda: Rutilio se acomodó con Arnaldo: hicieron agua aquella noche, recogiendo, y comprando del huesped todos los bastimentos que pudieron: y aviendo mirado los puntos mas convenientes para su partida; dixo Mauricio, que si la buena suerte les escapaba de una mala que les amenazaba muy propinqua,tendria buen sucesso su viage, y que el tal peligro, puesto que era de agua, no avia de suceder (si sucediesse) por borrasca, ni tormenta del mar, ni de tierra, síno por una traicion mezclada, y aún forjada del todo de deshonestos, y lascivos deseos. Periandro, que siempre andaba sobresaltado con la compañia de Arnaldo, vino à temer, si aquella traícion avia de ser fabricada por el Principe, para alzarse con la hermosa Auristela, pues la avia de llevar en su navio; pero opusose à todo este mal pensamiento la generosidad de su animo, y no quiso creer lo que temia, por parecerle que en los pechos de los valerosos Principes no deben hallar acogida alguna las traíciones; pero no por esto

dexó de pedir, y rogar á Mauricio, mirasse muy bien de que parte les podia venir el daño que les amenazaba. Mauricio respondió que no lo sabia, puesto que le tenia por cierto, aunque templaba su rigor, con que ninguno de los que en el se hallassen, avia de perder la vida, sino el sosiego, y la quietud, y avian de ver rompidos la mitad de sus designios sus mas bien encaminadas esperanzas. A lo que Periandro le replicó, que detuviessen algunos dias la partida, quiza con la tardanza del tiempo se mudarian, ó se templarian los influxos rigurosos de las estrellas. No, replicò Mauricio, mejor es arrojarnos en las manos de este peligro, pues no llega à quitar la vida, que no intentar otro camino que nos lleve á perderla. Ea, pues, dixo Periandro: echada está la suerte, partamos en buen hora, y haga el Cielo lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede escusar. Satisfizo Arnaldo al huesped magnificamente con muchos dones el buen hospedage, unos en unos navios, y otros en otros, cada qual segun, y como vió que mas le convenia, dexó el Puerto desembarazado, y se hizo á la vela. Salió el navio de Arnaldo adornado de ligeras flamulas, y banderetas, y de pintados, y vistosos gallardetes. Al zarpar los hierros, y tirar las ancoras, disparò assi la gruessa, como la menuda artillería: rompieron los ayres los sones de las chirimias, y los de otros instrumentos musicos, y alegres: oyeronse las voces de los que decian, reíterandolo à menudo: buen viage, buen viage. A todo esto no alzaba la cabeza de sobre el pecho la hermosa Auristela, que casi como preság̃a del mal que le avia de venir, iba pensativa. Mirabala Periandro, y remirabala Arnaldo, teniendola cada uno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos, y principio de sus alegrias. Acabóse el dia, entróse la noche clara, y serena, despojando un ayre blando los zelagos, que parece que se iban á juntar si los dexàran. Puso los ojos en el Cielo Mauricio, y de nuevo tornó á mirar en su imaginacion las señales de la figura que avia levantado, y de nuevo confirmó el peligro que les amenazaba; pero nunca supo atinar de que parte les vendria. Con esta confusion, y sobresalto se quedó dormido encima de la cubierta de la nave, y de alli á poco despertó despavorido, diciendo á grandes voces: Traícion, traícion, traícion, despierta Principe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas

vo-

voces se levantó Arnaldo, que no dormia, puesto que estaba echado junto à Periandro en la misma cubierta: y dixo: Que has amigo Mauricio? quien nos ofende, ò quien nos mata? todos los que en este navio vamos no somos amigos? no son todos los mas vasallos, y criados mios? el Cielo está claro, y sereno? el mar tranquilo, y blando, el baxel sin tocar en escollo, ni en vaxío no navega? hay alguna remora, que nos detenga? pues si no hay nada de esto, de que temes, que assi con tus sobresaltos nos atemorizas? No sé, replicó Mauricio, haz, Señor, que baxen los buzanos à la sentina, que si no es sueño, á mi me parece que nos vamos anegando. No huvo bien acabado esta razon, quando quatro, ò seis marineros se dexaron calar al fondo del navio, y le requirieron todo, porque eran famosos buzanos, y no hallaron costura alguna por donde entrase agua al navio: y bueltos à la cubierta, dixeron que el navio iba sano, y entero, y que el agua de la sentina estaba turbia, y hedionda, señal clara de que no entraba agua nueva en la nave. Assi debe de ser, dixo Mauricio, sino que yo como viejo, en quien el temor tiene su assiento de ordinario, hasta los sueños me espantan: y plega à Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaria de parecer viejo temeroso, antes que verdadero judiciario. Arnaldo le dixo: Sossegaos buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan à estas señoras. Yo lo haré assi, si puedo, respondió Mauricio, y tornandose á echar sobre la cubierta, quedó el navio lleno de muy sossegado silencio: en el qual Rutilio que iba sentado al pie del arbol mayor, combidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo, ú de la voz, que la tenia estremada, al son del viento que dulcemente hería en las velas, en su propia lengua Toscana comenzó à cantar esto que buelto en la lengua Española, assi decia:

Huye el rigor de la invencible mano
Advertido, y encierrase en el arca,
De todo el mundo el general Monarca,
Con las reliquias del linage humano.

El dilatado asylo, el soberano
Lugar rompe los fueros de la Parca,
Que entonces fiera, y licenciosa abarca,
Quanto alienta, y respira el ayre vano.

Vence en la excelsa maquina encerrarse
El Leon, y el Cordero, y en segura
Paz la Paloma al fiero Alcon unida.

Sin ser milagro lo discorde amarse:
Que en el comun peligro, y desventura,
La natural inclinacion se olvida.

EL que mejor entendió lo que cantó Rutilio, fue el barbaro Antonio, el qual le dixo assimismo: bien canta Rutilio, y si por ventura es suyo el soneto que ha cantado, no es mal Poéta; aunque como lo puede ser bueno un oficial? Pero no digo bien, que yo me acuerdo haver visto en mi Patria, España, Poétas de todos los oficios. Esto dixo en voz que la oyó Mauricio el Principe, y Periandro, que no dormian, y Mauricio dixo: Possible cosa es que un oficial sea Poéta, porque la Poesía no está en las manos, sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del Sastre para ser Poéta, como la de un Maesse de Campo: porque las almas todas son iguales de una misma massa en sus principios criadas, y formadas por su hacedor: y segun la caxa, y temperamento del cuerpo, donde las encierra, assi parecen ellas mas, ò menos discretas, y atienden, y se aficionan à saber las ciencias, artes, ò habilidades à que las estrellas mas las inclinan: pero mas principalmente, y propria se dice, que el Poéta nascitur. Assi que no hay que admirar de que Rutilio sea Poéta, aunque aya sido Maestro de danzar. Y tan grande, replicó Antonio, que ha hecho cabriolas en el ayre mas arriba de las nubes. Assi es, respondió Rutílio, que todo esto estaba escuchando, que las hice casi junto al Cielo quando me traxo cavallero en el manto aquella hechizera desde Toscana, mi Patria, hasta Noruega, donde la maté, que se avia convertido en figura de loba, como ya otras veces he contado. Esso de convertirse en lobas, y lobos algunas gentes de estas Septentrionales, es un error grandissimo, dixo Mauricio, aunque admitido de muchos. Pues como es esto, dixo Arnaldo, que comunmente se dice, y se tiene por cierto, que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se han convertido en ellos? Esso, respondió Mauricio,

cio, no puede ser en Inglaterra, porque en aquella Isla templada, fertilissima, no solo no se crian lobos, pero ningun otro animal nocivo, como si dixessemos, serpientes, viboras, sapos, arañas, y escorpiones; antes es cosa llana, y manifiesta, que si algun animal ponzoñoso trahen de otras partes á Inglaterra, en llegando à ella muere, y si de la tierra de esta Isla llevan á otra parte alguna tierra, y cercan con ella à alguna vibora, no osa, ni puede salir del cerco que la aprisiona, y rodea, hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender de esto de convertirse en lobos, es, que hay una enfermedad, á quien llaman los Medicos, Mania lupina, que es de calidad que al que la padece le parece que se ha convertido en lobo, y ahulla como lobo, y se juntan con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos, y los montes, ladrando ya como perros, ò ya ahullando como lobos; despedazan los arboles, matan á quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos; y oy dia sè yo que hay en la Isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterraneo, gentes de este genero, á quien los Sicilianos llaman lobos menares, los quales antes que los dé tan pestifera enfermedad lo sienten, y dicen à los que están junto à ellos, que se aparten, y huyan de ellos, ò que los aten, ò encierren, porque si no se guardan los hacen pedazos á bocados, y los desmenuzan, si pueden, con las uñas, dando terribles, y espantosos ladridos: y esto es tanta verdad, que entre los que se han de casar se hace informacion bastante, de que ninguno de ellos es tocado de esta enfermedad: y si despues, andando el tiempo, la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. Tambien es opinion de Plinio, segun lo escribe en el libro 8. Capitulo 22. que entre los Arcades hay un genero de gente, la qual passando un lago, cuelga los vestidos que lleva de una encina, y se entra desnudo la tierra adentro, y se junta con la gente que alli halla de su linage en figura de lobos, y está con ellos nueve años: al cabo de los quales buelve á passar el lago, cobra su perdida figura: pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo hay, passa en la imaginacion, y no realmente. No sé, dixo Rutilio: lo que sé, es, que maté la loba, y hallé muerta à mis pies la hechizera. Todo esso puede ser, replicó Mauricio, porque la fuerza de los hechizos de los maleficos, y encantadores que

los

los hay, nos hace ver una cosa por otra; y quede desde aqui assentado, que no hay gente alguna que mude en otra su primera naturaleza. Gusto me ha dado grande, dixo Arnaldo, el saber esta verdad, porque tambien yo era uno de los credulos de este error: y lo mismo debe de ser lo que las fabulas cuentan de la conversion en cuervo de el Rey Artus de Inglaterra, tan creída de aquella discreta Nacion, que se abstienen de matar cuervos en toda la Isla. No sé, respondió Mauricio, de donde tomó principio essa fabula tan creída, como mal imaginada. En esto fueron razonando casi toda la noche, y al despuntar del dia, dixo Clodio, que hasta alli avia estado oyendo, y callando: Yo soy un hombre, à quien no se le dá por averiguar estas cosas un dinero: que se me de à mi que aya lobos hombres, ò no: ò que los Reyes anden en figuras de cuervos, ù de aguilas; aunque si se hubiessen de convertir en aves, antes querria que fuessen en palomas, que en milanos. Passò, Clodio, no digas mal de los Reyes, que me parece que te quieres dar algun filo à la lengua, para cortarles el credito. No, respondió Clodio, que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca, ó por mejor decir en la lengua, que no consienta que la mueva: y assi antes pienso de aqui adelante rebentar callando, que alegrarme hablando. Los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si à unos alegran, à otros entristecen: contra el callar no hay castigo, ni respuesta: vivir quiero en paz los dias que me quedan de la vida á la sombra de tu generoso amparo: puesto que por momentos me fatigan ciertos impetus maliciosos, que me hacen baylar la lengua en la boca, à malograrseme entre los dientes mas de quatro verdades, que andan por salir á la plaza del mundo, sirvase Dios con todo. A lo que dixo Auristela: De estimar es, ó Clodio, el sacrificio que haces al Cielo de tu silencio. Rosamunda, que era una de las llegadas à la conservacion, bolviendose à Auristela dixo: El dia que Clodio fuere callado, seré yo buena, porque en mi la torpeza, y en el la murmuracion son naturales; puesto que mas esperanza puedo yo tener de enmendarme, que no el, porque la hermosura se envejece con los años, y faltando la belleza, menguan los torpes deseos; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdicion el tiempo: y assi los ancianos murmuradores hablan mas quanto mas viejos, porque han visto mas,

y

y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado, y recogido à la lengua. Todo es malo, dixo Transila, cada qual por su camino va à parar à su perdicion. El que nosotros ahora hacemos, dixo Ladislao, prospero, y felice ha de ser, segun el viento se muestra favorable, y el mar tranquilo. Assi se mostraba esta passada noche, dixo la barbara Constanza; pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusion, y alboroto, tanto, que ya yo pensé qué nos avia sorvido el mar à todos. En verdad, señora, respondió Mauricio, que si yo no estuviera enseñado en la verdad Catholica, y me acordára de lo que dice Dios en el Levitico: no seais agoreros, ni deys credito à los sueños, porque no à todos es dado el entenderlos, que me atreviera à juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto: el qual, segun à mi parecer no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños; que quando no son revelaciones Divinas, ò ilusiones del demonio, proceden, ù de los muchos manjares que suben vapores al celebro, con que turban el sentido comun, ò ya de aquello que el hombre trata mas de dia. Ni el sueño que à mi me turbó cae debaxo de la observacion de la Astrología; porque sin guardar puntos, ni observar astros, señalar rumbos, ni mirar imagenes, me pareció ver visiblemente que en un gran Palacio de madera, donde estabamos todos los que aqui vamos, llovian rayos del Cielo, que le abrian todo, y por las bocas que hacian descargaban las nubes, no solo un mar, sino mil mares de agua: de tal manera, que creyendo que me iba anegando, comencé à dar voces, y à hacer los mismos ademanes que suele hacer el que se anega; y aún no estoy tan libre de este temor, que no me queden algunas reliquias en el alma; y como sé que no hay mas cierta Astrología que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, que mucho que yendo navegando en un navio de madera, tema rayos del Cielo, nubes del ayre, y aguas de la mar: pero lo que mas me confunde, y suspende, es, que si algun daño nos amenaza, no ha de ser de ningun elemento, que destinada, y precisamente se disponga à ello, sino de una traicion forjada, como yo otra vez he dicho, en algunos lascivos pechos. No me puedo persuadir, dixo à esta sazon Arnaldo, que entre los que van por el mar navegando pueden entremeterse las blanduras de Venus nidos apetitos de

de su torpe hijo. Al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte, guardandose para mejor vida. Esto dixo Arnaldo, por dar à entender à Auristela, y á Periandro, y á todos aquellos que sus deseos conocian, quan ajustados iban sus movimientos con los de la razon; y prosiguiò diciendo: El Principe justa razon es que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del Principe. Asi es, respondió Mauricio, y aun es bien, que assi sea; pero dexemos passar este dia, que si él dá lugar à que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pediré, y las daré albricias del buen sucesso. Iba el Sol à esta sazon à ponerse en los brazos de Thetis, y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta alli se avia tenido: soplaba favorable el viento: por parte ninguna se descubrian zelages, que turbassen los marineros: el Cielo, la mar, el viento, todos juntos, y cada uno de por sí prometian felicissimo viage, quando el prudente Mauricio dixo en voz turbada, y alta: Sin duda nos anegamos, anegamonos sin duda.

CAPITULO XIX.

Donde se dá cuenta de lo que dos Soldados hicieron; y la division de Periandro, y Auristela.

A Cuyas voces respondió Arnaldo: Como es esto, (ò gran Mauricio) que aguas nos sorben, ò que mares nos tragan, que olas nos embisten? La respuesta que le dieron á Arnaldo, fue ver salir debaxo de la cubierta á un marinero despavorido, echando agua por la boca, y por los ojos, diciendo con palabras turbadas, y mal compuestas: Todo este navio se ha abierto por muchas partes, el mar se ha entrado en él tan á rienda suelta, que presto le vereis sobre esta cubierta. Cada uno atienda à su salud, y à la conservacion de la vida. Acogete, ò Principe Arnaldo, al esquife, ò à la barca, y lleva contigo las prendas que mas estimas, antes que tomen entera possession de ellas estas amargas aguas. Estancó en esto el navio poderse mover por el peso de las aguas, de quien ya estaba lleno: amaynó el Piloto todas las velas de golpe, y todos sobresaltados, y temerosos acudieron á buscar su remedio. El Principe, y Periandro fueron al esquife, y arrojandole al mar, pusieron en èl á Auristela. Transila,

sila, Ricla, y la Barbara Constanza, entre las quales, viendo que no se acordaban de ella, se arrojò Rosamunda, y tras ella mandó Arnaldo entrase Mauricio. En este tiempo andaban dos Soldados descolgando la barca, que al costado del navio venia asida, y el uno de ellos, viendo que el otro queria ser el primero que entrasse dentro, sacando un puñal de la cinta, se le embaynó en el pecho, diciendo á voces: Pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva à ti de castigo, y á mi de escarmiento, à lo menos el poco tiempo que me queda de vida: y diciendo esto, sin querer aprovecharse del acogimiento que la barca les ofrecia, desesperadamente se arrojó al mar, diciendo á voces, y con mal articuladas palabras: Oye, ò Arnaldo, la verdad que te dice este traydor, que en tal punto es bien que la diga. Yo, y aquel à quien me viste passar el pecho, por muchas partes abrimos, y taladramos este navio, con intencion de gozar de Auristela, y de Transila, recogiendolas en el esquife; pero aviendo visto yo aver salido mi designio contrario de mi pensamiento, à mi compañero quité la vida, y à mi me doy la muerte: con esta ultima palabra se dexó ir al fondo de las aguas, que le estorvaron la respiracion del ayre, y le sepultaron en perpetuo silencio; y aunque todos andaban confusos, y ocupados buscando, como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dexó de oír las razones Arnaldo del desesperado, y él, y Periandro acudieron à la barca: y aviendo antes que entrase en ella ordenado que entrasse en el esquife Antonio el mozo, sin acordarse de recoger algun bastimento. El, Ladislao, Antonio el Padre, Periandro, y Clodio se entraron en la barca, y fueron à abordar con el esquife, que algun tanto se avia apartado del navio, sobre el qual ya passaban las aguas, y no se parecia de él sino el arbol mayor, como en señal que alli estaba sepultado. Llegóse en esto la noche, sin que la barca pudiesse alcanzar al esquife desde, el qual daba voces Auristela, llamando à su hermano Periandro, que la respondia, reiterando muchas veces su (para el) dulcissimo nombre. Transila, y Ladislao hacian lo mismo, y encontrabanse en los ayres las voces de dulcissimo esposo mio, y amada esposa mia, donde se rompian sus designios, y se deshacian sus esperanzas con la imposibilidad de no poder juntarse, à causa que

la

la noche se cubria de obscuridad, y los vientos comenzaron à soplar de partes diferentes. En resolucion, la barca se apartó del esquife, y como mas ligera, y menos cargada voló por donde el mar, y el viento quisieron llevarla. El esquife, mas con la pesadumbre que con la carga de los que en él iban, se quedó, como si aposta quisieran que no navegára; pero quando la noche cerró con mas obscuridad que al principio, comenzaron à sentir de nuevo la desgracia sucedida. Vieronse en mar no conocida, amenazados de todas as inclemencias del Cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra, el esquife sin remos, y sin bastimentos, y la hambre solo detenida de la pesadumbre que sintieron. Mauricio, que avia quedado por Patron, y por Marinero del esquife, ni tenia con que, ni sabia como guiarle; antes segun los llantos, gemidos, y suspiros de los que en él iban, podia temer que ellos mismos le anegarian. Miraba las Estrellas, y aunque no parecian de todo en todo, algunas que por entre la obscuridad se mostraban, le daban indicio de venidera serenidad; pero no le mostraban en que parte se hallaban. No consintiò el sentimiento que el sueño aliviasse su angustia, porque se les passó la noche velando, y se vino el dia, no à mas andar, como dicen, sino para mas pena: porque con él descubrieron por todas partes el mar cerca, y lexos, por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas, ó algun otro baxel que les prometiesse ayuda, y socorro en su necessidad; pero no descubrieron otra cosa que una Isla à su mano izquierda, que juntamente los alegró, y los entristeció. Nació la alegria de ver cerca la tierra; y la tristeza de la imposibilidad de poder llegar á ella, si ya el viento no los llevasse. Mauricio era el que mas confiaba de la salud de todos, por aver hallado, como se ha dicho, en la figura, que como judiciario avia levantado, que aquel sucesso no amenazaba muerte, sino descomodidades casi mortales. Finalmente, el favor de los Cielos se mescló con los vientos, que poco à poco llevaron el esquife á la Isla, y les dió lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa, no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve, que toda la cubria. Miserables son, y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan.

can. La nieve de la desierta playa les pareció blanda arena, y la soledad compañia. Unos en brazos de otros desembarcaron: el mozo Antonio fue el Atlante de Auristela, y de Transila, en cuyos ombros tambien desembarcaron Rosamunda, y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñon, que no lexos de la playa se mostraba, aviendo antes, como mejor pudieron, varado el esquife en tierra, poniendo en él (despues de Dios) su esperanza. Antonio considerando que la hambre avia de hacer su oficio, y que ella avia de ser bastante à quitarles las vidas, aprestó su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y dixo, que él queria ir à descubrir la tierra, por ver si hallaba gente en ella, ò alguna caza que socorriese su necesidad. Vinieron todos con su parecer, y asi se entró con ligero passo por la Isla, pisando, no tierra sino nieve, tan dura, por estar elada, que le parecia pisar sobre pedernales. Siguióle, sin que él lo echasse de ver, la torpe Rosamunda, sin ser inpedida de los demàs, que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba à dexarlos. Bolvió la cabeza Antonio à tiempo, y en lugar donde nadie los podia ver; y viendo junto à sí á Rosamunda, le dixo: La cosa de que menos necesidad tengo en esta que ahora padecemos es la de tu compañia: qué quieres, Rosamunda? Buelvete, que ni tu tienes armas con que matar genero de caza alguna, ni yo podre acomodar el passo à esperarte que me sigas. O inexperto mozo (respondió la muger torpe) y quan lexos estás de conocer la intencion con que te sigo, y la deuda que me debes? Y en esto se llegó junto á él, y prosiguió, diciendo: Vés aqui, ó nuevo cazador, mas hermoso que Apolo, otra nueva Daphne, que no te huye, sino que te sigue, no mires, que ya à mi belleza la marchita el rigor de edad ligera siempre: sino considera en mi à la que fue Rosamunda, domadora de las cervices de los Reyes, y de la libertad de los mas essentos hombres. Yo te adoro, generoso joven, y aqui entre estos hielos, y nieves el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazon: gozemonos, y tenme por tuya, que yo te llevaré á parte donde llenes las manos de thesoros, para ti sin duda alguna de mi recogidos, y guardados, si llegamos á Inglaterra, donde mil bandos de muerte tienen amenazada mi vida: Escondido te llevaré adonde te entregues en mas oro que tuvo Midas, y en mas riquezas que

acu-

acumuló Creso. Aqui dió fin à su platica, pero no al movimiento de sus manos, que arremetieron á detener las de Antonio, que de si las apartaba: y entre esta tan honesta, como torpe contienda, decia Antonio: Detente, ò harpia! no turbes, ni afees las limpias mesas de Fineo; no fuerzes, (ò barbara Egypcia!) ni incites la castidad, y limpieza de este que no es tu esclavo: tarazate la lengua sierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras, lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos. Mira el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte, que nos está amenazando con la hambre, con la incertidumbre de la salida de este lugar; que puesto que fuera cierta, con otra intencion la acompañára, que con la que me has descubierto. Desviate de mi, y no me sigas, que castigaré tu atrevimiento, y publicaré tu locura: si te buelves mudaré proposito, y pondré en silencio tu desverguenza: si no me dexas, te quitaré la vida: oyendo lo qual la lasciva Rosamunda, se le cubrió el corazon de manera, que no dió lugar á suspiros, à ruegos, ni à lagrimas: dexóla Antonio sagaz, y advertido. Bolvióse Rosamunda, y él siguió su camino; pero no halló en él cosa que le assegurasse: porque las nieves eran muchas, y los caminos asperos, y la gente ninguna: y advirtiendo que si adelante passaba, podia perder el camino de buelta, se bolvió à juntar con la compañia. Alzaron todos las manos al Cielo, y pusieron los ojos en la tierra, como admirados de su desventura. A Mauricio dixeron, que bolvieran al mar el esquife, pues no era posible remediarse en la impossibilidad, y soledad de la Isla.

CAPITULO XX.

De un notable caso que sucedió en la Isla nevada.

A Poco tiempo que passó el dia desde lejos vieron venir una nave gruessa, que les levantó las esperanzas de tener remedio. Amaynó las velas, y pareció que se dexaba detener las ancoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife à la mar, y se vinieron à la playa, donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dixo, que seria bien que aguardassen los que venian, por saber quien eran. Llegó el esquife de la nave, y encalló en la fria nieve, y saltaron en ella dos, al

al parecer, gallardos, y fuertes mancebos, de estremada disposicion, y brio, los quales sacaron encima de sus ombros á una hermosissima doncella, tan sin fuerzas, y tan desmayada, que parecia que no le daba lugar para llegar á tocar la tierra. Llamaron á voces los que estaban ya embarcados en el otro esquife, y les suplicaron que se desembarcassen á ser testigos de un sucesso, que era menester que los tuviesse. Respondió Mauricio, que no avia remos para encaminar el esquife, si no les prestaban los del suyo. Los marineros con los suyos guiaron los del otro esquife, y bolvieron á pisar la nieve. Luego los valientes jovenes asieron de dos tablachinas, con que cubrieron los pechos; y con dos cortadores espadas en los brazos saltaron de nuevo en tierra. Auristela llena de sobresaltos, y temor, casi con certidumbre de algun nuevo mal, acudió à ver la desmayada, y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demàs. Los Cavalleros dixeron: Esperad, señores, y estad atentos á lo que queremos deciros este Cavallero, y yo, dixo el uno, tenemos concertado de pelear por la posession de esta enferma doncella, que ahi veis: la muerte ha de dar la sentencia en favor del otro, sin que aya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia; si ya no es, que ella de su voluntad ha de escoger qual de nosotros dos ha de ser su esposo, con que hará embaynar nuestras espadas, y sossegar nuestros espiritus. Lo que pedimos, es, que no estorveis en manera alguna nuestra porfía, la qual llevàremos hasta el cabo, sin tener temor que nadie nos la estorvára, si no os huvieramos menester para que mirárades, si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar, siquiera, la vida de essa doncella, que es tan poderosa para acabar las nuestras. La priessa que nos obliga á dar conclusion à nuestro negocio, no nos dá lugar para preguntaros por ahora, quien sois, ni como estais en este lugar tan solo, y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, para desviaros de esta Isla tan sola, que aún de animales no es habitada. Mauricio les respondió, que no saldrian un punto de lo que querian; y luego echaron los dos mano á las espadas, sin querer que la enferma doncella declarasse primero su voluntad, remitiendo antes su pendencia á las armas, que á los deseos de la Dama. Arremetieron el uno contra, el otro y sin mirar reglas, movimientos,

entradas, salidas, y compases, á los primeros golpes el uno quedó passado el corazon de parte á parte, el otro abierta la cabeza por medio. Este le concedió el Cielo tanto espacio de vida, que le tuvo de llegar á la doncella, y juntar su rostro con el suyo, diciendole: Vencí, señora, mia eres, y aunque ha de durar poco el bien de posseerte, el pensar que un solo instante te podré tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo. Recibe, señora, esta alma, que embuelta en estos ultimos alientos te embio: dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia á tu honestidad, pues el nombre de esposo á todo esto dá licencia. La sangre de la herida bañó el rostro de la Dama; la qual estaba tan sin sentido, que no respondió palabra. Los dos marineros que avian guiado el esquife de la nave saltaron en tierra, y fueron con presteza á requerir, assi al muerto de la estocada, como al herido en la cabeza: el qual puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, embió su alma á los ayres, y dexó caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela, que todas estas acciones avia estado mirando antes de descubrir, y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de proposito á mirarla, y limpiandole la sangre que avia llovido del muerto enamorado, conoció ser su doncella Taurisa la que lo avia sido al tiempo que ella estuvo en poder del Principe Arnaldo, que la avia dicho la dexaba en poder de dos Cavalleros, que la llevasen á Irlanda, como queda dicho. Auristela quedó suspensa, quedó atonita, quedó mas triste que la misma tristeza: y mas quando vino á conocer, que la hermosa Taurisa estaba sin vida. Ay! dixo á esta sazon, con que prodigiosas señales me vá mostrando el Cielo mi desventura, que si se rematára con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa; que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten, y entretengan, hacen dichosa la vida. Qué red barredera es esta, con que cogen los Cielos todos los caminos de mi descanso? Qué impossibles son estos, que descubro á cada passo de mi remedio? Mas pues aqui son escusados los llantos, y son de ningun provecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos por ahora, á la piedad, y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos: y luego pidió á Mauricio, pidiesse á los marineros del esquife, bolviessen al navío por instrumentos para hacer las sepulturas.

ras. Hizolo assi Mauricio, y fue á la nave con intencion de concertarse con el Piloto, ó Capitan que huviesse, para que los sacasse de aquella Isla, y los llevassè adonde quiera que fuessen. En este entretanto tuvieron lugar Auristela, y Transila de acomodar á Taurisa para enterrarla, y la piedad, y honestidad Christiana no consintió que la desnudassen. Bolvió Mauricio con los instrumentos, aviendo negociado todo aquello que quiso. Hizose la sepultura de Taurisa; pero los marineros no quisieron, como Catholicos, que se hiciesse ninguna á los muertos en el desafío. Rosamunda, que despues que bolvió de aver declarado su mal pensamiento al barbaro Antonio, nunca avia alzado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian aterrados, al tiempo que iban á sepultar á Taurisa, levantando el rostro, dixo: Si os precias, señores, de caritativos, y si anda en vuestros pechos al par la justicia, y la misericordia, usad de estas dos virtudes conmigo. Yo desde el punto que tuve uso de razon, no la tuve, porque siempre fuí mala: con los años verdes, y con la hermosura mucha, con la libertad demasiada, y con la riqueza abundante se fueron apoderando de mi los vicios de tal manera, que han sido, y son en mi como accidentes inseparables. Ya sabeis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre las cervices de los Reyes, y he trahido á la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo salteador, y robador de la humana belleza de las mugeres, se entró por la mia tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea, que desengañada. Mas como los vicios tienen assiento en el alma, que no envejece, no quieren dexarme: y como yo no les hago resistencia, sino que me dexo ir con la corriente de mis gustos, heme ido ahora con el que me dá el ver siquiera á este barbaro muchacho, el qual, aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde á la mia, que es de fuego, con la suya, que es de helada nieve. Veome despreciada, y aborrecida, en lugar de estimada, y bien querida: golpes que no se pueden resistir con poca paciencia, y con mucho deseo. Ya, ya la muerte me vá pisando las faldas, y estiende la mano para alcanzarme de la vida: por lo que veis que debe la bondad del pecho que la tiene, al miserable que se le encomienda, os suplico que cubrais mi fuego con hielo, y me enterreis en esta sepultura; que puesto que mez-

cleis mis lascivos huessos con los de esta casta doncella, no los contaminarán: que las reliquias buenas siempre lo son, donde quiera que estén: y bolviendose al mozo Antonio, prosiguiò. Y tu, arrogante mozo, que ahora tocas, ó estàs para tocar los margenes, y rayas del deleyte, pide al Cielo que te encamine de modo, que ni te solicite edad larga, ni marchité belleza: y si yo he ofendido tus recientes oídos (que assi los puedo llamar) con mis inadvertidas, y no castas palabras, pardoname que los que piden perdon en este trance, por cortesía siquiara, merecen ser, si no perdonados, á lo menos escuchados. Esto diciendo, dió un suspiro embuelto en un mortal desmayo.

CAPITULO XXI.

Salen de la Isla nevada en el navio de los corsarios.

YO no sé, dixo Mauricio á esta sazon, que quiere este que llaman amor por estas montañas, por estas soledades, y riscos, por entre estas nieves, y yelos, dexandose allá los Pafos Noydos, las Chipres, los Eliséos campos, de quien huye la hambre, y no llega incomodidad alguna. En el corazon sossegado, en el animo quieto tiene el amor deleytable su morada, que no en las lagrimas, ni en los sobresaltos. Auristela, Transila, Constanza, y Ricla quedaron atonitas del sucesso, y con callar le admiraron, y finalmente con no pocas lagrimas enterraron á Taurisa: y despues de aver buelto Rosamunda del pasado desmayo, se recogieron, y embarcaron en el esquife de la nave, donde fueron bien recibidos, y regalados de los que en ella estaban satisfaciendo luego todos la hambre, que les aquexaba: solo Rosamunda, que estaba tal, que por momentos llamaba à las puertas de la muerte. Alzaron velas, lloraron algunos los Capitanes muertos, é instituyeron luego uno, que lo fuesse de todos, y siguieron su viage, sin llevar parte conocida donde le encaminassen, porque era de corsarios, y no Irlandeses, como á Arnaldo le avian dicho, sino de una Isla revelada contra Inglaterra. Mauricio mal contento de aquella compañia, siempre iba temiendo algun revés de su acelerada costumbre, y mal modo de vivir: y como viejo, y experimentado en las cosas del mundo, no le cabia el corazon en el pecho, temiendo que la mucha hermosura

mosura de Auristela, la gallardía, y buen parecer de su hija Transila, los pocos años, y nuevo trage de Constanza no despertassen en aquellos corsarios algun mal pensamiento Serviales de Argos el mozo Antonio, de lo que sirviò el Pastor de Anfriso. Eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por sus quartos la hacian álas mansas, y hermosas ovejuelas que debaxo de su solicitud, y vigilancia se amparaban. Rosamunda, con los continuos desdenes vino á enflaquecer de manera, que una noche la hallaron en una camara del navío sepultada en perpetuo silencio. Harto avian llorado, mas no dexaron de sentir su muerte compassiva, y Christianámente. Sirvióla el ancho mar de sepultura, donde no tuvo harta agua para apagar el fuego que causó en su pecho el gallardo Antonio: el qual, y todos rogaron muchas veces á los corsarios, que los llevassen de una vez á Irlanda, ó á Hibernia, si ya no quisiessen á Inglaterra, ó Escocia; pero ellos respondian, que hasta aver hecho una buena, y rica presa, no avian de tocar en tierra alguna, si ya no fuese à hacer agua, ó á tomar bastimientos necessarios. La barbara Ricla bien comprára á pedazos de oro, que los lleváron á Inglaterra; pero no osaba descubrirlos, porque no se los robassen, antes que se los pidiessen. Dióles el capitan estancia á parte, y acomodóles de manera, que les aseguró de la insolencia que podian temer de los Soldados. De esta manera anduvieron casi tres meses por el mar de unas partes á otras, ya tocaban en una Isla, ya en otra, y ya se salian al mar descubierto (propria costumbre de corsarios, que buscan su ganancia) las veces que avia calma, y el mar sossegado no les dexaba navegar. El nuevo Capitán del navío se iba á entretener á la estancia de sus passageros, y con platicas discretas, y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entretenia, y Mauricio hacia lo mismo. Auristela, Transila, Ricla, y Constanza, mas se ocupaban en pensar en la ausencia de las mitades de su alma, que en escuchar al Capitan, ni á Mauricio: con todo esto estuvieron un dia atentas á la historia, que en este siguiente Capitulo se cuenta, que el Capitan les dixo:

CAPITULO XXII.

Donde el Capitan dá cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba á hacer en su Reyno el Rey Polycarpo.

Una de las Islas que están junto á la de Hibernia, me dió el Cielo por Patria: es tan grande, que toma nombre de Reyno, el qual no se hereda, ni viene por sucession de Padre á hijo:

sus moradores le eligen á su beneplacito, procurado siempre que sea el mas virtuoso, y mejor hombre que en él se halláre, y sin invertir de por medio ruegos ó negociaciones, y sin que los soliciten promesas, ni dadivas, de comun consentimiento de todos sale el Rey, y toma el Cetro absoluto del mando, el qual le dura mientras le dure la vida, ó mientras no se empeora en ella: y con esto los que no son Reyes, procuran ser virtuosos, para serlo, y los que lo son, puedan serlo mas, para no dexar de ser Reyes. Con esto se cortan las alas á la ambicion, se aterra la codicia; y aunque la hypocrecía suele andar lista, á largo andar se le cae la mascara, y queda sin el alcanzado premio. Con esto los Pueblos viven quietos, campea la justicia, y resplandece la misericordia; despachanse con brevedad los memoriales de los pobres, y los que dán ricos, no por serlo, son mejor despachados. No agovian la vara de la justicia las dadivas, ni la carne, y sangre de los parentescos: todas las negociaciones guardan sus puntos, y andan en sus quicios. Finalmente, Reyno es donde se vive sin temor de los insolentes, y donde cada uno goza lo que es suyo. Esta costumbre, á mi parecer justa, y santa, puso el Cetro del Reyno en las manos de Policarpo, varon insigne, y famoso, assi en las armas, como en las letras: el qual tenia quando vino á ser Rey dos hijas de estremada belleza, la mayor llamada Policarpa, y la menor Sinforosa: no tenian Madre, que no les hizo falta quando murió, sino en la compañia: que sus virtudes, y agradables costumbres eran ayas de sí mismas, dando maravilloso exemplo átodo el Reyno. Con estas buenas partes, assi ellas, como el Padre se hacian amables, se estimaban de todos. Los Reyes por parecerles que la melancolía en los vassallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el Pueblo, y entretenído con fiestas publicas, y á veces con ordinarias comedias. Principalmente solemnizaban el dia, que fueron assumptos al Reyno, con haces que se renovassen los juegos, que los Gentiles llamaban Olimpicos, en el mejor modo que podian. Señalaban premio á los corredores, honraban á los diestros, coronaban à los tiradores, y subian al cielo de la alabanza á los que derribaban á otros en la tierra. Haciase este expectaculo junto á la marina en una espaciosa playa, á quien quitaban el Sol infinita cantidad de ramos entretexidos, que la dexaban á la sombra. Ponían en la mitad un sumptuoso tehatro, en el qual sentado el Rey, y la Real familia miraban los apacibles juegos. Llegóse un dia de estos, y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia, y grandeza, en solemnizarle so-

bre

bre todos quantos hasta alli se avian hecho: y quando ya el theatro estaba ocupado con su persona, y con los mejores del Reyno, y quando ya los instrumentos belicos, y los apacibles querian dar señal que las fiestas se comenzassen: y quando ya quatro corredores, mancebos agiles, y sueltos, tenian los pies isquierdos delante, y los derechos alzados, que no les impedia otra cosa el soltarse á la carrera, sino soltar una cuerda, que les servia de raya, y de señal, que en soltandola avian de bolver á un termino señalado, donde avian de dar fin á su carrera. Digo que en este tiempo vieron venir por la mar un barco, que le blanqueaban los costados por ser recien despalmado, y le facilitaban el romper de la agua seis ramos, que de cada banda trahia, impelidos de doce, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas, y pechos, y de nervudos brazos. Venian vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timon, que venia de encarnado como marinero. Llegó con furia el barco á la orilla, y el encallar en ella, y el saltar todos los que en el venian en tierra, fue una misma cosa. Mandó Policarpo, que no saliessen à la carrera hasta saber que gente era aquella, y á lo que venian; puesto que imaginó que devian de venir à hallarse en las fiestas, y á probar su gallardía en los juegos. El primero que se adelantó á hablar al Rey, fue el que servia de Timonero, mancebo de poca edad, cuyas mexillas desembarazadas, y limpias mostraban ser de nieve, y de grana: los cabellos anillos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfecta, y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable. Luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista, y aún los corazones de quantos le miraron, y yo desde luego le quedé aficionadissimo. Lo que dixo al Rey: Señor, estos mis compañeros, y yo, aviendo tenido noticia de estos juegos, venimos à servirte, y hallarnos en ellos, y no de lexas tierras, sino desde una nave, que dexamos en la Isla Scinta, que no está lexos de aqui, y como el viento no hizo á nuestro proposito para encaminar aqui la nave, nos aprovechamos de esta bárca, y de los remos, y de la fuerza de nuestros brazos. Todos somos nobles, y deseosos de ganar honra, y por la que debes hacer como Rey que eres á los estrangeros que á tu presencia llegan, te suplicamos, nos concedas licencia para mostrar, ó nuestras fuerzas, ó nuestros ingenios en honra, y provecho nuestro, y gusto tuyo. Por cierto, respondió Policarpo, agradecido joven, que vos pedís lo que quereis con tanta gracia, y cortesía, que sería cosa injusta el negarcslo. Honrad mis fiestas en lo que quisieredes, dexadme á mi el cargo de

premiaroslo: que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperanza dexais á ningun de alcanzar los primeros premios. Dobló la rodilla el hermoso mancebo, é inclinó la cabeza en señal de crianza, y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda, que detenia á los quatro ligeros corredores. Sus doce compañeros se pusieron á un lado á ser expectadores de la carrera. Sonó una trompeta, soltaron la cuerda, y arrojaronse al vuelo los cinco: pero aún no avria dado veinte passos, quando con mas de seis se les aventajó el recien venido, y á los treinta, ya los llevaba de ventaja mas de quince. Finalmente se los dexó á poco mas de la mitad del camino, como si fueran estatuas inmovibles, con admiracion de todos los circunstantes: especialmente de Sinforosa, que le seguia con la vista, assi corriendo, como estando quedo: porque la belleza, y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades, no solo de los ojos de quantos le miraban. Noté yo esto porque tenia los mios atentos á mirar à Policarpa, objeto dulce de mis deseos, y de camino miraba los movimientos de Sinforosa. Comenzó luego la embidia á apoderarse de los pechos de los que se avian de probar en los juegos, viendo con quanta facilidad se avia llevado el estrangero el precio de la carrera. Fue el segundo certamen el de la esgrima: tomó el ganancioso la espada negra, con la qual á seis que le salieron cada uno de por sí, les cerró las bocas, mosqueò las narices, les selló los ojos, y les santiguó las cabezas, sin que á él le tocassen, como decirse suele, un pelo de la ropa. Alzó la voz el Pueblo, y de comun consentimiento le dieron el premio primero. Luego se acomodaron otros seis á la lucha, dónde con mayor gallardía dió de sí muestra el mozo: descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos fortissimos pechos, y los nervios, y musculos de sus fuertes brazos, con los quales, y con destreza, y maña increible hizo que las espaldas de los seis luchadores, á despecho, y pesar suyo quedassen impressas en la tierra. Asiò luego de una pesada barra, que estaba hincada en el suelo, porque le dixeron, que era el tirarla el quarto certamen. Sompesóla, y haciendo de señas à la gente que estaba delante para que le diessen lugar donde el tiro cupiesse, tomando la barra por la una punta sin bolver el brazo atrás la impelió con tanta fuerza, que passando los limites de la marina, fue menester que el mar se los diesse, en el qual bien adentro quedó sepultada la barra. Esta monstruosidad notada de sus contrarios les desmayó los brios, y no osaron probarse en la contienda. Pusieronle luego la ballesta en las manos, y algunas flechas, y mostra-

traronle un arbol muy alto, y muy liso, al cabo del qual estaba hincada una media lanza, y en ella de un hilo estaba asida una paloma, á la qual avian de tirar no mas de un tiro los que en aquel certamen quisiessen probarse. Uno que presumia de certero, se adelantó, y tomó la mano, creo yo, pensando derribar la paloma antes que otro. Tiró, y clavó su flecha casi en el fin de la lanza, del qual golpe azotada la paloma, se levantó en el ayre: y luego otro no menos presumido que el primero, tiró con tal gentil certería, que rompió el hilo donde estaba asida la paloma, que suelta, y libre del lazo que la detenia entregó su libertad al viento, y batió las alas con priessa; pero el ya acostumbrado á ganar los primeros premios, disparó su flecha, y como si mandara lo que havia de hacer, y ella tuviera entendimiento para obedecerle assi lo hizo: pues dividiendole el ayre con un rasgado, y tendido silvo, llegó á la paloma, y le passó el corazon de parte á parte, quitandole á un mismo punto el vuelo, y la vida. Renovaronse con esto las voces de los presentes, y las alabanzas del estrangero: la qual en la carrera, en la esquina, en la lucha, en la barra, y en el tirar de la ballesta, y entre otras muchas pruebas que no cuento, con grandissimas ventajas se llevó los primeros premios, quitando el trabajo á sus compañeros de probarse en ellas. Quando se acabaron los juegos, seria el crepusculo de la noche, y quando el Rey Policarpo queria levantarse de su assiento con los jueces que con él estaban, para premiar al vencedor mancebo, vió que puesto de rodillas ante él, le dixo: Nuestra nave quedó sola, y desemparada, la noche cierra algo obscura, los premios que puedo esperar, (que por ser de tu mano, se deben estimar en lo possible) quiero, ó gran Señor, que los dilates hasta otro tiempo, que con mas espacio, y comodidad pienso bolver á servirte. Abrazóle el Rey, preguntóle su nombre, y dixo que se llamaba Periandro. Quitóse en esto la bella Sinforosa una guirnalda de flores, con que adornaba su hermosíssima cabeza, y la puso sobre la del gallardo mancebo, y con honesta gracia le dixo al ponersela: Quando mi Padre sea tan venturoso de que bolvais á verle, vereis como no vendreis á servirle, sino á ser servido.

CAPITULO XXIII.

De lo que sucedió á la zelosa Auristela, quando supo, que su hermano Periandro era el que avia ganado los premios del certamen.

O Poderosa fuerza de los zelos! ó enfermedad, que te pegas al alma de tal manera, que solo te despegas con la vida!

O hermosissima Auristela, detente, no te precipites á dar lugar en tu imaginacion à esta rabiosa dolencia! Pero quien podrá tener á raya los pensamientos que suelen ser tan ligeros, y sutiles, que como no tienen cuerpo passan las murallas, traspassan los pechos, y vén lo mas escondido de las almas? Esto se ha dicho, porque en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro su hermano; y aviendo oído antes las alabanzas de Sinforosa, y el favor que en ponerle la guirnalda le avia hecho, rindió el sufrimiento á las sospechas, y entregó la paciencia á los gemidos, y dando un gran suspiro, y abrazandose con Transila, dixo: Querida amiga mia, ruego al Cielo, que sin averse perdido tu Esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro: no le vés en la boca de este valeroso Capitan, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento más á los fervores de una doncella, que á los cuydados que le debian dar los destierros, y passos de esta su hermana? Andase buscando palmas, y troféos por las tierras agenas, y dexasse entre los riscos, entre las peñas, y entre las montañas, que suele levantar la mar alterada, á esta su hermana, que por su consejo, y por su gusto no hay peligro de muerte donde no se halle. Estas razones escuchaba atentissimamente el Capitan del navío, y no sabía que conclusion sacar de ellas, solo paró en decir, pero no dixo nada, porque en un instante, y en un momentaneo punto le arrebató la palabra de la boca un viento, que se levantó tan subito, y tan recio, que le hizo poner en pié, sin responder á Auristela, y dando voces á los marineros, que amaynassen las velas, y las templassen, y asseguerassen. Acudió toda la gente à la faena, comonzó la nave á volar en popa con mar tendido, y largo, por donde el viento quiso llevarla. Recogióse Mauricio con los de su compañia á su estancia, por dexar hacer libremente su oficio á los marineros. Alli preguntó Transila á Auristela, qué sobresalto era aquel que tal le avia puesto, que à ella le avia parecido averle causado el aver oido nombrar el nombre de Periandro, y no sabía por qué las alabanzas, y buenos sucessos de un hermano pudiessen dar pesadumbre? Ay Amiga! respondió Auristela de tal manera estoy obligada à tener en perpetuo silencio una peregrinacion que hago, que hasta darle fin aunque primero llegue el de la vida, soy forzada á guardarle. En sabiendo quien soy: que si sabrás, si el Cielo quiere, verás las disculpas de mis sobresaltos, sabiendo la causa de do nacen: verás castos pensamientos acometidos, pero no turbados: verás desdichas sin ser buscadas, y laberintos,

que

que por venturas no imaginadas han tenido salida de sus enredos. Vés quan grande es el nudo del parentesco de un hermano, pues sobre este tengo yo otro mayor con Periandro. Vés assimismo quan proprio es de los enamorados ser zelosos; pues con más propriedad tengo yo zelos de mi hermano. Este Capitan, amiga, no exageró la hermosura de Sinforosa, y ella al coronar las sienes de Periandro no le miró? Si, sin duda; y mi hermano no es del valor, y de la belleza que tu has visto? Pues qué mucho que aya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno, que le haga olvidar de su hermana? Advierte, señora, respondió Transila, que todo quanto el Capitan ha contado sucediò antes de la prision de la Insula barbara, y que despues acá os aveis visto, y comunicado, donde avrás hallado, que ni él tiene amor á nadie, ni cuydado de otra cosa, que de darte gusto; y no creo yo, que las fuerzas de los zelos lleguen á tanto, que alcancen á tenerlos una hermana de un su hermano. Mira, hija Transila, dixo Mauricio, que las condiciones de amor son tan diferentes, como injustas, y sus leyes tan muchas, como variables: procura ser tan discreta, que no apures los pensamientos agenos, ni quieras saber mas de nadie de aquello que quisiere decirte. La curiosidad en los negocios proprios se puede sutilizar, y atildar; pero en los agenos, que no nos importa, ni por pensamiento. Esto que oyó Auristela á Mauricio, la hizo tener cuenta con su discrecion, y con su lengua, porque la de Transila poco necia llevaba camino de hacerle sacar á plaza toda su historia. Amansó en tanto el viento, sin aver dado lugar á que los marineros temiessen, ni los pasageros se alborotassen. Bolvió el Capitan á verlos, y á proseguir su historia, por aver quedado cuydadoso del sobresalto que Auristela tomò, oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela bolver á la platica passada, y saber del Capitan, si los favores que Sinforosa avia hecho á Periandro, se extendieron á mas que coronarle: y assi se lo preguntó modestamente, y con recato de no dar á entender su pensamiento. Respondió el Capitan, que Sinforosa no tuvo lugar de hacer mas merced (que assi se han de llamar los favores de las Damas) á Periandro, aunque à pesar de la bondad de Sinforosa á él le fatigaban ciertas imaginaciones que tenia, de que no estaba muy libre de tener en la suya à Perindro, porque siempre que despues de partido se hablaba de las gracias de Periandro, ella las subia, y las levantaba sobre los Cielos: y por averle ella mandado que saliesse en un navío á buscar à Periandro, y le hiciesse bolver á ver à su Padre, confirma-

firmaba mas sus sospechas. Como, y es possible, dixo Auristela, que las grandes señoras, las hijas de los Reyes, las levantadas sobre el trono de la fortuna se han de humillar á dar indicios de que tienen los pensamientos en humildes sugetos colocados? Y siendo verdad, como lo es, que la Grandeza, y Magestad no se viene bien con el amor, antes son repugnantes entre sí el amor, y la Grandeza, háse de seguir, que Sinforosa Reyna hermosa, y libre no se avia de cautivar de la primera vista de un no conocido mozo: cuyo estado no prometia ser Grande, el venir guiando un timon de una barca con doce compañeros desnudos, como lo son todos los que goviernan los remos. Calla, hija Auristela, dixo Mauricio, que en ningunas otras acciones de la naturaleza se vén Mayores milagros, ni mas continuos, que en las del amor, que por ser tantos, y tales los milagros, se passan en silencio, y no se echa de ver en ellos por extraordinarios que sean. El amor junta los Cetros con los cayados, la Grandeza con la baxeza, hace possible lo impossible, iguala diferentes estados, y viene á ser poderoso como la muerte. Ya sabes tu, señora, y sé yo muy bien la gentileza, la gallardía, y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman un compuesto de singalar hermosura, y en privilegio de la hermosura rendir las voluntades, y atraher los corazones de quantos la conocen: y quanto la hermosura es mayor, y mas conocida es mas amada, y estimada. Assi que no serìa milagro, que Sinforosa, por principal que sea, ame á tu hermano; porque no le amaria como á Periandro á secas, sino como á hermoso, como á valiente, como á diestro, como á ligero, como á sugeto donde todas las virtudes están recogidas, y cifradas. Què, Periandro es hermano de esta señora, dixo el Capitan? Si, respondió Transila, por cuya ausencia ella vive en perpetua tristeza, y todos nosotros, que la queremos bien, y á èl le conocimos, en llanto, y amargura. Luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la nave de Arnaldo, la division del esquife, y de la barca con todo aquello que fue bastante para darle á entender lo sucedido hasta el punto en que estaban: en el qual punto dexa el Autor el primer libro de esta grande historia, y passa al segundo, donde se contarán cosas, que aunque no passan de la verdad, sobrepujan á la immaginacion; pues apenas pueden caber en la mas sutil, y dilatada sus acontecimientos.

LIBRO SEGUNDO, DE LA HISTORIA DE LOS TRABAJOS DE PERSILES, Y SIGISMUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

Donde se cuenta, como el navio se volcó con todos los que dentro de èl iban.

PARECE que el Autor de esta historia sabía mas de enamorado, que de historiador: porque casi este primer capitulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una difinicion de zelos, ocasionados de los que mostró tener Auristela, por lo que contó el Capitan del navió la pero en esta traduccion, que lo es, se quita por prolixa, y por cosa en muchas partes referida, y ventilada, y se viene á verdad del caso, que fue, que cambiandose el viento, y enmarañandose las nubes, cerró la noche obscura, y tenebrosa, y los truenos dando por mensageros á los relampagos, tras quien se siguen, comenzaron á turbar los Marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la nave: y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia, y arte de los Marineros, y assi á un mismo tiempo les cogió la turbacion, y la tormenta; pero no por esto dexó cada uno de acudir á su oficio, y á hacer la faena, que vieron ser necesaria, sino para escusar la muerte para dilatar la vida: que los atrevidos que de unas tablas la fian,

fian, la sustentan quanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el qual se abrazan, y tienen à gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila su hija; Antonio con Ricla, y con Constanza su Madre, y hermana: sola la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoxa, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregára, si lo permitiera la Christiana, y Catholica Religion, que con muchas veras procuraba guardar: y assi se recogió entre ellos, y hechos un ñudo, ó por mejor decir un ovillo, se dexaron calar casi hasta la postrera parte del navío por escusar el ruido espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relampagos, y el confuso estruendo de los Marineros: y en aquella semejanza de el Limbo se escusaron de no verse unas veces tocar el Cielo con las manos, levantandose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrar la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos, ó por mejor decir, la temian sin verla: que la figura de la muerte, en qualquier trage que venga, es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas, y salud, es formidable. La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los Marineros, la solicitud del Capitan, y finalmente, la esperanza de remedio en todos. Ya no se oían voces, que mandaban, hagase esto, ó aquello, sino gritos de plegarias, y votos que se hacian, y á los Cielos se embiaban, y llegó á tanto esta miseria, y estrecheza, que Transìla no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro: que uno de los efectos poderosos de la muerte, es borrar de la memoria todas las cosas de la vida: y pues llega à hacer que no se sienta la passion zelosa, tengase por dicho, que pude lo impossible. No avia alli relox de arena que distinguiesse las horas, ni aguja, que señalasse el viento, ni buen tino, que atinasse el lugar donde estaban: todo era confusion, todo era griteria todo suspiros, y todo plegarias. Desmayó el Capitan, abandonaronse los Marineros, rindieronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los mas de los miseros que se quexaban. Atrevióse el mar insolente à passearse por cima de la cubierta del navío, y aún á visitar las mas altas gavias, las quales tambien ellas, casi como en venganza de

su

su agravio, besaron las arenas de su profundidad. Finalmente al parecer del dia, si se puede llamar dia, el que no trahe consigo claridad alguna: la nave se estuvo queda, y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros fuera del de anegarse, que le puede suceder á un baxel. Finalmente, combatida de un huracán furioso, como si la bolvieran con algun artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas, y la quilla descubriò á los Cielos, quedando hecha sepultura de quantos en ella estaban. A Dios castos pensamientos de Auristela, á Dios bien fundados disignios, sossegaos passos tan honrados, como santos, no espereys otros Mauseolos, ni otras pyramides, ni agujas, que las que os ofrecen esas mal breadas tablas. Y vos, ó Transila! exemplo claro de honestidad, en los brazos de vuestro discreto, y anciano Padre podeys celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao, á lo menos con la esperanza que ya os avrá conducido á mejor thalamo. Y tu, ó Ricla, cuyos deseos te llevaban á tu descanso, recoge en tus brazos á Antonio, y à Constanza tus hijos, y ponlos en la presencia del que ahora te ha quitado la vida, para mejorartela en el Cielo. En resolucion, el volcar de la nave, y la certeza de la muerte de los que en ella iban puso las razones referidas en la pluma del Autor de esta grande, y lastimosa historia, y assimismo puso las que se oirán en el siguiente Capitulo.

CAPITULO II.

Donde se cuenta un estraño sucesso.

PArece que el volcar de la nave volcó, ó por mejor decir, turbò el juício del Autor de esta historia, porque à este segundo Capitulo le dió quatro, ó cinco principios, casi como dudando que fin en él tomaria. En, fin resolvió diciendo, que las dichas, y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida. Andan el pesar, y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera, y el alegre que se confia, como lo dá facilmente á entender este estraño sucesso. Sepultóse la nave, como queda dicho, en las aguas: quedaron los muertos sepultados sin tierra: deshicieronse sus esperanzas, quedando impossibilitado su remedio; pero los piadosos Cielos, que de muy atrás

toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenaron que la nave llevada poco á poco de las olas ya mansas, y recogidas á la orilla del mar en una playa, que por entonces su apassibilidad, y mansedumbre podia servir de seguro Puerto: y no lexos estaba un Puerto capacissimo de muchos baxeles, en cuyas aguas, como en espejos claros se estaba mirando una Ciudad populosa, que por una alta loma sus vistosos edificios levantaba; Vieron los de la Ciudad el bulto de la nave, y creyeron ser el de alguna ballena, ù de otro gran pescado, que con la borrasca passada avia dado al traves. Salió infinita gente á verlo, y certificandose ser navío, lo dixeron al Rey Policarpo, que era el señor de aquella Ciudad, el qual acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas, Policarpa, y Sinforosa, salió tambien, y ordenò, que con cabestrantes, con tornos, y con barcas, con que hizo rodear toda la nave, la tirassen, y encaminassen al Puerto. Saltaron algunos encima del buco, y dixeron al Rey, que dentro de él sonaban golpes, y aún casi se oían voces de vivos. Un anciano Cavallero, que se halló junto al Rey, le dixo: Yo me acuerdo, señor, aver visto en el mar Mediterraneo, en la ribera de Genova una galera de España, que por hacer el cur con la vela, se volcó, como está ahora este baxel, quedando la gavia en la arena, y la quilla al Cielo, y antes que la bolviessen, ó enderezassen (aviendo primero oído rumor, como en este se oye) assossegaron el baxel por la quilla, haciendo un buco capaz de ver lo que dentro estaba, y el entrar la luz dentro, y el salir por él el Capitan de la misma galera, y otros quatro compañeros suyos, fue todo uno. Yo ví esto, y está escrito este caso en muchas historias españolas, y aún podria ser viniessen ahora las personas que segunda vez nacieron al munda del vientre de esta galera; y si aqui sucediesse lo mismo, no se ha de tener à milagro, sino à mysterio: que los milagros suceden fuera del orden de la naturaleza, y los mysterios son aquellos que paracen milagros, y no lo son, sino casos que acontecen raras veces. Pues á que aguardamos, dixo el Rey, sierrese luego el buco, y veamos este mysterio, que si este vientre vomita vivos, yo lo tendré por milagro. Grande fue la priessa que se dieron á serrar el baxel, y grande el deseo que todos tenian de ver el parto. Abriòse, en fin, una gran concavidad, que descubrió
muer-

muertos, muertos, y vivos, que lo parecian. Metió uno el brazo, y asió de una doncella, que el palpitarle el corazon, daba señales de tener vida: otros hicieron lo mismo, y cada uno sacó su presa, y algunos pensando sacar vivos, sacaban muertos, que no todas veces los pescadores son dichosos. Finalmente, dandoles el ayre la luz à los medio vivos, respiráron, y cobraron aliento: limpiaronse los rostros, fregaronse los ojos, estiraron los brazos, y como quien despierta de un pesado sueño, miraron á todas partes, y hallóse Auristela en los brazos de Arnaldo, Trinsila en los de Clodio, Ricla, y Constanza en los de Rutilio, Antonio el Padre, y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salió por sí mismo, y lo mismo hizo Mauricio. Arnaldo quedó mas atonito, y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Miróle Auristela, y no conociendole, la primera palabra que le dixo, fue, que ella fue la primera que rompió el silencio de todos. Por ventura, hermano, está entre esta gente la bellissime Sinforosa? Santos Cielos, qué es esto, dixo entre sí Arnaldo, que memorias de Sinforosa son estas, en tiempo que no es razon que se tenga acuerdo de otra cosa, que de dar gracias al Cielo por las recibidas mercedes; pero con todo esto la respondió, y dixo, que si estaba: y le preguntó, que como la conocia, porque Arnaldo ignoraba lo que Auristela con el Capitan del navio, que le contó los triunfos de Periandro, avia passado, y no pudo alcanzar la causa, por la qual Auristela preguntaba por Sinforosa; que si la alcanzára, quizà dixéra, que la fuerza de los zelos es tan poderosa, y tan sutil que se entra, y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y vá á buscar el alma enamorada en los ultimos trances de la vida. Ya despues que passó algun tanto el pavor en los resucitados, que assi pueden llamarse, y la admiracion en los vivos, que los sacaron, y el discurso en todos dió lugar á la razon, confusamente unos á otros se preguntaban, como los de la tierra estaban alli, y los del navío venian alli? Policarpa en esto, viendo que el navío al abrirle la boca se le avia llenado de agua, en el lugar del ayre que tenia, mandó llevarle ajorro al Puerto, y que con artificios le sacassen á tierra, lo qual se hizo con mucha presteza. Salieron assimismo á tierra toda la gente que ocupaba la quilla del navío, que fueron recibidos del Rey Policarpo, y

de sus hijas, y de todos los principales Ciudadanos con tanto gusto, como admiracion; pero lo que mas les puso en ella, principalmente à Sinforosa, fue ver la incomparable hermosura de Auristela. Fue tambien á la parte de esta admiracion la belleza de Transila, y el gallardo, y nuevo trage, pocos años, y gallardía de la barbara Constanza, de quien no desdecia el buen parecer, y donayre de Ricla su Madre: y por estar la Ciudad cerca, sin prevenirse de quien los llevasse, fuéron todos á pié á ella. Ya en este tiempo avia llegado Periandro á hablar á su hermana Auristela, Ladislao á Transila, y el barbaro Padre á su Muger, y á su hija, y los unos á los otros se fueron dando cuenta de sus sucessos, sola Auristela ocupada toda en mirar á Sinforosa, callaba; pero en fin habló á Periandro, y le dixo: Por ventura, hermano, esta hermosissima doncella, que aqui vá, es Sinforosa, la hija del Rey Policarpo? Ella es, respondió Periandro, sujeto donde tienen su assiento la belleza, y la cortesía. Muy cortés debe de ser, respondió Auristela, porque es muy hermosa. Aunque no lo fuera tanto, respondió Periandro, las obligaciones que yo la tengo me obligáran (ó querida hermana mia!) á que me lo pareciera. Si por obligaciones vá, y vos por ellas encareceis las hermosuras, la mia os ha de parecer la mayor de la tierra, segun os tengo obligado. Con las cosas Divinas, replicó Periandro, no se han de comparar las humanas, las hyperbolicas alabanzas, por mas que lo sean, han de parar en puntos limitados. Decir que una muger es mas hermosa que un Angel, es encarecimiento de cortesía, pero no de obligacion: solo en ti dulcisima hermana mia, se quiebran reglas, y cobran fuerzas de verdad los encarecimientos, que se dán á tu hermosura. Si mis trabajos, y mis desasossiegos, ó hermano mio, no turbáran la mia, quizá creyera ser verdaderas las alabanzas que de ella dice; pero yo espero en los piadosos Cielos, que algun dia han de reducir á sosiego mi desassosiego, y á bonanza mi tormenta; y en este entretanto con el encarecimiento que puedo, te suplico, que no te quiten, ni borren de la memoria lo que me debes otras agenas hermosuras, ni otras obligaciones; que en la mia, y en las mias podrás satisfacer el deseo, y llenar el vacio de tu voluntad: Si miras que juntando la belleza de mi cuerpo, tal qual ella es, á la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura,

mosura, que te satisfaga. Confuso iba Periandro, oyendo las razones de Auristela juzgabala zelosa, cosa nueva para él, por tener por larga experiencia conocido, que la discrecion de Auristela jamás se atrevió á salir de los limites de la honestidad, jamás su lengua se movió á declarar sino honestos, y castos pensamientos, jamás le dixo palabra, que no fuesse digna de decirse á un hermano en publico, y en secreto. Iba Arnaldo embidioso de Periandro, Ladislao alegre con su esposa Transila, Mauricio con su hija, y hierno, Antonio el grande con su muger, é hijos, Rutilio con el hallazgo de todos, y el maldiciente Clodio, con la ocasion que se le ofrecia de contar, donde quiera que se hallase, la grandeza de tan estraño suceso. Llegaron á la Ciudad, y el liberal Policarpo honró á sus huespedes real, y magnificamente, y á todos los mandó alojar en su Palacio, aventajandose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabia que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela le avian sacado de su Reyno: y assi como vió la belleza de Auristela, halló su peregrinacion en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo quarto Policarpa, y Sinforosa alojaron á Auristela, de la qual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al Cielo de averla hecho, no amante, sino hermana de Periandro: y assi por su extremada belleza como por el parentesco tan estrecho, que con Periandro tenia; la adoraba, y no sabia un punto desviarse de ella. Desmenuzabale sus acciones, notabale las palabras, ponderaba su donayre: hasta el sonido, y organo de la voz le daba gusto. Auristela casi por el mismo modo, y con los mismos afectos miraba á Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones. Auristela miraba con zelos, y Sinforosa con sencilla benevolencia. Algunos dias estuvieron en la Ciudad descansando de los trabajos passados: y dando traza de bolver Arnaldo á Dinamarca, ó adonde Auristela, y Periandro quisieran, mostrando, como siempre lo mostraba, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio que con ociosidad, y vista curiosa avia mirado los movimientos de Arnaldo, y quan oprimido le tenia el cuello el amoroso yugo, un dia que se halló solo con él le dixo: Yo que siempre los vicios de los Principes he reprehendido en publico, sin guardar el debido decoro que á su grandeza se debe, sin temer el daño

que nace del decir mal: quiero ahora sin tu licencia decirte en secreto, lo que te suplico, con paciencia me escuches, que lo que se dice aconsejando, en la intencion halla disculpa lo que no agrada. Confuso estaba Arnaldo, no sabiendo en que iban á parar las prevenciones del razonamiento de Clodio, y por saberlo, determinó de escucharle, y assi le dixo, que dixesse lo que quisiesse, y Clodio con este salvo conducto prosiguió, diciendo: Tu, señor, amas á Auristela: mal dixe amas, adoras dixera mejor: y segun he sabido, no sabes mas de su hacienda, ni de quien es, que aquello que ella ha querido decirte, que no te ha dicho nada. Hasla tenido en tu poder mas de dos años, en los quales has hecho, segun se ha de creer, las diligencias possibles por enternecer su dureza, amanzar su rigor, y rendir su voluntad á la tuya por los medios honestissimos, y eficaces del Matrimonio: y en la misma entereza se está oy que el primer dia que la solicitaste: de donde arguyo, que quanto á ti te sobra de paciencia, le falta á ella de conocimiento: y has de considerar que algun gran mysterio encierra, desechar una muger un Reyno, y un Principe que merece ser amado. Mysterio tambien encierra, ver una doncella vagamunda, llena de recato de encubrir su linage, acompañada de un mozo (que como dice que lo es, podria no ser su hermano) de tierra en tierra, de Isla en Isla, sujeta á las inclemencias del Cielo, y á las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado. De los bienes que reparten los Cielos entre los mortales, los que mas se han de estimar, son los de la honra, á quien se posponen los de la vida: los gustos de los discretos hanse de medir con la razon, y no con los mismos gustos. Aqui llegaba Clodio, mostrando querer proseguir con un philosopho, y grave razonamiento quando entró Periandro, y le hizo callar con su llegada á pesar de su deseo, y aun del de Arnaldo, que quisiera escucharle. Entraron assimismo Mauricio, Ladislao, y Transila, y con ellos Auristela arrimada al ombro de Sinforosa mal dispuesta, de modo, que fue menester llevarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos, y temores en los pechos de Periandro, y Arnaldo, que á no encubrirlos con discrecion, tambien tuvieran necessidad de los Medicos como Auristela.

CA-

CAPITULO III.

Sinforosa cuenta sus amores á Auristela.

APenas supo Policarpo la indisposicion de Auristela, quando mandó llamar sus Medicos que la visitassen: y como los pulsos son lenguas, que declaran la enfermedad que se padece: halláron en los de Auristela, que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma; pero antes que ellos conoció su enfermedad Periandro, y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los Medicos, que en ninguna manera la dexassen sola, y que procurassen entretenerla, y divertirla con musica, si ella quisiese, ó con otros algunos alegres entretenimientos. Tomó Sinforosa á su cargo su salud, y ofrecióle su compañía á todas horas: ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera no tener tan á la vista la causa que pensaba ser de su enfermedad, de la qual no pensaba sanar, porque estaba determinada de no decirlo, que su honestidad le ataba la lengua, su valor se oponia á su deseo. Finalmente despejaron todos la estancia donde estaba, y quedaronse solas con ella Sinforosa, y Policarpa, á quien con ocasion bastante despidió Sinforosa: y apenas se vió sola con Auristela, quando poniendo su boca con la suya, y apretandole reciamente las manos con ardientes suspiros, pareció queria trasladar su alma en el cuerpo de Auristela, afectos que de nuevo la turbaron, y assi le dixo: Que es esto, señora mia, que estas muestras me dan á entender que estais mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia: mirad si os puedo servir en algo, que para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad. Dulce amiga mia, respondió Sinforosa, quanto puedo agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas, te respondo, sin que en esta parte tenga algunos comedimientos fingidos, ni tibias obligaciones. Yo, hermana mia, que con este nombre has de ser llamada, en tanto que la vida me duráre, amo, quiero bien, adoro, dixelo? no, que la venganza, y el ser quien soy, son mordazas de mi lengua; pero tengo de morir callando? ha de sanar mi enfermedad por milagro? es por ventura capaz de palabras el silencio? han de tener dos recatados, y vergonzosos ojos

virtud, y fuerzas para declarar los pensamientos infinitos de una alma enamorada? Esto iba diciendo Sinforosa con tantas lagrimas, y con tantos suspiros, que movieron á Auristela á enjugarle los ojos, y á abrazarla, y á decirla: No se te mueran, ó apasionada señora, las palabras en la boca, despide de ti por algun pequeño espacio la confusion, y el empacho, y hazme tu secretaria: que los males comunicados, si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio. Si tu passion es amorosa, como lo imagino, sin duda bien sé que eres de carne, aunque pareces de alabastro: y bien sé que nuestras almas están siempre en continuo movimiento, sin que puedan dexar de estas atentas á querer bien á algun sugeto, á quien las estrellas las inclinan; que no se ha de decir que las fuerzan. Dime, señora, á quien quieres, á quien amas, y á quien adoras? que como no dés en el disparate de amar á un toro, ni en el que dió, el que adoró el platano, como sea hombre, el que segun tu dices, adoras, no me causará espanto, ni maravilla. Muger soy como tu, mis deseos tengo, y hasta ahora por honra del alma no me han salido á la boca, quien bien pudieran, como señales de la calentura; pero al fin avrán de romper por inconvenientes, y por impossibles, y siquiera en mi testamento procuraré que se sepa la causa de mi muerte. Estaba mirando Sinforosa, cada plabra que decia, la estimaba como si fuera sentencia salida por la boca de un Oraculo. Ay, señora! dixo, y como creo que los Cielos te han trahido por tan estraño rodeo, que parece milagro, á esta tierra, condolidos de mi dolor, y lastimados de mi lastima: del vientre obscuro de la nave te bolvieron á la luz del mundo, para que mi obscuridad tuviesse luz, y mis deseos salida de la confusion en que están. Y assi por no tenerme, ni tenerte mas suspensa, sabrás que à esta Isla llegó tu hermano Periandro; y successivamente le contó del modo que avia llegado, los triunfos que alcanzó, los contrarios que venció, y los premios que ganó, del modo que ya queda contado. Dixole tambien como las gracias de su hermano Periandro avian despestado en ella un modo de deseo, que no llegaba á ser amor, sino benevolencia; pero que despues con la soledad, y ociosidad, yendo, y viniendo el pensamiento á contemplar sus gracias, el amor se le fue pintando, no como hombre particular, sino como á un Principe, que si no lo

era,

era, merecia serlo. Esta pintura me la gravó en el alma, y yo inadvertida dexé que me la gravasse, sin hacerle resistencia alguna: y assi poco á poco vine á quererle, à amarle, y aun á adorarle, como he dicho. Mas dixera Sinforosa, si no bolviera Policarpa deseosa de entretener á Auristela, cantando al són de una harpa, que en las manos trahia. Enmudeció Sinforosa, quedó perdida Auristela; pero el silencio de la una, y el perdimiento de la otra, no fueron parte para que dexassen de prestar atentos oídos á la sin par en musica Policarpa, que de esta manera comenzó á cantar en su lengua, lo que despues dixo el barbaro Antonio, que en la Castellana decia.

Cintia, si desengaños no son parte,
Para cobrar la libertad perdida,
Dá riendas al dolor suelta la vida,
Que no es valor, ni es honra el no quexarte.

Y el generoso ardor, que parte á parte
Tiene tu libre voluntad rendida,
Será de tu silencio el homicida,
Quando pienses, por el enternizarte.

Salga con la doliente anima fuera
La enferma voz, que es fuerza, y es cordura;
Decir la lengua lo que al alma toca.

Quexandote sabrá el mundo, siquiera,
Quan grande fue de amor tu calentura,
Pues salieron señales á la boca.

NInguno como Sinforosa entendió los versos de Policarpa, la qual era sabidora de todos sus deseos; y puesto que tenia determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo Auristela, sus pensamientos, como ya se los avia comenzado á decir. Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela dando á entender, que mas por cortés, que por su gusto proprio le acompañaba. En fin, una vez, tornando á anudar la platica passada, le dixo: Oyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que las que me bullen

en el alma, no dexan sossegar la lengua: rebentaré si no las digo, y este temor, á pesar de mi credito, hará que sepas, que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mi conocidas, llevaron tras sí mis enamorados deseos, y sin entremeterme en saber quien son sus Padres, la Patria, ó riquezas, ni el punto en que le ha levantado la fortuna, solamente atiendo á la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquecido. Por sí solo le quiero, por sí solo le amo, y por sí solo le adoro: y por ti sola, y por quien eres te suplico, que sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres. Inumerables riquezas me dexó mi Madre en su muerte, sin sabiduria de mi Padre, hija soy de un Rey, que puesto que sea por eleccion, en fin es Rey: la edad ya la vés, la hermosura no se te encubre, que tal qual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida. Dame, señora, á tu hermano por esposo, daréte yo á mi misma por hermana, repartiré contigo mis riquezas, procuraré darte esposo, que despues, y aún antes de los dias de mi Padre, le elijan por Rey los de este Reyno; y quando esto no pueda ser, mis thesoros podrán comprar otros Reynos. Teniale á Auristela de las manos Sinforosa, bañandoselas en lagrimas, en tanto que estas tiernas razones la decia: acompañabale en ellas Auristela, juzgando en sí misma quales, y quantos suelen ser los aprietos de un corazon enamorado: y aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, la tenia lastima, que un generoso pecho no quiera vengarse quando puede; quanto mas tu Sinforosa no la avia ofendido en cosa alguna, que la obligasse á venganza: su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenia, su intencion la que á ella traia desatinada. Finalmente no podia culparla, sin que ella primero no quedarse convencida del mismo delito. Lo que procuró apurar fue, si le avia favorecido alguna vez, aunque fuesse en cosas leves, ó si con la lengua, ó con los ojos avia descubierto su amorosa voluntad á su hermano. Sinforosa la respondió que jamas avia tenido atrevimiento de alzar los ojos á mirar á Periandro, sino con el recato que á ser quien era debia, y que al passo de sus ojos avia andado el recato de su lengua. Bien creo esso, respondió Auristela; pero es possible que él no ha dado muestras de quererte? Si avrá, porque no le

ten-

tengo por tan de piedra, que no le enternezca, y ablande una belleza tal como la tuya: y assi soy de parecer, que antes que yo rompa esta dificultad, procures tu hablarle, dandole ocasion para ello con algun honesto favor: que tal vez los impensados favores despiertan, y encienden los mas tibios, y descuydados pechos, que si una vez él responde à tu deseo, seráme facil á mi hacerle, que de todo en todo le satisfaga. Todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosissimos. No te aconsejo yo que te deshonestes, ni te precipites, que los favores que hacen las doncellas á los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero con todo esto puede mucho la discrecion, y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos: á los mas turbados ofrece lugar, y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su credito.

CAPITULO IV.

Donde se prosigue la historia, y amores de Sinforosa.

Atenta estaba la enamorada Sinforosa á las discretas razones de Auristela, y no respondiendo á ellas, sino bolviendo á anudar las del pasado razonamiento, le dixo: Mira amiga mia, y señora, hasta donde llegó el amor, que engendró en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un Capitan de la guarda de mi Padre le fuesse á buscar, y le tragesse por fuerza, ú de grado á mi presencia: y el navío en que se embarcó es el mismo en que tu llegaste, porque en él entre los muertos le han hallado sin vida. Assi debe de ser, respondió Auristela, que él me contó gran parte de lo que tu me has dicho, de modo, que yo ya tenia noticia, aunque algo confusa de tus pensamientos: los quales, si es possible, quiero que sossiegues, hasta que se los descubras á mi hermano, ó hasta que yo tome á cargo tu remedio, que será luego que me descubras lo que con él te hubiere sucedido: que ni á ti te faltará lugar para hablarle, ni á mi tampoco. De nuevo bolvió Sinforosa á agradecer á Auristela su ofrecimiento, y de nuevo bolvió Auristela á tenerla lastima. En tanto que entre las dos esto passaba, se las avia Arnaldo con Clodio, que moria por turbar, ó por deshacer los amorosos pen-

pensamientos de Arnaldo; y hallandole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dixo: El otro dia te dixe, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condicion de las mugeres, y que Auristela en efecto es muger, aunque parece un Angel, y que Periandro es hombre, aunque sea su hermano: y no por esto quiero decir, que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato: y si por ventura te dieron lugar de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres quien eres, la soledad de tu Padre, la falta que haces á tus vassallos, la contingencia en que te pones de perder tu Reyno, que es la misma en que está la nave, donde falta el Piloto que la govierna. Mira que los Reyes están obligados á casarse no con la hermosura, sino con el linage, no con la riqueza, sino con la virtud, por la obligacion que tienen de dar buenos sucessores á sus Reynos. Desmengua, y apoca el respeto que se debe al Principe el verle coxear en la sangre, y no basta decir, que la Grandeza de Rey es en sí tan poderosa, que iguala consigo mismo la baxeza de la muger, que escogiera. El cavallo, y la yegua de casta generosa, y conocida prometen crias de valor admirable, mas que las no conocidas, y de baxa estirpe: entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto; pero no le ha de tener entre la noble. Assi que, (ó señor mio!) ó tu vuelve á tu Reyno, ó procura con el recato no dexar engañarte: y perdona este atrevimiento, que ya que tengo fama de maldiciente, y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado. Debaxo de tu amparo me trahes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del Cielo, que ya con mejor estrella parece que va mejorando mi condicion hasta aqui depravada. Yo te agradezco, (ó Clodio!) dixo Arnaldo, el buen consejo que me has dado; pero no consiente, ni permite el Cielo que le reciba. Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es: que para mi qualquiera cosa que dixere ha de ser verdad. Yo la adoro sin disputas, que el abysmo casi infinito de su hermosura lleva trás sí el de mis deseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo, he de tener vida; assi que Clodio no me aconsejes mas, porque tus palabras se llevarán

varàn los vientos, y mis obras te mostraràn quan vanos serán para conmigo tus consejos. Encogió los ombros Clodio, baxó la cabeza, y apartóse de su presencia, con proposito de no servir mas de consejero, porque el que lo ha de ser, requiere tener tres calidades. La primera, autoridad; la segunda, prudencia; y la tercera, ser llamado. Estas revoluciones, trazas, y maquinas amorosas andaban en el Palacio de Policarpo, y en los pechos de los confusos amantes, Auristela zelosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, y Arnaldo pertinaz. Mauricio haciendo designios de bolver á su Patria contra la voluntad de Transila, que no queria bolver à la presencia de gente tan enemiga del buen decoro, como la de su tierra. Ladislao su esposo no osaba, ni queria contradecirla: Antonio el Padre moría por verse con sus hijos, y muger en España, y Rutilio en Italia su Patria. Todos deseaban, pero à ninguno se le cumplian sus deseos, condicion de la naturaleza humana; que puesto que Dios la crió perfecta, nosotros por nuestra culpa la hallamos siempre falta, la qual falta siempre la ha de aver, miéntras no dexáremos de desear. Sucedió, pues, que casi de industria dió lugar Sinforosa, á que Periandro se viese solo con Auristela, deseosa que se diesse principio à tratar de su causa, y á la vista de su pleyto, en cuya sentencia consistia la de su vida, ó muerte. Las primeras palabras que Auristela dixo á Periandro, fueron: Esta nuestra peregrinacion, hermano, y señor mio, tan llena de trabajos, y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada dia, y cada momento me hace temer los de la muerte, y querria que diessemos traza de asegurar la vida sossegandola en una parte: y ninguna hallo tan buena como esta donde estamos, que aqui se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promessas, sino en verdad, y muger noble, y hermosisima en todo extremo, digna, no de que te ruegue como te ruega, sino de que tu la ruegues, la pidas, y la procures. En tanto que Auristela esto decia, la miraba Periandro con tanta atencion, que no movia las pestañas de los ojos: corria muy aprissa con el discurso de su entendimiento, para hallar adonde podrian ir encaminadas aquellas razones; pero passando adelante con ellas Auristela, le sacó de su confusion, diciendo: Digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en qualquier estado que tomes, digo

que

que Sinforosa te adora, y te quiere por esposo: dice que tiene riquezas increibles, y yo digo, que tiene creible hermosura: digo creíble, porque es tal, que no ha menester que exageraciones la levanten, ni hyperboles la engrandezcan: y en lo que he echado de ver, es de condicion blanda, de ingenio agudo, y de proceder tan discreto, como honesto. Con todo esto que te he dicho, no dexo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero segun los casos presentes, no te estará mal esta compañia. Fuera estamos de nuestra Patria, tu perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte; nuestro camino á Roma, quanto mas le procuramos, mas se dificulta, y alarga: mi intencion no se muda, pero tiembla, y no querria que entre temores, y peligros me saltease la muerte, y assi pienso acabar la vida en Religion, y querria que tu la acabasses en buen estado. Aqui dió fin Auristela à su razonamiento, y principio á unas lagrimas que desdecian, y borraban todo quanto avia dicho. Sacó los brazos honestamente fuera de la colcha, tendiólos por el lecho, y bolvió la cabeza à la parte contraria, de donde estaba Periandro: el qual viendo estos estremos, y aviendo oído sus palabras, sin ser poderoso à otra cosa, se le quitó la vista de los ojos, se le añudó la garganta, y se le travó la lengua, y dió consigo en el suelo de rodillas, y arrimó la cabeza al lecho: bolvió Auristela la suya, y viendole desmayado, le puso la mano en el rostro, y le enjugó las lagrimas, que sin que él lo sintiesse, hilo à hilo le bañaban las mexillas.

CAPITULO V.

De lo que passò entre el Rey Policarpo, y su hija Sinforosa.

EFectos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas. Adormecense, ó entorpecense à uno los dientes de ver cortar con un cuchillo un paño: tiembla tal vez un hombre de un raton, y yo le he visto temblar de ver cortar un rabano, y á otro he visto levantarse de una mesa de respeto, por ver poner unas azeytunas. Si se pregunta la causa, no hay saber decirla: y los que mas piensan que aciertan à decirla, es decir, que las estrellas tienen cierta antipatía con la complexion de aquel hombre, que le inclina, ò mueve à hacer aquellas acciones, temores, y espantos, viendo

las

las cosas sobredichas, y otras semejantes, que á cada passo vemos una de las definiciones del hombre es decir, que es animal risible, porque solo el hombre se rie, y no otro ningun animal: y yo digo, que tambien se puede decir, que es animal llorable, animal que llora, y assi como por la mucha risa se descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar, el poco discurso. Por tres cosas es licito que llore el varon prudente: la una, por aver pecado, la segunda, por alcanzar perdon de él: la tercera, por estar zeloso: las demas lagrimas no dicen bien en un rostro grave. Veamos, pues, desmayado á Periandro, ya que no llore de pecador, ni arrepentido, llore de zeloso, que no faltará quien disculpe sus lagrimas, y aún las enjugue, como hizo Auristela, la qual con mas artificio, que verdad le puso en aquel estado. Bolvió en fin en sí, y sintiendo passos en la estancia bolvió la cabeza, y vió á sus espaldas á Ricla, y á Constanza, que entraban á ver á Auristela, que lo tuvo á buena suerte, que á dexarle solo, no hallára palabras con que responder á su señora, y assi se fue á pensarlas, y á considerar en los consejos que le avia dado. Estaba tambien Sinforosa con deseo de saber que auto se avia proveído en la Audiencia de Amor, en la primera vista de su pleyto, y sin duda que fuera la primera que entrára á ver á Auristela, y no Ricla, y Constanza; pero estorvóselo llegar un recado de su Padre el Rey, que la mandaba ir á su presencia luego, y sin escusa alguna. Obedecióle: fue á verle, y hallòle retirado, y solo. Hizola Policarpo sentar junto á sí, y al cabo de algun espacio que estuvo callando, con voz baxa, como que se recataba de que no le oyessen, la dixo: Hija, puesto que tus pocos años no están obligados á sentir que cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos mios estén ya sujetos á su jurisdiccion: todavia tal vez sale de curso la naturaleza, y se abrasan las niñas verdes, y se secan, y consumen los viejos ancianos. Quando esto oyó Sinforosa, imaginó sin duda, que su Padre sabia sus deseos; pero con todo esso calló, y no quiso interrumpirle, hasta que mas se declarasse, y en tanto que él se declaraba, á ella le estaba palpitando el corazon en el pecho. Siguió, pues, su Padre, diciendo: Despues, ó hija mia, que me faltó tu Madre, me acogí á la sombra de tus regalos, cubrime con tu amparo, governéme por tus consejos, y he guardado, como

has

has visto, las leyes de la viudez con toda puntualidad, y recato, tanto por el credito de mi persona como por guardar la Fé Catholica que professo; pero despues que han venido estos nuevos huespedes á nuestra Ciudad, se ha desconcertado el relox de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y finalmente he caído desde la cumbre de mi presuncion discreta, hasta el abysmo baxo de no se que deseos, que si los callo, me matan, y si los digo, me deshonran. No mas suspension, hija: no mas silencio, amiga; no mas, y si quieres que mas aya, sea el decirte, que muero por Auristela: el calor de su hermosura tierna ha encendido los huessos de mi edad madura, en las estrellas de sus ojos han tomado lumbre los mios ya escuros, la gallardía de su persona ha alentado la floxedad de la mia. Querria, si fuesse possible, á ti, y á tu hermana daros una Madrastra, que su valor disculpe el darosla. Si tu vienes con mi parecer, no se me dará nada del que dirán, y quanto por esta, si pareciere locura, me quitáren el Reyno, reyne yo en los brazos de Auristela, que no avrá Monarca en el mundo que se me iguale. Es mi intencion, hija, que tu se lo digas, y alcances de ella el sí que tanto me importa, que á lo que creo, no se le hará muy dificultoso el darle, si con su discrecion recompensa, y contrapone mi autoridad á mis años, y mi riqueza á los suyos. Bueno es ser Reyna, bueno es mandar, gusto dán las honras, y no todos los passatiempos se cifran en los casamientos iguales. En albricias del sí que me has de traher de esta embaxada que llevas, te mando una mejora en tu suerte; que si eres discreta, como lo eres, no has de acertar á desearla mejor. Mira, quatro cosas ha de procurar tener, y sustentar el hombre principal, y son: Buena muger, buena casa, buen cavallo, y buenas armas: las dos primeras, tan obligada está la muger á procurarlas como el varon, y aun mas, porque no ha de levantar la muger al marido, sino el marido á la muger. Las Magestades, las grandezas altas no las aniquilan los casamientos humildes; porque en casandose, igualan consigo à sus mugeres: asi que, sease Auristela quien fuere, que siendo mi esposa, será Reyna, y su hermano Periandro mi cuñado, el qual dandotelo yo por esposo, y honrandole con titulo de mi cuñado, vendrás tu tambien á ser estimada, tanto por ser su esposa, como por

ser

ser mi hija. Pues como sabes tu, señor, dixo Sinforosa, que no es Periandro casado, y ya que no lo sea quiera serlo conmigo? De que no lo sea, respondió el Rey, me lo dá á entender el verle andar peregrinando por estrañas tierras, cosa que lo estorvan los casamientos grandes: de que lo quiera ser tuyo, me lo certifica, y assegura su discrecion, que es mucha, y caerá en la cuenta de lo que contigo gana: y pues la hermosura de su hermana la hace ser Reyna, no será mucho que la tuya le haga tu esposo. Con estas ultimas palabras, y con esta grande promesa paladeó el Rey la esperanza de Sinforosa, y saboreóle el gusto de sus deseos: y asi sin ir contra los de su Padre, prometió ser casamentera, y admitió las albricias, de lo que no tenia negociado: solo le dixo, que mirasse lo que hacia en darle por esposo á Periandro, que puesto que sus habilidades acreditaban su valor, todavia sería bueno no arrojarse, sin que primero la experiencia, y el trato de algunos dias le assegurasse: y diera ella, porque en aquel punto se le dieran por esposo, todo el bien que acertára á desearse en este mundo, los siglos que tuviera de vida; que las doncellas virtuosas, y principales uno dice la lengua, y otro piensa el corazon. Esto passaron Policarpo, y su hija, y en otra estancia se movió otra conversacion, y platica entre Rutilio, y Clodio. Era Clodio, como se ha visto en lo que de su vida, y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacia ser gentil maldiciente; que el tonto, y simple, ni sabe murmurar, ni maldecir; y aunque no es bien decir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto alaban al maldiciente discreto, que la agudeza maliciosa no hay conversacion que no la ponga en punto, y dé sabor como la sal á los manjares: y por lo menos al maldiciente agudo, si le vituperan, y condenan por perjudicial no dexan de absolverle, y alabarle por discreto. Este, pues, nuestro murmurador, á quien su lengua desterró de su Patria en compañia de la torpe, y viciosa Rosamunda, aviendo dado igual pena el Rey de Inglaterra á su maliciosa lengua, como á la torpeza de Rosamunda, hallandose solo con Rutilio, le dixo: Mira Rutilio, necio es, y muy necio el que descubriendo un secreto á otro, le pide encarecidamente que le calle, porque le importa la vida, en que lo que le dice no se sepa. Digo yo ahora, vén acá, descubridor de tus pensamientos,

tos, y derramador de tus secretos, si á ti con importarte le vida, como dices, los descubres al otro á quien se los dices, que no le importa nada el descubrirlos, como quieres que los cierre, y recoja debaxo de la llave del silencio? Qué mayor seguridad puedes tomar de que no se sepa lo que sabes, sino no decirlo? Todo esto sé, Rutilio, y con todo esto me salen á la lengua, y á la boca ciertos pensamientos que rabian, porque los ponga en voz, y los arroje en las plazas, antes que se me pudran en el pecho, ó reviente con ellos. Ven acá Rutilio, que hace aqui este Arnaldo siguiendo el cuerpo de Auristela, como si fuesse su misma sombra, dexando su Reyno á la discrecion de su Padre viejo, y quizá caduco, perdiendose aqui, anegandose alli, llorando acá, suspirando acullá, lamentandose amargamente de la fortuna, que el mismo se fabrica? Qué diremos de esta Auristela, y de este su hermano, mozos vagamundos, encubridores de su linage, quizà por poner en duda si son, ó no Principales: que el que está ausente de su Patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los Padres que quisiere, y con la discrecion, y artificio parecer en sus costumbres, que son hijos del Sol, y de la Luna. No niego yo, que no sea virtud digna de alabanza, mejorarse cada uno; pero ha de ser sin perjuicio de tercero: el honor, y la alabanza son premios de la virtud, que siendo firme, y sólida, se le deben, mas no se le debe á la ficticia, é hypocresía. Quien puede ser este luchador, este esgrimidor, este corredor, y saltador? este Ganimedes, este lindo, este aqui vendido, acullá comprado, este Argos de este ternera de Auristela, que apenas nos la dexa mirar por bruxula, que ni sabemos, ni hemos podido saber de este par, tan sin par en hermosura, de donde vienen, ni à dovan; pero lo que mas me fatiga de ellos, es, que por los once Cielos que dicen que hay, te juro Rutilio, que no me puedo persuadir que sean hermanos; y que puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedages, y mesones. Lo que gastan sale de las alforjas, saquillos, y repuestos llenos de pedazos de oro de los barbaros Ricla, y Constanza. Bien veo que aquella Cruz de diamantes, y aquellas dos perlas que trahe Auristela, valen un gran thesoro, pero no son prendas que se cambian, ni truecan por

me-

menudo: pues pensar que siempre han de hallar Reyes que los hospeden, y Principes que los favorezcan, es hablar en lo excusado. Pues qué diremos, Rutilio, ahora de la fantasía de Transila, y de la Astrología de su Padre, ella que rebienta de valiente, y él que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? Yo apostaré, que Ladislao, su esposo de Transila, tomára ahora estar en su Patria, en su casa, y en su reposo, aunque passára por el estatuto, y condicion de los de su tierra, y no verse en la agena á la discrecion del que quisiere darles lo que han menester: y este nuestro barbaro Español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentía del Orbe: yo pondré, que si el Cielo le lleva á su Patria, que ha de hacer corrillos de gente, mostrando á su muger, y á sus hijos embueltos en sus pellejos, pintando la Isla barbara en un lienzo, y señalando con una vara el lugar do estuvo encerrado quince años, la mazmorra de los prisioneros, y la esperanza inutil, y ridicula de los barbaros, y el incendio no pensado de la Isla, bien assi como hacen los que libres de la esclavitud Turquesca con las cadenas al ombro aviendolas quitado de los pies, cuentan sus desventuras con lastímeras voces, y de humildes plegarias en tierra de Christianos: pero esto passe, que aunque parezca que cuenten impossibles, á mayores peligros està sujeta la condenacion humana, y los de un desterrado, por grandes que sean, pueden ser credéros. Adonde vas á parar, ó Clodio, dixo Rutilio? Voy à parar, respondió Clodio en decir de ti, que mal podrás usar tu oficio en estas Regiones, donde sus moradores no danzan, ni tienen otros passatiempos, sino los que les ofrece Baco en sus razas risueño, y en sus bebidas lascivo. Pararé tambien en mi, que aviendo escapado de la muerte por la benignidad del Cielo, y por la cortesía de Arnaldo, ni al Cielo doy gracias, ni á Arnaldo tampoco; antes querria procurar, que aunque fuesse á costa de su desdicha, nosotros enmendassemos nuestra ventura. Entre los pobres pueden durar las amistades, porque la igualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones; pero entre los ricos, y los pobres no puede aver amistad duradera, por la desigualdad que hay entre la riqueza, à la pobreza. Philosopho estás, Clodio, replicó Rutilio; pero yo no puedo imaginar que medio podremos tomar para mejorar, como dices, nuestra suerte, si ella comenzó á no

ser buena desde nuestro nacimiento. Yo no soy tan Letrado como tu; pero bien alcanzo, que los que nacen de Padres humildes, si no los ayuda demasiadamente el Cielo, ellos por si solos pocas veces se levantan adonde sean señalados con el dedo, si la virtud no les dá la mano; pero á ti quien te la ha de dar, si la mayor que tienes, es decir mal de la misma virtud? Y á mi, quien me ha de levantar, pues quando mas lo procure, no podrá subir mas de lo que se alza una cabriola: yo danzador, tu murmurador; yo condenado á la horca en mi Patria, tu desterrado de la tuya por maldiciente: mira que bien podremos esperar que nos mejore. Suspendióse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspension dió fin á este capitulo el Autor de esta grande historia.

CAPITULO VI.

Declara Sinforosa á Auristela los amores de su Padre.

TOdos tenian con quien comunicar sus pensamientos, Policarpo con su hija, y Clodio con Rutilio, solo el suspenso Periandro los comunicaba consigo mismo, que le engendraron tantos las razones de Auristela, que no, sabia á qual acudir, que le aliviasse su pesadumbre. Valgame Dios, que es esto (decia entre sí mismo) ha perdido el juicio Auristela? Ella mi Casamentera! Como es possible que aya dado al olvido nuestros conciertos? Qué tengo yo que ver con Sinforosa? Qué Reynos, ni qué riquezas me pueden á mi obligar á que dexe mi hermana Sigismunda, sino es dexando de ser yo Persiles? En pronunciando esta palabra, se mordió la lengua, y miró á todas partes á ver si alguno le escuchaba, y asseguarandose que no prosiguió, diciendo: Sin duda Auristela está zelosa, que los zelos se engendran entre los que bien se quieren, del ayre que passa, del Sol que toca, y aùn de la tierra que pisa. O Señora mia, mira lo que haces, no hagas agravio á tu valor ni á tu belleza, ni me quites à mi la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad, y firmeza me vá labrando una inestimable corona de verdadero amante. Hermosa, rica, y bien nacida es Sinforosa, pero en tu comparacion es fea, es pobre, y de linage humilde. Considera, señora, que el amor nace, y se engendra en nuestros pechos, ó por leccion, ó por destino: el que por destino siem-

siempre está en su punto: el que por eleccion puede crecer, ó menguar, segun pueden menguar, ò crecer las causas que nos obligan, y mueven á querernos: y siendo esta verdad tan verdad como lo es, hallo que mi amor no tiene terminos que le encierren, ni palabras que le declaren: casi puedo decir, que desde las mantillas, y faxas de mi niñez te quise bien, y aqui pongo yo la razon del destino. Con la edad, y con el uso de la razon fue creciendo en mi el conocimiento, y fueron creciendo en ti las partes que te hicieron amable: vilas, contemplèlas, conocílas, gravélas en mi alma, y de la tuya, y la mia hice un compuesto tan uno, y tan solo, que estoy por decir, que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirle: dexa, pues, bien mio, Sinforosa, no me ofrezcas agenas hermosuras, ni me combides con imperios, ni Monarquías, ni dexes que suene en mis oídos el dulce nombre de hermano, con que me llamas. Todo esto que estoy diciendo entre mi, quisiera decirtelo á ti por los mismos terminos, con que lo voy fraguando en mi imaginacion; pero no será possible, porque la luz de tus ojos, y mas si me miran ayrados, ha de turbar mi vista, y enmudecer mi lengua: mejor será escrivirtelo en un papel, porque las razones serán siempre unas, y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma, una fé confirmada, un deseo loable, y digno de ser creído, assi determino de escrivirte. Quietóse con esto algun tanto, pareciendole que con mas advertido discurso pondria su alma en la pluma, que en la lengua. Dexemos escriviendo á Periandro, y vamos á oír lo que dice Sinforosa á Auristela: la qual Sinforosa, con deseo de saber lo que Periandro avia respondido á Auristela procuró verse con ella á solas, y darle de camino noticia de la intencion de su padre, creyendo que apenas se le avria declarado, quando alcanzasse el sí de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas, ni los señoríos especialmente de las mugeres, que por naturaleza las mas son altivas, y sobervias. Quando Auristela vió á Sinforosa, no le plugo mucho su llegada, porque no tenia que responderle, por no aver visto mas á Periandro; pero Sinforosa, antes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su Padre, imaginandose, que con aquellas nuevas que Auristela llevaba tan dignas de dar gusto, la tendria de su parte, en quien pensaba

estar el todo de su buen sucesso, y assi le dixo: Sin duda alguna, bellissima Auristela, que los Cielos te quieren bien, porque me parece que quieren llover sobre ti venturas, y mas venturas. Mi Padre el Rey te adora, y conmigo te embia á decir, que quiere ser tu esposo, y en albricias del sí que le has de dar, y yo se le he de llevar, me ha prometido á Periandro por esposo. Ya, señora, eres Reyna, ya Periandro es mio, ya las riquezas te sobran; y si tus gustos en las canas de mi Padre no te sobraren, sobrarte han en los de el mundo, y en los de los vassallos, que estarán continuo atentos á tu servicio. Mucho te he dicho, amiga, y señora mia, y mucho has de hacer por mi, que de un gran valor no se puede esperar menos que un grande agradecimiento: Comiense en nosotras á verse en el mundo dos cuñadas, que se quieren bien, y dos amigas, que sin doblez se amen, que si veràn si tu discrecion no se olvida de sí misma: y dime ahora, que es lo que respondió tu hermano, á lo que de mi le dixiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple sería el que no recibiesse tus consejos como de un Oraculo. A lo que respondió Auristela: Mi hermano Periandro es agradecido como principal Cavallero, y es discreto como andante peregrino: que el ver mucho, y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres. Mis trabajos, y los de mi hermano nos van leyendo, en quanto debemos estimar el sossiego: y pues que el que nos ofreces es tal, sin duda imagino, que le avremos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandro, ni sé de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza, ni desmayarla. Dá (ó bella Sinforosa!) algun tiempo al tiempo, y dexanos considerar el bien de tus promesas, porque puestas en obra sepamos estimarlas. Las obras que no se han de hacer mas de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es una de estas acciones: y assi es menester que se considere bien antes que se haga, puesto que los terminos de esta consideracion los doy por passados, y hallo que tu alcanzáras tus deseos, y yo admitiré tus promesas, y consejos: y vete hermana, y haz llamar de mi parte á Periandro, que quiero saber de él alegres nuevas que decirte, y aconsejarme con él de lo que me conviene, como con hermano mayor, á quien debo tener respeto, y obedien-

diencia. Abrazóla Sinforosa, y dexóla por hacer venir á Periandro á que le viesse: el qual en este tiempo encerrado, y solo avia tomado la pluma, y de muchos principios que en un papel borró, y tornó á escrivir, quitó, y añadió, en fin salió con uno, que se dice, decia de esta manera.

No he osado fiar de mi lengua, lo que de mi pluma, ni aún de ella fio algo, pues no puedo escrivir cosa que sea de momento, el que por instantes está esperando la muerte. Ahora vengo á conocer, que no todos los discretos saben aconsejar en todos los cassos: aquellos si que tienen experiencia en aquellos sobre quien se les pide el consejo. Perdoname, que no admito el tuyo, por parecerme, ó que no me conoces, ó que te has olvidado de ti misma. Buelve, señora, en ti, y no te haga una vana presuncion zelosa salir de los limites de la gravedad, y peso de tu raro entendimiento. Considera quien eres, y no se te olvide de quien yo soy, y verás en ti el termino del valor que puede desearse, y en mi el amor, y la firmeza que puede imaginarse: y firmandote en esta consideracion discreta, no temas que agenas hermosuras me enciendan, ni imagines que á tu comparable virtud, y belleza otra alguna se anteponga. Sigamos nuestro viage, cumplamos nuestro voto, y quedense aparte zelos infructuosos, y mal nacidas sospechas. La partida de esta tierra solicitaré con toda diligencia, y brevedad, porque me parece, que en salir de ella, saldré del infierno de mi tormento á la gloria de verte sin zelos. Esto fue lo que escrivió Periandro, y lo que dexó en limpio, al cabo de aver hecho seis borradores, y doblando el papel se fue á ver á Auristela, de cuya parte ya le avian llamado.

CAPITULO VII. DIVIDIDO EN DOS PARTES.

Rutilio enamorado de Policarpa, y Clodio de Auristela, las escriven, declarandoles sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento, y rompe su papel sin darle; pero Clodio determina dar el suyo.

Rutilio, y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el uno de su ingenio, y el otro de su poca verguenza, se imaginaron merecedores,

el uno de Policarpa, y el otro de Auristela. A Rutilio le contentó mucho la voz, y el donayre de Policarpa, y á Clodio la sin igual belleza de Auristela, y andaban buscando ocasion como descubrir sus pensamientos, sin que los viniesse mal por declararlos: que es bien que tema un hombre baxo, y humilde, que se atreve á decir á una muger principal, lo que no avia de atreverse á pensarlo siquiera; pero tal vez acontece, que la desenvoltura de una poco honesta, aunque principal señora, dá motivo á que un hombre humilde, y baxo ponga en ella los ojos, y le declare sus pensamientos. Ha de ser annexo á la muger principal el ser grave, el ser compuesta, y recatada, sin que por esto sea sobervia, desabrida, y descuydada. Tanto ha de parecer mas humilde, y mas grave una muger, quanto es mas señora. Pero en estos dos Cavalleros, y nuevos amantes no nacieron sus deseos de las desenvolturas, y poca gravedad de sus señoras; pero nazcan de do nacieren. Rutilio, en fin, escrivió un papel á Policarpa, y Clodio á Auristela, del tenor que se sigue.

Rutilio á Policarpa.

SEñora, yo soy estrangero, aunque te diga grandezas de mi linage, como no tengo testigos que las confirmen, quizá no hallarán credito en tu pecho; aunque para confirmacion de que soy Ilustre en linage, basta que he tenido atrevimiento de decirte, que te adoro. Mira que pruebas quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que á ti estará el pedirlas, y á mi el hacerlas: y pues te quiero para esposa, imagina que deseo, como quien soy, y que merezco, como deseo, que de altos espiritus, es aspirar á las cosas altas. Dame, siquiera con los ojos respuesta de este papel, que en la blandura, ó rigor de tu vista veré la sentencia de mi muerte, ú de mi vida. Cerró el papel Rutilio con intencion de darsele á Policarpa, arrimandose al parecer de los que dicen: Díselo tu una vez, que no faltará quien se lo acuerde ciento. Mostróselo primero á Clodio, y Clodio le mostró á el, otro que para Auristela tenia escrito, que es este que se sigue.

Clodio à Auristela.

UNos entran en la red amorosa con el cevo de la hermosura, otros con los del donayre, y gentileza, otros con los

los del valor que se consideran en la persona, á quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta á su yugo, mi cerviz á su coyunda, mi voluntad á sus fueros, y mis pies á sus grillos, que ha sido por la de la lastima: que qual es el corazon de piedra, que no la tendrá, hermosa señora, de verte vendida, y comprada, y en tan estrechos passos puesta, que has llegado al ultimo de la vida por momentos? El hierro, y despiadado acero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrazado las ropas de tus vestidos, la nieve tal vez te ha tenido yerta, y la hambre enflaquecida, y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mexillas: y finalmente, el agua te ha sorbido, y vomitado, y estos trabajos no sé con que fuerzas los llevas, que no te las pueden dar las pocas de un Rey vagamundo, y que te sigue por solo el interés de gozarte: ni las de tu hermano, sí lo es, son tantas, que te pueden alentar en tus miserias. No fies, señora, de promesas remotas, arrimate á las esperanzas propinquas, y escoge un modo de vida, que te assegure la que el Cielo quisiere darte. Mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los mas ultimos rincones de la tierra: yo daré traza como sacarte de esta, y librarte de las importunaciones de Arnaldo, y sacandote de este Egypto, te llevaré á la tierra de promission, que es España, ó Francia, ó Italia, ya que no puedo vivir en Inglaterra, dulce, y amada Patria mia: y sobre todo, me ofrezco á ser tu esposo, y desde luego te acepto por mi esposa.

Aviendo oído Rutilio el papel de Clodio, dixo: Verdaderamente nosotros estamos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir, que podemos subir al Cielo sin alas, pues las que nos da nuestra pretencion, son las de la hormiga. Mira, Clodio, yo soy de parecer, que rasguémos estos papeles, pues no nos ha forzado á escrivirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa, y valida voluntad: porque el amor, ni nace, ni puede crecer, sino es al arrimo de la esperanza, y faltando ella, falta él de todo punto: pues por qué queremos aventurarnos á perder, y no á ganar en esta empresa, que el declararla, y el ver á nuestras gargantas arrimado el cordel, ó el cuchillo, ha de ser todo uno? demàs, que por mostrarnos enamorados, avremos de parecer, sobre desagradecidos, traydores. Tu no vés la distancia que hay de un

Maestro de danzar, que enmendó su oficio con aprender el de Platero,á una hija de un Rey ? Y la que hay de un desterrado murmurador, á la que desecha, y menosprecia Reynos? Mordamonos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento á do ha llegado nuestra mocedad: à lo menos este mi papel se dará primero al fuego, ó al viento, que á Policarpa. Haz tu lo que quisieres del tuyo, respondió Clodio, que el mio, aunque no le dé à Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio, aunque temo, que si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de aver tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las veces daña. Estas razones passaron entre los dos fingidos amantes, y atrevidos y necios de veras. Llegóse, en fin, el punto de hablar á solas Periandro con Auristela, y entró á verla con intencion de darle el papel que avía escrito; pero assi como la vió, olvidandose de todos los discursos, y disculpas que llevaba prevenidas, le dixo: Señora, mirame bien, que yo soy Periandro, que fuí el que fue Persiles, y soy el que tu quieres que sea Periandro. El ñudo con que están atadas nuestras voluntades, nadie le puede desatar sino la muerte: y siendo esto assi, de que te sirve darme consejos tan contrarios á esta verdad? Por todos los Cielos, y por ti misma mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas á Sinforosa, ni imagines que su belleza, ni sus thesoros han de ser parte á que yo olvide las minas de tus virtudes, y la hermosura incomparable tuya, assi del cuerpo, como del alma. Esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos le vieron, porque no hay clausula que añadir á la obligacion en que quedé de servirte, al punto que en mis potencias se imprimió el conocimiento de tus virtudes. Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida de esta tierra, y dispondré, lo mejor que pudiere, nuestro viage, que aunque Roma es el Cielo de la tierra, no está puesta en el Cielo, y no avrá trabajos, ni peligros que nos nieguen del todo el llegar á ella, puesto que los aya para dilatar el camino. Tente al tronco, y á las ramas de tu mucho valor, y no imagines que ha de aver en el mundo quien se le oponga. En tanto que Periandro esto decia, le estaba mirando Auristela, con ojos tiernos, y con lágrimas de zelos, y compassion nacidas;

cidas; pero en fin, haciendo efecto en su alma las amorosas razones de Periandro, dió lugar á la verdad, que en ellas venia encerrada, y respondióle seis, ú ocho palabras, que fueron: Sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo: confiada te pido, que con brevedad salgamos de esta tierra, que en otra quizá convaleceré de la enfermedad zelosa, que en este lecho me tiene. Si yo huviere dado, señora, respondió Periandro, alguna ocasion à tu enfermedad, llevára en paciencia tus quexas, y en mis disculpas halláras tu el remedio de tus lastimas; pero como no te he ofendido, no tengo de que disculparme. Por quien eres, te suplico, que alegres los corazones de los que te conocen, y sea brevemente, pues faltando la ocasion de tu enfermedad, no hay para que nos mates con ella. Pondré en efecto lo que me mandas, saldremos de esta tierra con la brevedad possible. Sabes quanto te importa, Periandro, respondió Auristela, pues has de saber que me van lisonjeando promesas, y apretando dadivas, y no como quiera, que por lo menos me ofrecen este Reyno. Policarpo el Rey, quiere ser mi esposo, hamelo enviado á decir con Sinforosa su hija, y ella con el favor que piensa tener en mi, siendo su Madastra, quiere que seas su esposo. Si esto puede ser, tu lo sabes, y si estamos en peligro, consideralo, y conforme á esto, aconsejate con tu discrecion, y busca el remedio que nuestra necessidad pide, y perdoname, que la fuerza de las sospechas han sido las que me han forzado à ofenderte; pero estos yerros facilmente los perdona el amor. De él se dice, replicó Periandro, que no puede estar sin zelos, los quales, quando de debido, y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer, sirviendo de espuelas á la voluntad, que de puro confiada se entibia, ó á lo menos parece que se desmaya: y por lo que debes á tu buen entendimiento, te ruego, que de aqui adelante me mires, no con mejores ojos, pues no los puede aver en el mundo tales como los tuyos, sino con voluntad mas llana, y menos puntuosa: no levantando algun descuydo mio mas pequeño que un grano de mostaza á ser monte, que llegue à los Cielos, llegnado á los zelos: y en lo demás con tu buen juício entretén al Rey, y á Sinforosa, que no la ofenderás, en fingir palabras que se encaminan á conseguir buenos deseos: y queda en paz, no engendre en algun mal pecho alguna mala sospecha nuestra

larga

larga platica. Con esto la dexó Periandro, y al salir de la estancia encontró con Clodio, y Rutilio: Rutilio acabando de romper el papel que avia escrito á Policarpa, y Clodio doblando el suyo, para ponerselo en el seno. Rutilio arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio satisfecho de su habilidad, y ufano de su atrevimiento; pero andará el tiempo, y llegará el punto, donde diera él por no averle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

SEGUNDA PARTE DEL CAPITULO VII.

De lo que passó entre Sinforosa, y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la Isla.

ANdaba el Rey Policarpo alborozado con sus amorosos pensamientos, y deseoso además de saber la resolucion de Auristela, tan confiado, y tan seguro, que avia de corresponder á lo que deseaba, que ya consigo mismo trazaba las bodas, concertaba las fiestas, inventaba las galas, y aún hacia mercedes en esperanza del venidero matrimonio; pero entre todos estos designios no tomaba el pulso á su edad, ni igualaba con discrecion la disparidad que hay de diez y siete años á setenta, y quando fueran sesenta, es tambien grande la distancia. Assi halagan, y lisongean los lascivos deseos las voluntades: assi engañan los gustos imaginados á los grandes entendimientos: assi tiran, y llevan tras sí las blandas imaginaciones á los que no se resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaba Sinforosa, que no se asseguraba de su suerte, por ser cosa natural, que quien mucho desea, mucho teme, y las cosas que podian poner alas á su esperanza, como eran su valor, su linage, y su hermosura, essas mismas se las cortaban, por ser proprio de los amantes rendidos, pensar siempre que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren. Andan el amor, y el temor tan apareados, que á do quiera que bolvais la cara, los vereis juntos: y no es sobervio el amor, como algunos dicen; sino humilde, agradable, y manso: y tanto, que suele perder de su derecho, por no dar á quien bien quiere pesadumbre, y mas que como todo amante tiene en sumo precio, y estima la cosa que ama, huye de que de su parte

naz-

nazca alguna ocasion de perderla. Todo esto con mejores discursos que su Padre, consideraba la bella Sinforosa, y entre temor, y esperanza puesta, fue á ver á Auristela, y á saber de ella lo que esperaba, y temia. En fin, se vió Sinforosa con Auristela, y sola, que era lo que ella mas deseaba, y era tanto el deseo que tenia de saber las nuevas de su buena, ó mala andanza, que assi como entró á verla, sin que la hablasse palabra, se la puso á mirar ahincadamente, por ver si en los movimientos de su rostro le daba señales de su vida, ó muerte. Entendióla Auristela, y á media risa (quiero decir con muestras alegres) le dixo: Llegaos, señora, que á la raíz del arbol de vuestra esperanza no ha puesto el temor segur para cortar: bien es verdad, que vuestro bien, y el mio se han de dilatar algun tanto; pero en fin llegarán, porque aunque hay inconvenientes, que suelen impedir el cumplimiento de los justos deseos, no por esso ha de tener la desesperacion fuerzas para no esperarle. Mi hermano dice, que el conocimiento que tiene de tu valor, y hermosura, no solamente le obliga, pero que le fuerza á quererte, y tiene á bien, y á merced particular la que le haces en querer ser suya; pero antes que venga á tan dichosa possesion, ha menester defraudar las esperanzas que el Principe Arnaldo tiene, de que yo he de ser su esposa: y sin duda lo fuera yo, si el serlo tu de mi hermano no lo estorvára: que has de saber hermana mia, que assi puedo yo vivir sin Periandro, como puede vivir un cuerpo sin alma: alli tengo de vivir donde él viviere: él es el espiritu que me mueve, y el alma que me anima: y siendo esto assi, y el se casa en esta tierra contigo, como podré yo vivir en la de Arnaldo en ausencia de mi hermano? Para escusar este desmán, que me amenaza, ordena que nos vamos con él á su Reyno, desde el qual le pediremos licencia para ir á Roma á cumplir un voto, cuyo cumplimiento nos sacó de nuestra tierra: y está claro (como la experiencia me lo ha mostrado) que no ha de salir un punto de mi voluntad. Puestos, pues, en nuestra libertad, facil cosa será dar la buelta á esta Isla, donde burlando sus esperanzas, veamos el fin de las nuestras, yo casandome con tu Padre, y mi hermano contigo. A lo que respondió Sinforosa: No sé, hermana, con que palabras podré encarecer la merced que me has hecho con las que me has dicho: y assi la dexaré en su punto, porque

no

no sé como explicarlo; pero esto que ahora decirte quiero, recibelo antes por advertimiento, que por consejo. Ahora estás en esta tierra, y en poder de mi Padre, que te podrá, y querrá defender de todo el mundo, y no será bien que se ponga en contingencia la seguridad de tu possession. No le ha de ser possible á Arnaldo llevaros por fuerza à ti, y à tu hermano, y hale de ser forzoso, si no querer, à lo menos consentir lo que mi Padre quisiere, que le tiene en su Reyno, y en su casa. Assegurame tu, ò hermana, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi Padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor, y esposo, que yo te daré llanas todas las dificultades, é inconvenientes, que para llegar á este efecto pueda poner Arnaldo. A lo que respondió Auristela: Los Varones prudentes, por los casos passados, y por los presentes, juzgan los que están por venir. A hacernos fuerza pública, ó secreta tu Padre en nuestra detencion, ha de irritar, y despertar la colera de Arnaldo, que en fin es Rey poderose, à lo menos lo es mas que tu Padre: y los Reyes burlados, y engañados facilmente se acomodan á vengarse: y assi, en lugar de aver recibido con nuestro parentesco gusto, recibiriades daño, trayendoos la guerra à vuestras mismas casas. Y si dixeres, que este temor se ha de tener siempre, hora nos quedemos aqui, hora bolvamos despues, considerando, que nunca los Cielos aprietan tanto los males, que no dexen alguna luz con que se descubra la de su remedio: soy de parecer, que nos vamos con Arnaldo, y que tu misma, con tu discrecion, y aviso solicites nuestra partida, que en esto solicitarás, y abreviarás nuestra buelta: y aqui, si no en Reynos tan grandes como los de Arnaldo, à lo menos en paz mas segura gozaré yo de la prudencia de tu Padre, y tu de la gentileza, y bondad de mi hermano, sin que se dividan, y aparten nuestras almas. Oyendo las quales razones Sinforosa, loca de contento se abalanzó, Auristela, y le echó los brazos al cuello, mediendole la boca, y los ojos con sus hermosos labios. En esto vieron entrar por la sala á los dos, al parecer barbaros, Padre, é hijo, y á Ricla, y Constanza: y luego trás ellos entraron Mauricio, Ladislao, y Transila, deseosos de ver, y hablar à Auristela, y saber en que punto estaba su enfermedad, que los tenia à ellos sin salud. Despidióse Sinforosa mas alegre, y mas engañada que quan-

quando avia entrado: que los corazones enamorados creen con mucha facilidad aún las sombras de las promesas de su gusto. El anciano Mauricio, despues de aver passado con Auristela las ordinarias preguntas, y respuestas que suelen passar entre los enfermos, y los que los visitan, dixo: Si los pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre el verse desterrados, ó ausentes de su Patria, donde no dexaron sino los terrones, que los sustentaban, que sentirán los ausentes que dexaron en su tierra los bienes, que de la fortuna pudieran prometerse? Digo esto, señora, porque mi edad que con presurosos passos me vá acercando al ultimo fin, me hace desear verme en mi Patria, adonde mis amigos, mis parientes, y mis hijos me cierren los ojos, y me den el ùltimo vale. Este bien y merced conseguirémos todos quantos aquí estamos, pues todos somos estrangeros, y ausentes, y todos, á lo que creo, tenemos en nuestras Patrias lo que no hallarémos en las agenas. Si tu, señora, quisieres solicitar nuestra partida, ó á lo menos, teniendo por bien que nosotros la procuremos, puesto que no será possible el dexarte, porque tu generosa condicion, y rara hermosura, acompañada de la discrecion, que admira, es la piedra iman de nuestras voluntades. A lo menos, dixo á esta sazon Antonio el Padre, de la mia, y de las de mi muger, é hijos lo es de suerte, que primero dexaré la vida, que dexar la compañia de la Señora Auristela, si es que ella no se desdeña de la nuestra. Yo os agradezco, señores, respondió Auristela, el deseo que me aveis mostrado; y aunque no está en mi mano corresponder á él como debia, todavia harè que le pongan en efecto el Principe Arnaldo, y mi hermano Periandro, sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, á impedirle. En tanto, pues, que llegará el felice dia, y punto de nuestra partida, ensanchad los corazones, y no deis lugar que reyne en ellos la melancolía, ni penseis en peligros venideros, que pues el Cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobrevengan, nos llevará á nuestras dulces Patrias; que los males que no tienen fuerzas para acabar la vida, no la han de tenér para acabar la paciencia. Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrió su corazon piadoso, y su discrecion admirable. Entró en este instante el Rey Policarpo alegre sobre manera, porque ya avia sabido

de

de Sinforosa su hija las prometidas esperanzas del cumplimiento de sus entre castos, y lascivos deseos: que los impetus amorosos que suelen parecer en los ancianos, se cubren, y disfrazan con la capa de la hypocresía, que no hay hypocrita, si no es conocido por tal, que dañe á nadie, sino á sí mismo: y los viejos con la sombra del matrimonio dissimulan sus depravados apetitos. Entraron con el Rey Arnaldo, y Periandro, y dandole el parabien á Auristela de la mejoría, mandó el Rey, que aquella noche, en señal de la merced que del Cielo todos en la mejoría de Auristela avian recibido, se hiciessen luminarias en la Ciudad, y fiestas, y regocijos ocho dias continuos. Periandro lo agradeció como hermano de Auristela, y Arnaldo como amante que pretendia ser su esposo. Regocijabase Policarpo allà entre sí mismo, en considerar quan suavemente se iba engañado Arnaldo: el qual admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiesse los designios de Policarpo buscaba modos de salir de su Ciudad, pues tanto quanto mas se dilataba su partida, tanto mas, à su parecer, se alongaba el cumplimiento de su deseo. Mauricio tambien deseoso de bolver á su Patria, acudió á su ciencia, y halló en ella, que grandes dificultades avian de impedir su partida: comunicólas con Arnaldo, y Periandro, que ya avian sabido los intentos de Sinforosa, y Policarpo, que les puso en mucho cuydado, por saber cierto, quando el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por qualquiera dificultad, y hasta llegar al fin de ellos, no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones: y assi no avia para que fiarse en las pocas, ó ninguna en que Policarpo les estaba. En resolucion, quedaron los tres de acuerdo, que Mauricio buscasse un baxel, de muchos de los que en el Puerto estavan, que los llevasse á Inglaterra secretamete: que para embarcarse no faltaria modo convenible: y que en este entretanto no mostrasse ninguno señales, de que tenian noticia de los designios de Policarpo. Todo esto se comunicó con Auristela, la qual aprobó su parecer, y entró en nuevos cuydados de mirar por su salud, y por la de todos.

***

CA-

CAPITULO VIII.

Dá Clodio el papel á Auristela, Antonio el barbaro le mata por yerro.

DIce la historia, que llegó á tanto la insolencia, ó por mejor decir, la desverguenza de Clodio, que tuvo atrevimiento de poner en las manos de Auristela el desvergonzado papel que le avia escrito, engañada con que la dixo, que eran unos versos devotos, dignos de ser leídos, y estimados. Abrió Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dió lugar al enojo, para dexarle leer hasta el cabo: leyóle en fin, y bolviendole á cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz, como las mas veces solia, sino centellas de rabioso fuego, le dixo: Quitateme de delante, hombre maldito, y desvergonzado; que si la culpa de este tu atrevido disparate entendiera que avia nacido de algun descuydo mio, que menoscabára mi credito, y mi honra, en mi misma castigára tu atrevimiento, el qual no ha de quedar sin castigo; si ya entre tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lastima: quedó atonito Clodio, y diera él por no averse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho. Rodearonle luego al alma mil temores; y no se daba mas termino de vida, que lo que tardassen en saber su bellaquería Arnaldo, ó Periandro: y sin replicar palabra baxó los ojos, bolvió las espaldas, y dixo sola á Auristela, cuya imaginacion ocupó un temor no vano, sino muy puesto en razon, de que Clodio desesperado avia de dar en traydor, aprovechandose de los intentos de Policarpo, si acaso á su noticia viniesse: y determinó darla de aquel caso á Periandro, y á Arnaldo. Sucedió en este tiempo, que estando Antonio el mozo solo en su aposento, entró á deshora una muger en él, de hasta quarenta años de edad, que con el brio, y donayre debia de encubrir otros diez, vestida, no al uso de aquella tierra, sino al de España: y aunque Antonio no conocia de usos, sino de los que avia visto en los de la barbara Isla, donde se avia criado, y nacido, bien conoció ser estrangera de aquella tierra. Levantóse Antonio á recibirla cortesmente, porque no era tan barbaro, que no fuesse bien criado. Sentaronse, y la Dama

(si

(si en tantos años de edad es justo se le dé este nombre) despues de aver estado atenta, mirando el rostro de Antonio, dixo: Parecerte ha novedad (ó mancebo !) esta mi venida á verte, porque no debes de estar en uso de ser visitado de mugeres, aviendote criado, segun he sabido, en la Isla barbara, y no entre barbaros, sino entre riscos, y peñas, de las quales, si como sacaste la belleza, y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias temo que no me ha de ser de provecho. No te desvies, sossiegate; y no te alborotes, que no está hablando contigo algun monstruo, ni persona que quiera decirte, ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana. Mira que te hablo español, que es la lengua que tu sabes, cuya conformidad suele engendrar amistad entre los que no se conocen. Mi nombre es Zenótia, soy natural de España, nacida, y criada en Alhama, Ciudad del Reyno de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España, y aún entre otros muchos; porque mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, haciendome conocidas mis obras. Salí de mi Patría havrá quatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores, que en aquel Reyno tienen del Catholico rebaño: mi estirpe es Agaréna, mis exercicios los de Zoroastes, y en ellos soy unica. Vés este Sol, que nos alumbra? Pues si para señal de lo que puesto, quieres que le quite los rayos, y le assombre con nubes, pidemelo, que haré que á esta claridad suceda en un punto obscura noche; ó ya si quieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras, ù otras espantosas señales, que nos representen la confusion del caos primero, pidelo que tu quedarás satisfecho, y yo acreditada. Hás de saber assimismo, que en aquella Ciudad de Alhama siempre ha avido alguna muger de mi nombre, la qual con el apellido de Zenótia hereda esta ciencia; que no nos enseña á ser hechizeras, como algunos nos llaman, sino á ser encantadoras, y magas, nombres que nos vienen mas al proprio. Las que son hechizeras, nunca hacen cosa que para alguna cosas sea de provecho: exercitan sus burlerías con cosa, al parecer, de burlas, como son habas mordídas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza, y cabellos cortados en crecientes, ó menguantes de Luna.

na. Usan de caracteres, que no entienden; y si algo alcanzan tal vez de lo que pretenden, es no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite para mayor condenacion suya, que el demonio las engañe; pero nosotras las que tenemos nombre de magas, y de encantadoras, somos gente de mayor quantia: tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los Cielos, sabemos las palabras, y hierbas, de las plantas, de las piedras, de la virtud de las juntando lo actioo á lo passivo, parece que hacemos milagros, y nos atrevemos á hacer cosas tan estupendas, que causan admiracion á las gentes, de donde nace nuestra buena ó mala fama: buena, si hacemos bien con nuestra habilidad: mala, si hacemos mal con ella; pero como la naturaleza parece que nos inclina antes al mal, que al bien, no podemos tener tan à raya los deseos, que no se deslicen à procurar el mal ageno; que quien quitará al ayrado, y ofendido que no se vengue? Quien el amante desdeñado, que no quiera, si puede, reducir à ser querido del que le aborrece? Puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto, es ir contra el libre alvedrio, no hay ciencia que lo pueda, ni virtud de hierbas que lo alcanzen. A todo esto que la Española Zenotia decia, la estaba mirando Antonio, con desseo grande de saber que suma tendria tan larga cuenta; pero la Zenótica prosiguió, diciendo: Digote en fin, barbaro discreto, que la persecucion de los que llaman Inquisidores en España, me arrancó de mi Patria: que quando se sale por fuerza de ella, antes se puede llamar arrancada, que salida. Vine á esta Isla por estraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, bolviendo la cabeza atrás, pensando que me mordian las faldas los perros, que aùn hasta aqui temo. Dime presto á conocer al Rey antecessor de Policarpo, hice algunas maravillas, con que dexé maravillado al Pueblo: procuré hacer vendible mi ciencia, tan en mi provecho, que tengo juntos mas de treinta mil escudos en oro: y estando atenta á esta ganancia, he vivido castamente, sin procurar otro algun deleyte, ni le procurara, si mi buena, ò mi mala fortuna no te huvieran trahido á esta tierra, que en tu mano está darme la suerte que quisieres: si te parezco fea, yo haré de modo que me juzgues por hermosa, si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu

deseo, y ensancha los sacos de la codicia, y los senos, y comienza desde luego á contar quantos dineros acertares á dessear. Para tu servicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar: rendiré, y traheré, á tus manos las aves, que rompen el ayre: hare que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra: haré que brote del abysmo lo mas precioso que en él se encierra: haréte invencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra. En fin enmendaré tu suerte de manera, que seas siempre embidiado, y no embidioso: y en cambio de estos bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava, que para ser tu esclava, no es menester que me tengas voluntad como para ser esposa, y como yo sea tuya, en qualquier modo que lo sea, viviré contenta. Comienza, pues, ó generoso mancebo, à mostrarte prudente, mostrandote agradecido. Mostrarte has prudente, si antes que me agradezcas estos deseos, quisieres hacer experiencia de mis obras, y en señal de que assi lo harás, alegrame el alma ahora con darme alguna señal de paz, dandome á tocar tu valerosa mano: y diciendo esto se levantó para ir à abrazarle. Antonio viendo lo qual, lleno de confusion, como si fuera la mas retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso à defenderle: y levantandose, fue à tomar su arco, que siempre, ó le trahia consigo, ó le tenia junto á si, y poniendo en él una flecha, hasta veinte passos desviado de la Zenótia le encerró la flecha. No le contentó mucho á la enamorada Dama la postura amenazadora de muerte de Antonio, y por huir el golpe, desvió el cuerpo, y passó la flecha volando por junto à la garganta (en esto mas barbaro Antonio de lo que parecia en su trage) pero no fue el golpe de la flecha en vano, porque à este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio, que le sirvió de blanco, y le passó la boca, y la lengua, y le dexó la vida en perpetuo silencio: castigo merecido à sus muchas culpas. Bolvió la Zenótica la cabeza, vió el mortal golpe que avia hecho la flecha, temió la segunda, y sin aprovecharse de lo mucho que con en su ciencia se prometia, llena de confusion, y de miedo, tropezando aqui, y cayendo alli, salió del aposento, con intencion de vengarse del cruél, y desamorado mozo.

CA-

CAPITULO IX.

De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.

NO le quedó sabrosa la mano á Antonio del golpe que avia hecho; que aunque acertó errando, como no sabia las culpas de Clodio, y avia visto la de la Zenótia, quisiera aver sido mejor certero. Llegóse à Clodio, por ver si le quedaban algunas reliquias de vida, y vió que todas se las avia llevado la muerte. Cayó en la cuenta de su yerro, y tuvose verdaderamente por barbaro. Entró en esto su Padre, y viendo la sangre, y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha, que aquel golpe avia sido hecho por la mano de su hijo. Preguntóselo, y respondióle, que si: quiso saber la causa, y tambien se la dixo. Admiróse el Padre, y lleno de imaginacion, le dixo: Vén acà, barbaro, si á los que te aman, y te quieren procuras quitar la vida, qué harás á los que te aborrecen? Si tanto presumes de casto, y honesto, defiende tu castidad, y honestidad con el sufrimiento: que los peligros semejantes no se remedian con las armas, ni con esperar los encuentros, sino con huir de ellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedió á aquel mancebo Hebreo, que dexó la capa en manos de la lasciva señora, que le solicitaba: dexáras tu ignorante, esa tosca piel, que trahes vestida, y esse arco, con que presumes vencer à la misma valentía, no le armáras contra la blandura de una muger rendida que quando lo está, rompe por qualquier inconveniente que à su deseo se oponga. Si con esta condicion passas adelante en el discurso de tu vida, por barbaro serás tenido, hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo, que ofendas á Dios en ningun modo, sino que reprehendas, y no castigues á las que quisieren turbar tus honestos pensamientos: y aparejate para mas de una batalla, que la verdura de tus años, y el gallardo brio de tu persona, con muchas batalla te amenazan; y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás, y sin alcanzar tus deseos, te alcanzará la muerte en ellos. Escuchaba Antonio à su Padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso, como arrepentido. Y lo que le respondió fue: No mires, señor, lo que hice, y pesame de averlo hecho: procuraré enmendarme

darme de aqui adelante, de modo que no parezca barbaro por riguroso, ni lascivo por manso: dése orden de enterrar á Clodio, y de hacerle la satisfaccion mas conveniente que ser pudiere. Ya en esto avia volado por el Palacio la muerte de Clodio, pero no la causa de ella, porque la encubriò la enamorada Zenótia, diciendo solo, que sin saber porque el bárbaro mozo le avia muerto. Llegò esta nueva à los oídos de Auristela, que aún se tenia el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrarsele à Periandro, ó à Arnaldo, para que castigasen su atrevimiento; pero viendo que el Cielo avia tomado à su cargo el castigo, rompió el papel, y no quiso que saliesen à luz las culpas de los muertos: consideracion tan prudente, como Christiana: y bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniendose por ofendido de que nadie en su casa vengasse sus injurias, no quiso averiguar el caso, sino remitióselo al Principe Arnaldo, el qual à ruego de Auristela, y al de Transila, perdonó à Antonio, y mandó enterrar à Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte creyendo ser verdad lo que Antonio decia, que por yerro le avia muerto, sin descubrir los pensamientos de Zenótia, porque á él no le tuviesen de todo en todo por barbaro. Passò el rumor del caso, enterraron à Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergára genero de venganza alguna, assi como albergaba en el de la Zenótia, que bebia, como dicen, los vientos, imaginando como vengarse del cruel flechero: el qual de alli à dos dias se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto descaecimiento, que los Medicos dixeron, que se le acababa la vida, sin conocer de que enfermedad. Lloraba Ricla su Madre, y su Padre Antonio tenia de dolor el corazon consumido: no se podia alegrar Auristela, ni Mauricio, Ladislao, y Transila, que sentian la misma pesadumbre: viendo lo qual Policarpo, acudió à su consejera Zenótia, y le rogó procurasse algun remedio à la enfermedad de Antonio, la qual por no conocerla los Medicos, ellos no sabían hallarle. Ella le diò buenas esperanzas, assegurandole, que de aquella enfermedad no moriria, pero que convenia dilatar algun tanto la cura: creyóla Policarpo, como si se lo dixera un Oraculo. De todos estos successos no le pesaba mucho à Sinforosa, viendo que por ellos se detendria la partida de Periandro, en

en cuya vista tenia librado el alivio de su corazon, que puesto que deseaba que se partiesse, pues no podia bolver si no se partia, tanto gusto le daba el verle, que no quisiera que se partiera. Llegó una sazon, y cuyuntura, donde Policarpo, y sus dos hijas, Arnaldo, Periandro, y Auristela, Mauricio, Ladislao, Transila, y Rutilio, que de despues que escribió el villete à Policarpa, aunque le avia roto, de arrepentido andaba triste, y pensativo, bien assi como el culpado, que piensa que quantos le miran, son sabidores de su culpa. Digo, que la compañia de los ya nombrados se halló en la estancia del enfermo Antonio, à quien todos fueron à visitar á pedimiento de Auristela, que assi à él, como à sus Padres los estimaba, y queria mucho, obligada del beneficio que el mozo barbaro le avia hecho, quando los sacó del fuego de la Isla, y la llevó al serrallo de su Padre: y mas, que como en las comunes desventuras se reconcilian los animos, y se traban las amistades, por aver sido tantas las que en compañia de Ricla, y de Constanza, y de los dos Antonios avia passado, ya no solamente por obligacion, mas por eleccion, y destino los amaba. Estando, pues, juntos, como se ha dicho, un dia Sinforosa rogó encarecidamente à Periandro, les contasse algunos sucessos de su vida: especialmente se holgaria de saber de donde venia la primera vez que llegò á aquella Isla, quando ganó los premios de todos los juegos, y fiestas que aquel dia se hicieron en memoria de aver sido el de la eleccion de su Padre. A lo que Periandro respondió, que si haria, si se le permitiesse comenzar el cuento de su historia, y no del mismo principio, porque este no le podia decir, ni descubrir á nadie, hasta verse en Roma con Auristela su hermana. Todos le dixeron, que hiciesse su gusto, que de qualquier cosa que el dixesse, le recibirian, y el que mas contento sintió fué Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dixesse, algo que descubriesse quien era. Con este salvoconducto Periandro dixo de esta manera.

CAPITULO X.

Cuenta Periandro el sucesso de su viage.

El principio, y preambulo de mi historia, ya que quereis, señores, que os la cuente, quiero que sea este, que no-

contemplais á mi hermana, y à mi con una anciana ama suya embarcados en una nave, cuyo dueño en lugar de parecer mercader, era un gran corsario. Las riberas de una Isla barriamos, quiero decir, que ibamos tan cerca de ella, que distintamente conociamos, no solamente los arboles, pero sus diferencias. Mi hermana cansada de aver andado algunos dias por el mar, deseó salír á recrearse la tierra, pidióselo al Capitan, y como sus ruegos tienen siempre fuerza de mandamiento, consintió el Capitan en el de su ruego; y en la pequeña barca de la nave con solo un marinero nos echó en tierra á mi, y à mi hermana, y à Cloélia, que este era el nombre de su ama. Al tomar tierra vió el marinero, que un pequeño rio por una pequeña boca entraba á dar al mar su tributo. Hacianle sombra por una, y otra ribera gran cantidad de verdes, y hojosos arboles, á quien servian de christalinos espejos sus transparentes aguas. Rogamósle se entrase por el rio, pues la amenidad del sitio nos combidaba. Hizolo assi, y comenzó à subir por el rio arriba, y aviendo perdido de vista la nave, soltando los remos se detuvo, y dixo: Mirad señores del modo que aveis de hacer este viage, y hace cuenta que esta pequeña barca que ahora os lleva es vuestro navío, porque no aveis de bolver mas al que en la mar os queda aguardando: si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos, que decís que sois su hermano, la vida. Dixome en fin, que el Capitan del navio queria deshonrar à mi hermana, y darme á mi la muerte, y que atendiessemos à nuestro remedio, que él nos seguiria, y acompañaria en todo lugar, y en todo acontecimiento. Si nos turbamos con esta nueva, juzguelo el que estuviere acostumbrado á recibirlas malas de los bienes que espera. Agradecíle el aviso, y ofrecíle la recompensa, quando nos viessemos en mas felice estado. Aún bien, dixo Cloélia, que traygo conmigo las joyas de mi señora, y aconsejandonos los quatro de lo que hacer debiamos, fue parecer del marinero, que nos entrassemos el rio adentro: quizá descubririamos algun lugar, que nos defendiesse, si acaso los de la nave viniessen à buscarnos, mas no vendrán, dixo, porque no hay gente en todas estas Islas, que no piensen ser corsarios todos quantos surcan estas riberas, y en viendo la nave, ó naves, luego toman las armas para defenderse, si no es con assaltos nocturnos, y secretos nunca

salen

salen medrados los cosarios. Parecióme bien su consejo, tomé yo el un remo, y ayudéle á llevar el trabajo: subimos por el rio arriba, y aviendo andado como dos millas, llegó á nuestros oídos el són de muchos, y varios instrumentos formado, y luego se nos ofreció á la vista una selva de arboles movibles, que de la una ribera á la otra ligeramente cruzaban. Llegamos mas cerca, y conocimos ser barcas enramadas, los que parecian arboles, y que el son le formaban los instrumentos que tañian los que en ellas iban. Apenas nos huvieron descubierto, quando se vinieron á nosotros, y rodearon nuestro barco por todas partes. Levantóse en pié mi hermana, y echandose sus hermosos cabellos á las espaldas tomados por la frente con una cintaleonada, ò liston que le dió su ama, hizo de sí casi divina, é improvisa muestra, que como despues supe, por tal la tuvieron todos los que en las barcas venian, los quales à voces, como dixo el marinero, que las entendia, decian: Qué es esto? Que Deidad es esta que viene á visitarnos, y á dar el parabien al pescador Carino, y à la sin par Selviana de sus felicissimas bodas? Luego dieron cabo á nuestra barca, y nos llevaron á desambarcar no lexos del lugar donde nos avian encontrado. Apenas pusimos los pies en la ribera, quando un esquadron de pescadores, que assi lo mostraban ser en su trage, nos rodearon, y uno por uno, llenos de admiracion, y reverencia, llegaron á besar las orillas del vestido de Auristela: la qual, á pesar del temor que la congojaba, de las nuevas que la avian dado, se mostró á aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuvieron por divina. Poco desviados de la ribera vimos un thalamo en gruessos troncos de sabina sustentado, cubierto de verde juncia, y oloroso con diversas flores, que servian de alcatifas al suelo. Vimos asimismo levantarse de uno assientos dos mugeres, y dos hombres: ellas mozas, y ellos gallardos mancebos: la una hermosa sobre manera, y la otra fea sobre manera: el uno gallardo, y gentil hombre, y el otro no tanto: y todos quatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el mas gentil hombre, dixo: O tu quien quiera seas, que no puedes ser cosa sino del Cielo, mi hermano y yo, con el extremo á nuestras fuerzas possibles, te agradecemos la merced que nos haces, honrando nuestras pobres, y ya de oy mas ricas bocas.

Vén, señora, y si en lugar de los Palacios de cristal, que en el profundo mar dexas, como una de sus habitadoras hallá-res en nuestros ranchos las paredes de conchas, y los texa-dos de mimbres, ó por mejor decir, las paredes de mimbres, y los tejados de conchas, hallarás por lo menos los deseos de oro, y las voluntades de perlas para servirte, y hago esta comparacion, que parece impropria, porque no hallo cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas. Inclinóse á abrazarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesía, y hermosura, la opinion que de ella tenian. El pescador me-nos gallardo se aportó á dar orden á la demas turba, á que levantassen las voces en alabanzas de la recien venida estran-gera, y que tocassen todos los instrumentos en señal del re-gocijo. Las dos pescadoras fea, y hermosa, con sumision humilde besaron las manos á Auristela, y ella las abrazó cor-tés, y amigablemente. El marinero contentissimo del suces-so, dió cuenta á los pescadores del navio, que en el mar quedaba diciendoles, que era de corsarios, de quien se temia que avian de venir por aquella doncella, que era una princi-pal señora, hija de Reyes, que para mover los corazones á su defensa, le pareció ser necessario levantar este testimonio á mi hermana. Apenas entendieron esto, quando dexaron los instrumentos regocijados, y acudieron á los belicos, que tocaron, arma, arma por entrambas riberas. Llegó en esto la noche, recogimonos al mismo rancho de los desposados, pusieronse centinelas hasta la misma boca del rio, cevaronse las nasas, tendieronse las redes, y acomodaronse los anzue-los, todo con intencion de regalar, y servir á sus nuevos huespedes: y por mas honrarlos, los dos recien desposados no quisieron aquella noche passarla con sus esposas, sino de-xar los ranchos solos á ellas, y á Auristela, y á Cloélia, y que á ellas con sus amigos; conmigo, y con el marinero se les hiciessen guarda, y centinela; y aunque sobraba la clari-dad del Cielo, por la que ofrecia la de la creciente Luna, y en la tierra ardian las hogueras, que el nuevo regocijo avia encendido, quisieron los desposados que cenassemos en el campo los varones, y dentro del rancho las mugeres. Hizose assi, y fue la cena tan abundante, que pareció que la tierra se quiso aventajar el mar, y al mar á la tierra, en ofrecer la una sus carnes, y la otra sus pescados. Acabada la cena, Ca-

ríno

ríno me tomó por la mano, y passeandose conmigo por la ribera, despues de aver dado muestras de tener apassionada el alma, con zollozos, y con suspiros me dixo: Por tener milagrosa esta tu llegada á tal sazon, y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto, que mi mal ha de tener remedio, mediante tu consejo: y assi, aunque me tengas por loco, y por hombre de mal conocimiento, y de peor gusto, quiero que sepas, que de aquellas dos pescadoras que has visto, la una fea, y la otra hermosa, á mi me ha cabido en suerte, de que sea mi esposa la mas bella, que tiene por nombre Selviana; pero no sé que te diga, ni sé que disculpa dar de la culpa que tengo, ni del yerro que hago. Yo adoro á Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte á hacer otra cosa: con todo esto te quiero decir una verdad, sin que me engañe en creerla, que á los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa muger del mundo: y hay mas en esto, que de Solercio, que es el nombre del otro desposado, tengo mas de un barrunto que muere por Selviana: de modo, que nuestras quatro voluntades estan trocadas, y esto ha sido por querer todos quatro obedecer á nuestros Padres, y á nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios: y no puedo yo pensar en que razon se consiente, que la carga que ha de durar toda la vida, se la eche el hombre sobre sus ombros, no por el suyo, sino por el gusto ageno. Y aunque esta tarde aviamos de dar el consèntimiento, y el si del cautiverio de nuestras voluntades, no por industria, sino por ordenacion del Cielo (que assi lo quiero creér) se estorvó con vuestra venida, de modo que aùn nos queda tiempo para enmendar nuestra ventura, y para esto te pido consejo, pues como estrangero; y no parcial de ninguno sabrás aconsejarme: porque tengo determinado, que si no se descubre alguna senda, que me lleve á mi remedio, de ausentarme de estas riberas, y no parecer en ellas, en tanto que la vida me duráre, hora mis Padres se enojen, ó mis parientes me riñan, ó mis amigos se enfaden. Atentamente le estuve escuchando, y de improviso me vino á la memoria su remedio, y á la lengua estas mismas palabras. No hay para que te ausentes, amigo, á lo menos no ha de ser antes que yo hable con mi hermana Auristela, que es aquella hermosissima doncella que has visto: ella

es tan discreta, que parece que tiene entendimiento divino, como tiene hermosura divina. Con esto nos bolvimos á los ranchos, y yo conté á mi hermana todo lo que con el Pescador avia passado, y ella halló en su discrecion el modo, como sacar verdaderas mis palabras, y el contento de todos, y fue, que apartandose con Leoncia, y Selviana á una parte, les dixo: Sabed, amigas, que de oy mas lo aveis de ser verdaderas mias, que juntamente con este buen parecer que el Cielo me ha dado, me dotó de un entendimiento perspicaz, y agudo, de tal modo, que viendo el rostro de una persona, le leo el alma, y le adivino los pensamientos. Para prueba de esta verdad, os presentaré á vosotras por testigos. Tu, Leoncia, mueres por Caríno, y tu, Selviana, por Solercio, la virginal verguenza os tiene mudas; pero por mi lengua se romperá vuestro silencio, y por mi consejo, que sin duda alguna será admitido, se igualarán vuestros deseos: callad, y dexadme hacer, que, ó yo no tendré discrecion, ó vosotras tendreis felice fin en vuestros deseos. Ellas, sin responder palabra, sino con besarla infinitas veces las manos, y abrazandola estrechamente, confirmaron ser verdad quanto avia dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones. Passóse la noche, vino el dia, cuya alborada fue regocijadissima, porque con nuevos, y verdes ramos parecieron adornadas las barcas de los Pescadores. Sonaron los instrumentos con nuevos, y alegres sones, alzaron las voces todos, con que se aumentó la alegria: salieron los desposados para irse á poner en el thalamo, donde avian estado el dia de antes. Vistieronse Selviana, y Leoncia de nuevas ropas de boda, mi hermana de industria se aderezó, y compuso con los mismos vestidos que tenia, y con ponerse una Cruz de diamantes sobre su hermosa frente, y unas perlas en sus orejas (joyas de tanto valor, que hasta ahora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo vereis, quando os las enseñe) mostró ser imagen sobre el mortal curso levantada. Llevaba asidas de las manos á Selviana, y á Leoncia, y puesta encima del theatro, donde el thalamo estaba, llamó, é hizo llegar junto á sí á Caríno, y á Solercio. Caríno llegó temblando, y confuso de no saber lo que yo avia negociado: y estando ya el Sacerdote á punto para darles las manos, y hacer las Catholicas ceremonias que se usan, mi hermana hizo señales

les que la escuchassen. Luego se extendió un mudo silencio por toda la gente, tan callando, que apenas los ayres se movian. Viendose prestar grato oído de todos, dixo en alta, y sonora voz: Esto quiere el Cielo: y tomando por la mano á Selviana, se la entregó á Solercio, y asiendo de la de Leoncia, se la dió á Carino. Esto, señoras, prosiguió mi hermana, es, como ya he dicho, ordenacion del Cielo, y gusto, no accidental, sino proprio de estos venturosos desposados, como lo muestra la alegria de sus rostros, y el si, que pronuncian sus lenguas. Abrazaronse los quatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobaron su trueco, y confirmaron, como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento, y belleza de mi hermana; pues assi avia trocado aquellos casi hechos casamientos, con solo mandarlo. Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre las barcas del rio quatro despalmadas, vistosas por los diversos colores con que venian pintadas, y los remos que eran seis de cada banda, ni mas, ni menos, las banderas, que venian muchas por los filaretes, assimismo eran de varios colores: los doce remeros de cada una venian vestidos de blanquissimo, y delgado lienzo, de aquelmismo modo que yo vine quando entré la vez primera en esta Isla. Luego conocí que querían las barcas correr el palio, que se mostraba puesto en el arbol de otra barca desviada de las quatro como tres carreras de cavallo. Era el palio de tafetan verde, listado de oro, vistoso, y grande, pues alcanzaba á besar, y aún á passearse por las aguas. El rumor de la gente, y el són de los instrumentos era tan grande, que no se dexaba entender lo que mandaba el Capitan del mar, que en otra pintada barca venía. Apartaronse las enramadas barcas á una, y otra parte del rio, dexando un espacio llano en medio, por donde las quatro competidoras barcas volassen, sin estorvar la vista á la infinita gente, que desde el thalamo, y desde ambas riberas estaba atenta á mirarlos; y estando ya los bogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertos los brazos, donde se parecian los gruesos nervios, las anchas venas, y los torcidos musculos: atendian la señal de la partida, impacientes por la tardanza, y fogosos, bien assi, como lo suele estar el generoso can de Irlanda, quando su dueño no le quiere soltar de la trahilla á hacer la presa que á la vista se le mues-

tra

tra. Llegó en fin la señal esperada, y á un mismo tiempo arrancaron todas quatro barcas, que no por el agua, sino por el viento, parecia que volaban. Una de ellas, que llevaba por insignia un vendado Cupido, se adelantó de las demás casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dió esperanza á todos quantos la miraban, de que ella, seria la primera que llegasse á ganar el deseado premio. Otra que venia tras ella, iba alentando sus esperanzas, confiada en el teson durissimo de sus remeros; pero viendo que la primera en ningun modo desmayaba, estuvieron por soltar los remos sus bogadores; pero son diferentes los fines, y acontecimientos de las cosas de aquello que se imagina: porque aunque es ley de los combates, y contiendas, que ninguno de los que miran favorezca á ninguna de las partes con señales, con voces, ó con otro algun genero que parezca que pueda servir de aviso al combatiente: Viendo la gente de la ribera, que la barca de la insignia de Cupido se aventajaba tanto á las demás, sin mirar á leyes, creyendo que ya la victoria era suya, dixeron á voces muchos: Cupido vence, el amor es invencible; á cuyas voces, por escucharlas, parece que afloxaron un tanto los remeros del amor. Aprovechóse de esta ocasion la segunda barca, que detrás de la del amor venia, la qual trahia por insignia el Interés en figura de un gigante pequeño; pero muy ricamente aderezado, é impelió los remos con tanta fuerza, que llegó á igualarse el interes con el amor, y arrimandosele á un costado le hizo pedazos todos los remos de la diestra banda, aviendo primero la del Interés recogido los suyos, y passado adelante, dexando burladas las esperanzas de los que primero avian cantado la victoria por el amor, y bolvieron á decir: El Interés vence, el Interés vence. La barca tercera trahia por insignia á la Diligencia, en figura de una muger desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que á traher trompeta en las manos, antes pareciera Fama, que Diligencia. Viendo el buen suceso del Interés, alentó su confianza, y sus remeros se esforzaron de modo, que llegaron á igualar con el Interés; pero por el mal govierno del Timonero se embarazò con las dos barcas primeras, de modo, que los unos, ni los otros remos fueron de provecho. Viendo lo qual la postrera, que trahia por insignia á la buena Fortuna, quando estaba desmayada, y casi para

dexar

dexar la empresa, viendo el intrincado enredo de las demas barcas, desviandose algun tanto de ellas, por no caer en el mismo embarazo, apretó (como decirse suele) los puños, y deslizándose por un lado, passó delante de todas. Cambiaronse los gritos de los que miraban, cuyas voces sirvieron de aliento à sus bogadores, que embebidos en el gusto de verse mejorados, las parecia que si los que quedaban atrás entonces les lleváran la misma ventaja, no dudáran de alcanzarlos, ni de ganar el premio, como lo ganaron, mas por ventura, que por ligereza. En fin la buena Fortuna fue la que la tuvo buena entónces, y la mia de ahora no lo sería, si yo adelante passasse con el cuento de mis muchos, y estraños sucessos. Y assi os ruego, señores, dexemos esto en este punto que esta noche le daré fin, si es possible que le puedan tener mis desventuras. Esto dixo Periandro, á tiempo que al enfermo Antonio le tomó un terrible desmayo: viendo lo qual su Padre, casi como adivino de donde precedia, los dexó á todos, y se fue, como despues parecerá, á buscar à la Zenótia, con la qual le sucedió lo que se dirá en el siguiente Capitulo.

CAPITULO XI.

De como Zenótia deshizo los hechizos para que sanasse Antonio el mozo; pero aconseja al Rey Policarpo no dexe salir de su Reyno á Arnaldo, y los demàs de su compañia.

PAreceme, que si no se arrimára la paciencia al gusto que tenian Arnaldo, y Policarpo de mirar à Auristela, y Sinforosa de ver à Periandro, ya la huvieran perdido, escuchando su larga platica, de quien juzgaron Mauricio, y Ladislao, que avia sido algo larga, y trahida no muy á proposito: pues para contar sus desgracias proprias, no avia para que contar los placeres agenos. Con todo esso les dió gusto, y quedaron con él, esperando oír el fin de su historia, por el donayre, y buen estilo con que Periandro la contaba. Halló Antonio el Padre á la Zenótia, que buscaba en la camara del Rey por lo menos, y en viendola, puesta una desembaynada daga en las manos, con colera Española, y discurso ciego arremetió à ella, y assiendola del brazo izquierdo, y levantando la daga en alto, la dixo: Dame, ó hechizera! à mi hijo vivo, y sano, y luego: sino, haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado:

gado: mira si tienes su vida embuelta en algun emboltorio de agujas sin ojos, ú de alfileres sin cabezas. Mira, ó pérfida, si la tienes escondida en algun quicio de puerta, ó en alguna otra parte, que solo tu la sabes. Pasmóse Zenótia, viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un Español colerico, y temblando le prometió de darle la vida, y salud de su hijo; y aún le prometiera de darle la salud de todo el mundo, si se la pidiera: de tal manera se le avia entrado el temor en el alma, y assi le dixo: Sueltame Español, y embayna tu acero, que los que tienen tu hijo le han conducido al termino en que está; y pues sabes que las mugsres somos naturalmente vengativas, y mas quando nos llama à la venganza el desdén, él menosprecio, no te maravilles, si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho. Aconsejale que se humane de aqui adelante con los rendidos, y no menosprecie à los que piedad le pidieren: y vete en paz, que mañana estará tu hijo en disposicion de levantarse bueno y sano. Quando assi no sea, respondió Antonio, ni à mi me faltará industria para hallarte, ni colera para quitarte la vida: y con esto la dexó, y ella quedó tan entregada al miedo, que olvidandose de todo agravio, sacó del quicio de una puerta los hechizos que avia preparado para consumir la vida poco à poco del riguroso mozo, que con los de su donayre, y gentileza le tenia rendida. Apenas huvo sacado la Zenótia sus endemoniados preparamentos de la puerta, quando salió la salud perdida de Antonio à plaza, cobrando en su rostro los primeros colores, los ojos vista alegre, y las desmayadas fuerzas esforzado brio: de lo que recibieron general contento quantos le conocian; y estando con él á solas su Padre le dixo: En todo quanto quiero ahora decirte, ó hijo! quiero advertirte, que adviertas que se encaminan mis razones à aconsejarte, que no ofendas à Dios en ninguna manera, y bien avrás echado de ver esto en quince, ó diez y seis años que ha que te enseño la ley que mis Padres me enseñaron, que es la Catholica, la verdadera, y en la que se han de salvar, y se han salvado todos los que han entrado hasta aqui, y han de entrar de aqui adelante en el Reyno de los Cielos. Esta santa ley nos enseña, que no estamos obligados à castigar à los que nos ofenden, sino aconsejarlos la enmienda de sus delitos: que el castigo toca al Juez, y la reprehen-

prehencion à todos, como sea con las condiciones, que despues te diré. Quando te combidáren á hacer ofensas, que redunden en deservicio de Dios, no tienes para que armar el arco, ni disparar flechas, ni decir injuriosas palabras; que con no recibir el consejo, y apartarte de la ocasion, quedarás vencedor en la pelea, y libre, y seguro de verte otra vez en el trance que ahora te has visto. La Zenótia te tenia hechizada, y con hechizos de tiempo señalado, poco à poco en menos de diez dias perdiera la vida, si Dios, y mi buena diligencia no lo huviera estorvado: y vente conmigo, porque alegres á todos sus amigos con tu vista, y escuchemos los sucessos de Periandro, que los ha de acabar de contar esta noche. Prometióle Antonio à su Padre de poner en obra todos sus consejos con el ayuda de Dios, à pesar de todas las persuaciones, y lazos, que contra su honestidad le armassen. La Zenótia en esto, corrida, afrentada, y lastimada de la sobervia desamorada del hijo, y de la temeridad, y colera del Padre, quiso por mano agena vengar su agravio, sin privarse de la presencia de su desamorado barbaro: y con este pensamiento, y resuelta determinacion se fue al Rey Policarpo, y le dixo: Ya sabes, señor, como despues que vine à tu casa, y à tu servicio siempre he procurado no apartarme en él con la solicitud possible. Sabes tambien, fiado en la verdad que de mi tienes conocida, que me tienes hecha archivo de tus secretos, y sabes, como prudente, que en los casos proprios, y mas si se ponen de por medio deseos amorosos, suelen errarse los discursos, que al parecer van mas acertados: y por esto querria que en el que ahora tienes hecho de dexar ir libremente á Arnaldo, y à toda su compañia vas fuera de toda razon, y de todo termino. Dime, si no puedes presente rendir à Auristela, como la rendirás ausente? Y como querrá ella cumplir su palabra, bolviendo à tomar por esposo à un varon anciano, que en efecto lo eres, que las verdades que uno conoce de sí mismo no nos pueden engañar: teniendose ella de su mano à Periandro, que podria ser que no fuesse su hermano, y à Arnaldo, Principe mozo, y que no la quiere para menos, que para ser su esposa. No dexes, señor, que la ocasion que ahora se te ofrece, te buelva la calva en lugar de la guedeja: y puedes tomar ocasion de detenerlos, de querer castigar la insolencia, y atrevimiento

que

que tuvo este monstruo barbaro, que viene en su compañia, de matar en tu misma casa á aquel que dicen que se llamaba Clodio, que si assi lo haces, alcanzarás fama, que alberga en tu pecho, no el favor, sino la justicia. Estaba escuchando Policarpo atentissimamente à la maliciosa Zenótia, que con cada palabra que le decia, le atravessaba, como si fuera con agudos clavos el corazon, y luego, luego quisiera correr à poner en efecto sus consejos. Ya le parecia ver à Auristela en brazos de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante: ya se la contemplaba con la Corona en la cabeza del Reyno de Dinamarca, y que Arnaldo hacia burla de sus amorosos designios. En fin, la rabia de la endemoniada enfermedad de los zelos se le apoderó del alma en tal manera, que estuvo por dar voces, y pedir venganza de quien en ninguna cosa le avia ofendido; pero viendo la Zenótia quan sazonado le tenia, y quan prompto para executar todo aquello que mas le quisiesse aconsejar, le dixo que se sossegasse por entonces, y que esperassen á que aquella noche acabasse de contar Periandro su historia, porque el tiempo se le diesse, de pensar lo que mas convenia. Agradecióselo Policarpo, y ella cruel, y enamorada, daba trazas en su pensamiento, como cumpliese el deseo del Rey, y el suyo. Llegóse en esto la noche, juntaronse à conversacion, como la vez passada, bolvió Periandro á repetir algunas palabras antes dichas, para que viniesse con concierto á anudar el hilo de su historia, que la avia dexado en el certamen de las barcas.

CAPITULO XII.

Prosigue Periandro su agradable historia, y el robo de Auristela.

LA que con mas gusto escuchaba à Periandro, era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras, como con las cadenas que salian de la boca de Hercules: tal era la gracia, y donayre con que Periandro contaba sus sucessos. Finalmente los bolvió à anudar, como se ha dicho, prosiguiendo de esta manera: Al Amor, al Interés, y à la Diligencia dexó atrás la buena Fortuna, que sin ella vale poco la Diligencia; no es de provecho el Interés, ni el Autor puede usar de sus fuerzas. La fiesta de mis Pescadores, tan regocijada,

como

como pobre, excedió à la de los triunfos Romanos: que tal vez en la llaneza, y en la humildad suelen esconderse los regocijos mas aventajados; pero como las venturas humanas estén por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudanza facilmente se quiebran, y desbaratan, como se quebraron las de mis Pescadores, y se retorcieron, y fortificaron mis desgracias: aquella noche la passamos todos en una Isla pequeña, que en la mitad del rio se hacia, combidados del verde sitio, y apacible lugar. Holgabanse los desprecios, que sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad, y diligencia de dar gusto á quien se le avia dado tan grande, poniendolos en aquel deseado, y venturoso estado: y assi ordenaron, que en aquella Isla del rio se renovassen las fiestas, y se continuassen por tres dias. La sazon del tiempo, que era la del Verano, la comodidad del sitio, el resplandor de la Luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los arboles, el olor de las flores, cada cosa de estas de por sí, y todas juntas combidaban à tener por acertado el parecer, de que alli estuviessemos el tiempo que las fiestas durassen. Pero apenas nos avíamos reducido à la Isla, quando de entre un pedazo de bosque, que en ella estaba, salieron hasta cinquenta salteadores, armados à la ligera, bien como aquellos que quieren robar, y huír todo à un mismo punto; y como los descuydados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuydo, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, antes nos pusimos á mirar, que à acometer à los ladrones, los quales como hambrientos lobos arremetieron al rebaño de las simples ovejas, y se llevaron, si no en la boca, en los brazos à mi hermana Auristela, á Cloélia su ama, y á Selviana, y á Leoncia, como si solamente vinieran á ofenderlas, porque se dexaron muchas otras mugeres, á quien la naturaleza avia dotado de singular hermosura. Yo, à quien el estraño caso, mas colerico, que suspenso me puso, me arrojé trás los salteadores, los segui con los ojos, y con las voces, atrentandolos, como si ellos fueran capaces de sentir afrentas, solamente para irritarlos á que mis injurias les moviessen á bolver á tomar venganza de ellas; pero ellos atentos á salir con su intento, ò no oyeron, ò no quisieron vengarse, y assi se desaparecieron, y luego los desposados, y yo, con algunos de los principales pescadores, nos juntamos,

como suele decirse, á consejo, sobre que hariamos para enmendar nuestro yerro, y cobrar nuestras prendas. Uno dixo, no es possible, sino que alguna nave de salteadores está en la mar, y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quizà sabidores de nuestra junta, y de nuestras fiestas: si esto es assi, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es, que salgan algunos barcos de los nuestros, y les ofrezcan todo el rescate que por la presa quisieren, sin detenerse en el tanto mas quanto: que las prendas de esposas hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate. Yo seré, díxe entonces, el que haré essa diligencia, que para conmigo tanto vale la prenda de mi hermana, como si fuera la vida de todos los del mundo. Lo mismo dixeron Carino, y Solercio, ellos llorando en público, y yo muriendo en secreto. Quando tomamos esta resolucion, comenzaba á anochecer; pero con todo esso nos entramos en un barco los desposados, y yo, con seis remeros; pero quando salimos al mar descubierto, avia acabado de cerrar la noche, por cuya obscuridad no vimos baxel alguno. Determinamos de esperar el venidero dia, por ver si con la claridad descubriamos algun navio: y quiso la suerte, que descubriessemos dos, el uno que salia del abrigo de la tierra, y el otro que venia à tomarla. Conocí, que el que dexaba la tierra, era el mismo de quien aviamos salido à la Isla, assi en las banderas, como en las velas que venian cruzadas con una cruz roxa: los que venian de fuera las trahian verdes, y los unos, y los otros eran corsarios. Pues como yo imaginé, que el navio que salia de la Isla, era el de los salteadores de la presa, hice poner en una lanza una bandera blanca de seguro, vine arrimando al costado del navio, para tratar de rescate, llevando cuydado de que no me prendiesse. Assomóse el Capitan al borde: y quando quise alzar la voz para hablarle, puedo decir que me la turbó, suspendió, y cortó en la mitad del camino un espantoso trueno, que formó el disparar de un tiro de artillería de la nave de fuera, en señal que desafiaba á la batalla al navio de tierra. Al mismo punto le fue respondido con otro no menos poderoso, y en un instante se comenzaron à cañonear las dos naves, como si fueran de dos conocidos, é Irritàdos enemigos. Desvióse nuestro barco de en mitad de la furia, y desde lexos estuvimos mirando la batalla: y avien-

do

do jugado la artilleria casi una hora, se aferraron los dos navios con una no vista furia. Los del navio de fuera, ó mas venturosos, ò por mejor decir, mas valientes, saltaron en el navio de tierra, y en un instante desembarazaron toda la cubierta, quitando la vida à sus enemigos, sin dexar á ninguno con ella. Viendose, pues, libres de sus ofensores, se dieron à saquear el navio de las cosas mas preciosas que tenia, que por ser de corsarios, no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejores del mundo, porque se llevaron de las primeras à mi hermana, à Selviana, á Leoncia, y á Cloélia, con que enriquecieron su nave, pareciendoles, que en la hermosura de Auristela llevaban un precioso, y nunca visto rescate. Quise llegar con mi barca à hablar con el Capitan de los vencedores: pero como mi ventura andaba siempre en los ayres, uno de tierra sopló, é hizo apartar el navio: No pude llegar á él, ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa, y assi fue forzoso el bolvernos, sin ninguna esperanza de cobrar nuestra pérdida: y por no ser otra la derrota que el navio llevaba, que aquella que el viento le permitia, no pudimos por entonces juzgar el camino que haria, ni señal que nos diesse á entender quienes fuessen los vencedores, para juzgar siquiera, sabiendo su Patria, las esperanzas de nuestro remedio. El voló en fin por el mar adelante, y nosotros desmayados, y tristes nos entramos en el rio, donde todos los barcos de los Pescadores nos estaban esperando. No sé si os diga, señores, lo que es forzoso deciros: un cierto espiritu se entró entonces en mi pecho, que sin mudarme el sér, me pareció que le tenia mas que de hombre: y assi levantandome en pié sobre la barca hice que la rodeassen todas las demas, y estuviessen atentos à estas, ù otras semejantes razones, que les dixe: La baxa fortuna jamas se enmendó con la ociosidad, ni con la pereza: en los animos encogidos nunca tuvo lugar la buena dicha: nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no hay alma que no sea capaz de levantarse à su assiento: los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros mendigos. Esto os digo (ó amigos mios!) para moveros, è incitaros á que mejoreis vuestra fortuna, y à que dexeis el pobre ajuar de unas redes, y de unos estrechos barcos, y busqueis los thesoros, que tiene en encerrados si el generoso trabajo: llamo generoso

roso al trabajo de el que se ocupa en cosas grandes. Si suda el cavador rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente mas que un dia, sin ganar fama alguna; por qué no tomará en lugar de la azada una lanza, y sin temor del Sol, ni de todas las inclemencias del Cielo, procurará ganar con el sustento fama que le engrandezca sobre los demas hombres? La guerra, asi como es Madrastra de los cobardes, y Madre de los valientes, y los premios que por ella se alcanzan, se pueden llamar ultramundanos. Ea, pues, amigos, juventud valerosa, poned los ojos en aquel navio, que se lleva las caras prendas de vuestros parientes, encerrandonos en este otro, que la ribera nos dexaron casi, à lo que creo, por ordenacion del Cielo. Vamos trás él, y hagamonos piratas, no codiciosos, como son los demás, sino justicieros, como lo seremos nosotros A todos se nos entiende el arte de la marinería, bastimentos hallarémos en el navio con todo lo necessario à la navegacion, porque sus contrarios no le despojaron mas que de las mugeres: y si es grande el agravio que hemos recibido, grandissima es la ocasion que para vengarles se nos ofrece. Sigame, pues, el que quisiere, que yo os suplico, y Carino, y Solercio solo ruegan, que bien sé que no me han de dexar en esta valerosa empresa. Apenas huve acabado de decir estas razones, quando se oyó un murmureo por todas las barcas, procedido de que unos con otros se aconsejaban de lo que harian; y entre todos salió una voz, que dixo: Embarcate, generoso huesped, y sé nuestro Capitan, y nuestra guia, que todos te seguiremos. Esta tan improvisa resolucion de todos me sirvió de felice auspicio, y por temor de la dilacion de poner en obra mi buen pensamiento, no les diesse ocasion de madurar su discurso, me adelanté con mi barco, al qual siguieron otros casi quarenta. Llegue á reconocer el navio, entré dentro, escudriñéle todo, miré lo que tenia, y lo que le faltaba, y hallé todo lo que me pudo pedir el deseo, que fuesse necessario para el viage. Aconsejéles, que ninguno bolviesse à tierra, por quitar la ocasion de que el llanto de las mugeres, y el de los queridos hijos no fuesse parte para dexar de poner en efecto resolucion tan gallarda. Todos lo hicieron assi, y desde alli se dispidieron con la imaginacion de sus padres, hijos, y mugeres: caso estraño, y que ha menester, que la cortesía

ayu-

ayude à darle credito! Ninguno bolvió à tierra, ni se acomodó de mas vestidos de aquellos con que avia entrado en el navio: en el qual, sin repartir los oficios, todos servian de Marineros, y de Pilotos, excepto yo, que fuí nombrado por Capitan por gusto de todos; y encomendandome à Dios, comencé luego á exercer mi oficio: y lo primero que mandé, fue, desembarazar el navio de los muertos que avian sido en la passada refriega, y limpiarle de la sangre de que estaba lleno. Ordené que se buscassen todas las armas, assi ofensivas, como defensivas, que en él avia, y repartiendolas entre todos, dí á cada uno la que á mi parecer mejor le estaba. Requirí los bastimentos, y conforme á la gente tanteé para quantos dias serian bastantes, y poco mas ó menos. Hecho esto, y hecha oracion al Cielo, suplicandole encaminasse nuestro viage, y favoreciesse nuestros tan honrados pensamientos, mandé hizar las velas, que aún se estaban atadas á las entenas, y que las dieramos al viento, que como se ha dicho, soplaba de la tierra: y tan alegres, como atrevidos, y tan atrevidos, como confiados, comenzamos á navegar por la misma derrota, que nos pareció que llevaba el navio de la presa. Veisme aqui, señores, que me estais escuchando, hecho pescador, y casamentero, rico con mi querida hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de Capitan contra ellos, que las bueltas de mi fortuna no tienen un punto donde paren, ni terminos que las encierren: No mas, dixo á esta sazon Arnaldo, no mas, Periandro amigo, que puesto que tu no te canses de contar tus desgracias, á nosotros nos fatiga el oirlas, por ser tantas. A lo que respondió Periandro: Yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama Lugar, que es donde todas las cosas caben, y no hay ninguna fuera del lugar, y en mi le tienen todas, las que son desgraciadas; aunque por aver hallado á mi hermana Auristela, las juzgo por dichosas, que el mal que se acaba sin acabar la vida, no lo es. A esto dixo Transila: Yo por mi digo, Periandro, que no entiendo essa razon, solo entiendo, que lo será muy grande, si no cumplis el deseo que todos tenemos de saber los sucessos de vuostra historia, que me va pareciendo ser tales, que han de dar ocasion á muchas lenguas que las cuenten, y muchas injuriosas plumas que las escrivan. Suspensa me tiene el veros Capitan de salteadores,

juzgué merecer este nombre vuestros Pescadores valientes, y estaré esperando tambien suspensa, qual fue la primera hazaña que hicisteis, y la aventura primera con que encontrasteis. Esta noche, señora, respondió Periandro, daré fin, si fuere possible, al cuento, que aùn hasta ahora se está en sus principios: quedando todos de acuerdo, que aquella noche bolviessen á la misma platica, y por entonces dió fin Periandro á la suya.

CAPITULO XIII.

Dà cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar.

LA salud del hechizado Antonio bolvió su gallardía á su primera entereza, y con ella se bolvieron á renovar en Zenótia sus mal nacidos deseos, los quales tambien renovaron en su corazon los temores de verse de él ausente: que los desauciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de desengáñarse que lo están, en tanto que vén presente la causa de donde nacen: y assi procuraba con todas las trazas que podia imaginar su agudo entendimiento, de que no saliessen de la Ciudad ninguno de aquellos huespedes: y assi bolvió à aconsejar à Policarpo, que en ninguna manera dexasse sin castigo el atrevimiento del barbaro homicida, y que por lo menos, ya que no le diesse la pena conforme al delito, le debia prender, y castigarle siquiera con amenazas: dando lugar que el favor se opusiesse por entonces à la justicia, como tal vez se suele hacer en mas importantes ocasiones. No la quiso tomar Policarpo, en la que este consejo le ofrecia, diciendo à la Zenótia, que era agraviar la autoridad del Principe Arnaldo, que debaxo de su amparo le trahia, y enfadar à su querida Auristella, que como à su hermano le trataba: y mas que aquel delito fue accidental, y forzoso, y nacido mas de desgracia, que de malicia: y mas que no tenia parte que le pidiesse, y que todos quantos le conocian, afirmaban que aquella pena era condigna de su culpa, por ser el mayor maldiciente que se conocia. Como es esto, señor, replicó la Zenótia, que aviendo quedado el otro dia entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasion la tomasses de detener à Auristela, ahora estás tan lexos de tomarle? Ellos se te irán, ella no bolverá, tu llorarás

rás entonces tu perplexidad, y tu mal discurso, á tiempo, quando ni te aprovechen las lagrimas, ni enmendaren la imaginacion, lo que ahora con nombre de piadoso quieres hacer. Las culpas que comete el enamorado en razon de cumplir su deseo, no lo son en razon de que no es suyo, ni es él el que las comete, sino el amor que manda su voluntad. Rey eres; y de los Reyes las injusticias, y rigores son bautizadas con nombre de severidad. Si prendes á este mozo, darás lugar à la justicia, y soltandole, á la misericordia: y en lo uno, y en lo otro confirmarás el nombre que tienes de bueno. De esta manera aconsejaba la Zenótia á Policarpo, el qual à solas, y en todo lugar iba, y venia con el pensamiento en el caso, sin saber resolverse de que modo podia detener à Auristela, sin ofender á Arnaldo, de cuyo valor, y poder era razon temiesse. Pero en medio de estas consideraciones, y en el de las que tenia Sinforosa, que por no estar tan recatada, ni tan cruel como lamo Zenòtia, deseaba la partida de Periandro por entrar en la esperanza de la buelta: se llegó el termino de que Periandro bolviesse á proseguir su historia, que la siguió en esta manera.

Ligera volaba mi nave por donde el viento queria llevarla, sin que se le opusiese à su camino la voluntad de ninguno de los que ibamos en ella, dexando todos en el alvedrio de la fortuna nuestro viage, quando desde lo alto de la gavia vimos caer à un marinero, que antes que llegase à la cubierta del navio, quedó suspenso de un cordel que trahia anudado á la garganta: llegué con priesa, y cortésele, con que estorvé no se le acortasse la vida. Quedó como muerto, y estuvo fuera de sí casi dos horas, al cabo de las quales bolvió en sí, y preguntandole la causa de su desesperacion; dixo: Dos hijos tengo, el uno de tres, y el otro de quatro años, cuya Madre no pasa de los veinte y dos, y cuya pobreza passa de lo possible, pues solo se sustentaba del trabajo de estas manos: y estando yo ahora encima de aquella gavia, bolví los ojos al lugar donde los dexaba, y casi como si alcanzàra à verlos, los ví hincados de rodillas, las manos levantadas al Cielo, rogando á Dios por la vida de su Padre, y llamandome con palabras tiernas: ví assimismo llorar à su Madre, dandome nombres de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginé con tan grande vehemencia, que me

fuerza à decir que lo ví, para no poner nada en ello, y el ver que esta nave vuela, y me aparta de ollos, y que no sé donde vamos, y la poca, ó ninguna obligacion que me obligó á entrar en ella, me transtornó el sentido, y la desesperacion me puso este cordel en las manos, y yo le dí à mi garganta, por acabar en un punto los siglos de pena que me amenazaba. Este suceso movió à lastima á quantos le escuchabamos, y aviendole aconsolado, y casi assegurado que presto dariamos la buelta contentos, y ricos, le pusimos dos hombres de guarda, que le estorvassen bolver à poner en execucion su mal intento, y assi le dexamos. Y yo, porque este suceso no despertasse en la imaginacion de alguno de los demás, el querer imitarla, les dixe, que la mayor cobardia del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo, es señal que le falta el animo para sufrir los males que teme; y qué mayor mal puede venir à un hombre, que la muerte? Y siendo esto assi, no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan, y mejoran las malas suertes, y con la muerte desesperada, no solo no se acaban, y se mejoran; pero se empeoran, y comienzan de nuevo. Digo esto, compañeros mios, porque no os asombre el suceso que aveis visto de este nuestro desesperado, que aún hoy comenzamos à navegar, y el animo me está diciendo, que nos aguardan, y esperan mil felices sucesos. Todos dieron la voz à uno para responder por todos, el qual de esta manera dixo: Valeroso Capitan, en las cosas que mucho se consideran, siempre se hallan muchas dificultades, y en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar á la razon, y muchas à la ventura: y en la buena, que hemos tenido en averte elegido por nuestro Capitan, vamos seguros, y confiados de alcanzar los buenos sucesos que dices. Quedense nuestras mugeres, quedense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos Padres, visite la pobreza á todos, que los Cielos que sustentan los gusarapos del agua, tendrán cuydado de sustentar los hombres de la tierra. Manda, señor, hizar las velas, pon centinelas en las gavias por ver si descubren en que podamos mostrar que no temerarios, sino atrevidos son los que aqui vamos á servirte. Agradecíles la respuesta, hice hizar todas las velas, y aviendo navegado aquel dia, al amanecer del siguiente la centinela de la gavia mayor dixo á grandes voces: Navio,

navio

navio. Preguntaronle, que derrota llevaba, y que de que tamaño parecia. Respondió, que era tan grande como el nuestro, y que le teniamos por la proa. Alto, pues, díxe, amigos, tomad las armas en las manos, y mostrad con estos, si son corsarios, el valor que os ha hecho dexar vuestras redes. Hice luego cargar las veles, y en poco mas de dos horas descubrimos, y alcanzamos el navio, al qual embestimos de golpe, y sin hallar defensa alguna, saltaron en él mas de quarenta de mis Soldados, que no tuvieron en quien ensangrentar las espadas, porque solamente trahia algunos Marineros, y gente de servicio: y mirandolo bien todo, hallaron en un apartamiento, puestos en un cepo de hierro por la garganta, desviados uno de otro casi dos varas, à un hombre de muy buen parecer, y à una muger mas que medianamente hermosa: y en otro aposento hallaron tendido en un rico lecho à un venerable anciano, de tanta autoridad, que obligó su presencia à que todos le tuviessemos respeto. No se mavió del lecho, porque no podia; pero levantandose un poco, alzó la cabeza: y dixo: Embaynad, señores, vuestras espadas, que en este navio no hallareis ofensores en quien exercitarlas: y si la necessidad os hace, y fuerza á usar este oficio, de buscar vuestra ventura á costa de las agenas, á parte aveis llegado, que os hará dichosos; no porque en este navio haya riquezas, ni alhajas que os enriquezcan, sino porque yo voy en él, que soy Leopoldio, el Rey de los Dánaos. Este nombre de Rey me avivó el deseo de saber que sucessos avian trahido á un Rey á estar tan solo, y tan sin defensa alguna. Lleguéme á él, y preguntéle si era verdad lo que decia, porque aunque su grave presencia prometia serlo, el poco aparato con que navegaba, hacia poner en duda el creerle. Manda, señor, respondió el anciano, que esta gente se sossíegue, y escuchame un poco, que en breves razones te contaré cosas grandes. Sossegaronse mis compañeros, y ellos, y yo estuvimos atentos à lo que decir queria, que fue esto: El Cielo me hizo Rey del Reyno de Danea, que heredè de mis Padres (que tambien fueron Reyes) y lo heredaron de sus antepassados, sin averles introducido à serlo la tyranía, ni otra negociacion alguna. Caséme en mi mocedad con una muger mi igual, murióse sin dexarme succession alguna, corrió el tiempo, y muchos años me contuve en los límites de una ho-

honesta viudez; pero al fin por culpa mia, que de los pecados que se cometen, nadie ha de echar la culpa à otro, sino á sí mismo: digo que por culpa mia tropecé, y caí en la de enamorarme de una Dama de mi muger, que à ser ella la que debia, oy fuera el dia que fuera Reyna, y no se viera atada, y puesta en un cepo, como ya debeis de aver visto. Esta, pues, pareciendole ser injusto anteponer los rizos de un criado mio á mis canas, se embolvió con él, y no solamente tuvo gusto de quitarme la honra, sino que procuró junto con ella quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan estrañas trazas, con tales embustes, y rodéos, que à no ser avisado con tiempo, mi cabeza estuviera fuera de mis ombros en una escarpia al viento, y las suyas coronadas del Reyno de Dánea. Finalmente yo descubrí sus intentos à tiempo quando ellos tambien tuvieron noticia de que yo lo sabia. Una noche en un pequeño navio, que estaba con las velas en alto para partirse, por huír del castigo de su culpa, y de la indignacion de mi furia, se embarcaron: supelo, volé à la marina en las alas de mi colera, y hallé, que avria veinte horas que avian dado las suyas al viento: y yo ciego del enojo, y turbado con el deseo de la venganza, sin hacer algun prudente discurso, me embarqué en este navio, y los seguí, no con autoridad, y aparato de Rey, sino como particular enemigo. Hallélos à cabo de diez dias en una Isla que llaman del Fuego, cogílos descuydados, y puestos en esse cepo, que avreis visto, los llevaba à Dánea, para darles por justicia, y processos fulminados la debida pena à su delito. Esta es pura verdad, los delinquentes ahí están, que aunque no quieran, la acreditan. Yo soy el Rey de Dánea, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las trayga aqui, sino porque os doy mi palabra de poneroslas, y embiaroslas donde quisieredes; para cuya seguridad, si no basta mi palabra, llevadme con vosotros en vuestro navio, y dexad que en este mio, ya vuestro, vaya alguno de los mios à Dánea, y trayga este dinero donde le ordenaredes, y no tengo mas que deciros. Mirabanse mis compañeros unos à otros, y dieronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo como Capitan lo podia, y debia hacer. Con todo esso quise tomar parecer con Caríno, y con Solercio, y con algunos de los demás, porque no entendiessen que

me

me queria alzar de hecho con el mando, que de su voluntad ellos me tenian dado: y assi, la respuesta que dí al Rey, fue decirle: Señor, à los que aqui venimos, no nos puso la necessidad las armas en las manos, ni ningun otro deseo, que de ambiciosos tengan semejanza: buscando vamos ladrones, á castigar vamos salteadores, y à destruir piratas: y pues tu estás tan lexos de ser persona de este genero, segura está tu vida de nuestras armas, antes si has menester que con ellas te sirvamos, ninguna cosa avrá que nos lo impida: y aunque agradecemos la rica promesa de tu rescate, soltamos la promesa, que pues no estás cautivo, no estás obligado al cumplimiento de ella. Sigue en paz tu camino, y en recompensa que vás de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones á tus ofensores, que la grandeza del Rey algun tanto resplandece mas en ser misericordioso, que justiciero. Quisierase humillar Leopoldio à mis pies, pero no lo consintió, ni mi cortesia, ni su enfermedad: pedile me diesse alguna polvora, si llevaba, y repartiesse con nosotros de sus bastimentos, lo qual se hizo al punto. Aconsejéle assimismo, que si no perdonaba à sus dos enemigos, los dexasse en mi navio, que yo los pondria en parte donde no la tuviessen mas de ofenderle. Dixo, que si haria, porque la presencia del ofensor suele renovar la injuria en el ofendido. Ordené, que luego nos bolviessemos à nuestro navio con la polvora, y bastimentos, que el Rey partió con nosotros: y queriendo pasar à los dos prisioneros, ya sueltos, y libres del pesado cepo, no dió lugar un recio viento, que de improviso se levantó, de modo, que apartó los dos navios, sin dexar que otra vez se juntassen. Desde el borde de mi nave me despedí del Rey à voces, y él en los brazos de los suyos salió de su lecho, y se despidió de nosotros, y yo me despido ahora, porque la segunda hazaña me fuerza á descansar para entrar en ella.

CAPITULO XIV.

Refiere lo que passò con Sulpicia, sobrina de Cratilo, Rey de Bituania.

A Todos dió general gusto de oir el modo con que Periandro contaba su estraña peregrinacion, sino fué à Mauricio,

cio, que llegandose al oído de Transila su hija, le dixo: Pareceme, Transila, que con menos palabras, y mas succintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no avia para que detenerse en decirnos tan por extenso las fiestas de las barcas, ni aún los casamientos de los Pescadores: porque los episodios que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia: pero yo sin duda creo, que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio, y la elegancia de sus palabras. Assi debe de ser respondió Transila; pero lo que yo sè decir, es, que ahora se dilate, ò se succinte en lo que dice, todo es bueno, y todo dá gusto; pero ninguno le recibia mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro decia, assi le regalaba el alma, que la sacaba de sí misma. Los rebueltos pensamientos de Policarpo no le dexaban estar muy atento á los razonamientos de Periandro, y quisiera que no le quedára mas que decir, porque le dexàra á él mas que hacer: que las esperanzas propinquas de alcanzar el bien que se desea, fatigan mucho mas que las remotas, y apartadas: y era tanto el deseo que Sinforosa tenia de oír el fin de la historia de Periandro, que solicitó el bolverse à juntar otro dia, en el qual Periandro prosiguió su cuento en esta forma: Contemplad, señores, à mis marineros, compañeros, y soldados mas ricos de fama, que de oro, y à mi con algunas sospechas de que no les huviesse parecido bien mi liberalidad; y puesto que nació tan de su voluntad, como de la mia en la libertad de Leopoldio como no son todas unas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuviessen todos contentos, y que les pareciesse que seria dificil recompensar la perdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio por su rescate: y esta consideracion me movió á decirles: Amigos mios, nadie esté triste por la perdida ocasion de alcanzar el gran thesoro, que nos ofreció el Rey, porque os hago saber, que una onza de buena fama vale mas que una libra de perlas, y esto no puede saber, sino el que comienza á gustar de la gloria que dá el tener buen nombre. El pobre à quien la virtud enriquece, suele llegar á ser famoso, como el rico, si es vicioso, puede venir, y viene á ser infame. La liberalidad es una de las mas agradables virtudes, de

quien

quien se engendra la buena fama : y es tan verdad esto, que no hay liberal mal puesto, como no hay avaro, que no lo sea. Mas iba à decir, pareciendome que me daban todos tan gratos oídos, como mostraban sus alegres semblantes, quando me quitó las palabras de la boca el descubrir un navio, que no lexos del nuestro à orza por delante de nosotros passaba. Hice tocar al arma, y dile caza con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse à tiro de cañon, y disparando uno sin bala, en señal de que amaynase, lo hizo assi, soltando las velas de alto à baxo. Llegando mas cerca, ví en él uno de los mas estraños espectaculos del mundo : ví que pendientes de las entenas, y de las jarcias venian mas de quarenta hombres ahorcados : admiróme el caso, y abordando con el navio, saltaron mis soldados en él, sin que nadie se lo defendiesse : hallaron la cubierta llena de sangre, y de cuerpos de hombres semivivos, unos con las cabezas partidas, y otros con las manos cortadas, tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma, este gimiendo dolorosamente, y aquel gritando sin paciencia alguna. Esta mortandad, y fracaso daba señales de aver sucedido sobre mesa, porque los manjares nadaban entre la sangre, y los vasos mezclados con ella guardaban el olor del vino. En fin, pissando muertos, y hollando heridos, passaron los mios adelante, y en el castillo de popa hallaron puestas en esquadron hasta doce hermosissimas mugeres, y delante de ellas una que mostraba ser su Capitana, armada de un coselete blanco, y tan terso, y limpio, que pudiera servir de espejo, á querer mirarse en él. Trahia puesta la gola, pero no las escarcélas, ni los brazaletes : el morrion si, que era de hechura de una enroscada sierpe, à quien adornaban infinitas, y diversas piedras de varios colores : tenia un venablo en las manos, tachonado de arriba abaxo con clavos de oro, con una gran cuchilla de agudo, y luciente acero forjada, con que se mostraba tan briosa, y tan gallarda, que bastó à detener su vista la furia de mis Soldados, que con admirada atencion se pusieron à mirarla. Yo que de mi nave la estaba mirando, por verla mejor, passé à su navio à tiempo quando ella estaba diciendo : Bien creo, ò Soldados! que os pone mas admiracion, que miedo este pequeño esquadron de mugeres, que à la vista se os ofrece, el qual despues de la venganza que hemos tomado de nuestros

agra-

agravios, no hay cosa que puede engendrar en nosotras temor alguno. Embestid, si venis sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitandonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las darémos por bien empleadas. Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo, Rey de Bituania: casóme mi tio con el gran Lampidio tan famoso por linage, como rico de los bienes de naturaleza, y de los de la fortuna. Ibamos los dos à ver al Rey mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer, ir entre nuestros vasallos, y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos, pero la hermosura, y el vino, que suelen trastornar los mas vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia. A noche bebieron de modo, que les sepultó en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudieron à poner las manos en mi esposo, y quitandole la vida, dieron principio à su abominable intento. Pero como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechandonos del poco tiento, y borrachez con que nos acometian, y con algunas armas que les quitamos, y con quatro criados, que libres del humo de Baco nos acudieron, hicimos en ellos lo que muestran essos muertos, que están sobre essa cubierta: y passando adelante con nuestra venganza, avemos hecho que essos arboles, y essas entenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente. Quarenta son los ahorcados, y si fueran quarenta mil, tambien murieran: porque su poca, ò ninguna defensa, y nuestra colera á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se extendia. Riquezas traygo que poder repartir, aunque mejor diria, que vosotros podais tomar: solo puedo añadir, que os las entregaré de buena gana. Tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas, antes quedareis infames, que ricos. Parecieronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero corsario, me ablandara. Uno de mis pescadores dixo à este punto: Que me maten, si no se nos ofrece aqui oy otro Rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso Capitan muestra su general condicion: Ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de aver vencido nuestros naturales apetitos. Assi será, respondi yo, pues vosotros amigos lo quereis,

reis, y entended, que obras tales nunca las dexa el Cielo sin buena paga, como à las que son malas sin castigo. Despojad essos arboles de tan mal fruto, y limpiad essa cubierta, y entregad à essas señoras, junto con la libertad, la voluntad de servirlas. Pusose en efecto mi mandamiento, y llena de admiracion, y de espanto se me humillò Sulpicia: la qual como persona que no acertaba à saber lo que le avia sucedido, tampoco acertaba á responderme: y lo que hizo fue, mandar à una de sus Damas, le hiciesse traher los cofres de sus joyas, y de sus dineros. Hizolo assi la Dama, y en un instante, como aparecidos, ò llovidos del Cielo, me pusieron delante quatro cofres llenos de joyas, y dineros: abriólos Sulpicia, é hizo muestra de aquel thesoro à los ojos de mis Pescadores, cuyo resplandor quizá, y aún sin quizá cegò en algunos la intencion, que de ser liberales tenian: porque hay mucha diferencia de dar lo que se possee, y se tiene en las manos, à dar lo que está en esperanzas de posseerse. Sacó Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venian engastadas, y diciendo: Toma, Capitan valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa, que por serlo la voluntad con que se ofrece: dadiva es de una pobre viuda, que ayer se vió en la cumbre de la buena fartuna, por verse en poder de su esposo, y oy se vé sujeta á la discrecion de estos Soldados que te rodéan, entre los quales puedes repartir estos thesoros, que segun se dice, tienen fuerzas para quebrantar las Peñas. A lo que yo respondí: Dadivas de tan gran señora se han de estimar como si fuessen mercedes: y tomando el collar me volví à mis Soldados, y les dixe: Esta joya es ya mia, Soldados, y amigos mios, y assi puedo disponer de ella como cosa propia, cuyo precio, por ser à mi parecer inestimable, no conviene que se dé á uno solo: tomele, y guardele el que quisiere, que en hallando quien le compre, se dividirá el precio entre todos, y quedese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frisando con el Cielo. A lo que uno respondió: Quisieramos, ó buen Capitan, que no nos huvieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos à la tuya. Buelve el collar á Sulpicia, la fama que nos prometes, no hay collar que la ciña, ni limite que la contenga. Quedé contentissimo

de

de la respuesta de mis Soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia. Finalmente, ella me pidió que la diese doce Soldados de los mios, que le sirviessen de guarda, y de marineros para llevar su nave á Bituania. Hizose assi, contentissimos los doce que escogí solo por saber que iban à hacer bien. Proveyónos Sulpicia de generosos vinos, y de muchas conservas, de que careciamos. Soplaba el viento prospero para el viage de Sulpicia, y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero. Despedimonos de ella, supo mi nombre, y el de Carino, y Solercio, y dandonos à los tres sus brazos, con los ojos abrazó à todos los demás, ella llorando lagrimas de placer, y tristeza nacidas; de tristeza, por la muerte de su esposo; de alegria, por verse libre de las manos que pensó ser de salteadores, nos dividimos, y apartamos. Olvidaba de deciros como bolví el collar à Sulpicia, y ella le recibió à fuerza de mis importunaciones, y casi tuvo à afrenta, que le estimasse yo en tan poco, que se le bolviesse. Entré en consulta con los mios, sobre que derrota tomariamos, y concluyóse, que la que el viento llevasse, pues por ella avian de caminar los demás navios, que por el mar navegassen: ò por lo menos, si el viento no hiciesse à su proposito, harian bordos, hasta que les viniesse à cuento. Llegó en esto la noche clara, y serena, y yo llamando à un Pescador marinero, que nos servia de Maestro, y Piloto, me senté en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse à mirar el Cielo. Apostaré, dixo à esta sazon Mauricio à Transila su hija, que se pone ahora Periandro á descubrirnos toda la celeste esfera como si importasse mucho, à lo que va contando, el declararnos los movimientos del Cielo. Yo por mi deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir de esta tierra no dá lugar à que me entretenga, ni ocupe en saber quales son fixas, ò quales erraticas estrellas, quanto mas que yo sé de sus movimientos mas de lo que él me puede decir. En tanto que Mauricio, y Transila esto con sumissa voz hablaban, cobró aliento Periandro, para proseguir su historia en esta forma.

***

CA-

CAPITULO XV.

Prosigue Periandro sus acaeçimientos, y cuenta un estraño sueño.

COmenzaba à tomar possession el sueño, y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaba á preguntar al que estaba conmigo muchas cosas necessarias para saber usar el arte de la marinería, quando de improviso comenzaron á llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecia sino que el mar todo se avia subido à la region del viento, y desde alli se dexaba descolgar sobre el navío. Alborotamonos todos, y puestos en pié, mirando á todas partes, por unas vimos el Cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso en miedo, y en admiracion. En esto el que estaba conmigo, dixo: Sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tiene mas abaxo de los ojos aquellos monstruosos pescados, que se llaman Naufragos, y si esto es assi, en gran peligro estamos de perdernos: menester es disparar toda la artillería, con cuyo ruído se espantan. En esto ví alzar, y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un Marinero, se le engualló, y tragó de improviso, sin tener necessidad de mascarle. Naufragos son, dixo el Piloto, con balas, ó sin ellas: que el ruído, y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos: Traia el miedo confusos, y agazapados los Marineros, que no osaban levantarse en pié, por no ser arrebatados de aquellos vestigios. Con todo esso se dieron priesa à disparar la artillería, y á dar voces unos, y acudir otros á la bomba, para bolver el agua al agua. Tendimos todas las velas, y como si huyeramos de alguna gruessa armada de enemigos, huíamos el sobreestante peligro, que fue el mayor en que hasta entonces nos aviamos visto. Otro dia al crepusculo de la noche nos hallamos en la ribera de una Isla no conocida por ninguno de nosotros: y con designio de hacer agua en ella, quisimos esperar el dia, sin apartarnos de su ribera. Amaynamos las velas, arrojamos las ancoras, y entregamos al reposo, y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomó possession blanda, y suavemente. En fin, nos desembarcamos todos, y pisamos la amenissima ribera, cuya arena (vaya

fuera todo encarecimiento) lo formaban granos de oro, y de menudas perlas. Entrando mas adentro se nos ofrecieron à la vista prados, cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas; sino por ser esmeraldas : en el qual verdor las tenian, no cristalinas aguas, como suele decirse, sino corrientes de liquidos diamantes formados, que cruzando por todo el prado sierpes de cristal parecian. Descubrimos luego una selva de arboles de diferentes generos, tan hermosos, que nos suspendiéron las almas, y alegraron los sentidos. De algunos pendian ramos de rubíes, que parecian guindas, ó guindas, que parecian granos de rubíes : de otros pendian camuesas, cuyas mexillas, la una era de rosa, la otra de finissimo topacio: en aquel se mostraban las peras, cuyo olor de ambar, y cuyo color de los que se forman en el Cielo, quando el Sol se transpone. En resolucion, todas las frutas, de quien tenemos noticia, estaban alli en su sazon, sin que las diferencias de el año las estorvassen : todo alli era Primavera, todo Verano, todo Estío sin pesadumbre, y todo Otoño agradable con extremo increíble. Satisfacia á todos nuestros cinco sentidos lo que mirabamos : à los ojos, con la belleza, y hermosura : á los oídos, con el ruído manso de las fuentes, y arroyos, y con el són de los infinitos pajarillos, que con no aprendidas voces formado, los quales saltando de arbol en arbol, y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenian cautiva su libertad, y que no querian, ni acertaban à cobrarla : al olfato, con el olor que de si despedian las yerbas, las flores, y los frutos: al gusto, con la prueba que hicimos de la suavidad de ellos: al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro de Tibar. Pesame, dixo á esta sazon Ladislao à su suegro Mauricio, que se aya muerto Clodio, que á fé que le avia dado bien que decir Periandro, en lo que vá diciendo. Callad, señor, dixo Transila su esposa, que por mas que digais, no podreis decir que no prosigue bien su cuento Periandro : el qual, como se ha dicho, quando algunas razones se entremetian de los circunstantes, él tomaba aliento para proseguir en las suyas, que quando son largas, aunque sean buenas, antes enfadan, que alegran. No es nada lo que hasta aqui he dicho, prosiguió Periandro, porque á lo que resta por decir, falta entendimiento que lo perciba, y aùn corte-

cortesias que lo crean. Bolved, señores, los ojos, y haced cuenta que veis salir del corazon de una peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiese engañar: digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero un suavissimo són, que hirió nuestros oídos, y nos hizo estar atentos, de diversos instrumentos de musica formado. Luego salió un carro, que no sabré decir de que materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota, que escapada de alguna gran borrasca, tirabanla doce poderosissimos ximios animales lascivos. Sobre el carro venia una hermosissima Dama, vestida de una rozagante ropa de varios y diversos colores adornada, coronada de amarillas, y amargas adelfas. Venia arrimada á un baston negro, y en él fixa una tablachina, ó escudo, donde venian estas letras: Sensualidad. Trás ella salieron otras muchas hermosas mugeres con diferentes instrumentos en las manos, formando una musica, ya alegre, y ya triste; pero todas singularmente regocijadas: Todos mis compañeros, y yo estabamos atonitos, como si fueramos estatuas sin voz, de dura piedra formados. Llegóse á mi la Sensualidad, y con voz entre ayrada, y suave me dixo: Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, sino la vida, à lo menos el gusto: y diciendo esto passó adelante, y las doncelas de la musica arrebataron, que assi se puede decir, siete, ú ocho de mis Marineros, y se los llevaron consigo, y bolvieron á entrarse, siguiendo á su señora por la abertura de la peña. Bolvime yo entonces á los mios, para preguntarles, qué les parecia de lo que avian visto; pero estorvólos otra voz, ó voces, que llegaron à nuestros oídos, bien diferentes que las passadas, porque eran mas suaves, y regaladas, y formabanlas un esquadron de hermosissimas, al parecer, doncellas: y segun la guia que trahian eranlo sin duda, porque venia delante mi hermana Auristela, que á no tocarme tanto, gastára algunas palabras en alabanza de su mas que humana hermosura. Qué me pidieran á mi entonces, que no diera en albricias de tan rico hallazgo? Qué à pedirme la vida no la negára, sino fuera por no perder el bien, tan sin pensarlo, hallado. Trahia mi hermana à sus dos lados dos doncellas, de las quales la una me dixo: La continencia, y la pudicicia, amigas, y compañeras, acompañamos perpetuamente á la castidad, que en figura de tu querida hermana

Auristela oy ha querido disfrazarse, ni la dexarémos, hasta que con dichoso fin le dé á sus trabajos, y peregrinaciones en la alma Ciudad de Roma. Entónces yo á tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo, y estraño acontecimiento por su grandeza, y por su novedad mal seguro, alzé la voz, para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenia, y queriendo decir: O unicas consoladores de mi alma, ó ricas prendas, por mi bien halladas, dulces, y alegres en este, y en otro qualquier tiempo! Fue tanto el ahinco que puse en decir esto,que rompí el sueño, y la vision hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navío con todos los mios, sin que faltasse alguno de ellos. A lo que dixo Constanza: Luego, señor Periandro, dormiades? Si, respondió, porque todos mis bienes son soñados. En verdad, replicó Constanza, que ya queria preguntar á mi señora Auristela, adonde avia estado el tiempo que no avia parecido. De tal manera respondió Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar si era verdad, ó no lo que decia. A lo que añadió Mauricio: Essas son fuerzas de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprehenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades. A todo esto callaba Arnaldo, y consideraba los afectos, y demostraciones con que Periandro contaba su historia: y de ninguno de ellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma avia infundido el ya muerto maldiciente Clodio, de no ser Auristela, y Periandro verdaderos hermanos. Con todo esso dixo, prosigue Periandro tu cuento sin repetir sueños, porque los animos trabajados siempre los engendran muchos, y confusos, y porque la sin par Sinforosa está esperando que llegues á decir de donde venias la primera vez que á esta Isla llegaste, de donde saliste coronado de vencedor de lás fiestas, que por la eleccion de su Padre cada año en ella se hacen. El gusto de lo que soñé, respondió Periandro, me hizo no advertir de quan poco fruto son las digressiones en qualquier narracion, quando ha de ser succinta, y no dilatada. Callaba Policarpo, ocupando la vista en mirar à Auristela, y el pensamiento en pensar en ella: y assi para él importaba muy poco, ó nada que callasse, ó que hablasse Periandro: el qual advertido ya

de

de que algunos se cansaban de su larga platica, determinó de proseguirla, abreviandola, y siguiendola en las menos palabras que pudiesse: y assi dixo.

CAPITULO XVI.

Prosigue Periandro su historia.

DEsperté del sueño, como he dicho, tomé consejo con mis compañeros, que derrota tomariamos, y salió decretado, que por donde el viento nos llevasse, que pues ibamos en busca de corsarios, los quales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos, y avia llegado à tanto mi simpleza, que pregunté á Caríno, y à Solercio si avian visto á sus esposas en compañia de mi hermana Auristela, quando yo la ví soñando. Rieronse de mi pregunta, obligaronme, y aún forzaronme à que les contasse mi sueño. Dos meses anduvimos por el mar, sin que nos sucediesse cosa de consideracion alguna, puesto que le escombramos de mas de sesenta navios de corsarios, que por serlo verdaderos, adjudicamos sus robos à nuestro navio, y le llenamos de innumerables despojos: con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaba de aver trocado el oficio de Pescadores en el de Piratas; porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaban sino lo robado. Sucedió pues, que un porfiado viento nos salteó una noche, que sin dar lugar á que amaynassemos algun tanto, ó templassemos las velas, en aquel termino que las halló, las tendiò, y acosó de modo, que como he dicho, mas de un mes navegamos por una misma derrota: tanto, que tomando mi Piloto el altura del polo, donde nos tomó el viento, y tanteando las leguas que haciamos por hora, y los dias que aviamos navegado, hallamos ser quatrocientas leguas, poco mas, ó menos: Bolvió el Piloto á tomar la altura, y vió que estaba debaxo del Norte en el parage de Noruega, y con voz grande, y mayor tristeza dixo: Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede à dar la buelta para seguir otro camino, en este se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial, digo en el mar helado: y si aqui nos saltea el hielo, quedarémos empedrados en estas aguas. Apenas huvo dicho esto, quando sentimos que el navio tocaba por los lados, y por la quilla, como

en movibles peñas, por donde se conoció, que ya el mar se comenzaba à helar, cuyos montes de hielo, que por de dentro se formaban impedian el movimiento de el navio. Amaynamos de golpe, porque topando en ellos no se abriesse, y en todo aquel dia, y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente, y se apretaron de modo, que cogiendonos en medio, dexaron al navío engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo à entumecer los cuerpos, y á entristecer nuestras almas: y haciendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no nos dimos mas dias de vida, que los que pudiesse sustentar el bastimento que en el navío huviesse: en el qual bastimento desde aquel punto se puso tasa, y se repartió por orden, tan miserable, y estrechamente, que desde luego comenzó á matarnos la hambre. Tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiesse alentar nuestra esperanza, sino fue con un bulto negro, que á nuestro parecer estaria de nosotros seis, ú ocho millas; pero luego imaginamos que debia de ser algun navío, á quien la comun desgracia del hielo tenia aprisionado. Este peligro sobrepuja, y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto: porque un miedo dilatado, y un temor no vencido fatiga mas el alma, que una repentina muerte, que en el acabar subito se ahorran los miedos, y los temores, que la muerte trahe consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta, pues, que nos amenazaba tan hambrienta, como larga nos hizo tomar una resolucion, si no desesperada, temeraria por lo menos, y fue, que consideramos, que si los bastimentos se nos acababan, el morir de hambre era la mas rabiosa muerte que puede caber en la imaginacion humana: y assi determinamos de salirnos del navío, y caminar por encima del hielo, é ir à ver si en el que se parecia avria alguna cosa de que aprovecharnos, ó ya de grado, ó ya por fuerza. Pusose en obra nuestro pensamiento, y en un instante vieron las aguas sobre si, formado con pies enjutos un esquadron pequeño, pero de valentissimos Soldados: y siendo yo la guia, resbalando, cayendo, y levantando, llegamos al otro navío, que lo era casi tan grande como el nuestro. Avia gente en él, que puesta sobre el bordo, adivinando la intencion de nuestra venida, á voces comen-

comenzó uno á decirnos: A que venís, gente desesperada? qué buscais? Venís por ventura à apresurar nuestra muerte, y á morir con nosotros? Bolvéos á vuestro navío, y si os faltan bastimentos, roed las jarcias, y encerrad en vuestros estomagos los embreados leños, si es possible; porque pensar que os hemos de dar acogida, será pensamiento vano, y contra los preceptos de la charidad, que ha de comenzar de sí mismo. Dos meses, dicen, que suele durar este hielo que nos detiene: para quince dias tenemos sustento, si es bien que le repartamos con vosotros, á vuestra consideracion lo dexo. A lo que yo le respondí: En los apretados peligros toda razon se atropella: no hay respecto que valga, ni buen termino que se guarde: acogednos en vuestro navío de grado, y juntarémos en él el bastimento que en el nuestro queda, y comamoslo amigablemente, antes que la precisa necesidad nos haga mover las armas, y usar de la fuerza. Esto le respondí yo, creyendo no decian verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos, viendose superiores, y aventajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas, ni admitieron nuestros ruegos, antes arremetieron á las armas, y se pusieron en orden de defenderse. Los nuestros, á quien la desesperacion de valientes hizo valentissimos, añadiendo á la temeridad nuevos brios, arremetieron al navio, y casi sin recibir herida le entraron, y le ganaron: y alzóse una vos entre nosotros, que á todos les quitassemos la vida, por ahorrar de balas, y de estomagos, por donde se fuesse el bastimento que en el navio hallassemos. Yo fuí de parecer contrario, y quizá por tenerle bueno, en esto nos socorrió el Cielo, como despues diré; aunque primero quiero deciros, que este navío era el de los corsarios, que avian robado á mi hermana, y á las dos recien desposadas pescadoras. Apenas le huve reconocido, quando dixe à voces: Adonde teneis, ladrones, nuestras almas? Adonde están las vidas que nos robasteis? Qué aveis hecho de mi hermana Auristela, y de las dos Selviana, y Leoncia, partes mitades de los corazones de mis buenos amigos Carino, y Solercio? A lo que uno me respondió: Essas mugeres pescadoras, que dices, las vendió nuestro Capitan, que ya es muerto, á Arnaldo Principe de Dinamarca. Assi es la verdad, dixo á esta sazon Arnaldo, que yo compré á Auristela, á Cloèlia su ama, y á

otras dos hermosíssimas doncellas de unos piratas, que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecian. Valgame Dios, dixo Rutilio en esto, y por qué rodéos, y con que eslabones se viene á engazar la peregrina historia tuya, ó Periandro! Por lo que debes al deseo que todos tenemos de servirte, añadió Sinforosa, que abrevies tu cuento, ó historiador tan verdadero, como gustoso! Si haré, respondió Periandro, si es possible que grandes cosas en breves terminos puedan encerrarse.

CAPITULO XVII.

Traicion de Policarpo por consejo de Zenótia. Quitanle à él el Reyno sus vassallos, y á ella la vida. Salen de la Isla los huespedes, y van á parar á la Isla de las Hermitas.

TOda esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podía estar atento para escucharle, ni le daba lugar á pensar maduramente lo que debia hacer, para quedarse con Auristela, sin perjuício de la opinion que tenia de generoso, y de verdadero. Ponderaba la calidad de sus huespedes, entre los quales se le ponia delante Arnaldo Principe de Dinamarca, no por eleccion, sino por herencia: descubria en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza, y brio algun gran personage, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora. Quisiera buenamente lograr sus deseos à pie llano, sin rodéos, ni invenciones, cubriendo toda dificultad, y todo parecer contrario con el velo del matrimonio; que puesto que su mucha edad no lo permitia, todavia podia dissimularlo, porque en qualquier tiempo es mejor casarse, que abrasarse. Acuciaba, y solicitaba á sus pensamientos, los que solicitaban, y quexaban à la embaydora Zenótia, con la qual se concertó, que antes de dar otra audiencia á Periandro, se pusiesse en efecto su designio: que fue, que de alli à dos noches tocassen un arma fingida en la Ciudad, y se pegasse fuego al Palacio por tres, ó quatro partes, de modo, que obligasse à los que en él assistian à ponerse en cobro: donde era forzoso que interviniesse la confusion, y el alboroto, en medio del qual previno gente, que robassen al barbaro mozo Antonio, y à la hermosa Auristela; y assimismo ordenó á Poli-

Policarpa su hija, que commovida de lastima Christiana avisasse á Arnaldo, y à Periandro el peligro que les amenazaba, sin descubrirles el robo, sino mostrandoles el modo de salvarse: que era, que acudiessen á la marina, donde en el Puerto hallarian una saetía que los acogiesse. Llegóse la noche, y à las tres horas de ella comenzó el arma, que puso en confusion, y alboroto á toda la gente de la Ciudad. Comenzó á resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenia. Acudió su hija, no alborotada, sino con reposo á dar noticia á Arnaldo, y á Periandro de los designios de su traydor, y enamorado Padre, que se extendian á quedarse con Auristela, y con el barbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamassen. Oyendo lo qual Arnaldo, y Periandro, llamaron á Auristela, á Mauricio, Transila, Ladislao, á los barbaros Padre, é hijo, á Ricla, à Constanza, y á Rutilio, y agradeciendo á Policarpa su aviso se hicieron todos un monton: y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron passo desembarazado hasta el Puerto, y segura embarcacion en la saetía: cuyo Piloto, y Marineros estaban avisados, y cohechados de Policarpo, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huía se embarcasse, se hiciessen al mar, y no parassen con ella hasta Inglaterra, ó hasta otra parte mas lexos de aquella Isla. Entre la confusa gritería, el continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos Palacios, para que los abrasasse, andaba encubierto Policarpo, mirando si salia cierto el robo de Auristela: y assimismo solicitaba el de Antonio la hechizera Zenótia; pero viendo que se avian embarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo decia, y el alma se lo pronosticaba, acudió à mandar que todos los baluartes, y todos los navíos que estaban en el Puerto disparassen la artillería contra el navío, de los que en él huían: con lo qual de nuevo se aumentó el estruendo, y el miedo discurrió por los animos de todos los moradores de la Ciudad, que no sabían que enemigos los assaltaban, ó que intempestivos acontecimientos los acometian. En esto la enamorada Sinforosa ignorante del caso, puso el remedio en sus pies, y sus esperanzas en su inocencia: y con passos desconcertados, y temerosos se subió á

una

una alta torre de Palacio, á su parecer parte segura del fuego, que lo demás del Palacio iba consumiendo. Acertó á encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contó, como si lo huviera visto, la huida de sus huespedes: cuyas nuevas quitaron el sentido á Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de averlas dado. Amanecia en esto el Alva risueña, para todos los que con ella esperaban descubrir la causa, ò causas de la presente calamidad: y en el pecho de Policarpo anochecia la noche de la mayor tristeza, que pudiera imaginarse. Mordiase las manos Zenótia, y maldecia su engañadora ciencia, y las promesas de sus malditos Maestros. Sola Sinforosa se estaba aún en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuydarse de hacerle los remedios que ella podia, para hacerla bolver en su acuerdo: Bolvió en fin, tendió la vista por el mar, vió volar la saetía, donde iba la mitad de su alma, ó la mejor parte de ella; y como si fuera otra engañada, y nueva Dido, que de otro fugitivo Eneas se quexaba, embiando suspiros al Cielo, lagrimas á la tierra, y voces al ayre, dixo estas, ú otras semejantes razones: O hermoso huesped, venido por mi mal á estas riberas; no engañador por cierto, que aùn no he sido yo tan dichosa, que me dixesses palabras amorosas para engañarme! amayna essas velas, ó templalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean esse navío, cuya vista solo porque vás en él me consuela. Mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te alexas de quien te busca, y dás muestras de que aborreces à quien te adora. Hija soy de un Rey, y me contento con ser esclava tuya; y si no tengo hermosura, que pueda satisfacer á tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacíos de los mejores que el amor tiene. No repares en que se abrase toda esta Ciudad, que si bueles avrá servido este incendio de luminarias por la alegria de tu buelta. Riquezas tengo, acelerado fugitivo mio! y puestas en parte donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el Cielo para ti solo. A esta sazon bolvió á hablar con su hermana, y le dixo: No te parece, hermana mia, que ha amaynado algun tanto las velas? no te parece que no camina tanto? ay Dios si se avrá arrepentido! ay Dios si la remora de mi voluntad le detiene el navío! ay hermana, respondió Policarpa, no te engañes, que

que los deseos, y los engaños suelen andar juntos: el navío buela, sin que le detenga la remora de tu voluntad, como tu dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros. Salteólas en esto el Rey su Padre, que quiso ver de la alta torre tambien como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaba, aunque ya no se descubria. Los hombres que tomaron a su cargo encender el fuego del Palacio, le tuvieron tambien de apagarle. Supieron los Ciudadanos la causa del alboroto, y el mal nacido deseo de su Rey Policarpo, y los embustes, y consejos de la hechizera Zenótia, y aquel mismo dia le depusieron del Reyno, y colgaron á Zenótia de una entena, Sinforosa, y Policarpa fueron respetadas como quien eran, y la ventura que tuvieron fue tal, que correspondió á sus merecimientos: pero no en modo que Sinforosa alcanzasse el fin felice de sus deseos: porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas. Los del navío viendose todos juntos, y todos libres, no se hartaban de dar gracias al Cielo de su buen sucesso: de ellos supieron otra vez los traydores designios de Policarpo, pero no les parecieron tan traydores, que no hallasse en ellos disculpa el aver sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que quando ocupa á un alma la passion amorosa, no hay discurso con que acierte, ni razon que no atropelle. Haciales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo. Llevaban la mira de su viage puesto en Inglaterra, adonde pensaban tomar el designio que mas les conviniesse: y con tanto sossiego navegaban, que no les sobresaltaba ningun recelo, ni miedo de ningun sucesso adverso. Tres dias duró la apacibilidad del mar, y tres dias sopló prospero el viento, hasta que al quarto á poner del Sol se comenzó á turbar el viento, y á desassosegarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca, comenzó à turbar á los Marineros: que la inconstancia de nuestras vidas, y la del mar simbolizan en no prometer seguridad, ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte, que quando les apretaba este temor, descubriessen cerca de si una Isla, que luego de los Marineros fue conocida, y dixeron, que se llamaba la de las Hermitas, de que no poco se alegraron, porque en ella sabian que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veinte navíos: tales en

fin,

fin, que pudieran servir de abrigados Puertos. Dixeron tambien, que en una de las Hermitas servia de Hermitaño un Cavallero principal Francés, llamado Renato, y en la otra Hermita servia de Hermitaña una señora Francesa, llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se huviesse visto. El deseo de saberla, y el de repararse de la tormenta, si viniesse, hizo á todos que encaminassen allá la proa. Hizose assi, con tanto acertamiento, que dieron luego con una de las calas, donde dieron fondo, sin que nadie se lo impidiesse: y estando informado Arnaldo de que en la Isla no avia otra persona alguna, que la del Hermitaño, y Hermitaña referidos; por dar contento à Auristela, y á Transila (que fatigadas del mar venian) con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio, y Periandro, mandó echar el esquife al agua, y que saliessen todos á tierra á pasar la noche en sossiego libres de los baibenes del mar: y aunque se hizo assi, fue parecer del barbaro Antonio, que él, y su hijo, y Ladislao, y Rutilio se quedassen en el navío, guardandole, pues la fe de sus Marineros poco experimentada, no les debia assegurar de modo, que se fiassen de ellos: y en efecto los que se quedaron en el navío fueron los dos Antonio Padre, é hijo con todos los Marineros, que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naves: mejor les huele la pez, la brea, y la resina de sus navíos, que á la demas gente las rosas, las flores, y los amarantos de los jardines: A la sombra de una peña los de la tierra se repararon del viento, y á la claridad de mucha lumbre, que de ramas cortadas en un instante hicieron, se defendieron del frio: y ya como acostumbrados á pasar muchas veces calamidades semejantes, passaron la de esta noche sin pesadumbre alguna, y mas con el alivio que Periandro les causó, con bolver por ruego de Transila à proseguir su historia, que puesto que el lo reúsaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao, y Mauricio, ayudandoles Auristela, la ocasion, y el tiempo, la huvo de proseguir en esta forma.

**
*

CA-

CAPITULO XVIII.

Del buen acogimiento que hallaron en la Isla de las Hermitas.

SI es verdad, como lo es, ser dulcissima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la passada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser á mi ahora contar mis trabajos en este sossiego; que puesto que no puedo decir que estoy libre de ellos, todavia, segun han sido grandes, y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser condicion de la humana suerte, que quando los bienes comienzan à crecer, parece que unos se van llamando à otros, y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente. Los trabajos que yo hasta aqui he padecido, imagíno, que han llegado al ultimo paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que decline; que quando en el extremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal á mal, sino de mal á bien, y de bien á mas bien: y este en que estoy, teniendo á mi hermana conmigo, verdadera, y precisa causa de todos mis males, y mis bienes, me assegura, y promete, que tengo de llegar á la cumbre de los mas felices que acierte à desearme. Y assi, con este dichoso pensamiento, digo, que quedé en la nave de mis contrarios ya rendidos: donde supe, como ya he dicho, la venta que avian hecho de mi hermana, y de las dos recien despossadas pescadoras, y de Cloélia al Principe Arnaldo, que aqui está presente. En tanto que los mios andaban escudriñando, y tanteando los bastimentos, que avia en el empedrado navío á deshora, y de improviso: de la parte de tierra descubrimos, que sobre los hielos caminaba un esquadron de armada gente de mas de quatro mil personas formado. Dexónos mas helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas, mas por muestra de ser hombres, que con pensamiento de defenderse. Caminaban sobre solo un pié, dandose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelian, y resvalaban sobre el mar grandissimo trecho, y luego bolviendo à reiterar el golpe, tornaban á resvalar otra gran pieza de camino: y de esta suerte en un instante fueron con nosotros, y nos rodearon

por

por todas partes: y uno de ellos, que como despues supe, era el Capitan de todos, llegandose cerca de nuestro navío á trecho que pudo ser oído, assegurando la paz con paño blanco, que volteaba sobre el brazo, en lengua Polaca, con voz clara dixo: Cratilo, Rey de Bituania, y señor de estos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar de ellos los navíos, que del yelo estan detenidos, à lo menos la gente, y la mercancía que tuvieren: por cuyo beneficio se paga, con tomarla por suya. Si vosotros gustáredes de acertar este partido sin defenderos, gozaréis de las vidas, y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningun modo: miradlo, y si no aparejaos à defenderos de nuestras armas, continuo vencedoras. Contentóme la brevedad, y la resolucion del que nos hablaba. Respondíle, que me dexasse tomar parecer con nosotros mismos, y fue el que mis Pescadores me dieron, decir que el fin de todos los males, y el mayor de ellos era el acabar la vida, la qual se avia de sustentar por todos los medios possibles, como no fuessen por los de la infamia: y que pues en los partidos, que nos ofrecian, no intervenia ninguna, y del perder la vida estabamos tan ciertos, como dudosos de la defensa: sería bien rendirnos, y dar lugar à la mala fortuna, que entonces nos perseguia, pues podria ser que nos guardasse para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta dí al Capitan del esquadron: y al punto mas con apariencia de guerra, que con muestras de paz, arremetieron al navío, y en un instante le desbalijaron todo, y trasladaron quanto en él avia, hasta la misma artillería, y jarcias á unos cueros de bueyes, que sobre el yelo tendieron: liandolos por encima asseguraron poderlos llevar, tirandolos con cuerdas, sin que se perdiesse cosa alguna. Robaron assimismo lo que hallaron en el otro nuestro navío, y poniendonos á nosotros sobre otras pieles, alzando una alegre vocería nos tiraron, y nos llevaron á tierra, que debia de estar desde el lugar del navío como veinte millas. Pareceme à mi que debia de ser cosa de ver, caminar tanta gente por cima de las aguas à pié enjuto, sin usar alli el Cielo alguno de sus milagros. En fin, aquella noche llegamos á la ribera, de la qual no salimos hasta otro dia por la mañana, que la vimos coronada de infinito numero de gente, que á ver la presa de los helados, y yertos avian venido. Venia

entre

entre ellos sobre un hermoso cavallo el Rey Cratilo, que por las insignias Reales, con que se adornaba, conocimos ser quien era. Venia á su lado assimismo à cavallo una hermosissima muger, armada de unas armas blancas, à quien no podia acabar de encubrir un velo negro, con que venian cubiertos. Llevóme trás sí la vista, tanto su buen parecer, como la gallardía del Rey Cratilo, y mirandola con atencion, conocí ser la hermosa Sulpicia, á quien la cortesía de mis compañeros pocos dias antes avia dado la libertad, que entonces gozaba. Acudió el Rey á ver los rendidos, y llevandome el Capitan asido de la mano, le dixo: En este solo mancebo, ó valeroso Rey Cratilo! me parece que te presento la mas rica presa, que en razon de persona humana, hasta ahora humanos ojos han visto. Santos Cielos, dixo á esta sazon la hermosa Sulpicia, arrojandose del cavallo al suelo, ó yo no tengo vista en los ojos, ó es este mi libertador Periandro: y el decir esto, y añudarme el cuello con sus brazos fue todo uno: cuyas estrañas, y amorosas muestras obligaron tambien à Cratilo à que de cavallo se arrojasse, y con las mismas señales de alegria me recibiesse. Entonces la desmayada esperanza de algun buen sucesso estaba lexos de los pechos de mis Pescadores; pero cobrando aliento en las muestras alegres con que vieron recibirme, les hizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias, que dieron á Dios del no esperado beneficio, que ya le contaban, no por beneficio, sino por singular, y conocida merced. Sulpicia dixo à Cratilo: Este mancebo es un sugeto, donde tiene su assiento la suma cortesía, y su albergue la misma liberalidad; y aunque yo tengo hecho esta experiencia, quiero que tu discrecion la acredite, sacando por su gallarda presencia (y en esto bien se vé, que hablaba como agradecida, y aún como engañada) en limpio esta verdad que te digo. Este fue el que me dió libertad despues de la muerte de mi marido, este el que no despreció mis thesoros, sino el que no los quiso: este fue el que despues de recibidas mis dadivas me las bolvió mejoradas con el deseo de darmelas mayores, si pudiera: este fue en fin, el que acomodandose, ó por mejor decir, haciendo acomodar á su gusto el de sus Soldados, dandome doce que me acompañassen, me tiene ahora en tu presencia. Yo entonces, á lo que creo, roxo el ros-

tro con las alabanzas, ó ya aduladoras, ò demasiadas que de mi ohia, no supe mas que hincarme de rodillas ante Cratilo, pidiendole las manos, que no me las dió, para besarselas, sino para levantarme del suelo. En este entretanto los doce Pescadores que avian venido en guarda de Sulpicia, andaban entre la demás gente, buscando á sus compañeros, abrazandose unos á otros, y llenos de contento, y regocijo se contaban sus buenas, y malas suertes. Los del mar exageraban su yelo, y los de la tierra sus riquezas: à mi, decia el uno, me ha dado Sulpicia esta cadena de oro: á mi, decia otro, esta joya, que vale por dos de essas cadenas: á mi, replicaba este, me dió tanto dinero: y aquel repetia, mas me ha dado á mi en este solo anillo de diamantes, que á todos vosotros juntos. A todas estas platicas puso silencio un gran rumor que se levantó entre la gente, causado del que hacia un poderosissimo cavallo barbaro, á quien dos valientes lacayos trahian del freno, sin poderse averiguar con él. Era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobre manera le hacian hermoso. Venia en pelo, porque no consentia ensillarse del mismo Rey, pero no le guardaba este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes á detenerle mil montes de embarazos, que ante él se pusieran, de lo que el Rey estaba tan pesaroso, que diera una Ciudad à quien sus malos siniestros le quitára. Todo esto me contó el Rey, breve, y succintamente, y yo me resolví con mayor brevedad á hacer lo que ahora os diré. Aqui llegaba Periandro con su platica, quando á un lado de la peña, donde estaban recogidos los del navío, oyó Arnaldo un ruído, como de passos de personas que ácia ellos se encaminaban; levantóse en pié, puso mano à su espada, y con esforzado denuedo estuvo esperando el sucesso. Calló assimismo Periandro, y las mugeres con miedo, y los varones con animo, especialmente Periandro, atendian lo que sería. Y á la escasa luz de la Luna, que cubierta de nubes no dexaba verse, vieron que acia ellos venian dos bultos, que no pudieran diferenciar lo que eran, si uno de ellos con voz clara no dixera: No os alborote señores, quien quiéra que seais, nuestra improvisa llegada, pues solo venimos á serviros: esta estancia que teneis desierta, sola, la podeis mejorar, si quisieredes, en la nuestra, que en la cima de esta montaña está puesta. Luz,

y

y lumbre hallaréis en ella, y manjares, que si no delicados y costosos, son por lo menos necessarios, y de gusto. Yo le respondí: Sois por ventura Renato, y Eusebia, los limpios, y verdaderos amantes, en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien que en ellos se encierra? Si dexàredes los desdichados, respondió el bulto, acertàredes en ello; pero en fin, nosotros somos los que decís, y los que os ofrecemos con voluntad sincera el acogimiento, que puede daros nuestra estrecheza. Arnaldo fue de parecer, que se tomasse el consejo que se les ofrecia, pues el rigor del tiempo que amenazaba, les obligaba á ello. Levantaronse todos, y siguiendo á Renato, y á Eusebia, que les sirvieron de guias, llegaron à la cumbre de una montañuela, donde vieron dos Hermitas mas comodas para passar la vida en su pobreza, que para alegrar vista con su rico adorno. Entraron dentro, y en la que parecia algo mayor, hallaron luces que de dos lamparas procedian, con que podian distinguir los ojos lo que dentro estaba, que era Altar con tres devotas Imagenes: otra de la Reyna de los Cielos, y de la Señora de la alegria, triste, y puesta al pié del que tiene los piés sobre todo el mundo: y la otra del amado Discipulo, que viò mas estando durmiendo, que vieron quantos ojos tiene el Cielo en sus Estrellas Hincaronse de rodillas, y hecha la debida oracion con devoto respeto, los llevó Renato á una estancia que estaba junto al Altar se hacia. Finalmente, pues las menudencias no piden, no sufren relaciones largas, se dexarán de contar las que alli pasarón, assi de la pobre cena, como del estrecho regalo, que solo se alargaba en la bondad de los Hermitaños, de quien se notaron los pobres vestidos, la edad que tocaba en los margenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavia resplandecian las muestras de aver sido rara en todo extremo. Auristela, Transíla, y Constanza se quedaron en aquella estancia, à quien sirvieron de cama secas espadañas, con otras yerbas, mas para dar gusto al olfato, que à otro sentido alguno. Los hombres se acomodaron en la Hermita en diferentes puestos, tan frios, como duros, y tan duros, como frios. Corrió el tiempo como suele, volviò la noche, y amaneció el dia claro, y sereno: descu-

brióse la mar tan cortes, y bien criada, que parecía que estaba combidando à que la gozassen, bolviendose á embarcar: y sin duda alguna se hiciera assi, si el Piloto de la nave no subiera á decir, que no se fiassen de las muestras del tiempo; que puesto que prometian serenidad tranquila, los efectos avian de ser muy contrarios. Salió con su parecer, pues todos se atuvieron á él: que en el arte de la marinería, mas sabe el mas simple Marinero, que el mayor Letrado del mundo. Dexaron sus herbosos lechos las Damas, y los Varones sus duras piedras, y salieron á ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña Isla, que solo podia bojar hasta doce millas; pero tan llena de arbóles fructiferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yerbas verdes, y tan olorosa por las flores, que en un igual grado, y á un mismo tiempo podia satisfacer à todos cinco sentidos. Pocas horas se avia entrado por el dia, quando los dos venerables Hermitaños llamaron á sus huespedes, y tendiendo dentro de la Hermita verdes, y secas espadañas, formaron sobre el suelo una agradable alfombra, quizá mas vistosa que las que suelen adornar los Palacios de los Reyes. Luego tendieron sobre ella diversidad de frutas, assi verdes, como secas, y pan no tan reciente que no semejasse bizcocho, coronando la mesa assimismo de vasos de corcho con maestría labrados de frios, y liquidos cristales llenos. El adorno, las frutas, las puras, y limpias aguas, que à pesar de la parda color de los corchos mostraban su claridad, y la necessidad juntamente obligò á todos, y aun les forzò, por mejor decir, á que al rededor de la mesa se sentassen. Hicieronlo assi, y despues de la tan breve, como sabrosa comida, Arnaldo suplicò á Renato, que les contasse su historia, y la causa que à la estrecheza de tan pobre vida le avia conducido: el qual, como era Cavallero, á quien es annexa siempre la cortesía, sin que segunda vez se lo pidiessen, de esta manera comenzó el cuento de su verdadera historia.

CA-

CAPITULO XIX.

Cuenta Renato la ocasion que tuvo para irse á la Isla de las Hermitas.

QUando los trabajos passados se cuentan en prosperidades presentes suele ser mayor el gusto que recibe en contarlos, que fue el pesar que se recibiò en sufrirlos. Esto no podré decir de los mios, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Nací en Francia, engendraronme Padres Nobles, ricos, y bien intencionados: criéme en los exercicios de Cavallero, medí mis pensamientos con mi Estado; pero con todo esso me atreví á ponerlos en la señora Eusebia, Dama de la Reyna de Francia, á quien solo con los ojos la dí á entender, que la adoraba, y ella, ó ya descuydada, ó no advertida, ni con sus ojos, ni con su lengua medio á entender que me entendia; y aunque el disfavor, y los desde nes suelen matar alamor en sus principios, faltandole el arrimo de la esperanza, con quien suele crecer, en mi fue al contrario: porque del silencio de Eusebia tomaba alas mi esperanza, con que subir hasta el Cielo de merecerla; pero la embídia, ò la demasiada curiosidad de Libsomiro, Cavallero, assimismo Francés, no menos rico que Noble, alcanzó á saber mis pensamientos, y sin ponerlos en el punto que debia, me tuvo mas embidia que lastima, aviendo de ser al contrario: porque hay dos males en el amor, que llegan á todo extremo: el uno es querer, y no ser querido: el otro, querer, y ser aborrecido, y á este mal no se iguala el de la ausencia, ni el de los zelos. En resolucion, sin aaver yo ofendido á Libsomiro, un dia se fue al Rey, y le dixo, como yo tenia trato ilicito con Eusebia, en ofensa de la Magestad Real, y contra la ley que debia guardar como Cavallero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria que la mostrasse la pluma, ní otros testigos, por no turbar la decencia de Eusebia, á quien una, y mil veces acusaba de impudica, y mal intencionada. Con esta informacion alborotado el Rey, me mandó llamar, y me contó lo que Libsomiro de mi le avia contado: disculpé mi inocencia, bolví por la honra de Eusebia, por el mas comedido medio que pude, desmentí à mi enemigo: remitiòse la

prueba á làs armas, no quiso el Rey darnos campo en ninguna tierra de su Reyno, por no ir contra la Ley Catholica, que le prohibe; diónsle una de las Ciudades libres de Alemania; llegóse el dia de la batalla, pareció en puesto con las armas que se avian señalado, que eran espada, y rodela, sin otro artificio alguno: hicieron los padrinos, y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbran, partieronnos el Sol, y dexaronnos. Entré yo confiado, y animoso, por saber indubitablemente que llevaba la razon conmigo, y la verdad de mi parte. De mi contrario bien sé yo que entró animoso, y mas sobervio, y arrogante que seguro de su conciencia. O Soberanos Cielos! O juicios de Dios inescrutables! Yo hice lo que pude, yo puse mis esperanzas en Dios, y en la limpieza de mis no executados deseos: sobre mi no tuvo poder el medio, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos; y con todo esso, y no saber decir el como, me hallé tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazandome de presta, é inevitable muerte. Aprieta, dixe yo entonces, ò mas venturoso, que valiente vencedor mio! Essa punta de essa espada, y sacame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo. No esperes á que me rinda, que no ha de confessar mi lengua la culpa que no tengo, pecados si tengo yo que merecen mayores castigos; pero no quiero añadirles este de levantarme testimonio á mi mismo: y assi mas quiero morir con honra, que vivir deshonrado. Si no te rindes Renato, respondió mi contrario, esta punta llegará hasta el celebro, y hará, que con tu sangre firmes, y confirmes mi verdad, y tu pecado. Llegaron en esto los Jueces, y tomaronme por muerto, y dieron á mi enemigo el lauro de la victoria. Sacaronle del campo en ombros de sus mis amigos, y á mi me dexaron solo, en poder del quebranto, y la confusion, con mas tristeza, que heridas, y no con tanto dolor como yo pensaba, pues no fue bastante á quitarme la vida, ya que no me la quitó la espada de mi enemigo. Recogieronme mis criados, bolvíme á la Patria; ni en el camino, ni en ella tenia atrevimiento para alzar los ojos al Cielo, que me parecia, que sobre sus parpados cargaba el peso de la deshonra, y la pesadumbre de la infamia. De los amigos que me hablaban, pensaba que me ofendian: claro Cielo para

mi

mi estaba cubierto de obscuras tinieblas: ni un corrillo acaso se hacia en las calles de los vecinos del Pueblo, de quien no pensasse, que sus platicas no naciessen de mi deshonra. Finalmente, yo me hallé tan apretado de mis melancolías, pensamientos, y confusas imaginaciones, que por salir de ellas, ó à lo menos aliviarlas, ó acabar con la vida, determiné salir de mi Patria, y renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo: en un navío, con algunos de mis criados, quise desterrarme, y venir á estas septentrionales partes á buscar lugar donde no me alcanzasse la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultasse mi nombre. Hallé esta Isla acaso, contentóme el sitio, y con el ayuda de mis criados levanté esta Hermita, y encerréme en ella: despedíles, díles orden, que cada un año viniessen á verme, para que enterrassen mis huessos. El amor que me tenian, las promesas que les hice, y los dones que les dí, les obligaron à cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos. Fueronse, y dexaronme entregado à mi soledad, donde hallé tan buena compañia en estos arboles, en estas yerbas, y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos, y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lastima á mi mismo de no aver sido vencido muchos tiempos antes, pues con aquel trabajo huviera venido antes al descanso de gozarlos. O soledad alegre, compañia de los tristes! O´ silencio, voz agradable á los oídos, donde llegas sin que la adulacion, ni la lisonja te acompañen! O que de cosas dixera, señores, en alabanza de la santa soledad, y del sabroso silencio; pero estorvamelo el deciros primero como dentro de un año bolvieron mis criados, y traxeron consigo á mi adorada Eusebia, que es esta señora Hermitaña que veis presente, á quien mis criados dixeron en el termino que yo quedaba: y ella agradecida á mis deseos, y condolida de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena: y embarcandose con ellos, dexó su Patria, y Padres, sus regalos, y sus riquezas; y lo mas que dexó fue la honra, pues la dexó al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado: pues con su huìda confirmaba su yerro, y el mio. Recibíla como ella esperaba, que yo la recibiesse, y la soledad, y la hermosura que avian de encender nuestros comenzados deseos, hicieron el efecto contrario, merced

al Cielo, y á la honestidad suya: Dimonos las manos de legitimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz, y en amor, como dos estatuas movibles, ha que vivimos en este lugar casi diez años, en los quales no se ha passado ninguno en que mis criados no buelvan á verme, proveyendome de algunas cosas, que en esta soledad es forzoso que me falten. Trahen alguna vez consigo algun Religioso, que nos confiesse. Tenemos en la Hermita suficientes ornamentos para celebrar los Divinos Oficios; dormimos à parte, comemos juntos, hablamos del Cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios esperamos la vida eterna. Con esto dió fin á su platica Renato, y con esto dió ocasion á que todos los circunstantes se admirassen de su sucesso: no porque les pareciesse nuevo dar castigos el Cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe, que por una de dos causas vienen los que parecen males á las gentes, á los malos por castigo, y á los buenos por mejora: y en el numero de los buenos pusieron á Renato, con el qual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni mas, ni menos con Eusebia, que se mostró prudente en los agradecimientos, y consolada en su estado. O vida solitaria! Dixo á esta sazon Rutilio, que sepultado en silencio avia estado escuchando la historia de Renato: O vida solitaria: dixo, santa, libre, y segura, que infunde el Cielo en las regaladas imaginaciones! Quien te amára, quien te abrazàra, quien te escogiera, y quien finalmente, te gozára. Dices bien, dixo Mauricio, amigo Rutilio, pero essas consideraciones han de caer sobre grandes sugetos, porque no nos ha de causar maravilla, que un rustico pastor se retire à la soledad del campo, ni nos ha de admirar que un pobre, que en la Ciudad muere de hambre, se recoja á la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad, y la pereza: y no es pequeña pereza dexar yo el remedio de mis trabajos en las agenas, aunque misericordiosas, manos. Si yo viera á un Annibal Cartagines encerrado en una Hermita, como ví á un Carlos quinto encerrado en un monasterio, suspendierame, y admirárame; pero que se retire un Plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira, ni me suspende Fuera, ya de este cuento Renato, que le truxeron á estas soledades, no la pobreza, sino la fuerza

que

que nació de su buen dircurso: aqui tiene en carestía abundancia, y en la soledad compañia, y el no tener mas que perder le hace vívir mas seguro. A lo que añadió Periandro: Si como tengo pocos tuviera muchos años, en trances, y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuviera por suma felicidad, que la soledad me acompañára, y en la sepultura del silencio se sepultàra mi nombre; pero no me dexan resolver mis deseos, ni mudar de vida la priessa que me dá el cavallo de Cratilo, en quien quedé de mi historia. Los dos se alegraron oyendo esto, por ver que queria Periandro bolver á su tantas veces comenzado, y no acabado cuento, que fue assi.

CAPITULO XX.

Cuenta lo que le sucediò con el cavallo, tan estimado de Cratilo, como famoso.

LA grandeza, la ferocídad, y la hermosura del cavallo, que os he descrito tenia tan enamorado á Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como à mi de mostrar que deseaba servirle, pareciendome que el Cielo me presentaba ocasion para hacerme agradable á los ojos de quien por señor tenia, y á poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mi al Rey avia dicho. Y assi, no tan maduro, como presuroso, fuí donde estava el cavallo, y subí en él, sin poner el pié en el estrivo, pues no le tenía, y arremetí con él, sin que el freno fuesse parte para detenerle, y llegué á la punta de una peña, que sobre la mar pendia: y apretandole de nuevo las piernas, con tan mal grado suyo, como gusto mio, le hize volar por el ayre, y dar con entrambos en la profundidad del mar: y en la mitad del buelo me acordé, que pues el mar estaba helado, me avia de hacer pedazos con el golpe, y tuve mi muerte, y la suya por cierta; pero no fue assi, porque el Cielo, que para otras cosas que él sabe, me debe de tener guardado, hizo que las piernas, y brazos del poderoso cavallo resistiessen al golpe, sin recibir yo otro daño, que averme sacudido de sí el cavallo, y echado á rodar, resvalando por gran espacio. Ninguno huvo en la ribera, que no pensasse, y creyesse, que yo quedaba muerto; pero quando me vieron levantar en pié, aunque tu-

vieron el sucesso á milagro, juzgaron á locura mi atrevimiento. Duro se le hizo á Mauricio el terrible salto del cavallo, tan sin lesion, que quisiera él, por lo menos, que se huviere quebrado tres, ó quatro piernas, porque no dexára Periandro tan á la cortesía de los que escuchaban la creencia de tan desaforado salto; pero el credito que todos tenian de Periandro les hizo no passar adelante con la duda del no creerle: que assi como es pena del mentiroso, que quando diga verdad no se le crea, assi es gloria del bien acreditado el ser creído quando diga mentira; y como no pudieron estorvar los pensamientos de Mauricio la platica de Periandro, prosiguió la suya, diciendo: Bolví á la ribera con el cavallo, bolví assimismo á subir en él, y por los misma passos que primero le incité á saltar segunda vez; pero no fue possible, porque puesto en la punta de la levantada peña, hizo tanta fuerza por no arrojarse, que puso las ancas en el suelo, y rompió las riendas, quedandose clavado en la tierra. Cubrióse luego de un sudor de pies á cabeza, tan lleno de miedo, que le bolví de leon en cordero, y de animal indomable en generoso cavallo, de manera, que los muchachos se atrevieron á manosearle, y los Caballerizos del Rey, enjaezandole, subieron en él, y le corrieron con seguridad, y él mostró su ligereza, y su bondad, hasta entonces jamás vista, de lo que el Rey quedó contentissimo, y Sulpicia alegre, por ver que mis obras avian correspondido á sus palabras. Tres meses estuvo en su rigor el yelo, y estos se tardaron en acabar un navio, que el Rey tenia comenzado, para correr en convenible tiempo aquellos mares, limpiandolos de corsarios, enriqueciendose con sus robos. En este entretanto le hize algunos servicios en la caza, donde me mostré sagaz, y experimentado, y gran sufridor de trabajos, porque ningun exercicio correspondia, asi al de la guerra, como al de la caza, á quien es annexo el cansancio, la sed, y la hambre, y aún á veces la muerte. La liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostró conmigo, y con los mios extremada, y la cortesía de Cratilo le corrió parejas. Los doce Pescadores, que traxo consigo Sulpicia, estaban ya ricos, y los que conmigo se perdieron, estaban ganados. Acabóse el navío, mandó el Rey aderezarle, y pertrecharle de todas las cosas necessarias largamente, y luego me hizo Capitan de él á toda mi volun-

tad,

tad, sin obligarme à que hiciesse cosa mas de aquella que fuesse de mi gusto: y despues de averle besado las manos por tan gran beneficio, le dixe que me diesse licencia de ir á buscar à mi hermana Auristela, de quien tenia noticia que estaba en poder de el Rey de Dinamarca. Cratilo me la dió para todo aquello que quisiesse hacer, diciendome que á mas le tenia obligado mi buen termino, hablando como Rey, á quien es annexo, tanto el hacer mercedes, como la afabilidad: y si puede decirse la buena crianza. Esta tuvo Sulpicia en todo extremo, acompañandola con la liberalidad, con la qual ricos, y contentos, yo, y los mios nos embarcamos, sin que quedasse ninguno. La primera derrota que tomamos fue á Dinamarca, donde creí hallar á mi hermana, y lo que hallé fuéron nuevas, de que á la ribera del mar á ella, y á otras doncellas las avian robado corsarios. Renovaronse mis trabajos, y comenzaron de nuevo mis lastimas, á quien acompañaron las de Carino, y Solercio, los quales creyeron que en la desgracia de mi hermana, y en su prision se debia de comprehender la de sus esposas. Sospecharon bien, dixo à esta sazon Arnaldo; y prosiguiendo Periandro, dixo: Barrimos todos los mares, rodeamos todas, ó las mas Islas de estos contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana: pareciendome á mi (con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo) que la luz de su rostro no podia estar encubierta, por ser obscuro el lugar donde estuviesse, y que la suma discrecion suya avia de ser el hilo que la sacasse de qualquier laberinto. Prendimos corsarios, soltamos prisioneros, restituímos haciendas á sus dueños, alzamonos con las mal ganadas de otros, y con esto, colmando nuestro navío de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los mios bolver á sus redes, y á sus casas, y á los brazos de sus hijos, imaginando Carino, y Solercio ser possible hallar á sus esposas en su tierra, ya que en las agenas no las hallaban. Antes de esto llegamos á aquella Isla, que á lo que creo se llama Scinta, donde supimos las fiestas de Policarpo, y á todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas. No pudo llegar nuestra nave, por ser el viento contrario, y assi en trage de Marineros bogadores nos entramos en aquel barco luego, como ya queda dicho. Alli gané los premios, alli fui coronado por vencedor de todas las contiendas, y de alli tomó ocasion Sinforosa de desear saber quien yo era, como se vió por las

dili-

diligencias que para ello hizo. Buelto al navío, y resueltos los mios de dexarme, les rogué que me dexassen el barco, como en premio de los trabajos, que con ellos avia passado. Dexaronmele, y aún me dexáran el navío, si yo le quisiera, diciendome, que si me dexaban solo, no era otra la ocasion, sino porque les parecia ser solo mi deseo, y tan impossible de alcanzarle como lo avia mostrado la experiencia en las diligencias, que aviamos hecho para conseguirle. En resolucion con seis Pescadores que quisieron seguirme, llevados del premio que les dí, y del que les ofrecí, abrazando á mis amigos me embarquè, y puse la proa en la Isla Barbara, de cuyos moradores sabía ya la costumbre, y la falsa profecía que los tenia engañados: la qual no os refiero, porque sé que la sabeis. Dí al través en aquella Isla, fuí preso, y llevado donde estaban los vivos enterrados: sacaronme otro dia para ser sacrificado, sucedió la tormenta del mar, desbarataronse los leños que servian de barcas: salí al mar ancho en un pedazo de ellas, con cadenas que me rodeaban el cuello, y esposas que me ataban las manos: caí en las misericordiosas del Principe Arnaldo, que está presente, por cuya orden entré en la Isla, para ser espía que investigasse si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuesse hermano de Auristela; la qual vino otro dia en trage de varon á ser sacrificada, conocíla, dolióme su dolor, previne su muerte con decir que era hembra, como ya lo avia dicho Cloélia su ama, que la acompañaba: y el modo como alli las dos vinieron, ella lo dirá quando quisiere. Lo que en la Isla nos sucedió ya lo sabeis: y con esto, y con lo que á mi hermana le queda por decir, quedaréis satisfechos de casi todo aquello que acertare á pediros el deseo en la certeza de nuestros sucessos.

CAPITULO XXI.

Llega Sinibaldo hermano de Renato, con noticias favorables de Francia. Trata de bolver à aquel Reyno con Renato, y Eusebia. Llevan en su navío á Arnaldo, Mauricio, Transila, y Ladislao: y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Ricla, y Constanza: y Rutilio se queda alli por Hermitaño.

NO sé si tenga por cierto, de manera que ose firmar que Mauricio, y algunos de los mas oyentes se holgaron

de

de que Periandro pusiesse fin en su platica: porque las mas veces las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle con comenzar por entonces la historia de sus acontecimientos; que puesto que avian sido pocos, desde que fue robada de poder de Arnaldo, hasta que Periandro la halló en la Isla Barbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura; ni aunque quisiera tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorvára una nave que vieron venir por alta mar, encaminada á la Isla con todas las velas tendidas, de modo, que en breve rato llegò á una de las calas de la Isla, y luego fue de Renato conocida, el qual dixo: Esta es, señores, la nave donde mis criados, y mis amigos suelen visitarme algunas veces. Ya en esto echa la zaloma, y arrojado el esquife al agua, le llenó de gente, que salió á la ribera, donde ya estaban para recibirle Renato, y todos los que con él estaban. Hasta veinte serian los desembarcados, entre los quales salió uno de gentil presencia, que mostró ser señor de todos los demàs: el qual apenas vió á Renato, quando con los brazos abiertos se vino á él diciendole: Abrazame hermano, en albricias de que te traygo las mejores nuevas que pudieras desear. Abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, á quien dixo: Ningunas nuevas me pueden ser mas agradables, (ò hermano mio!) que verte tu presencia; que puesto que en el siniestro estado en que me veo ninguna alegria sería bien que me alegrasse el verte passar adelante, y tiene excepcion en la comun regla de mi desgracia. Sinibaldo se bolvió luego á abrazar á Eusebia, y el dixo: Dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me debeis las albricias de las nuevas que traygo: las quales no será bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena. Sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad, que aviendo estado seis dias antes que muriesse sin habla, se la dió el Cielo seis horas antes que despidiesse el alma, en el qual espacio, con muestras de un grande arrepentimiento, confessó la culpa en que avia caído de averos acusado falsamente. Confessó su embidia, declaró su malicia; y finalmente hizo todas las demostraciones bastantes á manifestar su pecado. Puso en los secretos juícios de Dios el aver salido vencedora su maldad contra la bon-

dad vuestra; y no solo se contentó con decirlo, sino que quíso que quedasse por instrumento público esta verdad, la qual sabida por el Rey, tambien publico instrumento, os bolvió vuestra honra, y os declaró à ti, ò hermano! por vencedor, y à Eusebia por honesta, y limpia: y ordenó, que fuessedes buscados, y que hallados os llevassen á su presencia, para recompensaros con su magnanimidad, y grandeza las estrechezas en que os deveis de aver visto. Si estas son nuevas dignas de que os dén gusto, á vuestra buena consideracion lo dexo. Son tales, dixo entonces Arnaldo, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje, ni possession de no esperadas riquezas que las lleguen: porque la honra perdída, y buelta à cobrar con extremo, no tiene bien alguno la tierro que se le iguale. Gozeisle luengos años, señor Renato, y gozele en vuestra compañia la sin par Eusebia, hiedra de vuestro muro, olmo de vuestra hiedra, espejo de vuestro gusto, y exemplo de bondad, y agradecimiento. Este mismo parabien, aunque con palabras diferentes, les dieron todos, y luego passaron á preguntarle por nuevas de lo que en Europa passaba, y en otras partes de la tierra, de quien ellos, por andar en el mar, tenian poca notici. Sinibaldo respondió, que de lo que mas se trataba era de la calamidad en que estaba puesto por el Rey de los Dánaos Leopoldio, el Rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados que á Leopoldio favorecian. Contó assimismo como se murmuraba, que por la ausencia de Arnaldo, Principe heredero de Dinamarca, estaba su Padre tan á pique de perderse, del qual Principe decian, que qual mariposa se iba trás de la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linage, que no se sabía quien fuessen sus Padres. Contó con esto guerras del de Transilvania, movimientos del Turco, enemigo comun del genero humano: dió nuevas de la gloriosa muerte de Carlos Quinto, Rey de España, y Emperador Romano, terror de los enemigos de la Iglesia, y assombro de los sequaces de Mahoma. Dixo assimismo otras cosas mas menudas, que unas alegraron, y otras suspendieron, y las unas, y las otras dieron gusto á todos; sino fue el pensativo Arnaldo, que desde el punto que oyó la opression de su Padre, puso los ojos en el suelo, y la mano en la mexilla, y al cabo de un buen espacio que

assi

assi estuvo, quitó los ojos de la tierra, y poniendolos en el Cielo, exclamando en voz alta, dixo: O amor, ò honra, ó compassion paterna, y como me apretais el alma! Perdon a-me amor, que no porque me aparto te dexo; esperame, ó honra, que no porque tenga amor, dexaré de seguirte: consuelate, ó Padre, que ya buelvo: esperadme vassallos, que el amor nunca hizo ningun cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor, y el mas bien enamorado del mundo. Para la sin par Auristela quiero ir á ganar lo que es mio, y para poder merecer por ser Rey, lo que no merezco por ser amante; que el amante pobre, si la ventura á manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue á felice fin su deseo. Rey la quiero pretender, Rey la he de servir, amante la he de adorar: y si con todo esto no la pudiere merecer, culparé mas á mi suerte, que á su conocimiento. Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo; pero el que mas lo quedó de todos, fue Sinibaldo, á quien Mauricio avia dicho como aquel era el Principe de Dinamarca, y aquella, mostrandole á Auristela, la prisionera, que decian que le trahia rendido. Puso algo mas de proposito los en Auristela Sinibaldo, y luego juzgó á discrecion la que en Arnaldo parecia locura: porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal, que cautivaba los corazones de quantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran. Es, pues, el caso, que aquel mismo dia se concertó, que Renato, y Eusebia se bolviessen á Francia, llevando en su navío á Arnaldo para dexarle en su Reyno: el qual quiso llevar consigo á Mauricio, y á Transila su hija, y á Ladislao su yerno, y que en el navìo de la huída, prosiguiendo su viage, fuessen á España, Periandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla, y la hermosa Constanza. Rutilio viendo este repartimiento, estuvo esperando á que parte le echarian; pero antes que la declarasen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicó le hiciesse heredero de sus alhajas, y le dexasse en aquella Isla, siquiera para que no faltasse en ella quien encendiesse el farol, que guiasse á los perdidos navegantes: porque él queria acabar bien la vida, hasta entonces mala. Reforzaron todos su Christiana peticion, y el buen Renato, que era tan Christiano, como liberal, le concedió

todo

todo quanto pedía, diciendole, que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dexaba; puesto que eran todas las necessarias para cultivar la tierra, y passar la vida humana: á lo que añadióArnaldo, que él le prometia, si se viesse pacifico en su Reyno, de embiarle cada un año un Baxél que le socorriesse. A todos hizo señales de besar los pies Rutilio, y todos le abrazaron, y los mas de ellos lloraron de ver la santa resolucion del nuevo Hermitaño; que aunque la nuestra no se enmiende, siempre dá gusto ver enmendar la agena vida, sino es que llega á tanto la protervidad nuestra, que querriamos ser el abysmo, que á otros abysmos llamasse. Dios dias tardaron en disponerse, y acomodarse para seguir cada uno su viage, y al punto de la partida huvo corteses comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro, y Auristela: y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas, y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro. Lloró Transila, no tuvo enjutos los ojos Mauricio, ni lo estuvieron los de Ladislao: Gimió Ricla, enterneciόse Constanza, y su Padre, y su hermano Tambien se mostraron tiernos. Andaba Rutilo de unos en otros, ya vestido con los habitos de Hermitaño de Renato, despidiendose de estos, y de aquellos, mezclando sollosos, y lagrimas todos á un tiempo. Finalmente, combidandoles el sossegado tiempo, y un viento, que podia servir á diferentes viages, se embarcaron, y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones, puesto en lo alto de las Hermitas. Y aqui dió fin á este segundo libro el Autor de esta peragrina historia.

LI-

LIBRO TERCERO,
DE LA
HISTORIA
DE LOS TRABAJOS
DE PERSILES, Y SIGISMUNDA.
CAPITULO PRIMERO.

Llegan á Portugal, desembarcan en Belén: passan por tierra á Lisboa, de donde al cabo de diez dias salen en trage de Peregrinos.

COMO están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar, ni sossegar, sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla, que nuestros pensamientos se muden, que este se tome, aquel se dexe, uno se prosiga, y otro se olvide; y el que mas cerca anduviere de su sossiego, esse será el mejor, quando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligeresa que mostró Arnaldo en dexar en un punto el deseo, que tanto tiempo avia mostrado de servir á Auristela; pero no se puede decir que le dexó, sino que le entretuvo, en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderó de su alma: el qual deseo se le declaró Arnaldo á Periandro una noche antes de la partida, hablandole á parte en la Isla de las Hermitas. Alli le suplicó (que quien pide lo que ha menester, no ruega, sino suplíca) que mirasse por su hermana Auristela, y que la guardasse para Reyna de Dinamarca, y que aun-

que

que la ventura no se le mostrase á el buena en cobrar su Reyno, y en tan justa demanda perdiesse la vida, se estimasse Auristela por viuda de un Principe, y como tal supiesse escoger esposo; puesto que ya él sabía, muchas veces lo avia dicho, que por si sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor Reyno del mundo, no que del Dinamarca. Periandro le respondiò, que le agradecia su buen deseo, y que él tendria cuydado de mirar por ella, como por cosa que tanto le tocaba, y que tan bien le venia. Ninguna de estas razones, dixo Periandro à Auristela, porque las alabanzas que se dán á la persona amada, hàlas de decir el amante como proprias, y no como que se dicen de persona agena. No ha de enamorar el amante con las gracias del otro, suyas han de ser las que mostràre à su Dama: si no canta bien, no le trayga quien la cante: si no es demasiado gentil hombre, no se acompañe con Ganimedes: y finalmente soy de parecer, que las faltas que tuviere no las enmiende con agenas sobras. Estos consejos no se dàn á Periandro, que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala, y en los de la fortuña era inferior à pocos. En esto iban las naves con un mismo viento, por diferentes caminos, que esto es uno de los que parecen mysterios en el arte de la navegacion. Iban rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules: mostrabase el mar colchado, porque el viento tratandole con respecto, no se atrevia à tócarle á mas de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios, y se dexaba resvelar por él con tanta ligereza, que apenas parecia que le tocaba. De esta suerte, y con la misma tranquilidad, y sossiego navegaron diez y siete dias, sin ser necessario subir, ni baxar, ni llegar á templar las velas: cuya felicidad en los que navegan, si no tuviesse por descuentos el temor de borrascas venideras, no avia gusto con que igualarle. Al cabo de estos, ó pocos mas dias, al amanecer de uno, dixo un grumete, que desde la gavia mayor iba descubriendo la tierra: Albricias, señores, albricias pido, y albricias merezco, tierra, tierra, aunque mejor diria, Cielo, Cielo, porque sin duda estamos en el parage de la famosa Lisboa: cuyas nuevas sacaron de los ojos de todos tiernas, y alegres lagrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios, y de su hija Constanza: porque les pareciò que ya avian llegado

do à la tierra de Promission que tanto deseaban. Echóle los brazos Antonio al cuello, diciendole: Ahora sabràs, barbara mia, del modo que has de servir á Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho: ahora verás los ricos Templos en que es adorado; verás juntamente las Catholicas ceremonias con que se sirve: y notarás como la caridad Christiana está en su punto. Aqui en esta Ciudad verás como son verdugos de la enfermedad muchos Hospitales, que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, embuelto en la eficacia de infinitas Indulgencias, gana la del Cielo. Aqui el amor, y la honestidad se dán las manos, y se passean juntos: la cortesía no dexa que se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente, que se le acerque la cobardía. Todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales, y son enamorados, porque son discretos. La Ciudad es la mayor de Europa, y la de mayores tratos: en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el Universo. Su Puerto es capaz, no solo de naves que se puedan reducir à numero, sino de selvas movibles de arboles, que los de las naves forman. La hermosura de las mugeres admira, y enamora: la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen. Finalmene, esta es la tíerra que dá al Cielo, santo, y copiosisimo tributo. No digas mas, dixo à esta sazon Periandro, dexa Antonio algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo, algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nuevo: y assi creciendo el gusto por puntos, vendrá à ser mayor en sus extremos. Contentisima estaba Auristela de ver que se le acercaba la hora de poner pié en tierra firme, sin andar de Puerto en Puerto, y de Isla en Isla, sujeta à la inconstancia del mar, y à la movible voluntad de los vientos: y mas quando supo, que desde alli á Roma podia ir à pié enjuto, sin embarcarse otra vez, si no quisiesse. Medio dia sería quando llegaron à San Gian, donde se registró el navio, y donde el Castellano del Castillo, y los que con él entraron en la nave, se admiraron de la hermosura de Auristela, de la gallardía de Periandro, del trage barbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Ricla, y de la agradable belleza de Constanza. Supieron ser estrangeros, y que iban peregrinando á Roma. Satisfizo Periandro á

los Marineros, que los avian trahido, magnificamente, con el oro que sacò Ricla de la Isla barbara, ya buelto en moneda corriente en la Isla de Policarpio. Los Marineros quisieron llegar à Lisboa á grangearlo con alguna mercancía. El Castellano de San Gian embió al Governador de Lisboa, que entonces era el Arzobispo de Braga, por ausencia del Rey, que no estaba en la Ciudad, nueva de la venida de los estrangeros, y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constanza, que con el trage de barbara, no solamente no la encubria, pero la realzaba: Exageróle assimismo la gallarda disposicion de Periandro, y juntamente la discrecion de todos, que no Barbaros, sino Cortesanos parecian. Llegó el navio à la ribera de la Ciudad, y en la de Belén se desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada, y devota de la fama de aquel santo Monasterio, visitarle primero, y adorar en él al verdadero Dios, libre, y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Avia salido á la marina infinita gente à ver los extrangeros desembarcados en Belén: corrieron allá todos por ver la novedad, que siempre se lleva tras sí los deseos, y los ojos. Ya salia de Belén el nuevo esquadron de la nueva hermosura, Ricla medianamente hermosa, pero extremadamente à lo barbaro vestida: Constanza hermosissima, y rodeada de pieles, Antonio el Padre, brazos, y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demás del cuerpo. Antonio el hijo iba del mismo modo, pero con el arco en la mano, y la aljaba de las saétas à las espaldas. Periandro con casaca de terciopelo verde, y calzones de lo mismo à lo marinero: un bonete estrecho, y puntiagudo y la cabeza, que no le podia cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formaban. Auristela trahia toda la gala del Septentrion en el vestido, la mas bizarra gallardía en el cuerpo, y la mayor hermosura del mundo en el rostro. En efecto todos juntos, cada uno de por sí causaban espanto, y maravilla á quien los miraba; pero sobre todos campeaba la sin par Auristela, y el gallardo Periandro. Llegaron por tierre à Lisboa, rodeados de plebeya, y de Cortesana gente: llevaronlos al Governador, que despues de admirado de verlos, no se cansaba de preguntarles quienes eran, de donde venian, y adonde iban: á lo que respondió Periandro, que ya trahia estudiada la respuesta que avia de de dar á semejantes

pre-

preguntas, viendo que se la avian de hacer muchas veces, quando queria, ò le parecía que convenia, relataba su historia á lo largo, encubriendo siempre sus Padres, de modo, que satisfaciendo à los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si no toda, á lo menos gran parte de su historia. Mandòlos el Visorrey alojar en uno de los mejores alojamientos de la Ciudad, que acertó á ser la casa de un magnifico Cavallero Portugués, donde era tanta la gente que concurria para ver á Auristela, de quien solo avia salido la fama de lo que avia que ver en todos, que fue parecer de Periandro mudassen los trages de barbaros en los de peregrinos, porque la novedad de los que trahian era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecian perseguidos del vulgo ademas que para el viage que ellos llevaban de Roma, ninguno les venia mas à cuento. Hizose assi, y de alli á dos dias se vieron peregrinamente peregrinos. Acaeció, pues, que al salir un dia de casa, un hombre Partugués, se arrojó á los pies de Periandro, llamandole por su nombre, y abrazandole por las piernas, dixo: Qué ventura es esta, señor Periandro, que la dés á esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre, que uno soy de aquellos veinte que cobraron libertad en la abrasada Isla Barbara, donde tu la tenias perdída. Halléme á la muerte de Manuel de Sossa Coutiño, el Cavallero Portugués; apartéme de tí, y de los tuyos en el hospedage donde llegó Mauricio, y Ladislao en busca de Transila, esposa del uno, é hija del otro. Traxome la buena suerte á mi Patria, conté aqui á sus parientes la enamorada muerte: creyeronla, y aunque yo no se la afirmára de vista, la creyeran, por tener casi en costumbre el morir de amores los Portugueses. Un hermano suyo, que heredó su hacienda, ha hecho sus exequias, y en una Capilla de su linage, le puso en una piedra de marmol blanco, como si debaxo de ella estuviera enterrado, un epitaphio, que quiero que vengais á ver todos assi como estais, porque creo que os ha de agradar por discreto, y por gracioso. Por las palabras bien conoció Periandro que aquel hombre decia verdad, pero por el rostro no se acordaba averle visto en su vida. Con todo esso se fueron al Templo que decia, y vieron la Capilla, y la losa, sobre la qual estaba escrito en lengua Portuguesa este epitaphio, que leyó casi en Castellano Antonio el Padre, que decia assi:

Aqui yace viva la memoria del ya muerto Manuel de Sosa Contiño, Cavallero Portuguès: que á no ser Portugués aún fuera vivo. No murió á las manos de ningun Castellano, sino à las del amor, que todo lo puede. Procura saber su vida, y enbidiarás su muerte, passagero.

Vió Periandro que avia tenido razon el Portugués de alabarle el epitaphio, en el escribir, de los quales tiene gran primor la Nacion Portuguesa. Preguntó Auristela al Portugués, que sentimiento avia hecho la Monja, Dama del muerto, por la muerte de su amante: el qual la respondió, que dentro de pocos dias que la supo passó de esta á mejor vida: ò ya por la estrecheza de la que hacia siempre, ó ya por el sentimiento del no pensado sucesso. Desde alli se fueron en casa de un famoso Pintor, donde ordenò Periandro, que en un lienzo grande le pintasse todos los mas principales casos de su historia. A un lado pintó la Isla Barbara, ardiendo en llamas, y alli junto à la Isla de la prision, y un poco mas desviado la balsa, ò enmaderamiento, donde le halló Arnaldo quando le llevó á su navio. En otra parte estaba la Isla nevada, donde el enamorado Portugués perdió la vida: luego la nave que los Soldados de Arnaldo taladraron. Alli junto pintó la division del esquife, y de la barca: alli se mostraba el desafio de los amantes de Taurifa, y su muerte: acá estaban serrando por la quilla la nave que avia servido de sepultura á Auristela, y à los que con ella venian: acullá estaba la agradable Isla donde vió en sueños Periandro los dos esquadrones de virtudes, y vicios: y alli junto la nave donde los peces Naufragos pescaron á los dos Marineros, y los dieron en su vientre sepultura. No se olvidó de que pintasse verse empedrados en el mar elado el asalto, y combate del navio, ni el entregarse á Cratilo. Pintó assimismo la temeraria carrera de el poderoso cavallo, cuyo espanto de leon le hizo cordero, que los tales con un assombro se amansan. Pintó como en rasguño, y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo, coronandose assimismo por vencedor en ellas. Resolutamente no quedó passo principal en que no hiciesse labor en su historia que alli no pintasse, hasta poner la Ciudad de Lisboa, y su desembarcacion en el mismo trage en

que

que avian venido. Tambien se vió en el mismo lienzo arder la Isla de Policarpo, á Clodio traspassado con la saéta de Antonio, y á Zenótia colgada de una entena. Pintóse tambien la Isla de las Hermitas, y á Rutilio con apariencias de Santo. Este lienzo se hacia de una recopilacion que les excusaba de contar su historia por menudo: porque Antonio el mozo declaraba las pinturas, y los sucessos quando le apretaban á que los digesse; pero en lo que mas se aventajó el Pintor famoso fue en el retrato de Auristela, en quien decian, se avia mostrado á saber pintar una hermosa figura; puesto que la dexaba agraviada, pues á la belleza de Auristela, si no era llevado de pensamiento Divino, no avia pincel humano que alcanzasse. Diez dias estuvieron en Lisboa, todos los quales gastaron en visitar los Templos, y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvacion, al cabo de los quales, con licencia del Visorrey, y con patentas verdaderas, y firmes de quíenes eran, y adonde iban, se despidieron de el Cavallero Portugues su huesped, y del hermano del enamorado Alberto, de quien recibieron grandes caricias, y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla: y esta partida fue menester hacerla de noche, temerosos, que si de dia la hicieran, la gente que les seguiria la estorvára, puesto que la mudanza del trage avia hecho ya que amaynase la admiracion.

CAPITULO II.

Peregrinos, su viage por España: sucedenles nuevos. y estraños casos.

PEdian los tiernos años de Auristela, y los mas tiernos de Constanza con los entreverados de Ricla, coches, estruendo, y aparato para el largo viage en que se ponian; pero la devocion de Auristela que avia prometido de ir á pié hasta Roma, desde la parte do llegasse en tierra firme, llevó trás sí las demás devociones: y todos de un parecer, assi varones, como hembras votaron el viage á pié, añadiendo, si fuesse necessario, mendigar de puerta en puerta. Con esto cerró la del dar Ricla, y Periandro se excusó de no disponer de la Cruz de diamantes que Auristela trahia, guardandola con las inestimables perlas para mejor ocasíon. Solamente compraron un bagage, que sobre llevasse las cargas que no

pudieran sufrir las espaldas. Acomodaronse de bordones, que servian de arrimo, y defensa, y de vaynas de unos agudos estoques. Con este Christiano, y humilde aparato salieron de Lisboa, dexandola sola sin su belleza, y pobre, sin la riqueza de su discrecion, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente que en ella se hicieron, donde la fama no trataba de otra cosa sino del extremo de discrecion, y belleza de los Peregrinos estrangeros. De esta manera acomodandose á sufrir el trabajo de hasta dos, ò tres leguas de camino cada dia llegaron á Badajoz donde ya tenia el Corregidor Castellano nuevas de Lisboa como por alli avian de passar los nuevos peregrinos: los quales entrando en la Ciudad acertaron á alojarse en un Meson donde se alojaba una Compañia de famosos Recitantes, los quales aquella misma noche avian de dar la muestra, para alcanzar la licencia de representar en publico en casa del Corregidor; pero apenas vieron el rostro de Auristela, y el de Constanza, quando les sobresaltó lo que solia sobresaltar á todos aquellos que primeramente las veian, que era admiracion, y espanto: pero ninguno puso tan en punto el maravillarse como fue el ingenio de un Poéta, que de proposito con los Recitantes venia, assi para enmendar, y remendar comedias viejas, como para hacerlas de nuevo: exercicio mas ingenioso, que honrado, y mas de trabajo, que de provecho, pero la excelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que á todo lo no limpio aprovecha: es como el Sol, que passa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada: es habilidad, que tanto vale, quanto se estima: es un rayo, que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando: es instrumento acordado, que dulcemente alegra los sentidos, y al passo del deleyte lleva consigo la honestidad, y el provecho. Digo en fin, que este Poéta, à quien la necesidad avia hecho trocar los Parnasos con los Mesones y las Castalias, y las Aganipes con los charcos, y arroyos de los caminos, y ventas, fue el que mas se admiró de la belleza de Auristela, y al momento la marcó en su imaginacion, y la tuvo por mas que buena para ser Comedianta, sin reparar si sabia, ó no la lengua Castellana. Contentóle el talle, dióle gusto el brio, y en un instante la vistió en su imaginacion en habíto corto de varon, desnudóla luego, y vistióla de Ninfa, y casi

al

al mismo punto la envistiò de la Magestad de Reyna, sin dexar trage de risa, ú de gravedad de que no la vistiesse: y en todo se le representó grave, alegre, discreta, aguda, y sobre manera honesta, extremos que se acomodan mal en una farsanta hermosa. Valgame Dios, y con quanta facilidad discurre el ingenio de un Poéta, y se arroja á romper por mil impossibles, sobre quan flacos cimientos levanta grandes quimeras, todo se lo halla hecho, todo facil, todo llano, y esto de manera, que las esperanzas le sobran, quando la ventura le falta! Como lo mostró este nuestro moderno Poéta, quando vió descoger acaso el lienzo donde venian pintados los trabajos de Periandro. Alli se vió él en el mayor que en su vida se avia visto, por venirle á la imaginacion un grandissimo deseo de componer de todos ellos una comedia; pero no acertaba en que nombre le pondria, si la llamaria comedia, ò tragedia, ò tragicomedia; porque si sabía el principio, ignoraba el medio, y el fin, pues aún todavia iban corriendo las vidas de Periandro, y de Auristela: cuyos fines avian de poner nombre á lo que de ellos se representase. Pero lo que mas le fatigaba, era pensar como podia encaxar un Lacayo consejero, y gracioso en el mar, y entre tantas Islas, fuego, y nieves: y con todo esto no se desesperó de hacer la comedia, y de encaxar el tal Lacayo, á pesar de todas las reglas de la poesía, y á despecho del arte comico. Y en tanto, que en esto iba, y venia, tuvo lugar de hablar á Auristela, y de proponerle su deseo, y de aconsejarla quan bien la estaria si se hiciesse recitanta. Dixole, que á dos salidas al teatro le lloverian minas de oro acuestas; porque los Principes de aquella edad eran como hechos de alquimia, que llegada al oro, es oro, y llegada al cobre, es cobre; pero que por la mayor parte rendian su voluntad á las ninfas de los teatros, à las diosas enteras, y á las semideas, à las Reynas de estudio, y á las fregonas de apariencia. Dixole, que si alguna siesta Real acertasse à hacerse en su tiempo, que se diesse por cubierta de faldellines de oro, porque todas, ó las mas libreas de los Cavalleros avian de venir à su casa rendidas à besarle los pies. Representóle el gusto de los viages, y el llevarse tras sí dos, ó tres disfrazados Cavalleros que la servirian tan de criados, como de amantes: y sobre todo encarecia, y puso sobre las nubes la excelencia, y la hon-

honra que le darian en encargarle las primeras figuras. En fin, le dixo, que si en alguna cosa se verificaba la verdad de un antiguo refran Castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra, y provecho cabian en un saco. Auristela le respondió, que no avia entendido palabra de quantas le avia dicho, porque bien se veía que ignoraba la lengua Castellana, y que puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenian puesta la mira en otros exercicios, si no tan agradables, à lo menos mas convenientes. Desesperóse el Poéta con la resoluta respuesta de Auristela: miróse à los pies de su ignorancia, y deshizo la rueda de su vanidad, y locura. Aquella noche fueron à dar muestra en casa del Corregidor, el qual como huviesse sabido que la hermosa junta peregrina estaba en la Ciudad, los embió à buscar, y á combidar viniessen à su casa à ver la comedia, y à recibir en ella muestras del deseo que tenia de servirles, por las que de su valor le havian escrito de Lisboa. Acetólo Periandro con parecer de Auristela, y de Antonio el Padre, à quien obedecian como à su mayor. Juntas estaban muchas Damas de la Ciudad con la Corregidora quando entraron Auristela, Ricla, y Constanza con Periandro, y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que à sentir tales efectos les forzaba la sin par bizárria de los nuevos Peregrinos: los quales acrecentando con su humildad, y buen parecer la benevolencia de los que los recibieron, dieron lugar à que les diessen casi el mas honrado en la siesta, que fue la representacion de la fabulá de Zefalo, y de Pocris, quando ella zeloza mas de lo que debia, y él con menos discurso que fuera necessario, disparó el dardo, que à ella le quitó la vida, y à él gusto para siempre. El verso tocó los extremos de bondad possibles, como compuestos, segun se dixo, por Juan de Herrera de Gamboa, à quien por mal nombre llamaron el Maganto: cuyo ingenio tocó assimismo las mas altas rayas de la poética esfera. Acabada la comedia, desmenuzaron las Damas la hermosura de Auristela parte por parte, y hallaron todas un todo, à quien dieron por nombre Perfeccion sin tacha: y los Varones dixeron lo mismo de la gallardía de Periandro: y de recudida se alabó tambien la belleza de Constanza, y la bizarría de su hermano Antonio. Tres dias estuvieron en la Ciudad, donde en ellos

ellos mostró el Corregidor ser Cavallero liberal, y tener la Corregidora condicion de Reyna, segun fueran las dadivas, y presentes que hizo à Auristela, y á los demás Peregrinos, los quales mostrandose agradeeidos, y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucesos de donde quiera que estuviessen. Partidos, pues, de Badajoz, se encaminaron à Nuestra Señora de Guadalupe, y aviendo andado tres dias, y en ellos cinco leguas, les tomó la noche en un monte poblado de infinitas encinas, y de otros rusticos arboles. Tenia suspenso el Cielo el curso, y sazon del tiempo en la balanza, igual de los dos Equinoccios, ni el calor fatigaba, ni el frio ofendia, y à necesidad tambien se podia passar la noche en el campo, como en la aldéa: y á esta causa, y por estar lexos un Pueblo quiso Auristela que se quedassen en unas majadas de Pastores boyeros, que à los ojos se les ofrecieron. Hizose lo que Auristela quiso, y apenas avian entrado por el bosque doscientos passos, quando se cerró la noche con tanta obscuridad, que los detuvo, y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque su resplandor les sirviesse de norte para no errar el camino. Las tinieblas de la noche, y un ruido que sintieron les detuvo el passo, é hizo que Antonio el mozo se apercibiesse de su arco, perpetuo compañero suyo. Llegó en esto un hombre à cavallo, cuyo rostro no vieron, el qual les dixo: Sois de esta tierra, buena gente? No, por cierto, respondió Periandro, sino de bien lexos de ella: Peregrinos estrangeros somos, que vamos à Roma, y primero à Guadalupe: Si, que tambien, dixo el de á cavallo, hay en las estrangeras tierras caridad, y cortesía, tambien hay almas compasivas donde quiera. Pues no, respondió Antonio: Mirad, señor, quien quiera que seais, si aveis menester algo de nosotros, y vereis como sale verdadera vuestra imaginacion. Tomad, dixo pues, el Cavallero, tomad señores, esta cadena de oro, que debe de valer mas de doscientos escudos, y tomad assimismo esta prenda, que no debe de tener precio, á lo menos yo no se le hallo, y darle heis en la Ciudad de Truxilloá uno de dos Cavalleros, que en ella, y en todo el mundo son bien conocidos, llamase el uno Don Francisco Pizarro, y el otro Don Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos, y ambos en todo extremo: y en esto puso en las manos de Ricla (que como muger com-

compassiva se adelantó á tomarlo) una criatura, que ya comenzaba à llorar, embuelta: ni se supo por entonces si en ricos, ò en pobres paños: y direis á qualquiera de ellos que la guarden, que presto sabrán quien es, y las desdichas que á ser dichoso le avrán llevado si llega á su presencia: y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los quales, si aqui llegaren, y preguntáren si me aveis visto, direis que no, pues os importa poco el decir esto; ò si ya os pareciere mejor, decid, que por aqui passaron tres, ò quatro hombres de á cavallo, que iban diciendo: A Portugal, á Portugal, y á Dios quedad, que no puedo detenerme: que puesto que el miedo pone espuelas, mas agudas las pone la honra: y arrimando las que trahia al cavallo, se apartó como un rayo de ellos: pero casi al mismo punto bolvió el Cavallero, y dixo: No está baptizado, y tornó á seguir su viage. Veis aqui á nuestros Peregrinos, á Ricla con la criatura en los brazos, á Periandro con la cadena al cuello; á Antonio el mozo sin dexar de tener flechado el arco, y al Padre en postura de desembaynar el estoque, que de bordon le servia, y á Auristela confusa, y atonita del extraño suceso, y á todos juntos admirados del extraño acontecimiento: cuya salida fue por entonces, que aconsejó Auristela, que como mejor pudiessen, llegassen á la majada de los boyeros, donde podria ser hallassen remedios para sustentar aquella recien nacida criatura, que por su pequeñez, y la debilidad de su llanto, mostraba ser de pocas horas nacida. Hizose assi, y apenas llegaron á la majada de los Pastores, á costa de muchos tropiezos, y caídas, quando antes que los Peregrinos les preguntassen si eran servidos de darles alojamiento aquella noche, llegó à la majada una muger llorando triste, pero no reciamente, porque mostraba en sus gemidos, que se esforzaba à no dexar salir la voz del pecho. Venia medio desnuda, pero las ropas que la cubrian eran de rica, y principal persona. La lumbre, y luz de las hogueras, á pesar de la diligencia que ella hacia para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa; puesto que Ricla que sabia mas de edades, la juzgó por de diez y seis á diez y siete años. Preguntaronla los Pastores si la seguia alguien, ò si tenia otra necessidad, que pidiesse presto remedio: à lo que respondió la dolorosa muger: Lo primero, señores, que aveis

de

de hacer, es ponerme debaxo de la tierra; quiero decir, que me encubrais de modo, que no me halle quien me buscáre. Lo segundo, que me deis algun sustento, porque desmayos me van acabando la vida. Nuestra diligencia, dixo un Pastor viejo, mostrará que tenemos caridad: y aguijando con presteza á un hueco de un arbol, que en una valiente encina se hacia, puso en él algunas pieles blandas de ovejas, y cabras, que entre el ganado muerto se criaban: hizo un modo de lecho, bastante por entonces à suplir aquella necesidad precisa: tomó luego á la muger en los brazos, y encerróla en el hueco, adonde le dió lo que pudo, que fueron sopas en leche, y le dieran vino si ella quisiera beberlo. Colgó luego delante del hueco otras pieles como para enjugarse. Ricla viendo hecho esto, aviendo conjeturado, que aquella sn duda debia de ser la Madre de la criatura que ella tenia, se llegó al Pastor caritativo, diciendole: No pongais, buen señor, termino á vuestra caridad, y usadla con esta criatura que tengo en los brazos, antes que perezca de hambre, y en breves razones le contó como se le avian dado. Respondióla el Pastor à la intencion, y no à sus razones, llamando à uno de los demás Pastores, quien mandó, que tomando aquella criatura, la llevassen al aprisco de las cabras, é hiciessen de modo como de alguna de ellas tomasse el pecho. Apenas huvo hecho esto, y tan apenas, que casi se oían los ultimos ecentos del llanto de la criatura, quando llegaron à la majada un tropel de hombres à cavallo, preguntando por la muger desmayada, y por el Cavallero de la criatura; pero como no les dieron nuevas, ni noticia de lo que pedian, passaron con extraña priessa adelante, de que no poco se alegraron sus remediadores; y aquella noche passaron con mas comodidad que los Peregrinos pensaron, y con mas alegria de los Ganados por verse tan bien acompañados.

CAPITULO III.

La doncella encerrada en el arbol de quien era.

PReñada estaba la encina (digamoslo assi) preñadas estaban las nubes, cuya obscuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del arbol preguntaron; pero al compassivo Pastor, que era Mayoral del hato, ninguna cosa le pudo

tur-

turbar para que dexasse de acudir á proveer lo que fuesse necessario al recibimiento de sus huespedes. La criatura tomó los pechos de la cabra, la encerrada el rustico sustento, y los Peregrinos el nuevo, y agradable hospedage. Quisieron todos saber luego que causas avian trahido alli à la lastimada, y al parecer fugitiva, y à la desamparada criatura; pero fue parecer de Auristela, que no le preguntassen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos no suelen dar licencia à la lengua, aùn à que cuenta venturas alegres, quanto mas desdichas tristes; y puesto que el anciano Pastor visitaba à menudo el arbol, no preguntaba nada al deposito que tenia, sino solamente por su salud, y fuele respondido, que aunque tenia mucha ocasion para no tenerla, le sobraria, como ella se viesse libre de los que la buscaban, que eran su Padre, y hermanos. Cubrióla, y encubrióla el Pastor, y dexóla, y bolvióse à los Peregrinos que aquella noche la passaron con mas claridad de las hogueras, y fuegos de los Pastores, que con aquella que ella les concedia, y antes que el cansancio les obligasse á entregar los sentidos al sueño, quedó concertado, que el Pastor que avia llevado la criatura, à procurar que las cabras fuessen sus amas, la llevasse, y entregasse à una hermana de el anciano Ganadero, que casi dos leguas de alli en una pequeña aldéa vivia. Dieronle que llevasse la cadena, con orden de darla á criar en la misma aldéa, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo assi, con que se asseguraron, y apercibieron à desmentir las espias, si acaso bolviessen, ò viniessen otras de nuevo á buscar los perdidos, á lo menos los que perdidos parecian. En tratar de esto, y en satisfacer la hambre, y en un breve rato que se apoderó de sus ojos el sueño, y de sus lenguas el silencio, se passó el de la noche, y se vino, á mas andar el dia alegre, para todos, sino para la temerosa, que encerrada en el arbol, apenas osaba ver del Sol la claridad hermosa. Con todo esso, aviendo puesto primero cerca, y lexos del rebaño, de trecho en trecho centinelas que avissasen si alguna gente venia, la sacaron del arbol, paraque le diesse el ayre, y para saber de ella lo que deseaban: y con la luz del dia vieron que la de su rostro era admirable, de modo, que puso en duda á qual darian, de ella, y de Constanza, despues de Auristela, el segundo lugar de hermosas, porque donde quiera se llevó el primero Auristela, á quien
no

no quiso dar igual la naturaleza. Muchas preguntas la hicieron, y muchos ruegos precedieron antes, todos encaminados á que su sucesso les contasse, y ella de puro cortés, y agradecida, pidiendo licencia á su flaqueza con aliento debilitado, assi comenzó á decir:

Puesto, señores, que en lo que deciros quiero, tengo de descubrir faltas, que me han de hacer perder el crédito de honrada, todavia quiero mas parecer cortés por obedeceros, que desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Feliciana de la Voz, mi Patria una Villa no lexos de este lugar. Mis Padres son Nobles mucho mas que ricos, y mi hermosura en tanto que no ha estado tan marchita como ahora, ha sido de algunos estimada, y celebrada. Junto á la Villa, que me dió el Cielo por Patria, vivia un Hidalgo riquissimo, cuyo trato, y cuyas muchas virtudes le hacian ser Cavallero en la opinion de las gentes este tiene un hijo, que desde ahora muestra ser tan heredero de las virtudes de su Padre, que son muchas, como de su hacienda, que es infinita. Vivia assimismo en la misma aldéa un Cevallero con otro hijo suyo, mas nobles que ricos en una tan honrada medianía, que ni los humillaba, ni los ensobervecia. Con este segundo mancebo Noble, ordenaron mi Padre, y dos hermanos que tengo, de casarme, echando á las espaldas los ruegos con que me pedia por esposa el rico Hidalgo; pero yo, á quien los Cielos guardaban para esta desventura, en que me veo, y para otras en que pienso verme, me dió por esposo al rico, y yo me le entregué por suya à hurto de mi Padre, y de mis hermanos, que Madre no la tengo por mayor desgracia mia. Vimonos muchas veces solos, y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasion buelve las espaldas; antes en la mitad de las impossibilidades ofrece su guedeja. De estas juntas, y de estos hurtos amorosos se acortó mi vestido, y creció mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conversacion de los desposados amantes. En este tiempo, sin hacerme servidora, concertaron mis Padres, y hermanos de casarme con el mozo. Noble, con tanto deseo de efectuarlo, que à noche le traxeron á casa, acompañado de dos cercanos parientes suyos, con proposito de que luego, luego nos diessemos las manos. Sobresaltéme quando vi entrar à Luis Antonio, que este es el nombre del mancebo Noble: y mas me admiré quando mi

Pa-

Padre me dixo que me entrasse en mi aposento, y me aderezasse algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto avia de dar la mano de esposa à Luis Antonio. Dos dias avia que avia entrado en los terminos que la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto, y no esperada nueva quedé como muerta: y diciendo entraba à aderezarme á mi aposento, me arrojé en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, á quien dixe, hechos fuentes mis ojos: Ay Leonora, y como creo que es llegado el fin de mis dias! Luis Antonio está en essa antesala, esperando que yo salga á darle la mano de esposa: mira si es este trance riguroso, y la mas apretada ocasion en que pueda verse una muger desdichada. Passame, hermana mia, si tienes con que, este pecho, salga primero mi alma destas carnes que no la desverguenza de mi atrevimiento: ay amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida! y diciendo esto, y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendió á mi doncella, y à mi me cegó el discurso de manera, que sin saber qua hacer, estuve esperando á que mi Padre, ó mís hermanos entrasen, y en lugar de sacarme á desposar, me sacassen à la sepultura. Aquí llegaba Feliciana de su cuento, quando vieron que las centinelas que avian puesto para assegurarse hacian señal de que venia gente; y con diligencia no vista el Pastor anciano queria volver à depositar á Feliciana en el arbol, seguro asylo de su desgracia; pero aviendo vuelto las centinelas à decir que se assegurassen, porque un tropel de gente que avian visto cruzaba por otro camino: todos se asseguraron, y Feliciana de la Voz bolvió à su cuento, diciendo: Considerad, señores, el apretado peligro en que me ví à noche, el desposado en la sala esperandome, y el adultero, si se puede assi decir, en un jardin de mi casa, atendiendome para hablarme, ignorando el estrecho en que yo estaba, y la venida de Luis Antonio: yo sin sentido por el no esperado sucesso, mi doncella turbada con la criatura en los brazos, mi Padre, y hermanos dandome priessa que saliesse à los desdichados desposorios: aprieto fue este que pudiera derribar á mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse á toda buena razon. No sé que os diga mas, sino que sentí, estando sin sentido, que entró mi Padre diciendo: Acaba muchacha, sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirá tu

des-

desnudez, y te servirá de riquisimas galas. Dióle, á lo que creo, en esto á los oídos el llanto de la criatura, que mi doncella, á lo que imagino, debia de ir á poner en cobro, ò á darsela á Rosanio, que es el nombre del que yo quise escoger por esposo. Alborotóse mi Padre, y con una vela en la mano me miró el rostro, y coligió por mi semblante mi sobresalto, mi desmayo. Bolvióle á herir en los oídos el eco del llanto de la criatura, y echando mano á la espada, fue siguiendo adonde la voz le llevaba: el resplandor del cuchillo me dió en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma, y como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno, del temor de perderla, salió en mí el animo de remediarla: y apenas huvo mi Padre buelto las espaldas, quando yo assi como estaba baxé por un caracol á unos aposentos baxos de mi casa, y de ellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo en no sé que camino: y finalmente, y aguijada del miedo, y solicitada del temor, como si tuviera alas en los pies, caminé mas de lo que prometía mi flaqueza. Mil veces estuve para arrojarme en el camino de algun ribazo que me acabára, con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme, ò tenderme eu el suelo, y dexarme hallar de quien me buscasse; pero alentandome la luz de vuestras cabañas, procuré llegar á ellas á buscar descanso á mi cansancio, y sino remedio, algun alivio á mi desdicha: y assi llegué como me visteis, y assi me hallo como me veo, merced á vuestra caridad, y cortesía. Esto es, señores mios, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dexo al Cielo, y le remito en la tierra à vuestros buenos consejos. Aqui dió fin á su platica la lastimada Feliciana de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion, y lastima en un mismo grado. Periandro contó luego el hallazgo de la criatura, la dadiva de la cadena, con todo aquello que le avia sucedido con el Cavallero que se la dió. Ay! dixo Feliciana, si es por ventura essa prenda mia? Y sí es Rosanio el que la traxo? Y si yo la viesse, sino por el rostro, pues nunca le he visto, quizá por los paños en que viene embuelta, sacaria á luz la verdad de las tinieblas de mi confusion: porque mi doncella no apercebida en que la podia embolver, sino en paños que estuviessen en el aposento, que fuessen de mi conocidos? Y quando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio, y por ocultos senti-

mien-

mientos le dará á entender lo que me toca. A lo que respondió el Pastor. La criatura está ya en mi aldea en poder de una hermana, y de una sobrina mia; yo haré que ellas mismas nos la traigan oy aqui, donde podrás, hermosa Feliciana, hacer las experiencias que deseas: en tanto, sossiega señora, el espiritu, que mis Pastores, y este arbol servirán de nubes que se opongan á los ojos que te buscáren.

CAPITULO IV.

Quiere Feliciana acompañarlos en su peregrinacion; llegan á Guadalupe, aviendoles acontecido en el camino un notable peligro.

PAreceme, hermano mio, dixo Auristela á Periandro, que los trabajos, y los peligros no solamente tienen jurisdicion en el mar, sino en toda la tierra: que las desgracias, é infortunios assi se encuentran sobre los levantados sobre los montes, como con los escondidos en sus rincones. Esta que llaman fortuna, de quien yo he oído hablar algunas veces, de la qual se dice, que quita, y dá los bienes, quando, como, y á quien quiera, sin duda alguna debe de ser ciega, y antojadiza, pues à nuestro parecer levanta los que avian de estar por el suelo, y derriba los que estan sobre los montes de la Luna. No sé, hermano, lo que me voy diciendo, pero sé que quiero decir, que no es mucho que nos admire ver á esta señora, que dice que se llama Feliciana de la Voz, que apenas la tiene para contar sus desgracias: contemplola yo pocas horas ha en su casa acompañada de su Padre, hermanos, y criados, esperando poner con segacidad remedio á sus arrojados deseos; y ahora puedo decir, que la veo escondida en lo hueco de un arbol, temiendo los mosquitos del ayre, y aún las lombrices de la tierra: bien es verdad, que la suya no es caída de Principes, pero es un caso que puede servir de exemplo á las recogidas doncellas, que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueve á suplicarte, ò hermano, mires por mi honra, que desde el punto que salí del poder de mi Padre, y del de tu Madre, la deposité en tus manos: y aunque la experiencia con certidumbre grandissima tiene acreditada tu bondad, assi en la soledad de los desiertos, como en la compañia de las Ciudades, todavia temo

que

que la mudanza de las horas no mude los que de suyo son faciles pensamientos. A ti te vá: mi honra es la tuya, un solo deseo nos govierna, y una misma esperanza nos sustenta, el camino en que nos hemos puesto es largo; pero no hay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza, y la ociosidad. Ya los Cielos, á quien doy mil gracias por ello, nos han trahido á España sin la compañia peligrosa de Arnaldo: ya podemos tender los passos seguros de naufragios, de tormentas, y de salteadores: porque segun la fama, que sobre todas las regiones del mundo de pacifica, y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viage. O hermana! Respondió Periandro, y como por puntos vás mostrando los extremados de tu discrecion: bien veo que temes como muger, y que te animas como discreta. Yo quisiera, por aquietar tus bien nacidos recelos, buscar nuevas esperanzas que me acreditassen contigo; que puesto, que las heschas puedan convertir el temor en esperanza, y la esperanza, en firme seguridad, y desde luego en possesion alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditáran. En el rancho de estos pastores no nos queda que hacer, ni en el caso de Feliciana pod mos servir mas, que de compadecernos de ella: procuremos llevar esta criatura á Truxillo, como nos lo encargó el que con ella nos dió la cadena, al parecer por paga. En esto estaban los dos, quando llegó el Pastor anciano con su hermana, y con la criatura, que avia embiado por ella à la aldea, por ver si Feliciana la reconocia, como ella lo avia pedido. Llevaronsela, miróla, y remiróla, quitóle las faxas, pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que avia parído, ni aún, lo que mas es de considerar, el natural cariño no le movia los pensamientos à reconocer el niño, que era varon el recien nacido. No, no, decia Feliciana, no son estas las mantillas que mi doncella tenia deputadas para embolver lo que de mi naciesse, ni esta cadena, que se la enseñaron, la ví yo jamás en poder de Rosanio: de otra debe ser esta prenda, que no mia, que á serlo, no fuera yo tan venturosa, teniendola una vez perdída, tornar à cobrarla; aunque yo oí decir muchas veces á Rosanio, que tenia amigos en Truxillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre. Con todo esso, dixo el Pastor, que pues el que dió la criatura mandó que la llevassen á Truxillo, sospecho, que el que la

dió á estos Peregrinos fue Rosanio: y assi soy de parecer, si es que en ello os hago algun servicio, que mi hermana con la criatura, y con otros dos de estos mis Pastores, se ponga en camino de Truxillo, á ver si la reciben alguno de esos dos Cavalleros á quien vá dirigida. A lo que Feliciana respondió con sollozos, y con arrojarse á los pies del Pastor, abrazandolos estrechamente, señales que la dieron de que aprobaba su parecer: todos los Peregrinos le aprobaron assimismo, y con darle la cadena lo facilitaron todo. Sobre una de las bestias del hato se acomodó la hermana del Pastor, que estaba recien parida, como se ha dicho, con orden que se passasse por su aldea, y dexasse en cobro su criatura, y con la otra se partiesse á Truxillo, que los Peregrinos que iban á Guadalupe con mas espacio la seguirian. Todo se hizo como lo pensaron, y luego: porque la necesidad del caso no admitia tardanza alguna. Feliciana callaba, y con silencio se mostraba agradecida, á los que tan de veras sus cosas tomaban á su cargo. Añadióse à todo esto, que Feliciana aviendo sabido como los Peregrinos iban á Roma, aficionada á la hermosura, y discrecion de Auristela, á la cortesía de Periandro, á la amorosa conversacion de Constanza, y de Ricla su Madre, y al agradable trato de los dos Antonios Padre, é hijo, que todo lo miró, notó, y ponderó en aquel poco espacio que los avia comunicado: y lo principal por bolver las espaldas á la tierra donde quedaba enterrada su honra: pidió que consigo la llevassen como peregrina á Roma, que pues avia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias, si el Cielo se las concedia, en que con ellos la llevassen. Apenas descubrió su pensamiento, quando Auristela acudió á satisfacer su deseo, compassiva, y deseosa de sacar á Feliciana de entre los sobresaltos, y miedos que la perseguian, solo dificultó el ponerla en camino, estando tan recien parida, y assi se lo dixo; pero el anciano Pastor dixo, que no habia mas diferencia del parto de una muger que del de una res, y que assi como la res sin otro regalo alguno despues de su parto se quedaba á las inclemencias del Cielo, assi la muger podia, sin otro regalo alguno, acudir á sus exercicios; sino que el uso avia introducido entre las mugeres los regalos, y todas aquellas prevenciones que suelen hacer con las recien paridas. Yo asseguro, dixo mas, que quando Eva

parió

parió el primer hijo, que no se echó en el lecho, ni se guardó del ayre, ni usó de los melindres que ahora se usan en los partos. Esforzáos, señora Feliciana, y seguid vuestro intento, que desde aqui le apruebo casi por santo, pues es tan Christiano. A lo que añadió Auristela: No quedará por falta de habito de peregrina, que mi cuydado me hizo hacer dos, quando hice este, el qual daré yo á la señora Feliciana de la Voz, con condicion, que me diga que mysterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido. No me le ha dado, respondió Feliciana, mi linage, sino al ser comun opinion de todos quantos me han oido cantar, que tengo la mejor voz del mundo, tanto, que por excelencia me llaman comunmente Feliciana de la Voz: y á no estar en tiempo mas de gemir que de cantar, con facilidad os mostrára esta verdad; pero si los tiempos se mejoran, y dán lugar á que mis lagrimas se enjuguen, yo cantaré, si no canciones alegres, á lo menos endechas tristes, que cantandolas encanten, y llorandolas alegren. Por esto que Feliciana dixo, nació en todos un deseo de oirla cantar luego, luego; pero no osaron rogarselo, porque, como ella avia dicho, los tiempos no lo permitian. Otro dia se despojò Feliciana de los vestidos no necessarios que trahia, y se cubrió con los que le dió Auristela de peregrina: quitóse un collar de perlas, y dos sortijas, que si los adornos son parte para acreditar calidades, estas piezas pudieran acreditarla de rica, y noble. Tomólas Ricla, como thesorera general de la hacienda de todos, y quedó Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela, y tercera Constanza, aunque este parecer se dividiò en pareceres, y algunos le dieron el segundo lugar á Constanza, que el primero no huvo hermosura en aquella edad, que á la de Auristela se le quitasse. Apenas se vió Feliciana en nuevo habito, quando le nacieron alientos nuevos, y deseos de ponerse en camino: conoció esto Auristela, y con consentimiento de todos, despidiendose del Pastor charitativo, y de los demás de la majada, se encaminaron á Caceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado passo al cansancio: y si alguna vez alguna de las mugeres le tenia, le suplia el bagage donde iba el repuesto, ó ya el margen de algun arroyuelo, ó fuente do se sentaban, ó la verdura de algun prado, que á dulce reposo las combidaba: y assi andaban á una con ellos

el reposo, y el cansancio junto con la pereza, y la diligencia: la pereza en caminar poco: la diligencia en caminar siempre; pero como por la mayor parte nunca los buenos deseos llegan á fin dichoso sin estorvos que los impidan, quiso el Cielo que el de este hermoso esquadron (que aunque dividido en todos, era solo uno en la intencion) fuesse impedido con el estorvo que ahora oireis. Dabales assiento la verde yerba de un deleytoso pradecillo: refrescabales los rostros el agua clara, y dulce de un pequeño arroyuelo, que por entre las hierbas corria; servianles de muralla, y de reparo muchas zarzas, y cambroneras, que casi por todas partes los rodeaba, sitio agradable, y necessario para su descanso; quando de improviso rompiendo por las intrincadas matas, vieron salir al verde sitio un mancebo vestido de camino, con una espada hincada por las espaldas, cuya punta le salia al pecho: cayó de ojos, y al caer dixo: Dios sea conmigo, y el fin de esta palabra, y el arrancarsele el alma, fue todo á un tiempo: y aunque todos con el estraño expectaculo se levantaron alborotados, el que primero llegó á socorrerle, fue Periandro, y por hallarle ya muerto, se atrevió á sacar la espada. Los dos Antonios saltaron las zarzas, por ver si verian quien huviesse sido el cruel, y alevoso homicida, que por ser la herida por las espaldas se mostraba que traydoras manos la avian hecho. No vieron á nadie, bolvieronse á los demás, y la poca edad del muerto, y su gallardo talle, y parecer les acrecentó la lastima: miraronle todo, y hallaronle debaxo de una ropilla de terciopelo pardo, sobre el jubon, puesta una cadena de quatro bueltas de menudos eslabones de oro; de la qual pendia un devoto Crucifixo, assi mismo de oro; allá entre el jubon, y la camisa le hallaron dentro de una caxa de evano, ricamente labrada, un hermosissimo retrato de muger, pintado en la lisa tabla, al rededor del qual de menudissima, y clara letra vieron que trahia escritos estos versos.

Hiela, enciende, mira, y habla,
Milagros de hermosura,
Que tenga vuestra figura
Tanta fuerza en una tabla.

Por estos versos congeturó Periandro, que los leyó primero, que de causa amorosa debia de aver nacido su muerte

te Miraronle las faltriqueras, y escudriñaronle todos, pero no hallaron cosa que les diesse indicio de quien era, y estando haciendo este escrutinio, parecieron como si fueran llovidos, quatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conoció luego Antonio el Padre, que eran quadrilleros de la santa Hermandad, uno de los quales dixo á voces: Tenéos, ladrones, homicidas, y salteadores, no le acabeis de despojar, que á tiempo sois venidos, en que os llevarémos adonde pagueis vuestro pecado. Esso no bellacos, respondió Antonio el mozo, aqui no hay ladron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son. Bien se os parece por cierto, replicó el quadrillero, el hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirve de testigos de vuestra maldad: ladrones sois, salteadores sois, homicidas sois, y como tales ladrones, salteadores, y homicidas presto pagaréis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud Christiana, con que procurais encubrir vuestras maldades, vistiendoos de peregrinos. A esto le dió respuesta Antonio el mozo, con poner una flecha en su arco, y passarle con ella un brazo, puesto que quisiera passarle de parte á parte el pecho. Los demás quadrilleros, ó escarmentados del golpe, ó por hacer la prision mas al seguro, bolvieron las espaldas, y entre huyendo, y esperando, à grandes voces apellidaron: aqui de la santa la Hermandad, favor á la santa Hermandad: y mostróse ser santa Hermandad que apellidaban, porque en un instante, como por milagro, se juntaron mas de veinte quadrilleros, los quales encarando sus ballestas, y sus saétas á los que no se defendian, los prendieron, y aprisionaron sin respetar la bellesa de Auristela, ni las demás peregrinas: y con el cuerpo del muerto las llevaron á Cáceres, cuyo Corregidor era un Cavallero del Habito de Santiago, el qual viendo el muerto, y el quadrillero herido, y la informacion de los demás quadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado á Periandro, con el parecer de su Teniente, quisiera luego ponerlos á question de tormento; puesto que Periandro se defendia con la verdad, mostrandole en su favor los papeles, que para seguridad de su viage, y licencia de su camino avia tomado en Lisboa. Mostróle assimismo el lienzo de la pintura de su sucesso, que la relató, y declaró muy bien Antonio el mozo, cuyas pruebas hicieron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos te-

 nian.

nian. Ricla la thesorera, que sabía muy poco, ó nada de la condicion de Escrivanos, y Procuradores, ofreció á uno de secreto, que andaba alli en público dando muestras de ayudarles, no sé que cantidad de dineros, porque tomasse á cargo su negocio: lo echó á perder del todo, porque en oliendo los satrapas de la pluma, que tenian lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos, como es uso, y costumbre, hasta los huessos: y sin duda alguna fuera assi, si las fuerzas de la inocencia no permitiera el Cielo que sobrepujáran, á las de la malicia. Fue el caso, pues, que un huesped, ó mesonero del Lugar, aviendo visto el cuerpo muerto que avian trahido, y reconociendole muy bien, se fue al Corregidor, y le dixo: Señor, este hombre que han trahido muerto los quadrilleros, ayer de mañana partió de mi casa en compañia de otro, al parecer Cavallero: poco antes que se partiesse, se encerró conmigo en mi aposento, y con recato me dixo: Señor huesped, por lo que debeis á ser Christiano, os ruego, que si yo no buelvo por aqui dentro de seis dias, abrais este papel, que os doy, delante de la Justicia: y diciendo esto, me dió este que entrego á vuessa merced, donde imagíno que debe de venir alguna cosa que toque á este tan estraño sucesso. Tomó el papel el Corregidor, y abriendole, vió que en él estaban escritas estas mismas razones.

Yo Don Diego de Parráces salí de la Corte de su Magestad tal dia (y venia puesto el dia) en compañia de Don Sebastian de Soranzo mi pariente, que me pidió que le acompañasse en cierto viage, donde le iba la honra, y la vida: yo por no querer hacer verdaderas ciertas sospechas falsas que de mi tenia, fiandome en mi inocencia, dí lugar á su malicia, y acompañéle, creo que me lleva á matar: si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare, sepase que me mataron à traicion, y que morí sin culpa. Y firmaba: Don Diego de Parráces.

Este papel á toda diligencia despachó el Corregidor á Madrid, donde con la Justicia se hicieron las diligencias possibles, buscando al matador: el qual llegó á su casa la misma noche que le buscaban, y entreoyendo el caso, sin apearse de la cavalgadura bolvió las riendas, y nunca mas pareciò. Quedóse el delito sin castigo, el muerto se quedó por muerto, quedaron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Ricla, se deslabonó para gastos de Justicia: el retrato se quedó para gusto de los ojos del Corregidor, satisfizose la herida

del

del quadrillero, bolvió Antonio el mozo á relatar el lienzo, y dexando admirado al Pueblo, y aviendo estado en él todo este tiempo de las averiguacion Feliciana de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partieron la buelta de Guadalupe, cuyo camino entretuvieron tratando del caso estraño, y deseando que sucediesse ocasion donde se cumpliesse el deseo que tenian de oír cantar á Feliciana, la qual si cantára, pues no hay dolor que no se mitigue con el tiempo, ó se acabe con acabar la vida: pero por guardar ella á su desgracia el decoro que á sí misma debia, sus cantos eran lloros, y su voz gemidos. Estos se aplacaron un tanto con aver topado en el camino la hermana del compassivo Pastor, que bolvía de Truxillo, donde dixo, que dexaba el niño en poder de Don Francisco Pizarro, y de Don Juan de Orellana, los quales avian congeturado no poder ser de otro aquella criatura, sino de su amigo Rosanio, segun el lugar donde le hallaron; pues por todos aquellos contornos no tenian ellos algun conocido que aventurasse á fiarse de ellos. Sea en fin lo que fuere, dixo la Labradora, y dixeron ellos, que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos, el que se ha fiado de nosotros: assi que, señores, el niño queda en Truxillo en poder de los que he dicho, si algo me queda que hacer por serviros, aqui estoy con la cadena, que aùn no me he deshecho de ella, pues la que me pone á la voluntad el ser yo Christiana me enlaza, y me obliga á mas que la de oro. A lo que respondió Feliciana; que la gozasse muchos años, sin que se le ofreciesse necessidad de deshacerla: pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque, ó se empeñan para no quitarse, ó se venden para nunca bolverlas á comprar. La Labrádora se despidió aqui, y dieron mil encomiendas para su hermano, y los demás Pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco á poco á las santissimas tierras de Guadalupe.

CAPITULO V.

Tiene fin en Guadalupe la desgracia de Feliciana, y se buelve contenta á su casa con su Esposo, Padre, y Hermana.

APenas huvieron puesto los pies los devotos peregrinos en una de las dos entradas que guian al valle que forman, y sierran las altissimas sierras de Guadalupe, quando

con cada passo que daban, nacian en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse, pero allí llegó la admiracion á su punta, quando vieron el grande, y sumptuoso Monasterio, cuyas murallas encierran la Santissima Imagen de la Emperatriz de los Cielos: la Santissima Imagen otra vez, que es libertad de los cautivos, lima de sus yerros, y alivio de sus passiones: la Santissíma Imagen, que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, Madre de los huerfanos, y reparo de las desgracias. Entraron en su Templo, y donde pensaron hallar por sus paredes pendientes por adorno las purpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milán, hallaron en lugar suyo muletas que dexaron los coxos, ojos de cera que dexaron los ciegos, brazos que colgaron los mancos, mortajos de que se desnudaron los muertos, todos despues de aver caído en el suelo de las miserias, ya vivos, ya sanos, ya libres, y ya contentos; merced á la larga misericordia de la Madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar hace campear á su Benditissimo Hijo con el esquadron de sus infinitas misericordias. De tal manera hizo aprehension estos milagrosos adornos en los corazones de los devotos Peregrinos, que bolvieron los ojos à todas las partes del Templo, y les parecia ver venir por el ayre bolando los Cautivos, embueltos en sus cadenas á colgarlas de las santas murallas, yá los enfermos arrastran las muletas, yà los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el Sacro Templo no cabían: tan grande es la suma que las paredes ocupan. Esta novedad no vista hasta entonces de Periandro, ni de Auristela, ni menos de Ricla, de Constanza, ni de Antonio, los tenia como assombrados, y no se hartaban de mirar lo que veían, ni de admirar lo que imaginaban, y assi con devotas, y Christianas muestras, hincados de rodillas, se pusieron á adorar á Dios Sacramentado, y á suplicar á su Santissima Madre, que en credito, y honra de aquella Imagen fuesse servida de mirar por ellos: pero lo que mas es de ponderar, fue, que puesta de hinojos, y las manos puestas, y junto al pecho, la hermosa Feliciana de la Voz, lloviendo tiernas lagrimas con sossegado semblante, sin mover los labios, ni hacer otra demonstracion, ni movimiento que diesse señal de ser viva criatura, soltó la voz á los vientos, y levantó el corazon al Cielo, y cantó unos versos que ella sabía de memoria, los quales

dió

dió despues por escrito, con que suspendió los sentidos de quantos la escuchaban, y acreditó las alabanzas, que ella misma de su voz avia dicho, y satisfizo de todo en todo los deseos que sus Peregrinos tenian de escucharla. Quatro estancias avia cantado quando entraron por la puerta del Templo unos forasteros, á quien la devocion, y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciana, que todavia cantaba, puso tambien en admiracion; y uno de ellos, que de anciana edad parecia, bolviendose á otro que estaba á su lado, dixole: O aquella voz es de algun Angel de los confirmados en gracia, ó es de mi hija Feliciana de la Voz. Quien lo duda, respondió el otro, ella es, y la que no será si no yerra el golpe mi brazó: y diciendo esto, echò mano à una daga, y con descompassados passos, perdído el color, y turbado el sentido, se fue ácia donde Feliciana estaba. El Venrable Anciano se arrojó tras él, y le abrazó por las espaldas, diciendole: No es este, ó hijo! theatro de miserias, ni lugar de castigos: dá tiempo al tiempo, que pues no se nos puede huír esta traydora, no te precipites, y pensando castigar el ageno delito, te eches sobre ti la pena de la culpa propria. Estas razones, y alboroto selló la boca de Feliciana, y alborotó á los Peregrinos, y á todos quantos en el Templo estaban, los quales no fueron parte para que su Padre, y hermano de Feliciana no la sacassen del Templo á la calle, donde en un instante se juntó casi toda la gente del Pueblo con la Justicia, que se la quitó á los que parecian mas verdugos, que hermano, y Padre. Estando en esta confusion, el Padre dando voces por su hija, y su hermano por su hermana, y la Justicia defendiendola hasta saber el caso: por una parte de la Plaza entraron hasta seis de à cavallo, que los dos de ellos fueron luego conocidos de todos, por ser el uno Don Francisco Pizarro, y el otro Don Juan de Orellana: los quales llegandose al tumulto de la gente, y con ellos otro Cavallero, que con un velo de tafetan negro trahia cubierto el rostro, preguntaron la causa de aquellas voces, fuéles respondído, que no se sabía otra cosa, sino que la Justicia, queria defender aquella Peregrina, á quien querian matar dos hombres, que decian ser su hermano, y su Padre. Esto estaban oyendo Don Francisco Pizarro, y Don Juan de Orellana, quando el Cavallero embozado, arrojandose del cavallo abaxo sobre quien venia, poniendo mano á su espada, y descu-

brien-

briendose el rostro, se puso al lado de Feliciana, y à grandes voces dixo: En mi, en mi deveis, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciana vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse una doncella contra la voluntad de sus Padres. Feliciana es mi Esposa, y yo soy Rosanio, como veis, no de tan poca calidad, que no merezca que me dèis por concierto lo que yo supe escoger por industria. Noble soy, de cuya nobleza os podré presentar por tesgigos: riquezas tengo que la sustenten, y no será bien que lo que he ganado por ventura, me lo quite Luís Antonio por vuestro gusto. Y si os parece que os he hecho ofensa de aver llegado á este punto de teneros por señores sin sabiduría vuestra, perdonadme, que las fuerzas poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos: y el veros yo tan inclinados á Luís Antonio, me hizo no guardar el decoro que se os devia, de lo qual otra vez os pido perdon. Mientras Rosanio esto decia, Feliciana estaba pegada con él, teniendole asido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa, y toda triste, y toda hermosa juntamente; pero antes que su Padre, y hermano respondiessen palabra, Don Francisco Pizarro se abrazó con su Padre, y Don Juan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. Don Francisco dixo al Padre: Donde está vuestra discrecion señor Don Pedro Tenório? Como, y es possible que vos mismo querais fabricar vuestra ofensa? No veis que estos agravios antes que la pena trahen las disculpas consigo? Que tiene Rosanio, que no merezca á Feliciana; ó què le quedará á Feliciana de aqui adelante si pierde à Rosanio? Casi estas mismas, ó semejantes razones decia Don Juan de Orellana á su hermano, añadiendo mas, porque le dixo; Señor Don Sancho, nunca la colera prometió buen fin de sus impetus: ella es passion del animo, y el animo apassionado pocas veces acierta en lo que emprende. Vuestra hermana supo escoger buen marido: tomar venganza de que no se guardaron las devidas ceremonias, y respectos no será bien hecho: porque os pondreis á peligro de derribar, y echar por tierra todo el edificio de vuestro sossiego. Mirad, señor Don Sancho, que tengo una prenda vuestra en casa: un sobrino os tengo, que no le podreis negar, si no os negais à vos mismo, tanto es lo que os parece: La respuesta que dió el Padre á Don Francisco, fue llegarse á su hijo Don Sancho, y quitarle la daga de las

ma-

manos, y luego fue à abrazar á Rosanio: el qual dexandose derribar á los pies de él, pues ya conoció ser su suegro, se los besó mil veces: arrodillóse tambien ante su Padre Feliciana, derramó lagrimas, embió suspiros, vinieron desmayos. La alegria discurrió por todos los circunstantes, ganó fama de prudente el Padre, de prudente el hijo, y los amigos de discretos, y bien hablados. Llevólos el Corregidor á su casa, regalólos el Prior del Santo Monasterio abundantissimamente, visitaron las reliquias los Peregrinos, que son muchas, santissimas, y ricas, confessaron sus culpas, recibieron los Sacramentos, y en este tiempo, que fue el de tres dias, embiò Don Francisco por el niño que le avia llevado la Labradora, que era el mismo que Rosanio dió á Periandro la noche que le dió la cadena: el qual era tan lindo, que el Abuelo, puesta en olvido toda injuria, dixo viendole: Que mil bienes aya la Madre que te parió, y el Padre que te engendró: y tomandole en sus brazos, tiernamente le bañó el rostro con lagrimas, y se las enjugó con besos, y las limpió con sus canas. Pidió Auristela á Feliciana le diesse el traslado de los versos, que avia cantado delante de la Santissima Imagen, la qual respondió, que solamente avia cantado quatro estancias, y que todas eran doce, dignas de ponerse en la memoria, y assi las escrivió, que eran estas.

Antes que de la mente eterna fuera
Saliessen los espiritus alados,
Y antes que la veloz, ò tarde esfera
Tuviesse movimientos señalados:
Y antes que aquella obscuridad primera
Los cabellos del Sol viesse dorados,
Fabricò para sí Dios una casa
De santissima, y limpia, y pura massa.

Los alos, y fortissimos cimientos
Sobre humildad profuda se fundaron,
Y mientras mas à la humildad atentos,
Mas la fabrica Regia, levantaron:
Passó la tierra, passó el mar, los vientos;
Atrás, como mas baxos, se quedaron,
El fuego passa, y con igual fortuna
Debaxo de sus pies tiene la Luna.

De

De Fé son los pilares, de Esperanza
Los muros de esta fabrica bendita,
Ciñe la Charidad, por quien se alcanza
Duracion, como Dios, siempre infinita:
Su recreo se aumenta en su Templanza,
Su Prudencia los grados facilita,
Del bien que ha de gozar por la grandeza
De su mucha Justicia, y Fortaleza.

Adornan este Alcazar Soberano
Profundos pozos, perenales fuentes,
Huertos cerrados, cuyo fruto sano
Es bendicion, y gloria de las gentes:
Están á la siniestra, y diestra mano
Cipréses altos, palmas eminentes,
Altos cedros, clarissimos espejos,
Que dán lumbre de gracia cerca, y lexos.

El cinamómo, el platano, y la rosa
De Jericó se halle en sus jardines
Con aquella color, y aún mas hermosa,
De los mas abrasados Cherubines:
Del pecado la sombra tenebrosa,
Ni llega, ni se acerca á sus confines:
Todo es luz, todo es gloria, todo Cielo
Este edificio que oy se muestra al suelo.

De Salomón el templo se nos muestra
Oy con la perfeccion Dios possible,
Donde no se oyó golpe, que la diestra
Mano diesse á la obra convenible:
Oy haciendo de sí gloriosa muestra,
Saliò la luz del Sol inaccesible:
Oy nuevo resplandor ha dado al dia
La clarissima Estrella de MARIA.

Antes que el Sol, la Estrella oy dá su lumbre,
Prodigioso señal, pero tan buena,
Que sin guardar de agueros la costumbre,
Dexa el alma de gozo, bienes llena:

Oy

Oy la humildad se vio puesta en la cumbre;
Oy comenzó á romperse la cadena
Del yerro antiguo, y sale al mundo aquella
Prudentissima Estèr, que el Sol mas bella.

Niña de Dios, por nuestro bien nacida,
Tierna, pero tan fuerte, que la frente
En sovervia maldad endurecida,
Quebrantasteis de la infernal serpiente:
Brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
Pues Vos fuísteis el medio convéniente,
Que reduxo á pacifica concordia
De Dios, y el hombre la mortal discordia.

La justicia, y la paz oy se han juntado
En Vos, Virgen Santissima, con gusto
El dulce beso de la paz se han dado
Arra, y señal del venidero Augusto:
Del claro amanecer del Sol sagrado
Sois la primera Aurora, sois del Justo
Gloria, del pecador firme esperanza,
De la borrasca antigua la bonanza.

Sois la paloma, que ab eterno fuísteis
Llamada desde el Cielo, sois la Esposa,
Que al sacro Verbo limpia carne disteis,
Por quien de Adán la culpa fue dichosa:
Sois el brazo de Dios, que detuvisteis
De Abrahan la cuchilla rigurosa,
Y para el sacrificio verdadero
Nos disteis el mansissimo Cordero.

Creced hermosa planta, y dad el fruto
Presto en sazon, por quien el alma espera
Cambiar en ropa rozagante el luto,
Que la gran culpa le vistio primera:
De aquel inmenso, y general tributo
La paga conveniente, y verdadera,
En Vos se ha de fraguar, creced, Señora,
Que sois universal remediadora.

Ya

Ya en las Empireas sacrosantas salas
El Paraninfo aligero se apresta,
O casi mueve las doradas alas,
Para venir con la embaxada honesta:
Que el olor de virtud que de ti exalas,
Virgen bendita, sirve de requesta,
Y apremio, á que se vea en ti muy presto,
Del gran poder de Dios echado el resto.

Estos fueron los versos, que comenzò à cantar Feliciana, y los que diò por escrito, despues que fueron de Auristela mas estimados, que entendidos. En resolucion, las paces de los desavenidos se hicieron. Feliciana, esposo, Padre, y hermano se bolvieron á su lugar, dexando orden á Don Francisco Pizarro, y Don Juan de Orellana les embiassen el niño; pero no quiso Feliciana passar el disgusto, que dá el esperar, y assi se le llevó consigo; con cuyo sucesso quedaron todos alegres.

CAPITULO VI.

Prosiguen su viage: encuentran una vieja Peregrina, y un Polaco, que les cuenta su vida.

QUatro dias se estuvieron los Peregrinos en Guadalupe, en los quales comenzaron á ver las grandezas de aquel Santo Monasterio: digo comenzaron, porque acabarlas de vér es impossible. Desde allí se fueron à Truxillo, adonde assimismo fueron agasajados de los dos Nobles Cavalleros Don Francisco Pizarro, y Don Juan de Orellana, y allí de nuevo refirieron el sucesso de Feliciana, y ponderaron al par de su voz, su discrecion, y el buen proceder de su hermano, y de su Padre, exagerando Auristela los corteses ofrecimientos que Feliciana le avia hecho al tiempo de su partida. La ida de Truxillo fue de allí à dos dias la buelta de Talavera, donde hallaron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trahe su origen de muchos años antes que Christo naciesse, reducida por los Christianos á tan buen punto, y termino, que si entonces se celebraba en honra de la Diosa Venus por la Gentilidad, ahora se celebra en honra, y ala-

banza

banza de la Virgen de las virgenes. Quisieran esperar á verla, pero por no dar mas espacio á su espacio, passaron adelante, y se quadaron sin satisfacer su deseo. Seis leguas se avían alongado de Talavera, quando delante de sí vieron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola, y escusóles el darla voces á que se detuviesse, el averse ella sentado sobre la verde hierba de un pradecillo, ó ya combidada del ameno sitio, ó ya obligada del cansancio. Llegaron á ella, y hallaron ser de tal talle, que nos obliga à describirle, la edad, al paracer, salia de los terminos de la mocedad, y tocaba en las margenes de la viejéz, el rostro daba en rostro, porque la vista de un lince no alcanzára á verle las narices, porque no las tenia sino tan chatas, y llanas, que con unas pinzas no le pudieran asir una brizna de ellas: los ojos les hacian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella: el vestido era una esclavina rota, que le besaba los calcañares; sobre la qual trahía una muceta, la mitad guarnecida de cuero, que por roto, y despedazado no se podia distinguir, si de cordován, ó si de badana fuesse: ceñiase con un cordón de esparto, tan abultado, y poderoso, que mas parecia gumena de galera, que cordon de peregrina: las tocas eran bastas, pero limpias, y blancas: cubriale la cabeza un sombrero viejo sin cordón, ni toquilla, y los pies unas alpargatas rotas; y ocupabale la mano un bordón hecho á manera de cayado, con una punta de acero al fin: pendiale del lado izquierdo una calabaza de mas que de mediana estatura, y apesgabale el cuello un rosario, cuyos Padre nuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla. En efecto, toda ella era rota, y toda penitente, y como despues se echó de ver, toda de mala condicion. Saludaronla en llegando, y ella les bolvió las saludes con la voz, que podia prometer la chatedad de sus narices, que fue mas gangosa que suave. Preguntaronla, adonde iba, y que peregrinacion era la suya, y diciendo, y haciendo, combidados como ella del ameno sitio, se le sentaron á la redonde. Dexaron pacer el bagage que les servía de recámara, de despensa, y botillería, satisfaciendo á la hambre, alegramente la combidaron, y ella respondiendo á la pregunta que la avían hecho, dixo: Mi peregrinacion es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que mas cerca les viene à cuenta para disculpar su ociosidad,

y

y assi me parece que será bien deciros, que por ahora voy á la gran Ciudad de Toledo á visitar á la devota Imagen del Sagrario, y desde allí me iré al Niño de la Guardia, y dando vna punta como alcón Noruego, me entretendré con la Santa Veronica de Jaén, hasta hacer tiempo de que llegue el ultimo Domingo de Abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la Ciudad de Andujar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra: tal es, segun he oído decir, que ni las passadas fiestas de la Gentilidad, á quien imita la de la Monda de Talavera, no le han hecho, ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera possible, sacarla de la imaginacion donde la tengo fixa, y pintarosla con palabras, y ponerosla delante de la vista, para que comprehendiendola, vierades la mucha razon que tengo de alabarosla: pero esta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el mio. En el rico Palacio de Madrid, morada de los Reyes, en una galaría está retratada esta fiesta con la puntualidad possible: allí está el monte, por mejor decir peñasco, en cuya cima esta el Monasterio que deposita en sí una Santa Imagen, llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la Peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estár en la mitad de un llano libre, y desembarazado, solo, y señero de otros montes, ni peñas que le rodéen: cuya altura será de hasta un quarto de legua, y cuyo circuito debe de ser de poco mas de media. En este espacioso, y ameno sitio tiene su assiento siempre verde, y apacible, por el humor que le comunican las aguas del rio Xandula, que de passo, como en reverencia, le besa las faldas. El lugar, la peña, la Imagen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca, y lexos, el solemne dia que he dicho, le hacen famoso en el Mundo, y celebre en España sobre quantos lugares las mas extendidas memorias se acuerdan. Suspensos quedaron los Peregrinos de la relacion de la nueva, aunque vieja, peregrina, y casi les comenzó á bullir en el alma la gana de irse con ella à ver tantas maravillas; pero la que llevaban de acabar su camino, no dió lugar á que nuevos deseos la impidiessen. Desde allí prosiguió la peregrina: No sé que viage será el mio, aunque sé que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad, y entretenga el tiempo, como lo hacen, como ya he

dicho,

dicho, algunos Peregrinos que se usan. A lo que dixo Antonio el Padre: Pareceme, señora Peregrina, que os dá en el rostro la peregrinacion. Esso no, respondó ella, que bien sé que es justa, santa, y loable, y que siempre la ha havido, y la ha de haver en el Mundo; pero estoy mal con los malos Peregrinos, como son los que hacen grangeria de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable: con aquellos digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres, y no digo mas, aunque pudiera. En esto por el camino Real, que junto á ellos estaba, vieron venir un hombre á cavallo, que llegando á igualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles, y hacerles cortesía, aviendo puesto la cavalgadura, como despues pareció, la mano en un oyo, dió consigo, y con su dueño al través una gran caída: acudieron todos luego á socorrer al caminante que pensaron hallar muy mal parado. Arrendó Antonio el mozo la cavalgadura, que era un poderoso macho, y al dueño le abrigaron lo mejor que pudieron, y le socorrieron con el remedio mas ordinario, que en tales casos se usa, que fué darle á beber un golpe de agua; y hallando que su mal no era tanto como pensaban, le dixeron, que bien podia bolver á subir, y á seguir su camino; el qual hombre les dixo: Quizá, señores Peregrinos, ha permitido la suerte que yo haya caído en este llano, para poder lavantarme de los riscos donde la imaginacion me tiene puesta el alma. Yo, señores, aunque no querais saberlo, quiero que sepais que soy estrangero, y de nacion Polaco. Muchacho salí de mi tierra, y vine á España como á centro de los estrangeros, y à Madre comun de las Naciones: serví á Españoles, aprendí la lengua Castellana de la manera que veis que la hablo, y llevado del generoso deseo que todos tienen de ver tierras, vine á ver á Portugal á ver la gran Ciudad de Lisboa, y la misma noche que entrè en ella me sucedió un caso, que si le creyeredes haréis mucho, y si no, no importa nada; puesto que la verdad ha de tener siempre su assiento, aunque sea en sí misma. Admirados quedaron Periandro, Auristela, y los demás compañeros de la improvisa, y concertada narracion del caído caminante, y con gusto de escucharle, dixo Periandro que prosiguiesse en lo que decir queria, que todos le darian credito, porque todos eran corteses, y en las cosas del mundo experimentados. Alentado con esto el caminante, prosiguió,

diciendo: Digo, que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus pricipales calles, ó ruas, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me avia parecido bien una donde me avía apeado: al passar de un lugar estrecho, y no muy limpio, un embozado Portugués con quien encontré, me desvió de sí con tanta fuerza, que tuve necessidad de arrimarme al suelo. Despartó el agravio la colera, remití mi venganza á mi espada, puse mano, pusola el Portugues con gallardo brio, y desemboltura, y la ciega noche, y la fortuna mas ciega á la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adonde encaminó la punta de mi espada á la vista de mi contrario: el qual dando de espaldas, dió el cuerpo al suelo y el alma adonde Dios se sabe. Luego me representó el temor lo que avia hecho: pasméme, puse en el huir mi remedio; quise huír, pero no sabia adonde; mas el rumor de la gente que me pareciò que acudia, me puso alas en los pies, y con passos desconcertados bolví la calle abaxo, buscando donde esconderme, ó adonde tener lugar de limpiar mi espada, porque sí la Justicia me cogiesse no me hallasse con manifiestos indicios de mi delito. Yendo, pues, assi ya del temor desmayado, vi una luz en una casa principal, y arrojeme á ella sin saber con que designio: hallé una sala baxa abierta, y muy bien aderezada, alargué el passo, y entré en otra quadra tambien aderezada, y llevado de la luz que en otra quadra parecia, hallé en un rico lecho echada una señora, que alborotada, sentandose en él, me preguntó quien era, que buscaba, y adonde iba, y quien me avia dado licencia de entrar hasta allí con tan poco respecto? Yo le respondí: Señora, á tantas preguntas no os puedo responder, sino solo con deciros, que soy un hombre estrangero, que á lo que creo dexo muerto á otro en essa calle, mas por su desgracia, y su sobervia, que por mi culpa: suplicoos por Dios, y por quien sois, que me escapeis del rigor de la Justicia, que pienso que me viene siguiendo. Sois Castellno, me pregunto en su lengua Portuguesa? No señora, le respondi yo, sino forastero, y bien lexos de esta tierra. Pues aunque fuerades mil veces Castellano, replicó ella, os librára yo si pudiere, y os libraré si puedo. Subid por encima de este lecho, y entráos debaxo de este tapíz, y entráos en un hueco que aqui hallaréis, y no os movais, que si la Justicia viniere, me tendrá

res-

respeto, y creerá lo que yo quisiere decirles. Hice luego lo que me mandó, alcé el tapíz, hallé el hueco, estrechéme en él, recogí el aliento, y comencé á encomendarme á Dios lo mejor que pude: y estando en esta confusa afliccion, entró un criado de casa, diciendo casi á gritos: Señora, á mi señor Don Duarte han muerto, aqui le trahen passado una estocada de parte à parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador, ni la ocasion de la pendencia, en la qual apenas se oyeron los golpes de las espadas: solamente hay un muchacho, que dice que vió entrar un hombre huyendo en esta casa. Esse debe de ser el matador sin duda, respondió la señora, y no podrà escaparse: quantas veces temía yo, ay desdichada! ver que trahian á mi hijo sin vida; porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias. En esto en ombros de otros quatro entraron al muerto, y le tendieron en el suelo delante de los ojos de la afligida Madre, la qual con voz lamentable comenzó á decir: Ay venganza, y como estàs llamando á las puertas del Alma; pero no consiente que responda á tu gusto el que yo tenga de guardar mi palabra! Ay con todo esto dolor, que me aprietas mucho! Considerad señores, qual estaria mi corazon oyendo las apretadas razones de la Madre, á quien la presencia del muerto hijo me parecia á mi que le ponia en las manos mil generos de muertes con que de mi se vengasse: que bien estaba claro que avia de imaginar que yo era el matador de su hijo. Pero qué podia yo hacer entonces sino callar, y esperar en la misma desesperacion? Y mas quando entró en el aposento la Justicia, que con comedimiento dixo á la señora: Guiados por la voz de un muchacho, que dice que se entrò en esta casa el homicida de este Cavallero, nos hemos atrevido á entrar en ella. Entonces yo abrí los oídos, estuve atento á las respuestas que daría la afligida Madre, la qual respondió llena el alma de generoso animo, y de piedad Christiana: Si esse tal hombre ha entrado en esta casa, no alomenos en esta estancia: por allá le pueden buscar, aunque plegue á Dios, que no le hallan, porque mal se remedia una muerte con otra, y mas quando las injurias no proceden de malicia. Bolvióse la Justicia á buscar la casa, y bolvieron en mi los espiritus, que me avian desamparado. Mandó la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajassen, y desde luego diessen

orden en su sepultura: mandó assimismo que la dexassen sola, porque no estaba para recibir consuelos, y pesames de infinitos que venian á darselos, assi de parientes, como de amigos, y conocidos. Hecho esto, llamó á una doncella suya, que á lo que pareció debió de ser de la que mas se fiava: y aviendola hablado al oído, la dispidió, mandandole cerrasse trás sí la puerta. Ella lo hizo assi, y la señora sentandose en el lecho, tentó el tapíz, y á lo que pienso, me puso las manos sobre el corazon, el qual palpitando apriessa, daba indicios del temor que le cercaba; ella viendo lo qual, me dixo con baxa, y lastimada voz: Hombre, quien quiera que seas, ya vés que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos, y finalmente, la vida que me sustentaba; pero porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra á mi venganza: y assi en cumplimiento de la promesa que te hice de librarte quando aqui entraste, has de hacer lo que ahora te diré. Ponte las manos en el rostro, porque si yo me descuydo en abrir los ojos, no me obligues á que te conozca, y sal de esse encerramiento, y sigue á una mi doncella que ahora vendrá aqui: la qual te pondrá en la calle, y te dará cien escudos de oro con que facilitas tu remedio: no eres conocido, no tienes ningun indicio, que te manifieste, sossiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delinquente. En esto bolbió la doncella, yo salí detrás el paño cubierto el rostro con la mano, y en señal de agradecimiento, hincado de rodillas besé el pié de la cama muchas veces, y luego seguí los de la doncella, que assimismo callando me asió del brazo, y por la puerta falsa de un jardin á obscuras me puso en la calle. En viendome en ella, lo primero que hice, fue, limpiar la espada, y con sossegado passo salí acaso á una calle principal, de donde reconocì mi posada, y me entré en ella, como si por mi no huviera passado, ni prospero sucesso, ni adverso. Contóme el huesped la desgracia del recien muerto Cavallero, y assi exageró la grandeza de su linage, como la arrogancia de su condicion, de la qual se creía le avria grangeado algun enemigo secreto, que á semejante termino le huviese conducido. Passé aquella noche dando gracias á Dios de las recibidas mercedes, y ponderando el valeroso, y nunca visto animo Christiano, y admirable proceder de Doña Guiomár de Sosa, que assi supe se llamaba mi bienhechora. Salì por

por la mañana al rio, hallé en él un barco lleno de gente, que se iba á embarcar en una gran nave, que en San Gian estaba de partida para las Islas Orientales. Bolvime á mi posada, vendi à mi huesped la cavalgadura, y cerrando todos mis dircursos en el puño, bolví al rio, y al barco, y otro dia me hallé en el gran Navío fuera del Puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino, que se deseaba. Quinze años he estado en las Indias, en los quales, sirviendo de Soldado con valentissimos Portugueses, me han sucedido cosas, de que quizá pudieran hacer una gustosa, y verdadera historia; especialmente de las hazañas de la, en aquellas partes, invencible Nacion Portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes, y venideros siglos. Alli grangeé algun oro, y algunas perlas, y cosas mas de valor, que de bulto: con las quales, y con la ocasion de bolverse mi General á Lisboa, bolví á ella, y de alli me puse en camino para bolverme á mi Patria, determinando ver primero todas las mejores, y mas principales Ciudades de España. Reducí á dineros mis riquezas, y á polizas los que me pareció ser necessario para mi camino, que fue el que primero intenté venir á Madrid, donde estaba recien venida la Corte del Gran Felipe Tercero: pero ya mi suerte cansada de llevar la nave de mi ventura con prospero viento, por el mar de la vida humana, quiso que diesse en un baxío que la destrozasse toda: y assi hizo, que en llegando una noche á Talavero, un Lugar que no está lexos de aqui, me apeé en un mesòn, que no me sirvió de mesón, sino de sepultura, pues en él hallé la de mi honra. O fuerzas poderosas de amor, de amor digo inconsiderado, presuroso, y lascivo, y mal intencionado, y con quanta facilidad atropellas designios buenos, intentos castos, y proposiciones discretas! Digo, pues; que estando en este mesón, entró en él acaso una doncella de hasta diez y seis años, alomenos à mi no me pareció de mas, puesto que despues supe que tenia veinte y dos: venia en cuerpo, y entrazado, vestida de paño, pero limpissima: y al passar junto á mi, me pareciò, que olia un prado lleno de flores por el mes de Mayo, cuyo olor en mis sentidos dexó atras las aromas de Arabia: llegóse la qual à un mozo del meson, y hablandole al oido, alzó una gran risa, y bolviendo las espaldas salió del mesòn, y se entró en una casa frontera. El mozo mesonero corrió trás ella, y no la pudo al-

canzar, sino fue con una coz que le dió en las espaldas, que le hizo entrar cayendo de ojos en su casa. Esto vió otra moza del mismo mesón, y llena de colera, díxo al mozo: Por Dios, Alonso, que lo haces mal, que no merece Luísa que la santigues à coces. Como essas le daré yo si vivo: respondiò el Alonso: calla Martina amiga, que à estas mozitas sobresalientes no solamente es menester ponerles la mano, sino los pies, y todo, y con esto nos dexó solos à mi, y á Martina, á la qual le pregunté, que, qué Luísa era aquella, y si era casada, ó no. No es casada, respondió Martina, pero serálo presto con este mozo Alónso que aveis visto, y en fe de los tratos que andan entre los Padres de ella, y los de él, se atreve Alonso á molerla á coces todas las veces que se le antoja, aunque muy pocas son sin que ella las merezca: porque si vá á decir la verdad, señor huesped, la tal Luísa es algo atrevidilla, y algun tanto libre, y descompuesta. Harto se lo he dicho yo, mas no aprovecha: no dexarà de seguir su gusto, si la sacan los ojos, pues en verdad, que una de las mejores dotes, que puede llevar una doncella, es la honestidad: que buen siglo aya la Madre qué me parió, que fue persona, que no me dexó ver la calle, ni aún por un agujero, quanto mas salir al umbral de la puerta. Sabía bien, como ella decia, que la muger, y la gallina, &c. Digame Señora Martina, le repliqué yo, como de la estrecheza de esse noviciado vino hacer profession en la anchura de un mesón? Hay mucho que decir en esso, dixo Martina. Y aún yo tuviera mas que decir de estas menudencias, si el tiempo lo pidiera, ó el dolor que traygo en el alma lo permitiera.

CAPITULO VII.

Donde el Polaco dá fin á la narracion de su Historia.

CON atencion escuchaban los Peregrinos el peregrino cuento del Polaco, ya deseaban saber que dolor trahia en el alma, como sabian el que debia de tener en el cuerpo, á quien dixo Periandro: Contad, señor, lo que quisieredes, y con las menudencias que quísieredes, que muchas veces el contarlas suele acrecentar gravedad al cuento: que no parece mal estar en la mesa de un banquete junto á un faysàn bien aderezado, un plato de una fresca, verde, y sabrosa en-

salada

salada. La salsa de los cuentos es la propriedad del lenguaje en qualquiera cosa que se diga: assi que, señor, seguid vuestra historia, contad de Alonso, y de Martina, acocead á vuestro gusto á Luisa: casadla, ó no la caseis, sease ella libre, y desembuelta como un cernicalo, que el toque no está en sus desembolturas, sino en sus sucessos, segun los hallo yo en mi astrología. Digo, pues, señores, respondió el Polaco, que usando de essa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero, que no la ponga en la plana de vuestro juício. Con todo, el que entonces tenia, que no debia de ser mucho, fuí, y vine una, y muchas veces aquella noche á pensar el en donayre, en la gracia, y en la desemboltura de la sin par, á mi parecer, ni sé si la llame vecina moza, ó conocida de mi huespeda: hice mil designios, fabrique mil torres de viento, caséme, tuve hijos, y dí dos higas al que dirán, y finalmente me resolví de dexar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talavera, casado con la Diosa Venus: que no menos hermosa me pareció la muchacha, aunque acoceada por el mozo del mezonero. Passóse aquella noche, tomé el pulso á mi gusto, y halléle tal, que á no casarme con esta, en poco espacio de tiempo avia de perder, perdiendo el gusto, la vida que ya avia depositado en los ojos de mi Labradora: atropellando por todo genero de inconvenientes, determiné de hablar á su Padre, pidiendosela por muger. Enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, dixele alabanzas de mi ingenio, y de mi industria, no solo para conservarlos, sino para aumentarlos: y con estas razones, y con el alarde que le avia hecho de mis bienes, vino mas blando que un guante á conceder con mi deseo: y mas quando vió que yo no reparaba en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento, y satisfecho de este concierto. Quedó Alonso despachado, Luísa mi esposa rostítuerta, como lo dieron á entender los sucessos que de allí á quince dias acontecieron con dolor mio, y verguenza suya: que fueron acomodarse mi esposo con algunas joyas, y dineros mios, con los quales, y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad, y en los pies, desapareció de Talavera, dexandome burlado, arrepentido, y dando ocasion al Pueblo á que de su inconstancia, y bellaquería en corrillos hablassen. Hizome el agravio acudir

à la venganza, pero no hallé en quien tomarla, sino en mí proprio, que con un lazo estuve mil veces por ahorcarme pero la suerte, que quizá para satisfacerme de los agravios que me tiene hechos, me guarda, ha ordenado, que mis enemigos ayan parecido presos en la carcel de Madrid, de donde he sido avisado que vaya á ponerles la demanda, y á seguir mi justicia; y assi voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y con quitarles las vidas, quitar de sobre mis ombros la pesada carga de su delito, que me trahe aterrado, y consumido. Vive Dios que han de morir: vive Dios que me he de vengar: vive Dios que ha de saber al mundo, que no sé dissimular agravios, y mas los que son tan dañosos, que se entran hasta las medúlas del alma. A Madrid voy, ya estoy mejor de mi caída, no hay sino ponerme á cavallo, y guardense de mi hasta los mosquitos del ayre, y no me lleguen á los oídos, ni ruegos de Frayles, ni llantos de personas devotas, ni promesas de bien intencionados corazones, ni dadivas de ricos, ni imperios, ní mandamientos de Grandes, ni toda la caterva que suele proceder á semejantes acciones: que mi honra ha de ândar sobre su delito, como el azeyte sobre el agua. Y diciendo esto, se iba á levantar muy ligero para bolver á subir, y á seguir su viage. Viendo lo qual Periandro, assiendole del brazo le detuvo, y dixo: Vos, señor, ciego de vuestra colera no echais de ver que vais á dilatar, y á estender vuestra deshonra. Hasta ahora no estais mas deshonrado de entre los que os conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y ahora vais á serlo de los que os conoceràn en Madrid. Quereis ser como el Labrador que crió la vivora serpiente en el seno todo el Invierno, y por merced del Cielo quando llegó el Verano, donde ella pudiera aprovecharse de su ponzoña, no la halló, porque se avia ido; el qual, sin agradecer esta merced al Cielo, quiso irla à buscar, y bolverla á anidar en su casa, y en su seno, no mirando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le está bien hallar; y á lo que comunmente se dice, que al enemigo que huye, la puente de plata: y el mayor que el hombre tiene, suele decírse que es la muger propria; pero esto debe de ser en otras Religiones que en la Christiana entre las quales los Matrimonios son una manera de concierto, y conveniencia, como lo es el de alquilar una casa, ú otra

alguna

alguna heredad; pero en la Religion Catholica el casamiento es Sacramento, que solo se desata con la muerte, ó con otras cosas, que son mas duras que la misma muerte, las quales pueden escusar la cohabitacion de los dos casados pero no deshacer el nudo conque ligados fueron. Que pensais que os sucederá quando la Justicia os entregue á vuestros enemigos atados, y rendidos encima de un tehatro publico, á la vista de infinitas gentes, y á vos blandiendo el cuchillo encima del cadahalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos decís, vuestra honra? Que os puede suceder, como digo, sino hacer mas público vuestro agravio: porque las venganzas castigan, pero no quitan las culpas, y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se están en pié, y siempre están vivas en las memorias de las gentes, à lo menos en tanto que vive el agraviado. Assi que, señor, bolved en vos, y dando lugar á la misericordia, no corrais tràs la justicia; y no os aconsejo por esto á que perdoneis á vuestra muger para bolverla à vuestra casa, que á esto no hay ley que os obligue: lo que os aconsejo, es, que la dexais, que es el mayor castigo que podreis darla. Vivid lexos de ella, y viviréis, lo que no haréis estando juntos, porque moriréis continuo. La ley del repudio fue muy usada entre los Romanos, y puesto que seria mayor charidad perdonarla, recogerla, sufrirla, y aconsejarla, es menester tomar el pulso á la paciencia, y poner en un punto extremado á la discrecion, de la qual pocos se pueden fiar en esta vida: y mas quando la contrastan inconvenientes tantos, y tan pesados. Y finalmente quiero que considereis, que vais á hacer un pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca. Atento estuvo á estas razones de Periandro el colerico Polaco, y mirandole de hito en hito, respondió: Tu, señor, has hablado sobre tus años, tu discrecion se adelanta á tus dias, y la maduréz de tu ingenio á tu verde edad: un Angel te ha movido la lengua: con la qual has ablandado mí voluntad, pues ya no es otra la que tengo, sino es la de bolverme á mi tierra á dar gracias al Cielo por la merced que me has hecho: ayudame á levantar, que si la colera me bolvió las fuerzas, no es bien que me las quite mi bien conside-

rada

rada paciencia. Esso harémos todos de muy buena gana, dixo Antonio el Padre: y ayudandole à subir en el macho, abrazandoles á todos primero, dixo, que queria bolver á Talavera á cosas, que á su hacienda tocaban: y que desde Lisboa bolveria por la mar á su Patria. Dixoles su nombre, que se llamaba Ortel Banedre, que respondia en Castellano, Martin Banedre, y ofreciendoseles de nuevo á su servicio, bolvió las riendas ácia Talavera, dexando á todos admirados de sus sucessos, y del buen donayre con que los avía contado. Aquella noche la passaron los Peregrinos en aquel mismo lugar: y de allí á dos dias en compañia de la antigua Peregrina, llogaron á la Sagra de Toledo, y á vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas, y claro por sus liquidos cristiales.

CAPITULO VIII.

De como los Peregrinos llegaron á la Villa de Ocaña, y el agradable sucesso que les avino en el camino.

NO es la fama del Tajo tal, que la cierren limites, ni la ignoren las mas remotas gentes del mundo; que á todos se estiende, y á todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle: y como es uso de los Septentrioneles ser la gente principal versada en la lengua Latina, y en los antiguos Poétas, eralo assi mismo Periandro, como uno de los mas principales de aquella Nacion: y assi por esto, como por aver mostradose á la luz del mundo aquellos dias las famosas obras del jamás alabado, como se debe, Poéta Garcilaso de la Vega, y averlas él visto, leído, mirado, y admirado: assi como vió al claro rio, dixo, no dirémos: *Aqui diò fin á su cantar Salicio*, sino: *Aqui dió principio á su cantar Salicio*: aqui sobrepujó en sus eglogas á sí mismo: aqui resonó su zampoña, á cuyo sòn se detuvieron las aguas de este rio, no se movieron las hojas de los arboles, y parandose los vientos dieron lugar á que la admiracion de su canto fuesse de lengua en lengua, y de gentes en gentes por todas las de la tierra. O venturosas, pues, cristalinas aguas, por todas las de la tierra! O venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas; qué digo yo doradas, antes de puro oro nacidas? Recoged á este pobre Peregrino, que como desde lexos os adora, os piensa reverenciar desde cerca: poniendo la vista

ta en la gran Ciudad de Toledo, fue esto lo que dixo: O peñascosa pesadumbre, gloria de España, y luz de sus Ciudades, en cuyo seno han estodo guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes Godos, para bolver á resucitar su muerte gloria, y á ser claro espejo, y deposito de Catholicas ceremonias! Salve, pues, ó Ciudad santa, y dá lugar, que en ti le tengan estos que venimos á verte. Esto dixo Periandro, que lo dixera mejor Antonio el Padre, si tan bien como él lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas veces hacen mas cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto, á causa, que el que lee con atencion, repara una, y muchas veces en lo que vá leyendo, el que mira sin ella no repara en nada, y con esto excede la leccion á la vista. Casi en este mismo instante resonó en sus oídos el son de infinitos, y alegres instrumentos, que por los valles que la ciudad rodea, se estendian, y vieron venir ácia donde ellos estaban, esquadrones, no armados de infantería, sino montones de doncellas, sobre el mismo Sol hermosas, vestidas á lo villano, llenas de sartas, y patenas los pechos, en quien los corales, y la plata tenian su lugar, y assiento, con mas gala, que las perlas, y el oro, que aquella vez se hurtó de los pechos, y se acogió á los cabellos, que todos eran luengos, y rubios como el mismo oro. Venian, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores. Campeó aquel dia, y en ellas antes la palmilla de Cuenca, que el damasco de Milán, y el raso de Florencia. Finalmente, la rusticidad de sus galas se aventajaba á las mas ricas de la Corte, porque si en ellas se mostraba la honesta mediania, se descubria assi mismo la extremada limpieza: todas eran flores, todas rosas todas donayre: y todas juntas componian un honesto movimientos, aunque de diferentes bayles formado: el qual movimientos era incitado del són de los diferentes instrumentos ya referidos. Al rededor de cada esquadron andaban por defuera, de blanquisimo lienzo vestidos, y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, ó ya sus parientes, ó ya sus conocidos, ó ya vecinos de sus mismo lugares: uno tocaba el tamboril, y la flauta, otro el psalterio: este las sonajas, y aquél los albogues: y de todos estos sones redundaba uno solo, que alegraba con la concordancia, que es el fin

fin de la musica: y al passar uno de estos esquadrones, ó junta de bayladores doncellas por delante de los Peregrinos; uno, que á lo que despues pareció era el Alcalde del Pueblo, asió á una de aquellas doncellas del brazo, y mirandola muy bien de arriba abaxo, con voz alterada, y de mal talante, la dixo: A Tozuelo, Tozuelo, y que de poca verguenza os acompaña! Bayles son estos para ser profanados, fiestas son estas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? No sé yo como consienten los cielos semejantes maldades: si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Cobeña, por Dios que nos han de oír los sordos. Apenas acabó de decir esta palabra el Alcalde, quando llegó otro Alcalde, y le dixo: Pedro Cobeño, si os oyessen los sordos, sería hacer milagros: contentaos con que nosotros nos oygamos á nosotros, y sepamos en que os ha ofendido mi hijo Tozuelo: que si él ha delinquido contra vos, justicia soy yo, que lo podré, y sabré castigar. A lo que respondió Cobeño: El delinquimiento ya se vé, pues siendo varon, vá vestido de hembra, y no de hembra como quiera, sino de doncella de su Magestad, en sus fiestas; porque veais, Alcalde Tozuelo, si es mocosa la culpa: témome que mi hija Cobeña anda por aqui, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos: y no querria que el Diablo hiciesse de las suyas, y sin nuestra sabiduría los juntasse sin las bendiciones de la Iglesia, que ya sabeis que estos casorios hechos á hurradillas, por la mayor parte pararon en mal, y dàn de comer à los de la Audiencia Clerical, que es muy carera. A esto respondió por Tozuelo una doncella Labradora, de muchas que se pararon á oír la platica: Si và á decir la verdad, señores Alcaldes, tan marida es Mari Cobeña de Tozuelo, y el marido de ella, como lo es mi Madre de mi Padre, y mi Padre de mi Madre: ella está en cinta, y no está para danzar, ni baylar: cassenlos, y vayase el Diablo para malo, y á quien Dios se la diere San Pedro se la bendiga. Por Dios, respondió Tozuelo, vos decis muy bien; entrambos son iguales, no es mas Christiano viejo el uno, que el otro, las riquezas se pueden medir con una misma vara. Ahora bien replicó Cobeño, llamen aqui á mi hija, que ella los deslindará todo, que no es nada muda. Vino Cobeña, que no estaba lexos, y lo primero que dixo, fue: Ni yo he sido la primera, ni seré la postrera que aya tropezado,

zado, y caído en estos barrancos: Tozuelo es mi esposo, y yo su esposa, y pordonenos Dios á entrambos, quando nuestros Padres no quisieron. Esto si, hija, dixo su Padre, la verguenza por los cerros de Ubeda antes que en la cara; pero pues esto está ya hecho, bien será que el Alcalde Tozuelo se sirva de que este caso passe adelante, pues vosotros no le aveis querido dexar atrás. Par diez, dixo la doncella primera, que el señor Alcalde Cobeño ha hablado como un viejo: dense estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta ahora, y queden para en uno, como lo manda la Santa Iglesia nuestra Madre: y vamos con nuestro bayle al olmo, que no se ha de estorvar nuestra fiesta por niñerías. Vino Tozuelo con el parecer de la moza, dieronse las manos los donceles, acabóse el pleyto, y passó el bayle adelante; que si con esta verdad se acabáron todos los pleytos, secas, y peladas estuvieran las solicitas plumas de los Escrivanos. Quedaron Periandro, y Auristela, y los demás peregrinos contentissimos de aver visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las Labradoras doncellas, que parecian todas á una mano, que eran principio, medio, y fin de la humana belleza. No quizo Periandro, que entrassen en Toledo, porque assi se lo pidiò Antonio el Padre, à quien aguijaba el deseo que tenia de ver á su Patria, y á sus Padres, que no estaban lexos, diciendo, que para ver las grandezas de aquella Ciudad, convenia mas tiempo, que el que su priessa les ofrecia. Por esta misma razon tampoco quisieron passar por Madrid, donde á la sazon estaba la Corte, temiendo algun estorvo, que su camino les impidiesse. Confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diciendoles, que andaban en la Corte ciertos pequeños que tenian fama de ser hijos de Grandes, aunque pajaros noveles, se abatian al señuelo de qualquiera muger hermosa, da qualquiera calidad que fuesse; que el amor antojadízo no busca calidades, sino hermosura. A lo que añadió Antonio el Padre: De essa manera, será menester que usemos de la industria que usan las grullas, quando mudando regiones passan por el monte Limavo, en el qual las están aguardando unas aves de rapiña para que las sirvan de pasto; pero ellas previniendo este peligro, passan de noche, y llevan una piedra cada una en la boca, para que les impída el canto, y escusen de ser sentidas: quanto mas,

mas, que la mejor industria que podemos tener, es seguir la ribera de este famoso rio, y dexando la Ciudad á mano derecha, guardando para otro tiempo el verla nos vamos á Ocaña, y desde allí al Quintanar de la Orden, que es mi Patria. Viendo la peregrina el designio del viage que avia hecho Antonio, dixo, que ella queria seguir el suyo, que le venia mas á cuento. La hermosa Ricla le dió dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidió de todos cortés, y agradecida. Nuestros peregrinos passaron por Aranjuéz, cuya vista, por ser en tiempo de Primavera, en un mismo punto les puso la admiracion, y la alegria. Vieron iguales, y estendidas calles, à quien servian de espaldas, y arrimos los verdes, é infinitos arboles, tan verdes, que las hacian parecer de finissimas esmeraldas: vieron la junta, los besos, y abrazos que se daban los dos famosos rios Henares, y Tajo: contemplaron sus sierras de agua, admiraron el concierto de sus jardines, y de la diversidad de sus flores: vieron sus estanques, con mas peces, que arenas, y sus esquisitos frutales, que por aliviar el peso á los arboles, tendian las ramas por el suelo. Finalmente Periandro tuvo por verdadera la fama que de este sitio por todo el mundo se esparcia. Desde allí fueron á la Villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus Padres vivian, y se informó de otras cosas, que le alegraron, como luego se dirà.

CAPITULO IX.

Llegan al Quintanar de la Orden, donde sucede un notable caso. Halla Antonio el barbaro á sus Padres: quedanse can ellos él, y Ricla su muger; pero Antonio el mozo, y Constanza prosiguen la peregrinacion en compañia de Periandro, y Auristela.

CON los ayres de su Patria se regozijaron los espiritus de Antonio, y con el visitar á Nuestra Señora de Esperanza, á todos se les alegrò el alma. Ricla, y sus dos hijos se alborozaron con el pensamiento de que avian de ver presto, ella á los suegros, y ellos á sus Abuelos, de quien ya se avia informado Antonio, que vivian, á pesar del sentimiento, que la ausencia de su hijo les avia causado. Supo assi mismo como su contrario avia heredado el Estado de su Padre, y que avia muerto en amistad de su Padre de Antonio, á causa

sa que con infinitas pruebas, nacidas de la intrincada secta del duelo, se avia averiguado que no fue afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia passaron, fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerza á las palabras: y las que se dicen con las espadas desnudas, no afrentan, puesto que agravian: y assi el que quiere tomar venganza de ellas, no se ha de entender que satisface su afrenta, sino que castiga su agravio, como se mostrará en este exemplo. Presupongamos que yo digo una verdad manifiesta: respondeme un desalumbrado, que miento, mentiré todas las veces que lo dixere, y poniendo mano á la espada, sustenta aquella desmentida; yo que soy el desmentido tengo necessidad de bolver por la verdad que dixe, la qual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necessidad de castigar el poco respeto que se me tuvo: de modo, que el desmentido de esta suerte puede entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objeccion, que está afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie, hasta que se satisfaga: porque, como tengo dicho, es grande la diferencia que hay entre agravio, y afrenta. En efecto digo, que supo Antonio la amistad de su Padre, y de su contrario, y que pues ellos avian sido amigos, se avria bien mirado su causa. Con estas buenas nuevas, con mas sossiego, y mas contento se puso otro dia en camino con sus camaradas, á quien contó todo aquello que de su negocio sabía, y que un hermano del que pensó ser su enemigo, le avia heredado, y quedado en la misma amistad con su Padre, que su hermano el muerto. Fue parecer de Antonio, que ninguno saliesse de su orden, porque pensaba darse á conocer á su Padre, no de improviso, sino por algun rodéo, que le aumentasse el contento de hacerle conocido; advirtiendo, que tal vez mata una subita alegria, como suele matar un improviso pesar. De allí à tres dias llegaron al crepusculo de la noche á su lugar, y á la casa de su Padre, el qual con su Madre, segun despues pareció, estaba sentado á la puerta de la calle, tomando, como dicen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del Verano. Llegaron todos juntos, y el primero que habló fue Antonio à su mismo Padre. Hay por ventura, señor, en este lugar hospital de peregrinos? Segun es Christiana la gente que la habite, respondió su Padre, todas

las

las casas de él son hospital de peregrinos; y quando otra no huviara, esta mia, segun su capacidad, sirviera por todas. Prendas tengo yo por essos mundos adelante, que no se si andarán ahora buscando quien las acoja. Por ventura, Señor, replicó Antonio, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en él no viven un apellido de unos Hidalgos, que se llaman Villaseñores? Digolo, porque he conocido yo un tal Villaseñor bien lexos de esta tierra, que si èl estuviera en esta, no nos faltara posada à mi, ni á mis camaradas. Y como se llamaba, hijo, dixo su Madre, esse Villaseñor que decis, llamabase Antonio, replicó Antonio; y su Padre, segun me acuerdo, me dixo se llamaba Diego de Villaseñor. Ay señor! dixo la Madre levantandose de donde estaba, que esse Antonio es mi hijo, que por cierta desgracia há al pié de diez y seis anos que falta de esta tierra, comprado le tengo á lagrimas, pesado á suspiros, y grangeado con oraciones: plegue à Dios que mis ojos le vean antes que descubra la noche de la eterna sombra. Decidme, dixo, ha mucho que le vistes, há mucho que le dexastes, tiene salud, piensa bolver á su Patria, acuerdase de sus Padres, á quien podrá venir á ver, pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hicieron desterrar de su tierra? Todas estas razones escuchaba el anciano Padre de Antonio, y llamando á grandes voces á sus criados, les mandó encender luces, y que metiessen dentro de casa à aquellos honrados peregrinos: y llegandose á su no conocido hijo, le abrazò estrechamente, diciendole: Por vos solo, señor, sin que otras nuevas os hiciessen el aposento, os le diera yo en mi casa, llevado de la costumbre que tengo de agasajar en ella á todos quantos peregrinos por aqui passan; pero ahora con las ragozijadas nuevas, que me aveis dado, ensancharé la voluntad, y sobrepujarán los servicios que os hiciere á mis mismas fuerzas. En esto ya los sirvientes avian encendido luces, y guiando los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de un gran patio que tenia saltaron dos hermosas, y honestas doncellas, hermanas de Antonio, que avian nacido despues de su ausencia: las quales, viendo la hermosura de Auristela, y la gallardía de Constanza su sobrina, con el buen parecer de Ricla su cuñada, no se hartaban de besarlas, y de bendecirlas; y quando esperaban que sus Padres entrassen dentro de

casa

casa con el nuevo huesped, vieron entrar con ellos un confuso monton de gente que trahian en ombros sobre una silla sentado un hombre como muerto, que luego supieron ser el Conde, que havia heredado al enemigo que solia ser de su hermano. El alboroto de la gente, la confusion de sus Padres, el cuydado de recibir los nuevos huespedes, les turbó de manera, que no sabían á quien acudir, ni á quien preguntar la causa de aquel alboroto. Los Padres de Antonio acudieron al Conde, herido de una bala por las espaldas, que en una rebuelta de dos Compañias de Soldados que estaban en el pueblo alojadas, avian tenido con los del lugar, y le avian passado por las espaldas el pecho: el qual, viendose herido, mandó á sus criados que le truxessen en casa de Diego de Villaseñor su amigo, y el traherle fue á tiempo, que comenzaba á hospedar á su hijo, á su nuera, y á sus dos nietos, y á Periandro, y á Auristela: la qual asiendo de las manos á las hermanas de Antonio, les pidió que la quitassen de aquella confusion, y la llevassen á algun aposento donde nadie la viesse. Hicieronlo ellas assi, siempre admirandose de nuevo de la sin par belleza de Auristela. Comenza, á quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria, ni podia apartarse de sus tias, que todas eran de una misma edad, y casi de una igual hermosura. Lo mismo le aconteció al mancebo Antonio, el qual olvidado de los respetos de la buena crianza, y de la obligacion del hospedage, se atrevió honesto, y regozijado á brazar á una de sus tias; viendo lo qual un criado de casa, le dixo: Por vida del señor peregrino, que tenga quedas las manos, que el señor de esta casa no es hombre de burlas; sino á fé que se las haga tener quedas á despecho de su desvergonzado atrevimiento: Por Dios, hermano, respondió Antonio, que es muy poco lo que he hecho para lo que pienso hacer, si el Cielo favosece mis deseos, que no son otros que servir á estas señoras, y á todos los de esta casa. Ya en esto avian acomodado al Conde herido en un rico lecho, y llamado á dos Cirujanos que le tomassen la sangre, y mirassen la herida, los quales declaron ser mortal, sin que por via humana tuviesse remedio alguno. Estaba todo el Pueblo puesto en arma contra los Soldados, que en esquadron formado se avian salido al campo, y esperaban, si fuessen acometidos del Pueblo, dandoles batalla. Valía po-

co para ponerlos en paz la solicitud, y la prudencia de los Capitanes, ni la diligencia Christiana de los Sacerdotes, y Religiosos de aquel Pueblo, el qual por la mayor parte se alborota de livianas ocasiones, y crece, bien assi como ván creciendo las olas del mar, de blando viento movidas, hasta que tomando el Regañon el blando soplo del Zefiro, le mezcla con su Huracán, y las levanta el Cielo: el qual dandose priessa á entrar el dia, la prudencia de los Capitanes hizo marchar á sus Soldados otra parte, y los del Pueblo se quedaron en sus limites á pesar del rigor, mal animo, que contra los Soldados tenian concebido. En fin, por terminos, y causas espaciosas, con sobresaltos agudos, poco á poco vino Antonio á descubrirse á sus Padres, haciendoles presente de sus nietos, y de su nuera, cuya presencia sacó lagrimas de los ojos de los viejos: y la belleza de Auristela, y la gallardía de Periandro les sacó el pasmo al rostro, y la admiracion á todos los sentidos. Este placer tan grande, como improviso: esta llegada de sus hijos tan no esperada se la aguó, turbó, y casi deshizo la desgracia del Conde, que por momentos iba empeorando: con todo esso le hizo presente de sus hijos, y de nuevo le hizo ofrecimiento de su casa, y de quanto en ella avia, que para su salud fuese conveniente; porque aunque quisiera moverse, y llevarle á la de su Estado, no fuera posible: tales eran las pocas esperanzas que se tenian de su salud. No se quitaban de la cabecera del Conde, obligadas de su natural condicion, Auristela, y Constanza, que con la compassion Christiana, y solicitud possible eran sus enfermeras; puesto que iban contra el parecer de los Cirujanos, que ordenaban le dexassen solo, ó á lo menos no acompañado de mugeres; pero la disposicion del Cielo, que con causas á nosotros secretas ordena, y dispone las cosas de la tierra, ordenó, y quiso, que el Conde llegasse al ultimo de su vida, y un dia antes que de ella se despidiesse, cierto ya de que no podia vivir, llamó á Diego de Villaseñor, y quedandose con èl solo, le dixo de esta manera: Yo salí de mi casa con intencion de ir Roma este año, en el qual el Summo Pontifice ha abierto las arcas del Thesoro de la Iglesia, y comunicadonos como en año Santo las infinitas gracias, que en èl suelen ganarse. Iba á la ligera, mas como peregrino pobre, que como Cavallero rico: entré en este Pueblo,

blo, hallé travada una pendencia, como ya, señor, aveis visto, entre los Soldados que en él estaban alojados, y entre los vecinos de ella: mezcléme en ella, y por reparar las agenas vidas, he venido á perder la mia, porque esta herida, que á traicion, si assi se puede decir, me dieron, me la vá quitando por momentos: no sé quien me la dió, porque las pendencias del vulgo trahen consigo á la misma confusion. No me pesa de mi muerte, sino es por las que ha de costar, si por justicia, ó por venganza quisiere castigarse: con todo esto, por hacer lo que en mí es, y todo aquello que de mi parte puedo, como Cavallero, y Christiano, digo, que perdono al matador, y á todos aquellos que con él tuvieron culpa: y es mi voluntad assimismo de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me aveis hecho: y la muestra que he de dar de este agradecimiento, no será assí como quiera, sino con el mas alto extremo que pueda imaginarse. En essos dos baúles que ahí están, donde llevaba recogida mi recamara, creo que vàn hasta veinte mil ducados en oro, y en joyas, que no ocupan mucho lugar: y si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierran las entrañas de Potosí, hiciera de ella lo mismo, que de esta hacer quiero. Tomadla, señor, en vida, ó haced que la tome la señora Doña Constanza vuestra nieta: que yo se lo doy en arras, y para su dote, y mas que le pienso dar esposa de mi mano, tal, que aunque presto quede viuda, quede viuda honradissima, juntamente con quedar doncella honrada. Llamadla aqui, y trahed quien me despose con ella, que su valor, su Christiandad, y su hermosura merecian hacerla señora del Universo. No os admire, señor, lo que oís: creed lo que os digo, que no serà novedad disparatada casarse un Titulo con una doncella Hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer à una muger famosa. Esto quiere el Cielo, á esto me inclína mi voluntad: por lo que debeis al ser discreto que no lo estorve la vuestra. Id luego, y sin replicar palabra, trahed quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, assi de la entrega de estas joyas, y dineros, y de la mano, que de esposo le he de dar, que no aya calumnia que la deshaga. Pasmóse á estas razones Villaseñor, y creyó sin dude alguna, que el Conde avia perdido el juicio, y que la

hora de su muerte era llegada : pues en tal punto por la mayor parte, ó se dicen grandes sentencias, ó se hacen grandes disparates ; y assi lo que le respondió, fue : Señor, yo espero en Dios, que tendreis salud, y entonces con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turbe los sentidos, podreis ver las riquezas que dais, y la muger que escogeis Mi nieta no es vuestra igual, ó á lo menos no está en potencia propinqua, sino muy remota de merecer ser vuestra esposa : y yo no soy tan codicioso, que quiera comprar esta honra que quereis hacerme con lo que dirá el vulgo, casi siempre mal intencionado: del qual ya me parece que dice que os tuve en mi casa, que os trastorné el sentido, y que por vias de la solicitud codiciosa os hice hacer esto. Diga lo que quisiere, dixo el Conde, que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedará engañado en lo que de vos pensáre. Alto, pues, dixo Villaseñor, no quiero ser tan ignorante, que no quiera abrir á la buena suerte que está llamando á las puertas de mi casa: y con esto se salió del aposento, y comunicó lo que el Conde le avia dicho con su muger, con sus nietos, y con Periandro, y Auristela : los quales fueron de parecer, que sin perder punto asiessen á la ocasion por los cabellos, que les ofrecia, y traxessen quien llevasse al cabo aquel negocio. Hizose assi, y en menos de dos horas ya estaba Constanza desposada con el Conde, y los dineros, y joyas en su possession, con todas las circunstancias, y revalidaciones que fueron possible hacerse. No huvo musicas en el desposorio, sino llantos, y deminos, porque la vida del Conde se iba acabando por momentos. Finalmente, otro dia despues del desposorio, recibidos todos los Sacramentos, murió el Conde en los brazos de su esposa la Condesa Constanza: la qual cubriendose la cabeza con un velo negro, hincada de rodillas, y levantando los ojos al Cielo, comenzó á decir: Yo hago voto, pero apenas dixo esta palabra, quando Auristela le dixo: Que voto quereis hacer, señora? De ser Monja, respondió la Condesa. Sedlo, y no le hagais, replicó Auristela, que las obras de servir á Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueven accidentes: y este de la muerte de vuestro esposo, quizá os hará prometer lo que despues, ó no podreis, ò no quereis cumplir. Dexad en las manos de Dios, y en las vuestras vuestra voluntad, que assi vuestra discrecion, como la de vuestros

Pa-

Padres, y hermanos os sabrá aconsejar, y encaminar en lo que mejor os estuviere: y dése ahora orden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que quien os hizo Condesa tan sin pensarlo, os sabrà, y querrá dar otro Titulo, que os honre, y os engrandezca con mas duracion que el presente. Rindióse á este parecer la Condesa, y dando trazas al entierro del Conde, llegó un su hermano menor, á quien ya avian ido las nuevas á Salamanca, donde estudiaba, lloró la muerte de su hermano, pero enjugóle presto las lagrimas el gusto de la herencia del Estado. Supo el hecho, abrazó á su cuñada, no contradixo á ninguna cosa, depositó à su hermano para llevarle despues á su lugar. Partióse á la Corte para pedir justicia contra los matadores, anduvo el pleyto, degollaron á los Capitanes, y castigaron a muchos de los del Pueblo. Quedóse Constanza con las arras, y el Titulo de Condesa: apercibiòse Periandro para seguir su viage, á quien no quisieron acompañar Antonio el Padre, ni Riela su muger, cansados de tantas peregrinaciones, que no cansaron á Antonio el hijo, ni á la nueva Condesa, que no fue possible dexar la compañia de Auristela, ni de Periandro. A todo esto nunca avia mostrado à su Abuelo el lienzo donde venia pintada su historia: enseñósele un dia Antonio, dixo, que faltaba allí de pintar los passos por donde Auristela avia venido á la Isla Barbara, quando se vieron ella, y Periandro en los trocados trages, ella en el de varon, y él en el de hembra, metamorfosis bien estraño; á lo que Auristela dixo, que en pocas razones lo diria, que fue, que quando la robaron los Piratas de las riberas de Dinamarca á ella, Cloélia, y á las dos Pescadoras, vinieron á una Isla despoblada á repartir la presa entre ellos: y no pudiendose hacer el repartimiento con igualdad, uno de los mas principales se contentó con que por su parte le diessen mi persona, y aùn añadió dadivas para igular la demasía. Entré en su poder sola, sin tener quien en mi desventura me acompañasse, que de las miserias suele ser alivio la compañia. Este me vistió en habitos de varon temeroso, que en los de muger no me solicitasse el viento. Muchos dias anduve con el peregrinando por diversas partes, y sirviendole en todo aquello que á mi honestidad no ofendia. Finalmente, un dia llegamos á la Isla Barbara, donde de improviso fuimos presos de los Barbaros, y él quedó

muerto en la refriega de mi prision, y yo fui trahida à la cueva de los prisioneros, donde hallé á mi amada Cloélia, que por otros no menos desventurados passos allí avia sido trahida: la qual me contò la condicion de los Barbaros, la vana supersticion que guardaba, y el assumpto rídiculo, y falso de su profecía. Dixome assimismo, que tenia barruntos de que mi hermano Periandro avia estado en aquella sima, á quien no avia podido hablar, por la priessa que los Barbaros se daban á sacarle para ponerle en el sacrificio: y que avia querido acompañarle para certificarse de la verdad, pues se hallaba en habitos de hombre, y que assi rompidiendo por las persuaciones de Cloélia, que se lo estorbaban, salió con su intento, y se entregó de toda su voluntad para ser sacrificada de los Barbaras, persuadiendose ser bien de una vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte, con traherla á peligro de perderla por momentos: y que no tenia mas que decir, pues sabían lo que desde aquel punto le avia sucedido. Bien quisiera el anciano Villaseñor, que todo esto se añadiera al lienzo; pero todos fueron de parecer, que no solamente se añadiesse, sino que aún lo pintado se borrasse, porque tan grandes, y tan no vistas cosas, no eran para andar en lienzos debiles, sino en laminas de bronce escritas, y en las memorias de las gentes gravadas. Con todo esso quiso Villaseñor quedarse con el lienzo, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos, y á la sin par hermosura, y gallardía de Auristela, y Periandro. Algunos dias se passaron, poniendo en orden su partida para Roma, deseosos de ver cumplidos los votos de su promessa. Quedóse Antonio el Padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni menos la nueva Condesa, que como queda dicho, la aficion que á Auristela tenia, la llevára, no solamente á Roma, sino al otro mundo, si para allá se pudiera hacer viage en compañia. Llegóse el dia de la partida, donde huvo tiernas lagrimas, y apretados abrazos, y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que en ver partir á sus hijos se le partia el alma. Echòles su bendicion su Abuelo á todos: que la bendicion de los ancianos parece que tiene prerrogativa de mejorar los sucessos. Llevaron consigo á uno de los criados de casa para que los sirviesse en el camino, y puestos en él, dexaron soledades en su casa, y Padres, y en compañia entre alegre, y triste siguieron su viage.

CA-

CAPITULO X.

De lo que passó con unos Cautivos fingidos que encontraron.

LAS peregrinaciones largas siempre trahen consigo diversos acontecimientos: y como la diversidad se compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean. Bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniendonos en duda donde serà bien anudarle: porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrian passar sin serlo, y sin quedar menoscabada la historia. Acciones hay, que por grandes deben callarse; y otras, que por baxas no deben decirse; puesto que es excelencia de la Historia, que qualquiera cosa que en ella se escriba, puede passar al sabor de la verdad que trahe consigo; lo que no tiene la fabula, á quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad, y gusto, y con tanta verosimilitud, que à despecho, y pesar de la mentira, que hace dissonancia en el entendimiento, forme una verdadera harmonia. Aprovechandome, pues, de esta verdad, dìgo, que el hermoso esquadron de los Peregrinos, prosiguiendo su viage, llegó á un Lugar no muy pequeño, ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaza de él, por quien forzosamente avian de passar, vieron mucha gente junta, todos atentos, mirando, y escuchando á dos mancebos, que en trage de recien rescatados Cautivos, estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenian en el suelo. Parecia que se avian descargado de dos pesadas cadenas que tenian junto à sí, insignias, y relatoras de su pesada desventura: y uno de ellos, que debia de ser de hasta veinte y quatro años, con voz clara, y en todo extremo experta lengua, crugiendo de quando en quando un corbacho, ó por mejor decir azote, que en la mano tenia, le sacudia de manera, que penetraba los oídos, y ponia los estallidos en el Cielo; bien assi como hace el cochero, que castigando, ó amenazando à sus cavallos, hace resonar su latigo por los ayres. Entre los que la larga platica escuchaban, estaban los dos Alcaldes del Pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el uno, como el otro. Por donde comenzó su arenga el libre Cautivo, fue diciendo: Esta, señores, que aqui veis pintada,

es la Ciudad de Argél, gomia, y tarasca de todas las riberas del Mar Meditarraneo, Puerto universal de corsarios, y amparo, y refugio de ladrones, que de este pequeñuelo Puerto que aqui vá pintado, salen con sus Baxeles á inquietar el mundo, pues se atreven á passar el Plus Ultra de las columnas de Hercules, y acometer, y robar las apartadas Islas, que por estar rodeadas del inmenso Mar Occeano, pensaban estar seguras, á lo menos de los Baxeles Turquescos. Este Baxél que aqui veis reducido á pequeño, porque lo pide asi la pintura, es una Galeota de veinte y dos bancos, cuyo dueño, y Capitan es el Turco, que en la crugia va en pié con un brazo en la mano, que cortó à aquel Christiano que allí veis, para que le sirva de rebenque, y azote à los demás Christianos que ván amarrados á sus bancos, temeroso no le alcancen estas quatro Galeras que aqui veis, que le ván entrando, y dando caza. Aquel Cautivo primero del primer banco, cuyo rostro le desfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto, yo soy, que servia de espaldér en esta Galeota; y el otro que está junto á mi, es este mi compañero, no tan sangriento, porque fue menos apaleado. Escuchad, señores, y estad atentos, quizá la aprehension de este lastimoso cuento, os llevará á los oídos las amenazadoras, y vituperosas voces que ha dado este perro de Dragut, que assi se llamaba el Arraez de la Galeota, corsario tan famoso, como cruel, y tan cruel, como Falaris, ò Busiris tiranos de Sicilia: á lo menos á mi me suena ahora el rospení, el manahora, y el denimaniyoc, que con corage endiablado vá diciendo: que todas estas son palabras, y razones Turquescas, encaminadas á la deshonra, y vituperio de los Cautivos Christianos. Llamanlos de Judíos, hombres de poco valor, de fé negra, y de pensamientos viles, y para mayor horror, y espanto, con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos. Parece ser, que uno de los dos Alcaldes avia estado cautivo en Argel mucho tiempo, el qual con baxa voz dixo á su compañero: Este Cautivo hasta ahora parece que vá diciendo verdad, y que en lo general no es Cautivo falso; pero yo le examinaré en lo particular, y verémos como dà la cuerda, porque quiero que sepais que yo iba dentro de esta Galeota, y no me acuerdo de averle conocido por espaldér de ella, sino fue à un Alonso Moclin, natural de Velez-

malaga.

malaga. Y bolviendose al Cautivo, le dixo: Decidme, amigo, cuyas eran las Galeras ques os daban caza, y si conseguisteis por ellas la libertad deseada? Las Galeras, respondiò el Cautivo, eran de Don Sancho de Leyva, la libertad no la conseguimos, porque no nos alcanzaron: tuvimosla despues, porque nos alzamos con una Galeota, que desde Sagél iba á Argél cargada de trigo: venimos á Orán con ella, y desde allí à Malaga, de donde mi compañero, y yo nos pussimos en camino de Italia, con intencion de servir á su Magestad (que Dios guarde) en el exercicio de la guerra. Decidme, amigos, replicó el Alcalde, cautivasteis juntos, llevaronos á Argél del primer voléo, ú á otra parte de Berbería? No cautivamos juntos, respondiò el otro Cautivo, porque yo cautivé junto á Alicante en un Navío de lanas, que passaba á Genova: mi compañero en los Percheles de Malaga, á donde era pescador: conocimonos en Tetuán, dentro de una mazmorra hemos sido amigos, y corrido una misma fortuna mucho tiempo: y para diez, ó doce quartos, que apenas nos han ofrecido de limosna sobre el lienzo, mucho nos aprieta el señor Alcalde. No mucho, señor galán, replicó el Alcalde, que aún no estan dadas todas las bueltas de la mancuerda. Escucheme, y digame: quantas puertas tiene Argél, y quantas fuentes, y quantos pozos de agua dulce? La pregunta es boba, respondió el primer Cautivo: Tantas puertas tiene, como tiene casas, y tantas fuentes, que yo no las se, y tantos pozos, que yo no los he visto, y los trabajos que yo en él he passado, me han quitado la memoria de mi mismo: y si el señor Alcalde quiere ir contra la charidad Christiana, recogerémos los quartos, y alzarémos la tienda, y á Dios aho, que tan buen pan hacen aquí, como en Francia. Entonces el Alcalde llamó á un hombre de los que estaban en el corro, que al parecer servia de Pregonero en el Lugar, y tal vez de verdugo quando se ofrecia, y dixole: Gil Berrueco, id á la plaza, y trahedme aqui luego los primeros dos asnos que toparedes, que por vida del Rey nuestro Señor, que han de passear las calles en ellos estos dos señores Cautivos, que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contandonos mentiras, y embelecos, estando sanos como una manzana, y con mas fuerzas para tomar una azada en la mano, que no un corbacho para dar estallidos

dos en seco. Yo he estado en Argél cinco años esclavo, y sé que no me dais señas de él en ninguna cosa de quantas aveis dicho. Cuerpo del mundo, respondió el Cautivo, es possible, que ha de querer el señor Alcalde, que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que por una niñería, que no importa tres ardites, quiera quitar la honra á dos tan insignes Estudiantes como nosotros: y juntamente quitar á su Magestad dos valientes Soldados, que ibamos á essas Italias, y á essos Flandes á romper, à destrozar, á herir, y á matar los enemigos de la Santa Fé Catholica que topáramos; porque si va à decir verdad, que en fin es hija de Dios, quiera que sepa el señor Alcalde, qué nosotros no somos Cautivos, sino Estudiantes de Salamanca, y en la mitad, y en lo mejor de nuestros estudios nos vino gana de ver mundo, y de saber á que sabia la vida de la guerra, como sabiamos el gusto de la vida de la paz. Para facilitar, y poner en obra este deseo, acertaron á passar por allí unos Cautivos, que tambien lo debian de ser falsos como nosotros ahora; les compramos este lienzo, y nos informamos de algunas cosas de las de Argél, que nos pareció ser bastantes, y necessarias. Para acreditar nuestro embeleco, vendimos nuestros libros, y nuestras alhajas á menos precio, y cargados con esta mercadería, hemos llegado hasta aqui: pensamos pasar adelante, si es que el señor Alcalde no manda otra cosa. Lo que pienso hacer, es replicó el Alcalde, daros á cada uno cien azotes, y en lugar de la pica que vais á arrastrar en Flandes, poneros un remo en las manos, que le cimbreis en el agua en las galeras, con quien quizá haréis mas servicio à su Magestad, que con la pica. Querráse, replicó el mozo hablador, mostrar ahora el Señor Alcalde ser un Legislador de Athenas, y que la riguridad de su oficio llegue á los oídos de los señores del Consejo, donde acreditandole con ellos, le tengan por severo, y justiciero, y le cometan negocios de importancia donde muestre su severidad, y su justicia: pués sepa el señor Alcalde, que *summum jus summa injuria* Mirad como hablais, hermanos, replicó el segundo Alcalde, que aqui no hay justicia con luxuria, que todos los Alcaldes de este Lugar han sido, son, y seràn limpios, y castos como el pelo de la massa, y hablad menos, que os será sano. Bolvió en esto el pregonero, y dixo: Señor Alcalde, yo no he topado en la plaza asnos

nos ningunos, sino à los dos Regidores Berrueco, y Crespo, que andan en ella passeandose. Por asnos os embié yo, majadero; que no por Regidores; pero bolved, y trahedlos acá, por si, ó por no, que quiero que se hallen presentes al pronunciar de esta sentencia, que ha de ser sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos, que gracias sean dadas al Cielo, hartos hay en este Lugar. No le tendrá vuessa merced, señor Alcalde en el Cielo, replicó el mozo, si passa adelante con esta riguridad. Por quien Dios es, que vuessa merced considere, que no hemos robado tanto, que podemos dar á censo, ni fundar ningun mayorazgo: apenas grangeamos el misero sustento con nuestra industria, que no dexa de ser trabajosa, como lo es, la de los oficiales, y jornaleros. Mis Padres no nos enseñaron oficio alguno, y assi nos es forzoso, que remitamos á la industria lo que aviamos de remitir á las manos, si tuvieramos oficio. Castiguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la Republica, los ociosos, y valdios en ella, que no sirven de otra cosa que de acrecentar el numero de los perdídos: y dexen á los miseros, que vàn su camino derecho á servir à su Magestad con la fuerza de sus brazos, y con la agudeza de sus ingenios: porque no hay mejores Soldados que los que se transplantan de la tierra de estudios en los campos de la guerra. Ninguno salió de Estudiante para Soldado, que no lo fuesse por extremo: porque quando se avienen, y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta, y la Republica se engrandece. Admirado estaba Periandro, y todos los mas de los circunstantes, assi de las razones del mozo, como de la velocidad con que hablaba, el qual prosiguiendo, dixo: Espulguenos el señor Alcalde, mirenos, y remirenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y si en todo nuestro poder halláre seis reales, no solo nos mande dar ciento, sino seis cuentos de azotes. Veamos, pues si la adquisicion de tan pequeña cantidad de interés merece ser castigada con afrentas, y martyrizada con galeras: y assi otra vez digo, que el señor Alcalde se remire en esto, no se arroje, y precipite apassionadamente á hacer lo que despues de hecho quizá le causará pesadum-

bre

bre. Los Jueces discretos castigan, pero no toman venganza de los delitos: los prudentes, y los piadosos mezclan la equidad con la justicia, y entre el rigor, y la clemencia dàn luz de su buen entendimiento. Por Dios, dixo el segundo Alcalde, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha hablado mucho: y que no solamente no tengo de consentir que los azoten, sino que los tengo de llevar à mi casa, y ayudarles para su camino, con condicion, que le llevan derecho, sin andar surcando la tierra de una en otras partes: porque si assi lo hiciessen, mas parecerian viciosos, que necessitados. Ya el primer Alcalde manso, y piadoso, blando, y compassivo, dixo: No quiero que vayan à vuestra casa, sino à la mia, donde les quiero dar una licion de las cosas de Argel, tal, que de aqui adelante ninguno les coja en mal Latin, en quantó à su fingida historia. Los cautivos se lo agradecieron, los circunstantes alabaron su honrada determinacion, y los Peregrinos recibieron contento del buen despacho del negocio. Bolvióse el primer Alcalde á Periandro, y dixo: Vosotros, señores Peregrinos traheis algun lienzo que enseñarnos? Traheis otra historia que hacernos creer por verdadera, aunque la haya compuesto la misma mentira? No respondió nada Periandro; porque viò que Antonio sacaba del seno las patentes licencias, y despachos que llevaban para seguir su viage: el qual los puso en manos del Alcalde, diciendole: Por estos papeles podrá ver vuessa merced quien somos, y á donde vamos, los quales no era menester presentarlos, porque ni pedimos limosna, ni ténemos necessidad de pedirla: y assi como á caminantes libres nos podian dexar passar libremente. Tomó el Alcalde los papeles, y porque no sabia leer, se los dió á su compañero, que tampoco lo sabía, y assi pararon en manos del Escrivano, que passando los ojos por ellos brevemente, se los bolviò á Antonio, diciendole: Aqui, señores Alcaldes, tanto valor hay en la bondad de estos Peregrinos, como hay grandeza en su hermosura. Si aqui quisieren hacer noche, mi casa les servirà de mesón, y mi voluntad de alcázar, donde se recojan. Bolvióle las gracias Periandro: quedaronse allí aquella noche, por ser algo tarde, donde fueron agasajados en casa del Escrivano con amor, con abundancia, y con limpieza.

CA-

CAPITULO XI.

Donde se cuenta lo que les passò en un lugar poblado de Moriscos.

LLegóse el dia, y con el los agradecimientos del hospedage: y puestos en camino, al salir del lugar toparon con los Cautivos falsos, que dixeron, que iban industriados del Alcalde, de modo, que de allí adelante no los podian coger en mentira acerca de las cosas de Argél, que tal vez dixo el uno, digo el que hablaba mas que el otro, tal vez dixo, se hurta con autoridad, y aprobacion de la justicia: quiero decir, que alguna vez los malos Ministros de ella se hacen á una con los delinquentes, para que todos coman. Llegaron todos juntos donde un camino se dividia en dos: los Cautivos tomaron el de Cartagena, y los Peregrinos el de Valencia, los quales otro dia al salir de la Aurora, que por los balcones del Oriente se assomaba, barriendo el Cielo de las Estrellas, y aderezando el camino por donde el Sol avia de hacer su acostumbrada carrera: Bartholomé, que assi creo se llamaba el guiador del bagage, viendo salir el Sol tan alegre, y regozijado, bordando las nubes de los Cielos con diversos colores, de manera, que no se podia ofrecer otra cosa mas alegre, y mas hermosa á la vista, y con rustica discrecion, dixo: Verdad debiò de decir el Predicador que predicaba los dias passados en nuestro Pueblo, quando dixo, que los Cielos, y la tierra anunciaban, y declaraban las grandezas del Señor. Par diez, que si yo no conociera à Dios, por lo que me han enseñado mis Padres, y los Sacerdotes, y ancianos de mi Lugar, le viniere à rastrear, y conocer, viendo la inmensa grandeza de estos Cielos, que me dicen que son muchos, ó á lo menos que llegan á once: y por la grandeza de este Sol que nos olumbra, que con no parecer mayor que una rodela, es muchas veces mayor que toda la tierra: y mas, que con ser tan grande, afirman, que es tan ligero, que camina en veinte, y quatro horas mas de trescientas mil leguas. La verdad que sea, yo no creo nada de esto, pero dicenlo tantos hombres de bien, que aunque hago fuerza al entendimiento, lo creo; pero de lo que mas me admiro, es, que debaxo de nosotros hay otras gentes, á quien llaman Antipodas, sobre cuyas cabezas, los que andamos acà arriba

trahe-

trahemos puestos los pies: cosa que me parece impossible, que para tan gran carga como la nuestra, fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce. Rióse Periandro de la rustica Astrología del mozo, y dixole: Buscar querria razones acomodadas, ò Bartholomé! para darte á entender el error en que estás, y la verdadera postura del mundo: para lo qual era menester tomar muy de atras sus principios; pero acomodandome con tu ingenio, havré de cohartar el mio, y decirte sola una cosa, y es, que quiero que entiendas por verdad infalible, que la tierra es centro del Cielo: llamo centro un punto indivisible, á quien todas las lineas de su circunferencia ván á parar. Tampoco me parece que has de entender esto; y assi dexando estos terminos, quiero que te contentes con saber, que toda la tierra tiene por alto el Cielo, y en qualquier parte de ella, donde los hombres estén, han de estar cubiertos con el Cielo: assi que, como á nosotros el Cielo que vès nos cubre, assi mismo cubre á los Antipodas que dicen, sin estorvo alguno, y como naturalmente lo ordenó la naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, Criador del Cielo, y la Tierra. No se descontentó el mozo de oir las razones de Periandro, que tambien dieron gusto á Auristela, á la Condesa, y á su hermano. Con estas, y otras cosas iba enseñando, y entreteniendo el camino Periandro, quando á sus espaldas llegó un carro acompañado de seis arcabuceros á pié, y uno que venia á cavallo con una escopeta pendiente del arzon delantero, llegandose á Periandro, dixo: Si por ventura, señores Peregrinos, llevais en esse repuesto alguna conserva de regalo, que yo creo que si debeis de llevar, porque vuestra gallarda presencia, mas de Cavalleros ricos, que de pobres Peregrinos os señala; si la llevais, dadmela, para socorrer con ello á un desmayado muchacho que vá en aquel carro, condenado á galeras por dos años, con otros doce Soldados, que por haverse hallado en la muerte de un Conde los dias passados, ván condenados al remo: y sus Capitanes por mas culpados creo que están sentenciados á degollar en la Corte. No pudo tener á esta razon las lagrimas la hermosa Constanza, porque en ella se le representó la muerte de su breve esposo; pero pudiendo mas su Christiandad, que el deseo de su venganza, acudió al bagage, y sacó una caxa de conserva, y acudiendo al

carro,

carro, preguntò: Quien es aqui el desmayado? A lo que respondió uno de los Soldados: allí va echado en aquel rincon, untado el rostro con el sebo del timon del carro, porque quiere que parezca hermosa la muerte, quando él se muera, que será bien presto, segun está pertináz en no querer comer bocado. A estas razones alzó el rostro el untado mozo, y alzandose de la frente un roto sombrero, que toda se la cubria, se mostró feo, y sució á los ojos de Constanza; y alargando la mano para tomar la caxa, la tomó, diciendo: Dios os lo pague, señora. Bolvió á encaxar el sombrero, y bolvió á su melancolía, y á arrinconarse en el ricon donde esperaba la muerte. Otras algunas razones passaron los Peregrinos con las Guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferentes caminos. De allí à algunos dias llegó nuestro hermoso esquadron á un Lugar de Moriscos, que estaba puesto como una legua de la marina, en el Reyno de Valencia, hallaron en él, no mesón en que albergarse, sino todas las casas del Lugar, que con agradable hospicio los combidaban: viendo lo qual Antonio, dixo: Yo no sé quien diçe mal de esta gente, que todos me parecen unos Santos. Con palmas, dixo Periandro, recibieron al Señor en Jerusalén los mismos que de alli á pocos dias le pusieron en una Cruz. Ahora bien, á Dios, y á la ventura, como decir se suele, acetémos el combite que nos hace este buen viejo, que con su casa nos combida: y era assi verdad, que un anciano Morisco, casi por fuerza, asiendolos por las esclavinas los metió en su casa, y dió muestras de agasajarlos, no Morisca sino Christianamente. Salió á servirlos una hija suya, vestida en trage Morisco, y en él tan hermosa, que las mas gallardas Christianas tuvieran á ventura el parecerla: que en las gracias que la naturaleza reparte, tambien suele favorecer á las barbaras de Scitia, como à las Ciudadanas de Toledo. Esta, pues, hermosa, y Mora, en lengua Aljamiada, asiendo á Constanza, y Auristela de las manos, se encerró con ellas en una sala baxa: estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente miró á todas partes, temerosa de ser escuchada: despues que huvo assegurado el miedo que mostraba, las dixo: Ay, señoras, y como aveis venido como mansas, y siemples ovejas al matadero! Veis este viejo, que con verguenza digo, que es mi Padre? veisle tan agazajador vuestro?

tro? pues sabed que no pretende otra cosa, sino ser vuestro verdugo. Esta noche se han de llevar en peso, si assi se puede decir, diez y seis Baxeles de corsarios Berberiscos á toda la gente de este lugar, con todas sus haciendas, sin dexar en él cosa que les à mueva bolver á buscarlas. Piensan estos desventusados, que en Berberìa està el gusto de sus cuerpos, y la salvacion de sus almas, sin advertir, que de muchos Pueblos que allá se han pasado casi enteros, ninguno hay que dé otras nuevas, sino de arrepentimiento, el qual, les viene juntamente con las quexas de su daño. Los Moros de Berbería pregonan glorias de aquella tierra, al saber de las quales corren los Moriscos de esta, y dán en los lazos de su desventura. Si quereis estorvar la vuestra, y conservar la libertad, en que vuestros Padres os engendraron, salid luego de esta casa, y acogéos á la Iglesia, que en ella hallaréis quien os ampara, que es el Cura, que solo él, y el Escrivano son en este lugar Christianos viejos. Hallaréis tambien allí al Xadraque Xarife, que es un tìo mio, Moro solo en el nombre, y en las obras Christiano. Contadles lo que passa, y decid que os lo dixo Rafála, que con esto seréis creidos, y amparados: y no los echeis en burla, si no quereis que las veras os desengañen á vuestra costa: que no hay mayor engaño, que venir el desengaño tarde. El susto, la sacciones con que Rafàla esto decia, se assentó en las almas de Auristela, y de Constanza, de manera que fue creida, y no le respondieron otra casa que fuesse mas que agradecimientos. Llamaron luego á Periandro, y á Antonio, y contandoles lo que passaba, sin tomar ocasion aparente, se salieron de la casa, con todo lo que tenian. Bartholomé, que quisiera mas descansar, que mudar de posada, pesóle de la mudanza; pero en efecto obedeció á sus señores. Llegaron á la Iglesia donde fueron bien recibidos del Cura, y del Xadraque, á quien contaron lo que Rafála les avia dicho. El Cura dixo Muchos dias há, señores, que nos dán sobresalto con la venida de essos baxeles de Berbería; y aunque es costumbre suya hacer siempre estas entradas, la tardanza de esta me tenia ya algo descuydado. Entrad hijos, que para defenderos muy buena torre tenemos, y buenas, y ferradas las puertas de la Iglesia, que sino es muy de proposito, no pueden ser derribadas, ni abrasadas. Ay! Dixo á esta sazon el Xadraque, si han de ver mis ojos,

antes

antes que se cierren, libre esta tierra de estas espinas, y malezas que la oprimen: ay quando llegará el tiempo que tiene profetizado un Abuelo mio, famoso en la Astrologia, donde se verá España de todas partes entera, y maciza en la Religion Christiana? Que ella sola es el rincon del mundo, donde está recogida, y venerada la verdadera verdad de Christo! Morisco soy, señores y ojalá que negarlo pudiera; pero no por esto dexo de ser Christiano: que las divinas gracias las dá Dios à quien él es servido, el qual, tiene por costumbre, como vosotros mejor sabeis, de hacer salir su Sol sobre los buenos, y los malos, y llover sobre los justos, y los injustos. Digo, pues, que este mi Abuelo dexò dicho, que cerca de estos tiempos reynaria en España un Rey de la Casa de Austria, en cuyo animo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los Moriscos de ella, bien assi como el que arroja de su seno la serpiente, que le está royendo las entrañas, ó bien assi como quien aparta la neguilla del trigo, ó escarda, ó arranca la mala hierba de los sembrados. Vén ya (ó venturoso mozo, y Rey prudente!) y pon en execucion el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor, que ha de quedar esta tierra desierta, y sin gente, y el de que no será bien, la que en efecto está en ella baptizada; que aunque estos sean temores de consideracion, el efecto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la experiencia dentro de poco tiempo, que con los nuevos Christianos viejos que esta tierra se poblàre, se bolverá á fertilizar, y á pone en mucho mejor punto que ahora tiene. Tendrán sus señor res, si no tantos, y tan humildes vassallos, serán los que tuvieren Catholicos, con cuyo amparo estarán estos caminos seguros, y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleven. Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortalecieronlas con los bancos de los assientos, subieronse á la torre, alzaron una escalera levadiza, llevóse el Cura consigo el Santissimo Sacramento en su relicario, proveyeronse de piedras, armaron dos escopetas, dexó el bagage mondo, y desnudo á la puerta de la Iglesia, Bartholomé el mozo, y encerró con sus amos: y todos con ojo alerta, y manos listas, y con animos determinados estuvieron esperando el assalto, de quien avisados estaban por la hija del Morisco. Passò la media noche, que la midió por las Es-

trellas el Cura: tendia los ojos por todo el mar, que desde allí se parecia, y no avia nube, que con la luz de la Luna se pareciesse, que no pensasse sino que fuessen los Baxeles Turquescos: y aguijando á las campanas, comenzó á repicarlas tan apriessa, y tan recio, que todos aquellos Valles, y todas aquellas riberas retumbaban: á cuyo són los atajadores de aquellas marinas se juntaron, y las corrieron todas; pero no aprovechó su diligencia, para que los baxeles no llegassen á la ribera, y echassen la gente en tierra. La del lugar que los esperaba, cargados con sus mas ricas, y mejores alhajas, à donde fueron recibidos de los Túrcos con grande grita, y algazàra al són de muchas dulzaynas, y de otros instrumentos; que puesto que eran belicos, eran regozijados. Pegaron fuego al Lugar, y assi mismo á las puertas de la Iglesia, no para esperar á entrarla, sino por hacer el mal que pudiessen. Dexaron á Bartholomé á pie, porque le desjarretaron el bagage: derribaron una Cruz de piedra, que estaba á la salida del Pueblo, llamando á grandes voces el nombre de Mahoma, se entregaron á los Turcos ladrones pacificos, y deshonestos publicos. Desde la lengua del agua, como dicen, comenzaron á sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza, y la deshonra, en que ponian á sus mugeres, y á sus hijos. Muchas veces, y quizá algunas no en vano, dispararon Antonio, y Periandro las escopetas: muchas piedras arrojó Bartholomé; y todas á la parte donde avia dexado el bagage, y muchas flechas el Xadraque; pero muchas mas lagrimas echaron Auristela, y Constanza, pidiendo á Dios, que presente tenian, que de tan manifiesto peligro los librasse, y assi mismo, que no ofendiesse el fuego á su Templo: el qual no ardió, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fue poco el fuego que se les aplicò. Poco faltaba para llegar el dia, quando los baxeles cargados con la presa, se hicieron al mar, alzando regozijados lilies, y tocando infinitos atabales, y dulzaynas: y en esto vieron venir dos Personas corriendo ácia la Iglesia, la una de la parte de la marina, y la otra de la de la tierra, que llegando cerca conoció el Xadraque, que la una era su sobrina Rafala, que con una Cruz de caña en las manos, venia diciendo à voces: Christiana, Christiana, y libre, y libre, por la gracia, y misericordia de Dios. La otra conocieron ser el Escrivano,

que

que acaso aquella noche estaba fuera del Lugar, y al són del arma de las campanas venia á ver el sucesso, que lloró, no por la pérdida de sus hijos, y de su muger, que allí no los tenia, sino por la de su casa, que halló robada, y abrasada. Dexaron entrar el dia, y que los baxeles se alargassen, y que los atajadores tuviessen lugar de assegurar la costa: y entonces baxaron de la torre, y abrieron la Iglesia, donde entró Rafála, bañado con alegres lagrimas el rostro, y acrecentando con su sobresalto su hermosura. Hizo oracion à las Imagenes, y luego se abrazó con su tio, besando primero las manos al Cura. El Escrivano ni adoró, ni besó las manos á nadie, porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hacienda. Passó el sobresalto, bolvieron los espiritus de los retrahidos á su lugar, y el Xadraque cobrando aliento nuevo, bolviendo á pensar en la profecía de su Abuelo, como lleno de celestial espiritu, dixo: Ea, mancebo generoso, ea, Rey invencible, atropella, rompe, desbarata todo genero de inconvenientes, y dexanos á España tersa, limpia, y desembarazada de esta mi mala casta, que tanto la asombra, y menoscaba. Ea, consejero tan prudente como ilustre, nuevo Atlante del peso de esta Monarquía, ayuda, y facilita con tus consejos á esta necessaria transmigracion: llenense estos mares de tus galeras cargadas del inutil peso de la generacion Agarena: vayan arrojadas á las contrarias riberas las zarzas, las malezas, y las otras hierbas que estorvan el crecimiento de la fertilidad, y abundancia Christiana; que si los pocos Hebréos que passaron á Egypto, multiplicaron tanto, que en su salida se contaron mas de seiscientas mil familias, qué se podrà temer de estos, que son mas, y viven mas holgadamente? Nó los esquilman las Religiones, no los entresacan las Indias, no los quitan las guerras; todos se casan, todos, ó los mas engendran: de dó se sigue, y se infiere, que su multiplicacion, y aumento ha de ser innumerable. Ea, pues (buelvo á decir) vayan, vayan señor, y dexa la raza de tu Reyno resplandeciente como el Sol, y hermosa como el Cielo. Dos dias estuvieron en aquel lugar los Peregrinos, bolviendo à enterarse en lo que les faltaba, y Bartholomé se acomodó de bagage. Los Peregrinos agradecieron al Cura su buen acogimiento, y alabaron los buenos pensamientos del Xadraque, y abrazando à Rafála, se despidieron de todos, y siguieron su camino.

CAPITULO XII.

En que se refiere un extraordinario sucesso.

EN el qual se fueron entreteniendo en contar el passado peligro, el buen animo del Xadraque, la valentia del Cura, el zelo de Rafála: de la qual se les olvidó de saber como se avia escapado del poder de los Turcos que assaltaron la tierra; aunque bien consideraron, que con el alboroto ella se avria escondido en parte que tuviesse lugar despues de bolver á cumplir su deseo, que era de vivir, y morir Christiana. Cerca de Valencia llegaron; en la qual no quisieron entrar, por escusar las ocasiones del detenerse; pero no faltó quien les dixo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y finalmente, todo aquello que la hace hermosa, y rica sobre todas las Ciudades, no solo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mugeres, y su extremada limpieza, y graciosa lengua, con quien sola la Portuguesa puede competir en ser dulce, y agradable. Determinaron de alargar sus jornadas, aunque fuesse á costa de su cansancio, por llegar á Barcelona, à donde tenian noticia avian de tocar unas Galeras, en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Genova. Y al salir de Villa-Real, hermosa, y amenissima Villa, de travès de entre una espesura de arboles les salió al encuentro una Zagala, ó Pastora Valenciana, vestida á lo del campo, limpia como el Sol, y hermosa como él, y como la Luna: la qual en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comedimiento alguno, dixo: Señores, pedirlos he, ó darlos hé? A lo que respondió Periandro: Hermosa Zagala, si son zelos, ni los pidas, ni los dés, porque si los pides, menoscabas tu estimacion, y si los dás, tu credito: y si es que el que te ama, tiene entendimiento, conociendo tu valor te estimará, y querrá bien; y si no le tiene, para qué quieres que te quiera? Bien has dicho, respondió la villana, y diciendo á Dios: bolvió las espaldas, y se entró en la espesura de los arboles, dexando á todos los circunstantes admirados con su pregunta, con su presteza, y con su hermosura. Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona,

ha, no de tanta importancia, que merezcan escritura, sino fue el ver desde lexos las Santissimas Montañas de Monserrate, que adoraron con devocion Christiana, sin querer subir á ellas, por no detenerse. Llegaron á Barcelona à tiempo, quando llegaban á su Playa quatro Galeras Españolas, que disparando, y haciendo salva á la Ciudad con gruessa artillería, arrojaron quatro Esquifes al agua, el uno de ellos adornado con ricas alcatifas de Levante, y cogines de carmesí: en el qual venia, como despues pareció, una hermosa muger de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana, y dos doncellas, hermosas, y honestamente aderezadas. Salió infinita gente de la Ciudad, como es costumbre, asi à ver las Galeras, como á la gente que de ellas desembarcaba: y la curiosidad de nuestros Peregrinos llegó tan cerca de los Esquifes, que casi pudieran dar la mano á la Dama que de ellos desembarcaba: la qual poniendo los ojos en todos, especialmente en Constanza, despues de aver desembarcado, dixo: Llegáos acà, hermosa Peregrina, que os quiero llevar conmigo á la Ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que teneis poca noticia: vengan asì mismo vuestros camaradas, porque no ha de aver cosa que obligue á dexar tan buena compañia. La vuestra á lo que se vé, respondió Constanza, es de tanta importancia, que careceria de entendimiento quien no la acetasse: vamos donde quisieredes, que mis camaradas me seguirán, que no están acostumbrados á dexarme. Asió la señora de la mano á Constanza, y acompañada de muchos Cavalleros, que salieron de la Ciudad á recibirla, y de otra gente principal de las Galeras, se encaminaron á la Ciudad, en cuyo espacio de camino Constanza no quitaba los ojos de ella, sin poder reducir á la memoria averla visto en tiempo alguno. Aposentaronla en una casa principal á ella, y á las que con ella desembarcaron, y no fue posible que dexasse ir á los Peregrinos á otra parte, con los quales assi como tuvo comodidad para ello, passó esta platica: Sacaros quiero, señores, de la admiracion en que sin duda os debe tener, el ver que con particular cuydado procuro serviros: y assi os digo, que á mi me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fue en una Ciudad de Aragon, y cuyo hermano es Don Bernardo Agustin, Quadralvo de estas Galeras que están en la Playa.

Contarino de Arbolanches, Cavallero del Habito de Alcantara, en ausencia de mi hermano, y á hurto del recato de mis parientes se enamoró de mi; y yo llevada de mi estrella, ó por mejor decir de mi facil condicion, viendo que no perdia nada en ello, con titulo de esposa le hice señor de mi persona, y de mis pensamientos: y el mismo dia que le dí la mano, recibió él de la de su Magestad una carta, en que le mandaba viniesse luego al punto á conducir un Tercio que baxaba de Lombardía á Genova, de infantería Española, á la Isla de Malta, sobre la qual se pensaba baxaba el Turco. Obedeció Contaríno con tanta puntualidad lo que se le mandaba, que no quiso coger los frutos del Matrimonio con sobresalto: y sin tener cuenta con mis lagrimas, el recibir la carta, y el partirse todo fue uno: parecióme que el Cielo se avia caído sobre mi, y que entre él, y la tierra m avian apretado el corazon, y cogido el alma. Pocos dias passaron, quando añadiendo yo imaginaciones á imaginaciones, y deseos à deseos, vine á poner en efecto uno, cuyo cumplimiento assi como me quitó la honra por entonces, pudiera tambien quitarme la vida. Ausentéme de mi casa, sin sabiduria de ninguno de ella, y en habitos de hombre, que fueron los que tomé de un pagecillo, assenté por criado de un tambor de una compañia, que estaba en un Lugar, pienso que ocho leguas del mio. En pocos dias toque la caxa tan bien como mi amo, aprendí á ser chocarrero, como lo son los que usan tal oficio. Juntóse otra compañia con la nuestra, y ámbas á dos se encaminaron á Cartagena, à embarcarse en estas quatro Galeras de mi hermano, en las quales fue mi designio passar á Italia á buscar á mi esposo, de cuya noble condicion esperé que no afearia mi atrevimiento, ni culparia mi deseo: el qual me tenia tan ciega, que no reparé en el peligro á que me ponia de ser conocida, si me embarcaba en las Galeras de mi hermano; mas como en los pechos enamorados no hay inconvenientes que no atropellen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se les opongan: toda escabrosidad hice llana, venciendo miedos, y esperando aún en la misma desesperacion; pero como los sucessos de las cosas hacen mudar los primeros intentos en ellas, el mio mas mal pensado que fundado, me puso en el termino que ahora ohiréis. Los Soldados de las compañias de aquellos Capitanes

que os he dicho, travaron una cruel pendencia con la gente de un Pueblo de la Mancha sobre los alojamientos: de la qual salió herido un Cavallero, que decian ser Conde de no sé que estado: vino un Pesquisidor de la Corte, prendió los Capitanes, descarrearonse los Soldados, y con todo esso prendió á algunos, y entre ellos á mi desdichada, que ninguna culpa tenia. Condenólos á Galeras por dos años al remo, y á mi tambien como por añadidura me tocó la misma suerte. En vano me lamenté de mi desventura, viendo quan en vano se avian fabricado mis designios: quisiera darme la muerte, pero el temor de ir á otra peor vida, me embotó el cuchillo en la mano, y me quitó la soga del cuello. Lo que hice, fue, enlodarme el rostro, afeandome quanto pude, y encerréme en un carro, donde nos metieron, con intencion de llorar tanto, y de comer tan poco, que las lagrimas, y la hambre hiciessen lo que la soga, y el hierro no avian hecho. Llegamos à Cartagena, donde aun no avian llegado las Galeras: pusieronnos en la casa del Rey bien guardados, y allí estuvimos, no esperando, sino temiendo nuestra desgracia. No sé, señores, si os acordaréis de un carro que topasteis junto á una venta, en el qual esta hermosa Peregrina (señalando á Constanza) socorriò con una caxa de conserva á un desmayado delinquente? Sí acuerdo, respondió Constanza. Pues sabed, que yo era, dixo la señora Ambrosia, el que socorristeis: por entre las esteras del carro os miré á todos, y me admiré de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dexar de admirar si se mira. En efecto las Galeras llegaron con la presa de un Bergantin de Moros, que las dos avian tomado en el camino. En el mismo dia aherrojaron en ellas á los Soldados, desnudandoles del trage que trahian, y vistiendoles el de remeros, transformacion triste, y dolorosa, pero llevadéra; que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la hace facil. Llegaron à mi para desnudarme: hizo el Comitre que me lavassen el rostro, porque yo no tenia aliento para levantar los brazos, miróme el Barbero que limpia la chusma, y dixo: Pocas navajas gastaré yo con esta barba: no sé yo para que nos embian acá à este muchacho de alfenique, como si fuessen nuestras Galeras de melcocha, y sus remeros de alcorza: y que culpas cometiste tu, rapáz, que mereciesses esta pena? Sin duda alguna creo,

que el raudal, y corrientes de otros agenos delitos se han conducido á este termino: y encaminando su platica al Comitre, le dixo; En verdad, Patron, que me parece que sería bien dexar á que sirviesse este muchacho en la popa à nuestro General con una manilla al pié, porque no vale para el remo dos ardites. Estas platicas, y la consideracion de mi sucesso, que parece que entonces se extremó en apretarme el alma, me apretó el corazon de manera, que me desmayé, y quedé como muerta: dicen, que bolví en mi á cabo de quatro horas, en el qual tiempo se me hicieron muchos remedios para que bolviesse; y lo que mas sintiera yo, si tuviera sentidos, fue, que debieron de enterarse, que yo no era varon, sino hembra. Bolví de mi parasísmo, y lo primero con quien topó la vista, fué con los rostros de mi hermano, y de mi esposo, que entre sus brazos me tenian. No sé yo como en aquel punto la sombra de la muerte no cubriò mis ojos: no sé yo como la lengua no se me pegó al paladar; solo sé, que no supe lo que me dixe, aunque sentí, que mi hermano dixo: Qué trage es este, hermana mia? Y mi esposo dixo: qué mudanza es esta, mitad de mi alma? Que si tu bondad no estuviera tan de parte de tu honra, yo hiciera luego que trocáras este trage con el de la mortaja? Vuestra esposa es esta? Dixo mi hermano á mi esposo, tan nuevo me parece este sucesso, como me parece el de verla á ella en este trage; verdad es, que si esto es verdad, bastante recompensa sería á la pena que me causa el ver assi á mi hermana. A este punto, aviendo yo recobrado parte de mis perdidos espiritus, me acuerdo que dixe: Hermano mio, yo soy Ambrosia Agustina tu hermana, y soy assi mismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez: el amor, y tu ausencia (ó hermano!) me le dieron por marido, el qual sin gozarme me dexò. Yo atrevida, arrojada, y mal considerada, en este trage que me veis, le vine á buscar: y con esto les conté toda la historia que de mi aveis oído; y mi suerte, que por puntos se iba á mas andar mejorando, hizo que me diessen credito, y me tuviessen lastima. Contaronme, como á mi esposo le avian cautivado Moros, con una de dos Chalupas, donde se avia embarcado para ir á Genova, y que el cobrar la libertad avia sido el dia antes al anochecer, sin que le diesse lugar el tiempo de averse visto con mi hermano, sino al punto que me halló desmayada: sucesso,

cuya

cuya novedad le podia quitar el credito, pero todo es assi como lo he dicho. En estas Galeras passaba esta señora que viene conmigo, y con estas sus dos nietas á Italia, donde su hijo en Sicilia tiene el patrimonio Real á su cargo. Vistieronme estos que traigo, que son sus vestidos: y mi marido, y mi hermano alegres, y contentos nos han sacado oy á tierra, para espaciarnos, y para que los muchos amigos que tienen en esta Ciudad, se alegren con ellos. Si vosotros, señores, vais á Roma, yo haré que mi hermano os ponga en el mas cercano Puerto de ella. La caxa de conserva os la pagaré con llevaros en la mia hasta donde mejor os esté: y quando yo no passáre á Italia, en fé de mi ruego os llevára mi hermano. Esta es, amigos mios, mi historia, si se os hiciere dura de creer, no me maravillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo: y pues que comunmente se dice, que el creer es cortesía, en la vuestra, que debe ser mucha, deposito mi credito. Aqui dió fin la hermosa Agustina á su razonamiento, y aqui comenzó la admiracion de los oyentes á subirse de punto: aqui comenzaron á desmenuzarse las circunstancias del caso, y tambien los abrazos de Constanza, y Auristela, que à la bella Ambrosia dieron: la qual por ser assi voluntad de su marido, huvo de bolverse á su tierra, porque por hermosa que sea, es embarazosa la compañia de la muger en la guerra. Aquella noche se alteró el mar de modo, que fue forzoso alargarse las Galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo mal segura. Los corteses Cathalanes, gente enojada terrible, y pacifica suave; gente que con facilidad dá la vida por la honra, y por defenderlas entrambas, se adelantan á sí mismos, que es como adelantarse á todas las Naciones del mundo, visitaron, y regalaron todo lo possible à la señora Ambrosia Agustina, á quien dieron las gracias despues que bolvieron su hermano, y su esposo. Auristela escarmentada con tantas experiencias como avia hecho de las borrascas del mar, no quiso embarcarse en las Galeras, sino irse por Francia, pues estaba pacifica. Ambrosia se bolvió à Aragon: las Galeras siguieron su viage, y los Peregrinos el suyo, entrandose por Perpiñan en Francia.

CA-

CAPITULO XIII.

Entran en Francia, y dáse cuenta de lo que les sucedió con un criado del Duque de Nemurs.

POR la parte de Perpiñan, quiso tocar la primera de Francia nuestra esquadra, á quien dió que hablar el sucesso de Ambrosia muchos dias, en la qual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros: y juntamente halló en el amor, que à su esposo tenia perdon de su atrevimiento. En fin, ella se bolvió, como queda dicho, á su Patria: las Galeras siguieron su viage, y el suyo nuestros Peregrinos; los quales llegando á Perpiñan, pararon en un mesón, á cuya gran puerta estaba puesta una mesa, y al rededor de ella mucha gente, mirando jugar á dos hombres á los dados, sin que otro alguno jugasse: parecióles á los Peregrinos ser novedad que mirassen tantos, y jugassen tan pocos. Praguntó Periandro la causa, y fuéle respondido, que de los que jugaban, el perdidoso perdia la libertad, y se hacia prenda del Rey para bogar al remo seis meses, y el que ganaba, ganaba veinte ducados, que los Ministros del Rey avian dado al perdidoso, para que probasse en el juego su ventura. Uno de los dos que jugaba, la probó, y no le supo bien, porque la perdió, y al momento le pusieron en una cadena, y al que la ganó le quitaron otra, que para seguridad de que no huíria si perdia, le tenian puesta: miserable juego, y miserable suerte, donde no son iguales la pérdida, y la ganancia! Estando en esto, vieron llegar al mesón gran golpe de gente, entre la qual venia un hombre en cuerpo, de gentil parecer, rodeado de cinco, ó seis criaturas de edad de quatro à siete años. Venia junto á él una muger amargamente llorando, con un lienzo de dineros en la mano, la qual con lastimada voz venia diciendo: Tomad, señores, vuestros dineros, y bolvedme á mi marido, pues no el vicio, sino la necessidad le hizo tomar este dinero; él no se ha jugado, sino vendido, porque quiere à costa de su trabajo sustentarme á mi, y à sus hijos: amargo sustento, y amarga comida para mi, y para ellos! Callad, señora, dixo el hombre, y gastad esse dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavia se amañarán antes á domeñar un remo, que un azadon. No

qui-

quise ponerme en aventura de perderlos jugandolos, por no perder juntamente con mi libertad vuestro sustento. Casi no dexaba oír el llanto de los muchachos esta dolorida platica que entre marido, y muger passaba. Los Ministros que le trahian les dixeron que enjugassen las lagrimas, que si lloráran quantas cabian en el mar, no serian bastantes á darle la libertad que avia perdido. Prevalecian en su llanto los muchachos, diciendo á su Padre: Señor, no nos dexe, porque nos moriremos todos si se vá. El nuevo, y estraño caso enterneció las entrañas de nuestros Peregrinos, especialmente las de la thesorera Constanza, y todos se movieron á rogar à los Ministros de aquel cargo fuessen contentos de tomar su dinero, haciendo cuenta, que aquel hombre no avia sido en el mundo, y que les commoviesse à no dexar viuda á una muger, ni huerfanos à tantos niños. En fin, tanto supieron decir, y tanto quisieron rogar, que el dinero bolvió á poder de sus dueños, y la muger cobró su marido, y los niños á su Padre. La hermosa Constanza, rica despues de Condesa, mas Christiana que barbara, con parecer de su hermano Antonio, dió á los pobres perdidos, con que se cobraron cinquenta escudos de oro, y assi se bolvieron tan contentos, como libres, agradeciendo al Cielo, y á los Peregrinos la tan no vista, como no esperada limosna. Otro dia pisaron la tierra de Francia, y passando por Lenguadoch, entraron en la Provenza, donde en otro mesón hallaron tres Damas Francesas, de tan extremada hermosura, que á no ser Auristela en el mundo, pudieran espirar á la palma de la belleza. Parecian señoras de grande Estado, segun el aparato con que se servian: las quales viendo los Peregrinos, assi les admiró la gallardia de Periandro, y de Antonio, como la sin igual belleza de Auristela, y de Constanza. Llegaronlas á sí, y hablaronlas con alegre rostro, y cortés comedimiento: preguntaronlas quien eran en lengua Castellana, porque conocieron ser Españolas las peregrinas, y en Francia, ni varon, ni muger dexa de aprender la lengua Castellana. En tanto que las señoras esperaban la respuesta de Auristela, á quien se encaminaban sus preguntas, se desviò Periandro à hablar con un criado, que le pareció ser de las ilustres Francesas. Preguntóle, quien eran?, y á donde iban? Y él le respondió, diciendo: El Duque de Nemurs, que es uno de los que lla-

man

man de la sangre en este Reyno, es un Cavallero bizarro, y muy discreto, pero muy amigo de su gusto: es recien heredado, y ha propuesto de no casarse por agenã voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de Estado, y de hacienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su Rey: porque dice, que los Reyes bien pueden dar la muger à quien quisieren de sus vassallos, pero no el gusto de recibirla. Con esta fantasía, locura, ó discrecion, ó como mejor debe llamarse, ha embiado à algunos criados suyos á diversas partes de Francia á buscar alguna muger, que despues de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hacienda, porque él se contenta con que la dote sea su calidad, y su hermosura. Supo la de estas tres Señoras, y embióme á mi que le sirvo, para que las viesse, y las hiciesse retratar de un famoso Pintor, que embió conmigo: Todas tres son libres, y todas de poca edad, como aveis visto: la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en extremo, pero pobre: la mediana, que Belarminia se llama, es bizarra, y de gran donayre, y rica medianamente; la mas pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, hace gran ventaja á las dos; en ser rica. Ellas tambien han sabido el deseo del Duque y querrian, segun á mi se me ha traslucido, ser cada una, la venturosa de alcanzarle por esposo: y con ocasion de ir á Roma á ganar el Jubiléo de este año, que es como el centessimo que se usaba, han salido de su tierra, y quieren passar por París, y verse con el Duque, fiadas en el quizá, que trahe consigo la buena esperanza; pero despues, señores Peregrinos, que aqui entrasteis, he determinado de llevar un presente á mi amo, que borre del pensamiento todas, y qualesquier esperanzas, que estas señoras en el suyo huvieren fabricado: porque le pienso llevar el retratro de esta vuestra Peregrina, unica, y general señora de la humana belleza: y si ella fuesse tan principal, como es hermosa, los criados de mi amo no tendrian mas que hacer, ni el Duque mas que desear. Decidme por vida vuestra, señor, si es casada esta Peregrina, como se llama, y que Padres la engendraron? á lo que temblando respondió Periandro: Su nombre es Auristela, su viage á Roma, sus Padres nunca ella los ha dicho, y de que sea libre, os asseguro, porque lo se sin duda alguna; pero hay otra cosa en ellos, que es tan libre, y tan señora de su voluntad, que no la rendirá á ningun

gun Principe de la tierra, porque dice que la tiene rendida al que lo es del Cielo. Y para enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido de sus pensamientos; assi que no os servirá de nada el retratarla, sino de alborotar el animo de vuestro señor, si acaso quisiesse atropellar por el inconveniente de la baxeza de mis Padres. Con todo esso, respondió el otro, tengo de llevar su retrato, siquiera por curiosidad, y porque se dilate por Francia este nuevo milagro de hermosura. Con esto se despidieron, y Periandro quiso partirse luego de aquel Lugar, para no darsele al Pintor para retratar á Auristela. Bartholomé bolvió luego á aderezar el bagage, y á no estar bien con Periandro, por la priessa que daba á la partida. El criado del Duque viendo que Periandro queria partirse luego, se llegó á él, y le dixo: Bien quisiera, señor, rogaros que os detuvierades un poco en este Lugar, siquiera hasta la noche, porque mi Pintor con comodidad, y de espacio pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana; pero bien os podeis ir á la paz de Dios, porque el Pintor me ha dicho, que de sola una vez que la ha visto, la tiene tan aprehendida en la imaginacion, que la pintará á sus solas tan bien, como si siempre la estuviera mirando. Maldixo Periandro entre sí la rara habilidad del Pintor, pero nó dexó por esto de partirse, despidiendose luego de las tres gallardas Francesas, que abrazaron á Auristela, y á Constanza estrechamente, y les ofrecieron de llevarlas hasta Roma en su compañia; si de ello gustaban. Auristela se lo agradeció con las mas cortesas palabras que supo, diciendoles, que su voluntad obedecia á la de su hermano Periandro, y que assi no podian detenerse ella, ni Constanza, pues Antonio, hermano de Constanza, y el suyo se iban: y con esto se partieron, y de allí á seis dias llegaron á un Lugar de la Provenza, donde les sucedió lo que se dirá en el siguiente Capitulo.

CAPITULO XIV.

De los nuevos, y nunca vistos peligros en que se vieron.

LA historia, la poesía, y le pintura symbolizan entre sí, y se parecen tanto, que quando escribes historia, pintas, y quando pintas, compones. No siempre vá en un mismo peso

so la historia, ni la pintura pinta cosas grandes, y magnificas, ni la poesía conversa siempre por los Cielos: baxezas admite la historia, la pintura hierbas, y retamas en sus quadros, la poesía tal vez se realza, cantando cosas humildes. Esta verdad nos lo muestra bien Bartholomè, bagagero del esquadron peregrino: él tal vez habla, y es escuchado en nuestra Historia. Este rebolviendo en su imaginacion el cuento del que vendió su libertad por sustentar á sus hijos, una vez dixo, hablando con Periandro: Grande debe de ser, señor, la fuerza que obliga á los Padres é sustentar á sus hijos; sino digalo aquel hombre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar á su pobre familia. La libertad, segun yo he oído decir, no debe de ser vendida por ningun dinero, y este la vendió por tan poco, que lo llevaba la muger en la mano. Acuerdome tambien de aver oído decir á mis mayores, que llevando á ahorcar á un hombre anciano, y ayudandole los Sacerdotes á bien morir, les dixo: Vuessas mercedes se sosiegen, y dexenme morir de espacio, que aunque es terrible este passo en que me veo, muchas veces me he visto en otros mas terribles. Preguntaronle, quales eran? Respondióles, que el amanecer Dios, y el rodearle seis hijos pequeños, pidiendole pan, y no teniendolo para darselo: la qual necessidad me puso la ganzúa en la mano, y fieltros en los pies, con que facilité mis hurtos, no viciosos, sino necessitados. Estas razones llegaron á los oídos del Señor que le avia sentenciado al suplicio, que fueron parte para bolver la justicia en misericordia, y la culpa en gracia. A lo que respondió Periandro: El hacer el Padre por su hijo, es hacer por sí mismo, porque mi hijo es otro yo, en el qual se dilata, y se continùa el sér del Padre: y assi como es cosa natural, y forzosa el hacer cada uno por sí mismo, assi lo es el hacer por sus hijos, lo que no es tan natural, ni tan forzoso hacer los hijos por los Padres, porque el amor que el Padre tiene á su hijo desciende, y el descender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el Padre asciende, y sube, que es caminar cuesta arriba: de donde ha nacido aquel refrán: Un Padre para cien hijos, antes que cien hijos para un Padre. Con estas platicas, y otras entretenian el camino por Francia: la qual es tan poblada, tan llana, y apacible, que á cada passo se hallan casas de placer, á don-

donde los señores de ellas estàn casi todo el año, sin que se les dé algo, por estar en las Villas, ni en las Ciudades. A una de estas llegaron nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del camino Real. Era la hora de medio dia: herian los rayos del Sol derechamente á la tierra, entraba el calor: y la sombra de una gran torre de la casa les combidó que alli esperassen á passar la siesta, que con calor riguroso amenazaba. El solicito Bartholomé desembarazó el bagage, y tendiendo un tapete en el suelo, se sentaron todos á la redonda, y de los manjares, de quien tenia cuydado de hacer Bartholomé su repuesto, satisfacieron la hambre, que ya comenzaba á fatigarles; pero apenas avian alzado las manos para llevarlo á la boca, quando alzando Bartholomé los ojos, dixo á grandes voces: Apartaos, señores, que no sé quien baxa volando del Cielo, y no será bien que os coxa debaxo. Alzaron todos la vista, y vieron baxar por el ayre una figura, que antes que distinguiessen lo que era, ya estaba en el suelo, junto casi á los pies de Periandro: la qual figura era de una muger hermosissima, que habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, sirviendole de campana, y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies, y en el suelo sin daño alguno: cosa possible, sin ser milagro. Dexóla el sucesso atonita, y espantada, como lo quedaron los que volar la avian visto. Oyeron en la torre gritos, que los daba otra muger, que abrazada con un hombre, parecia que pugnaban por derribarse el uno al otro: Socorro, socorro, decia la muger, socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aqui abaxo. La muger boladora, buelta algun tanto en sí, dixo: si hay alguno que se atreva á subir por aquella puerta, señalandoles una, que al pié de la torre estaba, librará de peligro mortal á mis hijos, y á otras gentes flacas, que allí arriba están. Periandro impelido de la generosidad de su animo, se entró por la puerta, y á poco rato le vieron en la cumbre de la torre abrazado con el hombre, que mostraba ser loco, del qual quitandole un cuchillo de las manos, procuraba defenderse; pero la suerte, que queria concluir con la tragedia de su vida, ordenó, que entrambos á dos viniesen al suelo, cayendo al pié de la torre, el loco pasado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano trahia, y Periandro vertiendo por los ojos, narices, y boca cantidad de sangre; que como

no tuvo vestidos anchos que le sustentassen, hizo el golpe su efecto, y dexole casi sin vida. Auristela, que assi le vió, creyendo indubitablemente que estaba muerto, se arrojó sobre él, y sin respecto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba á recoger en sí alguna reliquia, si del alma le huviesse quedado; pero aunque le huviera quedado, no pudiera recibirla, porque los traspillados dientes le negáran la entrada. Constanza dando lugar á la passion, no le pudo dar á mover el passo para ir á socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la halló el golpe, pegada los pies al suelo, como si fueran de raízes, ó como si ella fuera estatua de duro marmol formada. Antonio su hermano acudió á apartar los semivivos, y á dividir los que ya pensaba ser cadaveres, solo Bartholomé fue el que mostró con los ojos el grave dolor que en el alma sentía, llorando amargamente. Estando todos en la amarga afliccion, que he dicho, sin que hasta entonces ninguna lengua huviesse publicado su sentimiento, vieron que ázia ellos venia un gran tropel de gente, la qual desde el camino Real avia visto el buelo de los caídos: venian á ver el sucesso, y era el tropel que venia las hermosas Damas Francesas, Delasir, Belarminia, y Feliz Flora. Luego como llegaron conocieron á Auristela, y á Periandro, como á aquellos que por su singular belleza quedaban impressos en la imaginacion del que una vez los miraba. Apenas la compasion les avia hecho apear para socorrer, si fuesse possible, la desventura que miraban, quando fueron assaltados de seis, ú ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este assalto puso en las manos de Antonio su arco, y sus flechas, que siempre las tenia á punto, ó ya para ofender, ó ya para defenderse. Uno de los armados, con descortés movimiento, assió á Feliz Flora del brazo, y la puso en el arzon delantero de su silla, y dixo, bolviendose á los demás compañeros: Esto es hecho, esta me basta; démos la buelta. Antonio que nunca se pagó de descortesías, pospuesto todo temor, puso una flecha en el arco, tendiò quanto pudo el brazo izquierdo, y con la derecha estiró la cuerda, hasta que llegó al diestro oído, de modo, que las dos puntas, y extremos del arco, casi se juntaron: y tomando por blanco al robador de Feliz Flora, disparò tan derechamente la flecha, que sin tocar á Feliz Flora, sino en

una

una parte del velo con que se cubria la eabeza, passó al salteador el pecho de parte à parte. Acudió á su venganza uno de sus compañeros, y sin dar lugar à que otra vez Antonio el arco armasse, le dió una herida en la cabeza, tal, que dió con él en el suelo, mas muerto, que vivo: visto lo qual de Constanza, dexó de ser estatua, y corrió à socorrer á su hermano, que el parentesco calienta la sangre, que suele helarse en la mayor amistad: y lo uno, y lo otro son indicios, y señales de demasiado amor. Ya en esto avian salido de la casa gente armada: y los criados de las tres Damas apercebidos de piedras, digo los que no tenian armas, se pusieron en defensa de su señora. Los salteadores que vieron muerto à su Capitan, y que segun los defensores acudian, podian ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura aventurar las vidas por quien ya no podia premiarlas, bolvieron las espaldas, y dexaron el campo solo. Hasta aqui de esta batalla pocos golpes de espada hemos oído, pocos instrumentos belicos han sonado: el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos no ha salido à romper los ayres, las lenguas en amargo silencio tienen depositadas sus quexas: solo algunos ayes entre roncos gemidos andan embueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela, y Constanza, cada qual abrazada con su hermano, sin poder aprovecharse de las quexas con que se alivian los lastimados corazones; pero en fin, el Cielo, que tenia determinado no dexarlas morir tan aprisa, y tan sin quexarse, les despegò las lenguas, que al paladar pegadas tenian, y la de Auristela prorrumpiò en razones semejantes.

No sé yo, desdichada, como busco aliento en un muerto, ò como ya que le tuviesse, puedo sentirle, si estoy tan sin él, que ni sé si hablo, ni si respiro. Ay, hermano, y que caída ha sido esta, que assi ha derribado mis esperanzas! Como, que la grandeza de vuestro linage no se huviera puesto á vuestra desventura: mas como podia ella ser grande, si vos no lo fuerades? En los montes mas levantados caen los rayos, y à donde hallan mas resistencia, hacen mas daño. Monte erades vos, pero monte humilde, que con las sombras de vuestra industria, y de vuestra discrecion os encubriades á los ojos de las gentes. Ventura ibades à buscar en la mia, pero la muerte ha atacado el passo, encaminando el mio à la

sepultura: quan cierta la tendrá la Reyna vuestra Madre, quando à sus oídos llegue vuestra no pensada muerte! Ay de mi otra vez sola, y en tierra agena, bien assí como verde hidra, à quien ha faltado su verdadero arrimo! Estas palabras de Reyna, de montes, y grandezas, tenian atentos los oídos de los circunstantes que las escuchaban: y aumentóles la admiracion las que tambien decia Constanza, que en sus faldas tenia á su mal herido hermano, apretandole la herida, y tomandole la sangre la compasiva Feliz Flora, que con un lienzo suyo blandamente se la exprimia, obligada de averla el herido librado de su deshonra. Ay digo, decia, amparo mio, de que ha servido averme levantado la fortuna á titulo de señora, si me avia de derribar al de desdichada? Bolved, hermano, en vos, si quereis que yo buelva en mi (ò sino haced, ò piadosos Cielos!) que una misma suerte nos cierre los ojos, y una misma sepultura nos cubra los cuerpos; que el bien que sin pensar me avia venido, no podia traer otro descuento, que la presteza de acabarse. Con esto se quedó desmayada, y Auristela ni mas, ni menos, de modo, que tan muertas parecian ellas, y aun mas que los heridos. La Dama que cayó de la torre, causa principal de la caída de Periandro, mandó à sus criados, que ya avian venido muchos de la casa, que le llevassen al lecho del Conde Domicio su señor: mandó tambien llevar à Domicio su marido, para dar orden en sepultarle. Bartholomé tomó en brazos à su señor Antonio, á Constanza se los dió Feliz Flora, y á Auristela Belarminia, y Deleasir: y en esquadron doloroso, y con amargos passos se encaminaron á la casi Real casa.

CAPITULO XV.

Sanan de sus heridas Periandro, y Antonio: prosiguen todos su viage en compañia de las tres Damas Francesas. Libra Antonio de un peligro á Feliz Flora.

POco aprovechaban las discretas razones de las tres Damas Francesas daban á las dos lastimadas Constanza, y Auristela: porque en las recientes desventuras no hallan lugar consolatorias persuasiones. El dolor, y el desastre, que de repente sucede, no de improviso admite consolacion alguna, por discreta que sea; la apostema duele mientras no se ablan-

ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse; y assi mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante quien mueva al sentimiento, á quexas, y á suspiros, no es discrecion demasiada acudir al remedio con agudas medicinas. Llore, pues, algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constanza, y cierran entrambas los oídos á toda consolacion, en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo, que fue, segun ella dixo á las Damas Francesas, que antes que Domicio con ella se desposase, andaba enamorado de una parienta suya, la qual tuvo casi indubitables esperanzas de casarse con él. Salióle en blanco la suerte, para que ella, dixo Claricia, la tuviesse siempre negra: porque dissimulando Lorena, que assi se llamaba la parienta de Domicio, el enojo que avia recibido del casamiento de mi esposo, dió en regalarle con muchos, y diversos presentes; puesto que mas bizarros, y de buen parecer, que costosos: entre los quales le embió una vez, bien assi como embió al falsa Deyanira la camisa á Hercules. Digo que le embió unas camisas, ricas por el lienzo, y por la labor vistosas: apenas se puso una, quando perdió los sentidos, y estuvo dos dias como muerto; puesto que luego se la quitaron, imaginando que una esclava de Lorena, que estaba en opinion de maga, la avria hechizado. Bolviò á la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados, y tan trocados, que ninguna accion hacia, que no fuesse de loco, y no de loco manso, sino de cruel, furioso, y desatinado, tanto, que era necessario tenerle en cadenas: y aquel dia estando ella en aquella torre, se avia saltado el loco de las prisiones, y viendo á la torre, la avia echado por las ventanas abaxo, á quien el Cielo socorrió con la anchura de sus vestidos, ò por mejor decir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes. Dixo como aquel Peregrino avia subido á la torre á librar á una doncella, á quien el loco queria derribar al suelo; tràs la qual tambien despeñára á otros dos pequeños hijos, que en la torre estaban: pero el sucesso fue tan contrario, que el Conde, y el Peregrino se estrellaron en la dura tierra, el Conde herido de una mortal herida, y el Peregrino con un cuchillo en la mano, que al parecer se le avia quitado á Domicio: cuya herida era tal, que no fuera menester

servir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaba la caída. En esto Periandro estaba sin sentido en el lecho, á donde acudieron Maestros á curarle, y á concertarle los deslocados huesos: dieronle bebidas apropriadas al caso: hallaronle pulsos, algun tanto de conocimiento de las personas que al rededor de sí tenia, especialmente de Auristela, á quien con voz desmayada, que apenas podia entenderse, dixo: Hermana, yo muero en la Fé Catholica Christiana, y en la de quererte bien: y no babló, ni pudo hablar mas palabra por entonces. Tomaron la sangre à Antonio, y tentandole los Cirujanos la herida, pidieron albricias á su hermana, de que era mas grande, que mortal, y de que presto tendria salud con ayuda del Cielo: dióselas Feliz Flora, adelantandose à Constanza, que se las iba á dar, y aún se las dió, y los Cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos. Un mes, ó poco mas estuvieron los enfermos curandose, sin querer dexarlos las señoras Francesas: tanta fue la amistad que travaron, y el gusto que sintieron de la discreta conversacion de Auristela, y de Constanza, y de los dos sus hermanos, especialmente Feliz Flora, que no acertaba á quitarse de la cabecera de Antonio, amandole con un tan comedido amor, que no se extendia á mas que á ser benevolencia, y á ser como agradecimiento del bien que de él avia recibido quando su saeta la libró de las manos de Rubertino, que segun Feliz Flora contaba, era un Cavallero, señor de un Castillo, que cerca de otro suyo ella tenia: el qual Rubertino, llevado no de perfecto, sino de vicioso amor, avia dado én seguirla, y perseguirla, en rogarla le diesse la mano de esposa; però que ella por mil experiencias, y por la fama, que pocas veces miente, avia conocido ser Rubertino de aspera, y cruel condicion, y de mudable, y antojadiza voluntad, no avia querido condescender con su demanda, y que imaginaba, que acosado de sus desdenes, avria salido al camino à robarla, y à hacer de ella por fuerza lo que la voluntad no avia podido; pero que la flecha de Antonio avia cortado todos sus crueles, y mal fabricados designios, y esto le movia á mostrarse agradecida. Todo esto que Feliz Flora dixo, passó assi, sin faltar punto, y quando se llegó el de la sanidad de los enfermos, y sus fuerzas comenzaron à dar muestras de ella, bolvieron à re-

novarse

novarse sus deseos, á lo menos los de bolver à su camino: y assi lo pusieron por obra, acomodandose de todas las cosas necessarias, sin que, como está dicho, quisiessen las señoras Francesas dexar á los Peregrinos, á quien ya trataban con admiracion, y con respecto, porque las razones del llanto de Auristela les avian hecho concebir en sus animos, que debian de ser grandes señores: que tal vez la Magestad suele cubrirse de buriel, y la grandeza vestirse de humildad. En efecto con perplexos pensamientos los miraban: el pobre acompañamiento suyo los hacia tener en estima de condicion mediana, el brio de sus personas, y la belleza de sus rostros levantaba su calidad al Cielo, y assi entre el si, y el no, andaba dudosa. Ordenaron las Damas Francesas, que fuessen todos á cavallo, porque la caida de Periandro no consentia que se fiasse de sus pies. Feliz Flora agradecida al golpe de Antonio el barbaro no sabia quitarle de su lado, y tratando del atrevimiento de Rubertino, à quien dexaban muerto, y enterrado, y de la estraña historia del Conde Domicio, à quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juicio, le avian quitado la vida, y del buelo milagroso de su muger, mas para ser admirado, que creído. Llegaron á un rio, que se vadeaba con algun trabajo: Periandro fue de parecer que se buscasse la puente, pero todos los demás no vinieron en él: y bien assi como quando al repressado rebaño de mansas ovejas, puestas en lugar estrecho, hace camino la una, á quien las demás al momento siguen: Belarminia se arrojó al agua,à quien todos siguieron, sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, llevando tambien junto à sí à su hermana Constanza. Ordenó, pues, la suerte, que no fuesse buena la Feliz Flora, porque la corriente del agua le desvaneció la cabeza, de modo que sin poder tenerse, dió consigo en mitad de la corriente, trás quien se abalanzó con no creída presteza el cortés Antonio, y sobre sus ombros, como á otra nueva Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera. Ella viendo el presto beneficio, le dixo muy cortés: Eres Español? A quien Antonio respondió: Si mis cortesías no nacieran de tus peligros, estimaralas en algo, pero como nacen de ellos, antes me descontentan, que alegran. Passó en fin el (como he dicho otras veces) hermoso esquadron, y llegaron al ano-

checer á una casería, que junto con serlo, era mesón, en el qual se alojaron á toda su voluntad: y lo que en èl les sucedió, nuevo estilo, y nuevo capitulo pide.

CAPITULO XVI.

De como encontraron con Luisa la muger del Polaco: y lo que les contó un Escudero de la Condesa Ruperta.

COsas, y casos suceden en el mundo; que si la imaginacion, antes de suceder, pudiera hacer que assi sucedieran, no acertàra á trazarlos: y assí muchos por la variedad con que acontecen, passan plaza de apocrifos, y no son tenidos por tan verdaderos como lo son, y assi es menester que les ayuden juramentos, ò á lo menos el buen credito de quien los cuenta; aunque yo digo que mejor sería no contarlos, segun lo aconsejan aquellos antiguos versos Castellanos, qué dicen:

> Las cosas de admiracion
> No las digas, ni las cuentes,
> Que no saben todas gentes,
> Como son.

La primera persona con quien encontró Constanza, fue con una moza de gentil parecer, de hasta veinte y dos años, vestida à la Española, limpia, y aseadamente, la qual llegandose à Constanza, la dixo en lengua Castellana: Bendito sea Dios, que veo gente, si no de mi tierra, a lo menos de mi Nacion Española! Bendito sea Dios, digo otra vez, que oiré decir vuestra merced, y no Señoría, hasta los mozos de cozina. De essa manera, respondió Constanza, vos, señora Española debeis de ser? Y como si lo soy, respondió ella, y aún de la mejor tierra de Castilla. De qual, replicó Constanza? De Talavera de la Reyna, respondió ella. Apenas huvo dicho esto, quando à Constanza le vinieron barruntos que debia de ser la esposa de Ortel Banedre el Polaco, que por adultera quedaba presa en Madrid, cuyo Marido persuadido de Periandro la avia dexado presa, é idose á su tierra: y en un instante fabricó en su imaginacion un monton de cosas, que puestas en efecto, le sucedieron casi como las avia pensado. Tomóla por la mano, y fuese donde estaba Auristela,

y

y apartandola aparte con Periandro, les dixo; Señores, vosotros estais dudosos de si la ciencia que yo tengo de adivinar es falsa, ò verdadera, la qual ciencia no se acredita con decir las cosas que estan por venir, porque solo Dios las sabe, y si algun humano las acierta, es acaso, ò por algunas premissas á quien la experiencia de otras semejantes tiene acreditadas. Si yo os dixese cosas passadas, que no huviessen llegado, ni pudiessen llegar á mi noticia, que diriades? Quereislo vér? Esta buena hija que tenemos delante, es de Talavera de la Reyna, que casó con un estrangero Polaco, que se llamaba, si mal no me acuerdo, Ortél Banédre, á quien ella ofendió con alguna desembolture con un mozo de mesón; que vivia frontero de su casa: la qual llevada de sus ligeros pensamientos, y en los brazos de sus pocos años se salió de casa de sus Padres con el tal mozo, y fue presa en Madrid con el adultero, donde debe de haver passado muchos trabajos, assi en la prision, como en el aver llegado hasta aqui, que quiero que ella nos lo cuente: porque aunque yo los adivine, ella no los contará con mas puntualidad, y con mas gracia. Ay Cielos Santos, dixo la moza, y quien es esta señora, que me ha leído mis pensamientos? Quien es esta divina, que assi sabe la desvergonzada historia de mi vida? Yo, señora, soy esta adultera, soy essa presa, y soy la condenada á destierro de diez años, porque no tuve parte que me síguiesse: y soy la que aqui estoy en poder de un Soldado Español, que vá á Italia, comiendo el pan con dolor, y passando la vida que por momentos me hace desear la muerte. Mi amigo el primero murió en la carcel: esse, qué no sé en que numero ponga, me socorrió en ella, de donde me sacó, y como he dicho, me lleva por estos mundos con gusto suyo, y con pesar mio; que no soy tan tonta, que no conozca el peligro en que traygo el alma en este vagamundo estado. Por quien Dios es, señores, pues sois Españoles, pués sois Christianos, y pues sois principales, segun lo dá á entender vuestra presencia, que me saqueis del poder de este Español, que será como sacarme de las garras de los leones. Admirados quedaron Periandro, y Auristela de la discrecion sagáz de Constanza; y concediendo con ella, la reforzaron, y acreditaron, y aún se movieron á favorecér con todas sus fuerzas á la perdída moza: la qual dixo que el Español Soldado no

iba siempre con ella, sino una jornada adelante, ò atras, por deslumbrar à la Justicia. Todo esso está muy bien, dixo Periandro, y aqui daremos traza en vuestro remedio: que la que ha sabido odivinar vuestra vida passada, tambien sabrà acomodaros en la venidera. Sed vos buena, que sin el cimiento de la bondad no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca: no os desvieis por ahora de nosotros, que vuestra edad, y vuestro rostro son los mayores contrarios que podeis tener en las tierras estrañas. Lloró la moza, enterneciόse Constanza, y Auristela mostró los mismos sentimientos, con que obligó á Periandro à que el remedio de la moza buscasse. En esto estaban, quando llegó Bartholomé, y dixo: Señores, acudid à ver la mas estraña vision que avreis visto en vuestra vida; dixo esto tan asustado, y tan como espantado, que pensando ir á ver alguna maravilla estraña, le siguieron: y en un apartamiento algo desviado de aquel donde estaban alojados los Peregrinos, y Damas, vieron por entre unas esteras un aposento todo cubierto de luto, cuya lobrega obscuridad no les dexó ver particularmente lo que en él avia: y estandole assi mirando, llegó un hombre anciano, todo cubierto assimismo de luto, el qual les dixo: Señores de aqui á dos horas, que avrá entrado una de la noche, si gustais de ver á la señora Ruperta, sin que ella os vea, yo haré que la veais: cuya vista os dará ocasion de que os admireis, assi de su condicion, como de su hermosura. Señor respondió Periandro, este nuestro criado que aqui está, nos combidó á que viniessemos à ver una maravilla, y hasta ahora no hemos visto otra, que la de este aposento cubierto de luto, que no es maravilla ninguna. Si bolveis à la hora que digo, respondió el enlutado, tendreis de que maravillaros; porque avreis, de saber, que en este aposento se aloja la señora Ruperta, muger que fue apenas hesta un año del Conde Lamberto de Escocia; cuyo Matrimonio à él le costó la vida, y á ella verse en terminos de perderla à cada passo, á causa que Claudino Rubricón, Cavallero de los principales de Escocia, à quien las riquezas, y el linage hicieron soverbio, y la condicion algo enamorada, quiso bien á mi señora, siendo doncella: de la qual si no fue aborrecido, á lo menos fue desdeñado, como lo mostró el casarse con el Conde mi señor. Esta presta resolucion de mi señora la bautizó Rubicón en deshonra, y

menos-

menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta no huviera tenido Padres que se lo mundáron, y obligociones precisas que la obligáran á ello: junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los que se casan: que si puede ser, siempre los años del esposo con el numero de diez han de llevar ventaja á los de la muger, ò con algunos mas, porque la vejéz los alcance en un mismo tiempo. Era Rubicón varon viudo, y que tenia hijo de casi veinte y un años, gentil-hombre en extremo, y de mejores condiciones que el Padre: tanto, que si él se huviera opuesto á la cathedra de mi Señora, oy viviera mi señor el Conde, y mi Señora estuviera mas alegre. Sucedió, pues, que yendo mi Señora Ruperta á holgarse con su esposo á una Villa suya, acaso, y sin pensar, en un despoblado encontramos á Rubicón con muchos criados suyos que le acompañaban. Vió à mi señora, y su vista despertó el agravio, que á su parecer se le avia hecho, y fue de suerte, que en lugar del amor nació la ira, y de la ira el deseo de hacer pesar á mi Señora: y como las venganzas de los que bien se han querido sobrepujan á las ofensas hechas. Rubicón despechado, impaciente, y atrevido, desembaynando la espada, corrió al Conde mi Señor, que estaba inocente de este caso, sin que tuviese lugar de prevenirse del daño que no temia, y embaynandosela en el pecho, dixo: Tu me pagarás lo que no me debes, y si esta es crueldad, mayor la usó tu esposa, para conmigo, pues no una vez sola, sino cien mil me quitan la vida sus desdenes. A todo esto me hallé yo presente, oí las palabras, y ví con mis ojos, y tenté con las manos la herida: escuché los llantos de mi Señora, que penetraron los Cielos. Bolvimos á dar sepultura al Conde: y al enterrarle, por orden de mi Señora se le cortó la cabeza, que en pocos dias con cosas que se le aplicaron, quedó descarnada, y en solamente los huesos: mandóla mi Señora poner en una caxa de pláta, sobre la qual, puestas sus manos, hizo este juramento; pero olvidòseme por decir, como el cruel Rubicón, ò ya por menosprecio, ò ya por mas crueldad, ó quizà con la turbacion descuydado, se dexó la espada embaynada en el pecho de mi Señor, cuya sangre aún hasta ahora muestra estar casi reciente en ella: digo, pues, que dixo estas palabras: Yo la desdichada Ruperta, á quien ha dado los Cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al Cielo, puestas las manos sobre estas

estas doradas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder, y con mi industria, si bien aventurasse en ello una, y mil veces esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos, hechos á quien pueda favorecerme; y en tanto que no llegáre á efecto este mi justo, sí no Christiano deseo, juro que mi vestido será negro, mis aposentos lobregos, mis manteles tristes, y mi compañia la misma soledad. A la mesa estarán presentes estas reliquias, que me atormenten el alma: esta cabeza, que me diga sin lengua que vengue su agravio: esta espada, cuya no enjuta sangre me parece que veo á la que alterando la mia no me dexa sossegar hasta vengarme. Esto dicho, parece que templó sus continuas lagrimas; y dió algun vado á sus dolientes suspiros. Háse puesto en camino de Roma, para pedir en Italia á sus Principes favor, y ayuda contra el matador de su esposo, que aún todavia la amenaza, quizá temeroso, que suele ofender un mosquito mas de lo que puede favorecer un aguila. Esto, señores, vereis, como he dicho, de aquí à dos horas; y si no os dexare admirados, ò yo no avre sabido contarlo, ò vosotros tendreis el corazon de marmol. Aqui dió fin é su platica el enlutado Escudero, y los Peregrinos, sin ver á Ruperta, desde luego se comenzaron á admirar del caso.

CAPITULO XVII.

Del dichoso fin que tuvo el rencor de la Condesa Ruperta.

LA ira, segun se dice, es una revolucion de la sangre, que está cerca del corazon, la qual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia, y tal vez con la memoria. Tiene por ultimo fin, y paradero suyo la venganza, que como la tome al agraviado sin razon, ò con ella, sossiega. Esto nos lo dará á entender la hermosa Ruperta, agraviada, y ayrada, y con tanto deseo de vengarse de su contrario, que aunque sabia que era ya muerto, dilataba su colera por todos sus descendientes, sin querer dexar, si pudiera, ninguno de ellos: que la colera de la muger no tiene limite. Llegóse la hora de que la fueron á ver los Peregrinos sin que ella los viesse, y vieronla hermosa en todo extremo, con blanquissimas tocas, que desde la cabeza casi le llegaban á los pies, sentada delante de una mesa, sobre la qual tenia la cabeza

de

de su esposo en la caxa de plata, la espada con que le avian quitado la vida, y una camisa, que ella se imaginaba que aún no estaba enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la qual no tenia necessidad que nadie la despertasse, porque nunca dormia. Levantóse en pié, puesta la mano derecha sobre la cabeza del marido comenzó á hacer, y á revalidar el voto, y juramento, que dixo el enlutado Escudero: llovian lagrimas de sus ojos bastantes á bañar las reliquias de su passion: arrancaba suspiros del pecho, que condensaban el ayre cerca, y lexos: añadia al ordinario juramento razones que le agradaban, y tal vez parecia que arrojaba por los ojos, no lagrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo: tan sujeta la tenia su passion, y el deseo de vengarse. Veisla llorar, veisla suspirar, veisla no estar en sí, veisla blandir la espada matadora, viesla besar la camisa ensangrentada, y que rompe las palabras con sollozos? Pues esperad no mas de hasta la mañana, y vereis cosas que os dén sugeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuviessedes de vida. En mitad de la furia de su dolor estaba Ruperta, y casi en los umbrales de su gusto, porque mientras se amenaza, descansa el amenazador, quando se llegó á ella uno de sus criados, como si se llegara una sombra negra, segun venia cargado de luto, y en mal pronunciadas palabras, le dixo: Señora, Croriano el galan, el hijo de tu enemigo, se acaba de apear ahora con algunos criados: mira si quieres encubrirte, ò si quieres que te conozca, ò lo que sería bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo. Que no me conozca, respondió Ruperta, y avisad á todos mis criados, que por descuydo no me nombren, ni por cuydado me descubran: y esto diciendo, recogió sus prendas, y mandó cerrar el aposento, y que ninguno entrasse á hablarla. Bolvieronse los Peregrinos al suyo, quedó ella sola, y pensativa, y no sé como se supo, que avia hablado á solas estas, ú otras semejantes razones. Advierte, ò Ruperta, que los piadosos Cielos te han trahido á las manos, como simple victima al sacrificio, al alma de tu enemigo, que los hijos, y mas los unicos, pedazos del alma son de los Padres. Ea, Ruperta, olvidate de que eres muger; y si no quieres olvidarte de esto, mira que eres muger, y agraviada: la sangre de tu marido te está dando voces, y en aquella cabeza sin len-

lengua le está diciendo: Venganza, dulce esposa mia, que me mataron sin culpa; si, que no espantó la braveza de Holofernes á la humildad de Judith: verdad es, que la causa suya fue muy diferente de la mia: ella castigó á un enemigo de Dios, y yo quiero castigar à un enemigo, que no sé si lo es mio: á ella le puso el yerro en las manos el amor de su Patria, y à mi me le pone el de mi esposo. Pero, para pue hago yo tan disparatadas comparaciones? Què tengo que hacer mas, sino cerrar los ojos, y embaynar el acero en el pecho de este mozo, que tanto será mi venganza mayor, quanto fuere menor su culpa? Alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere: los deseos que se quieren cumplir, no reparan en inconvenientes, aunque sean mortales, cumpla yo el mio, y tenga la salida por mi misma muerte. Esto dicho, dió traza, y orden en como aquella noche se encerrasse en la estancia de Croriano, donde le dió facil entrada un criado suyo, traydor por dadivas, aunque él no pensó sino que hacia un gran servicio á su amo, llevandole al lecho una tan hermosa muger como Ruperta: la qual puesta en parte donde no pudo ser vista, ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del Cielo, sepultada en maravilloso silencio, estuvo esperando la hora de su contento, que le tenia puesto en la de la muerte de Croriano. Llevó para ser instrumento del cruel sacrificio, un agudo cuchillo, que por ser arma mañera, y no embarazosa, le pareció ser mas á proposito; llevó assimismo una linterna bien cerrada, en la qual ardia una vela de cera: recogió los espiritus de manera, que apenas osaba embiar la respiracion al ayre. Qué no hace una muger enojada? Qué montes de dificultades no atropellada en sus designios? Que enormes crueldades no le parecen blandas, y pacificas? No mas, porque lo que en este caso se podia decir, es tanto, que será mejor dexarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que encarecerlo. Llegóse en fin la hora, acostóse Croriano, durmióse con el cansancio del camino, y entregòse, sin pensamiento de su muerte, al de su reposo. Con atentos oídos estaba escuchando Ruperta si daba algun señal Croriano de que durmiese, y assegurandola que dormia, assi el tiempo que avia pasado desde que se acostó hasta entonces, como algunos dilatados alientos, que no los dán sino los dormidos, viendo lo qual, sin santiguarse, ni

invo-

invocar ninguna Deidad que la ayudasse, abrió la linterna, con que quedò claro él aposento, miró donde pondria los pies, para que sin tropezar la llevasen al lecho. Ea, bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable, executa tu ira, satisface tu enojo, borra, y quita del mundo tu agravio, que delante tienes en quien puedes hacerlo; pero mira, ó hermosa Ruperta! si quieres, que no mires á este hermoso Cupido que vas á descubrir, que se deshará en un punto toda la maquina de tus pensamientos. Llegò en fin, y temblandole la mano, descubrió el rostro de Croriano, que profundamente dormia, y halló en él la propriedad del escudo de Medusa, que la convirtió en marmol. Halló tanta hermosura, que fue bastante à hacerle caer el cuchillo de la mano, y á que diesse lugar la consideracion del enorme caso que cometer queria. Vió que la belleza de Croriano, como hace el Sol á la niebla, ahuyentaba las sombras de la muerte que darle queria: y en un instante no le escogió para victima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto. Ay, dixo entre sí, generoso mancebo, y quan mejor eres tu para ser mi esposo, que para ser objeto de mi venganza! Que culpa tienes tu de la que cometió tu Padre? Y qué pena se ha de dar à quien no tiene culpa? Gozate, gozate, joven ilustre, y quedese en mi pecho mi venganza, y mi crueldad encerrada; que quando se sepa, mejor nombre me dará el ser piadosa, que vengativa. Esto diciendo, ya turbada, y arrepentida, se le cayó la linterna de las manos sobre el pecho de Croríano, que despertó con el ardor de la vela. Hallóse á obscuras, quiso Ruperta salirse de la estancia, y no acertó por donde; dió voces Croriano, tomó su espada, y saltó del lecho, y andando por el aposento, topò con Ruperta, que toda temblando le dixo: No me mates, ó Croriano, puesto que soy una muger, que no ha una hora que quise, y pude matarte, y ahora me veo en terminos de rogarte que no me quites la vida. En esto entraron sus criados al rumor con luces, y vió Croriano, y conoció á la belisima víuda, como quien vé á la resplandeciente Luna de nubes blancas rodeada. Qué es esto, señora Ruperta, le dixo, son los passos de la venganza los que hasta aqui os han trahido, ò quereis que os pague yo los desafueros que mi Padre os hizo, que este cuchillo que aqui veo, qué otro señal es, sino de que aveis venido à ser

verdu-

verdugo de mi vida ? Mi Padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfaccion de los agravios qne dexan hechos los vivos si que pueden recompensarlos : y assi yo, que represento ahora la persona de mi Padre, quiero recompensaros la ofensa que él os hizo, lo mejor que pudiere, y supiere; pero dexadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma, que aqui ha venido, ó á matarme, ò á engañarme, ò á mejorar mi suerte. Empeórese la mia, respondió Ruperto, si es que halla modo el Cielo como empeorarla, si entré este dia passado en este mesón con alguna memoria tuya. Veniste tu á él, no te ví quando entraste, oí tu nombre, el qual despertó mi colera, y me movió á la venganza : concerté con un criado tuyo que me encerrasse esta noche en este aposento : hicele que callasse, sellandole la boca con algunas dadivas : entré en él, apercebime de este cuchillo, y acrecenté el deseo de quitarte la vida : sentí que dormias, salí de donde estaba, y á la luz de una linterna que conmigo trahia, te descubrí, y ví tu rostro, que me movió á respecto, y á reverencia, de manera, que los filos del cuchillo se embotaron, el deseo de mi venganza se deshizo. Cayóseme la vela de las manos, despertóse su fuego, diste voces, quede yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto. Yo no quiero mas venganza, ni mas memorias de agravios : vive en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya son en el perdonarte la culpa que no tienes. Señora, respondió Croriano, mi Padre quiso casarse contigo, tu no quisiste, el despechado mató á tu esposo : murióse, llevando al otro mundo esta ofensa, yo he quedado como parte tan suya, para hacer bien por su alma : si quieres que te entregue la mia, recibeme por tu esposo; si ya como he dicho, no eres fantasma que me engañas, que las grandes venturas que vienen de improviso, siempre trahen consigo alguna sospecha. Dame essos brazos, respondiò Ruperta, y verás, señor, como este mi cuerpo no es fantastico, y que el alma que en él te entrego es sencilla, pura, y verdadera. Testigos fueron de estos abrazos, y de las manos, que por esposos se dieron, los criados de Croriano, que avian entrado con las luces. Triunfó aquella noche la blanda paz de esta dura guerra : bolvióse al campo de la batalla en thalamo de desposorio, nació la paz de la ira, de la muerte la vida, y del dis-

disgusto el contento. Amaneció el dia, y hallé los recien desposados cada uno en los brazos del otro: levantaronse los Peregrinos con deseo de saber que avria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estaban ya bien informados: salió el rumor del nuevo desposorio, y haciendo de los cortesanos, entraron á dar los parabienes á los novios, y al entrar en el aposento vieron salir del de Ruperta el anciano Escudero que su historia les avia contado, cargado con la caxa donde iva la calavera de su primero esposo, y con la camisa, y espada, que tantas veces avía renovado las lagrimas de Ruperta, y dixo que lo llevaba adonde no renovassen otra vez las lagrimas presentes, passadas desventuras: murmuró de la facilidad de Ruperta, y en general de todas las mugeres: y el menor vituperio que de ellas dixo, fue llamarlas antojadizas. Levantaronse los novios antes que entrassen los Peregrinos: regozijaronse los criados, assi de Ruperta, como de Croriano, y bolvióse aquel mesón en Alcazar Real, digno de tan altos desposorios. En fin Periandro, y Auristela, Constanza, y Antonio su hermano, hablaron à los desposados, se dieron parte de sus vidas, á lo menos la que convenia que se diesse.

CAPITULO XVIII.

Incendio en el Mesón: saca de èl á todos un Judiciario llamado Soldino, llevalos à su cueva donde les pronostica felices sucessos.

En esto estaban quando entró por la puerta del mesón un hombre, cuya larga, y blanca barba mas de ochenta años le daba de edad: venia vestido, ni como Peregrino, ni como Religioso, puesto que lo uno, y lo otro parecia: trahia la cabeza descubierta, rasa, y calva en el medio, y por los lados largas, y blanquissimas canas le pendian: sustentaba el agoviado cuerpo sobre un retorcido cayado, que de baculo le servia. En efecto todo él, y todas las partes representaban un venerable anciano, digno de todo respecto: al qual apenas, huvo visto la dueña del mesòn, quando hincandose ante él de rodillas, le dixo: Contaré yo este dia, Padre Soldino, entre los venturosos de mí vida, pues he merecido verte en mi casa, que nunca vienes à ella sino para bien mio; y bol-

vien-

viendose à los circunstantes, prosiguió diciendo: este monton de nieve, esta estatua de marmol blanco que se mueve, que aqui veis, señores, es la del famoso Soldino, cuya fama no solo en Francia, sino en todas partes de la tierra se extiende. No me alabeis, buena señora, respondió el Anciano, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira: no la entrada, sino la salida hace à los hombres venturosos. La virtud que tiene por remate el vicio, no es virtud, sino vicio, pero con todo esto quiero acreditarme con vos en la opinion que de mi teneis: mirad oy por vuestra casa, porque de estas bodas, y de estos regozijos que en ellas se preparan, se ha de engendrar un fuego que casi toda la consuma. A lo que dixo Croriano, hablando con Ruperta su esposa: Este sin duda debe de ser Magico, ò Adivino, pues predice lo por venir: Entreoyó esta razon el Anciano, y respondió: No soy Mago, ni Adivino, sino Judiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña à adivinar: creedme, señores, por esta vez siquiera, y dexad esta estancia, y vamos à la mia, que es en una cercana selva, que aqui os dará, si no tan capaz, mas seguro alojamiento. Apenas huvo dicho esto, quando entró Bartholomé, criado de Antonio, y dixo à voces: Señores las cozinas se abrazan, porque en la infinita leña que junto á ellas estaba se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar. Trás esta voz acudieron las de otros criados, y comenzaron à acreditarlas los estallidos del fuego. La verdad tan manifiesta acreditó las pasabras de Soldino, y asiendo en brazos Periandro á Auristela, sin querer primero ir á averiguar si el fuego se podia atajar, ò no, dixo á Soldino: Señor guianos à tu estancia, que el peligro de esta yá esta manifiesto. Lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza, y con Feliz Flora, la Dama Francesa, á quien siguieron Deleasir, y Belarminia; la moza arrepentida de Talavera, y se asiò del cinto de Bartholomé, y él del cabestro de su bagage, y todos juntos, con los desposados, y con la huespeda, que conocia bien las adivinanzas de Soldino, le siguieron, aunque con tardo passo los guiaba. La demás gente del mesón, que no avian estado presentes à las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dió á entender que trabajaban en vano, ardiendo la casa todo aquel dia: que á cogerles el fuego

de

de noche, fuera milagro escapar alguno que contára su furia. Llegaron en fin á la selva, donde hallaron una Hermita no muy grande, dentro de la qual vieron una puerta, que parecia serlo de una cueva obscura. Antes de entrar en la Hermita, dixo Soldino á todos los que le avian seguido: Estos arboles con su apassible sombra os servirán de dorados techos, y la hierva de este amenissimo prado, si no de muy blancas, á lo menos de muy blandas camas, yo llevaré conmigo á mi cueva á estos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia; y luego llamó á Periandro, à Auristela, à Constanza, à las tres Damas Francesas, à Ruperta, á Antonio, y à Croriano, y dexando otra mucha gente fuera, se encerró con estos en la cueva, cerrando trás sí la puerta de la Hermita, y la de la cueva. Viendose, pues, Bartholomé, y la de Talavera no ser de los escogidos, ni llamados de Soldino, ó ya de despecho, ó ya llevados de su ligera condicion, se concertaron los dos, viendo ser tan para en uno, de dexar Bartholomé á sus amos, y la moza à sus arrepentimientos: y assi aliviaron el bagage de dos habitos de Peregrinos, y la moza à cavallo, y el galàn à pié, dieron cantonada, ella à sus compassivas señoras, y él à sus dueños, llevando en la intencion de ir tambien á Roma, como iban todos. Otra vez se ha dicho, que todas las acciones no verisimiles, ni probables se han de contar en las Historias, porque si no se les dá credito, pierden de su valor, pero al Historíador no le conviene mas de decir la verdad, parezcalo, ó no lo parezca. Con esta maxima, pues, el que escriviò esta Historia, dice que Soldino con todo aquel esquadron de Damas, y Cavalleros baxó por las gradas de la obscura cueva, y á menos de ochenta gradas se discurrió el Cielo luciente, y claro, y se vieron unos amenos, y rendidos prados, que entretenian la vista, y alegraban las almas: y haciendo Soldino rueda de los que con él avian baxado, les dixo: Señores, esto no es encantamiento, y esta cueva por donde aqui hemos venido, no sirve sino de atajo para llegar desde allá arriba à este valle que veis, que una legua de aqui tienen mas facil, mas llana, y mas apacible entrada. Yo levanté aquella Hermita, y con

mis brazos, y con mi continuo trabajo cavé la cueva, é hice mio este valle, cuyas aguas, y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan: aqui huyendo de la guerra hallé la paz: la hambre, que en esse mundo de allà arriba, si assi se puede decir, tenia, halló aqui á la hartura: aqui en lugar de los Principes, y Monarcas, que mandan el mundo, á quien yo servia, he hallado à estos arboles mudos, que aunque altos, y pomposos, son humildes: aqui no suena en mis oídos el desdén de los Emperadores, el enfado de sus Ministros: aqui no veo Dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirva: aqui soy yo señor de mi mismo: aqui tengo mi alma en mi palma: y aqui por via recta encamino mis pensamientos, y mis deseos al Cielo: aqui he dado fin al estudio de las Mathematicas, he contemplado el curso de las Estrellas, y el movimiento de el Sol, y de la Luna: aqui he hallado causa para alegrarme, y causas para entristecerme, que aùn estàn por venir, que serán tan ciertas, segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad. Ahora ahora, como presente veo, quitar la cabeza á un valiente Pirata un valeroso mancebo, de la Casa de Austria nacido. O si le viessedes como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas, peleando sus lenguas colas de cavallos, abrasando Baxeles, despedazando cuerpos, y quitando vidas! Pero ay de mi! Que me hace entristecer otro coronado joven, tendido en la seca arena, de mil Moras lanzas atravessado, el uno nieto, y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamás, como se debe, alabado, Carlos Quinto, á quien yo serví muchos años, y serviria hasta que la vida se me acabàra, si no lo estorbára el querer mudar la milicia mortal en la Divina. Aqui estoy, donde sin libros, con sola la experiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, ó Croriano (y en saber yo tu nombre, sin averte visto jamàs, me acredité contigo) que gozarás de tu Ruperta largos años; y á ti Periandro, te asseguro buen sucesso de tu peregrinacion: tu hermana Auristela no lo serà presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad: á ti, ó Constanza, subirás de Condesa á Duquesa, y tu hermano Antonio al grado que su valor merece: estas seño-

señoras Francesas, aunque no consigan los deseos que ahora tienen, conseguirán otros que las honren, y contenten. El aver pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres, sin averos visto jamás, las muertes que he dicho que he visto antes que vengan, os podrán mover, si quereis, à creerme, y mas quando halleis ser verdad, que vuestro mozo Bartholomé con el bagage, y con la moza Castellana se ha ìdo, y os ha dexado á pié. No le sigais, porque no le alcanzaréis: la moza es mas del suelo, que del Cielo, y quiere seguir su inclinacion á despecho, y pesar de vuestros consejos. Español soy, que me obliga á ser cortés, à ser verdadero: con la cortesía os ofrezco quanto estos prados me ofrecen, y con la verdad á la experiencia de todo quanto os he dicho. Si os maravilláre de ver á un Español en esta agena tierra, advertid que hay sitios, y lugares en el mundo saludables mas que otros, este en que estamos lo es para mi mas que ninguno. Las Alquerías, Caserías, y Lugares que hay por estos contornos, las habitan gentes Catholicas, y santas: quando conviene, recibo los Sacramentos, y busco, lo que no pueden ofrecer los campos, para passar la humana vida. Esta es la que tengo, de la qual pienso salir á la siempre duradera, y por ahora no mas; sino vamonos arriba, darémos sustento á los cuerpos, como aqui abaxo le hemos dado á las almas.

CAPITULO XIX.

Salen de la cueva de Soldino: prosiguen su jornada passando por Milán, y llegan á Luca.

ADerezóse la pobre, mas que limpia comida, aunque fue muy limpia cosa, no muy nueva para los quatro Peregrinos, que se acordaron entonces de la Isla Barbara, y de la de las Hermitas donde quedó Rutilio, y á donde ellos comieron de los ya sazonados, y ya no, frutos de los arboles. Tambien se les vino à la memoria la profecía falsa de los Isleños, y las muchas de Mauricio, con las Moriscas del Xadraque: y ultimamente las del Español Soldino. Pareciales, que andaban rodeados de adivinanzas, y metidos hasta el alma en la Judiciaria Astrología, que à no ser

acreditada con la experiencia, con dificultad le dieran credito. Acabóse la breve comida, salió Soldino con todos los que con él estaban al camino para despedirse de ellos, y en él echaron menos á la moza Castellana, y á Bartholomé el del bagage; cuya falta no dió poca pesadumbre á los quatro, porque les faltaba el dinero, y la reposteria. Mostró congojarse Antonio, y quiso adelantarse á buscarle, porque bien se imaginó que la moza le llevaba, ó él llevaba à la moza, ó por mejor decir, el uno se llevaba al otro; pero Soldino le dixo que no tuviesse pena, ni se moviesse à buscarlos, porque otro dia bolveria su criado arrepentido del hurto, y entregaria quanto avia llevado. Creyeronlo, y assi no curó Antonio de buscarle, y mas que Feliz Flora ofreció à Antonio de prestarle quanto huviese menester para su gasto, y el de sus compañeros desde allí à Roma: á cuya liberal oferta se mostró Antonio agradecido lo possible, y aún se ofreció de darle prenda que cupiesse en el puño, y en el valor passasse de cinquenta mil ducados: y esto fue pensando de darle una de las dos perlas de Auristela, que con la Cruz de diamantes guardadas siempre consigo las trahia. No se atreviò Feliz Flora á creer la cantidad del valor de la prenda; pero atreviòse à bolver á hacer el ofrecimiento hecho. Estando en esto, vieron venir por el camino, y passar por delante de ellos hasta ocho personas à cavallo, entre las quales iba una muger sentada en un rico sillon; y sobre una mula vestida de camino, toda de verde, hasta el sombrero, que con ricas, y varias plumas azotaba el ayre, con un antifaz assimismo verde, cubierto el rostro: passaron por adelante de ellos, y con baxar las cabezas, sin hablar palabra alguna los saludaron, y passaron de larga: los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo les saludaron. Quedabase atrás uno de los de la compañia, y llegandose á ellos pidió por cortesía un poco de agua: dieronsela, y preguntaronle, qué gente era la que iba allí delante, y qué Dama la de lo verde: A lo que el caminante respondió: El que allí delante vá, es el señor Alexandro Castrucho, Gentil-hombre Capuano, y uno de los ricos varones, no solo de Capua, sino de todo el Reyno de Napoles. La Dama es una sobrina, la señora Isabela

Cas-

Castrucho, que nació en España, donde dexa enterrado á su Padre, por cuya muerte su tio la lleva á casar á Capua: y á lo que yo creo no muy contenta. Esso será, respondió el Escudero enlutado de Ruperta, no porque vá à casarse, sino porque el camino es largo; que yo para mi tengo, que no hay muger que no desee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No sé essas filosofías, respondiò el caminante, solo sé que vá triste, y la causa, ella se la sabe: y á Dios quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me llevan: y picando apriessa, se les fue de la vista, y ellos despidiendose de Soldino, le abrazaron, y le dexaron. Olvidabase de decir, como Soldino avia aconsejado á las Damas Francesás, que siguiessen el camino derecho de Roma sin torcerle para entrar en París, porque assi les convenia: Este consejo fue para ellas como si se le dixera un Oraculo, y assi con parecer de los Peregrinos, determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y atravessando el Piamonte, y el Estado de Milán, ver á Florencia, y luego á Roma. Tanteado, pues, este camino con proposito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta allí caminaron: y otro dia al romper del Alva, vieron venir àcia ellos al tenido por ladron Bartholomé el bagagero detrás de su bagage, y él vestido como peregrino. Todos gritaron quando le conocieron, y los mas le preguntaron, qué huída avia sido la suya, qué trage aquel, y qué buelta aquella? A lo que él, hincado de rodillas delante de Constanza, casi llorando respondió á todos: Mi huida no sé como fue, mi trage ya veis que es de peregrino, mi buelta es á restituír lo que quizá, y aún sin quizá en vuestras imaginaciones me tenia confirmado por ladron. Aqui, señora Constanza, viene el bagage con todo aquello que en él estaba, excepto dos vestidos de peregrinos: que el uno es este que yo traygo, y el otro queda haciendo romera á la ramera de Talavera, que doy yo al diablo al amor, y al bellaco que me lo enseñó: y es lo peor, que le conozco, y determino ser Soldado debaxo de su vandera, porque no siento fuerzas que se opongan á las que hace el gusto con los que poco saben. Echeme V. md. su bendicion, y dexeme bolver, que me espera Luísa: y advierta, que buelvo sin blança, fiado en el

donayre de mi moza, mas que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo serán, si Dios me guarda el juício, si viviesse mil siglos. Muchas razones le dixo Periandro para estorvarle su mal proposito, muchas le dixo Auristela, y muchas mas Constanza, y Antonio; pero todo fue, como dicen, dar voces al viento, y predicar en desierto. Limpióse Bartholomé sus lagrimas, dexó su bagage, bolviò las espaldas, y partió en un buelo, dexando à todos admirados de su amor, y de su simpleza. Antonio viendole partir tan de carrera, puso una flecha en su arco, que jamás la disparó en vano, con intencion de atravessarle de parte á parte, y sacarle del pecho el amor, y la locura: mas Feliz Flora, que pocas veces se le apartaba del lado, le travó del arco, diciendole: Dexale Antonio, que harta mala ventura lleva en ir á poder, y á sujetarse al yugo de una muger loca. Bien dices, señora, respondió Antonio; y pues tu le dás la vida, quien ha de ser poderoso á quitarsela. Finalmente, muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada: entrarón en Milán, admiróles la grandeza de la Ciudad, su infinita riqueza, sus oros (que allí no solamente hay oro, sino oros) sus belicas herrerías, que no parece sino que allí ha hassado las suyas Vulcano, la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus Templos, y finalmente, la agudeza del ingenio de sus moradores. Oyeron decir á un huesped suyo, que lo mas que avia que ver en aquella Ciudad, era la Academia de los entronados, que estaba adornada de eminentissimos Academicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer á la fama á todas horas, y por todas las partes del mundo. Dixo tambien, que aquel dia era de Academia, y que se avia de disputar en ella, y si podia aver amor sin zelos. Si puede, dixo Periandro, y para probar esta verdad, no es menester gastar mucho tiempo. Yo, replicó Auristela, no sé que es amor, aunque sé lo que es querer bien. A lo que dixo Belarminia, no entiendo esse modo de hablar, ni la diferencia que hay entre amor, y querer bien. Esta: replicó Auristela, querer bien, puede ser sin causa vehemente, que os mueve la voluntad, como se puede querer á una criada que os sirve, ó á una estatua, ó pintura, que

bien

bien os parece, ò que mucho os agrada, y estas no dán zelos, ni los pueden dar; pero aquello que dicen que se llama amor, que es una vehemente passion del animo, como dicen, ya que no dé zelos, puede dar temores que lleguen à quitar la vida: del qual temor á mi me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera. Mucho has dicho, señora, respondió Periandro, porque no hay ningun amante que esté en possession de la cosa amada, que no tema el perderla: no hay ventura tan firme, que tal vez no dé baybenes: no hay clavo tan fuerte, que pueda detener la rueda de la fortuna: y si el deseo que nos lleva á acabar presto nuestro camino, no lo estorvára, quizà mostràra yo oy en la Academia, que puede aver amor sin zelos; pero no sin temores. Cessò esta platica, estuvieron quatro dias en Milán, en los quales comenzaron á ver sus grandezas, porque á acabarlas de ver, no dieran tiempo quatro años. Partieronse de allí, y llegaron á Luca, Ciudad pequeña, pero hermosa, y libre, que debaxo de las alas del Imperio, y de España, se descuella, y mira essenta á las Ciudades de los Principes que la desean. Alli, mejor que en otra parte ninguna, son bien vistos, y recibidos los Españoles: y es la causa, que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de mas de un dia, no dán lugar á mostrar su condicion, tenida por arrogante. Aqui aconteció á nuestros passageros una de las mas estrañas aventuras que se han contado en todo el discurso de este Libro.

CAPITULO XX.

De lo que contó Isabela Castrucho acerca de averse fingido endemoniada por los amores de Andrea Marulo.

LAS posadas de Luca son capaces para alojar una compañia de Soldados: en una de las quales se alojó nuestro esquadron, siendo guiado de las guardas de las puertas de la Ciudad, que se los entregaron al huesped por cuenta, porque á la mañana, ó quando se partiessen, la avia de dar de ellos. Al entrar, viò la señora Ruperta, que salia un Medico, que tal le pareció en el trage, diciendo á la hues-

peda de la casa, que tambien le pareció no podia ser otra. Yo, señora, no me acabo de desengañar si esta doncella está loca, ó endemoniada, y por no entrar, digo, que està endemoniada, y loca, y con todo esso tengo esperanza de su salud, si es que su tio no se dá priessa á partirse. Ay Jesus! dixo Ruperta, y en casa de endemoniados, y locos nos apeamos, en verdad, en verdad, que si se toma mi parecer no hemos de poner los pies dentro. A lo que dixo la huespeda: sin escrupulo puede V. Señoría (que este es el merced de Italia) apearse, porque de cien leguas se podia venir á ver lo que está en esta posada. Apearonse todos, y Auristela, y Constanza, que avian oído las razones de la huespeda, le preguntaron, qué avia en aquella posada, que tanto encarecia el verla? Vengase conmigo, respondió la huespeda, y verán lo que verán, y dirán lo que yo digo. Guió, y siguieronla, donde vieron echada en un lecho dorado á una hermosissima muchacha, de edad, al parecer de diez y seis, ò diez y siete años: tenia los brazos aspados, y atados con unas vendas á los balaustros de la cabecera del lecho, como que la querian estorvar el moverlos à ninguna parte: dos mugeres, que debian de servirla de enfermeras, andaban buscandole las piernas para atarselas tambien; á lo que la enferma dixo: Basta que se me aten los brazos, que todo lo demás las ataduras de mi honestidad lo tiene ligado: y bolviendose á las Peregrinas, con levantada voz, dixo: Figuras del Cielo, Angeles de carne, sin duda creo que venis á darme salud, porque de tan hermosa presencia, y de tan Christiana visita, no se puede esperar otra cosa. Por lo que debeis á ser quien sois, que sois mucho, que mandeis que me desaten, que con quatro, ó cinco bocados que me dé en el brazo, quedaré harta, y no me haré mas mal: porque no estoy tan loca como parezco, ni el que me atormenta es tan cruel, que dexará que me muerda. Pobre de ti, sobrina, dixo un anciano, que avia entrado en el aposento, y qual te tiene èsse que dices, que no ha de dexar que te muerdas! Encomiendate à Dios Isabela, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere esse tu tio, que bien te quiere. Lo que cria el ayre, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tie-

tierra te traherè, que tu mucha hacienda, y mi voluntad mucha te lo ofrece todo. La doliente moza respondió: Dexenme sola con estos Angeles, quizá mi enemigo el demonio huirá de mi, por no estar con ellos: y señalando con la cabeza que se quedassen con ella Auristela, Constanza Ruperta, y Feliz Flora, dixo, que los demás se saliessen, como se hizo con voluntad, y aún con ruegos de su anciano, y lastimado tio: del qual supieron ser aquella la gentil Dama de lo verde, que al salir de la cueva del sabio Español, avian visto passar por el camino, que el criado que se quedó atrás, les dixo se llamaba Isabela Castrucho, y que se iba à casar al Reyno de Napoles. Apenas se vió sola la enferma, quando mirando á todas partes, dixo, que mirassen si avia otra persona en el aposento, que aumentasse el numero de los que ella dixo que se quedassen; miróle Ruperta, y escudriñólo todo, y asseguró no aver otra persona que ellos. Con esta seguridad sentóse Isabela como pudo en el lecho, y dando muestras de que queria hablar de proposito, rompió la voz con un tan grande suspiro, que pareció que con él se le arrancaba el alma: el fin del qual fue tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada, con señales tan de muerte, que obligó á los circunstantes á dar voces, pidiendo un poco de agua para bañar el rostro de Isabela, que à mas andar se iba al otro mundo. Entró el misero tio, llevando una Cruz en la una mano, y en la otra un hysopo, bañado en agua bendita: Entraron assimismo con él dos Sacerdotes, que creyendo ser el demonio quien la fatigaba, pocas veces se apartaban de ella. Entró assimismo la huespeda con el agua, rociaronle el rostro, y bolvió en sí, diciendo: Excusadas son por ahora estas prevenciones: yo saldré presto, pero no ha de ser quando vosotros quisieredes, sino quando á mi me parezca, que será quando viniere á esta Ciudad Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, Cavallero de esta Ciudad: el qual Andrea ahora está estudiando en Salamanca, bien descuydado de estos sucessos. Todas estas razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinion que tenian de estar Isabela endemoniada, porque no podian pensar como pudiesse saber ella Juan Bautista Marulo quien fuesse, y su

hijo

hijo Andrea, y no faltó quien fuesse luego á decir al ya nombrado Juan Bautista Marulo, lo que la bella endemoniada de él, y de su hijo avia dicho. Tornó á pedir, que la dexassen sola con los que antes avia escogido: dixeronle los Sacerdotes los Evangelios, é hicieron su gusto; llevandole todos de la señal que avia dado, quedaria (quando el demonio la dexasse) libre, que indubitablemente la juzgaron por endemoniada. Feliz Flora hizo de nuevo la pesquisa de la estancia, y cerrando la puerta de ella, dixo á la enferma: Solos estamos, mira, señora, lo que quieres. Lo que quiero es, respondió Isabela, que me quiten estas ligaduras, que aunque son blandas me fatigan, porque me impiden. Hicieronlo assi con mucha diligencia, y sentandose Isabela en el lecho, asió de la una mano á Auristela, y de la otra á Ruperta, é hizo que Constanza, y Feliz Flora se sentassen junto á ella en el mismo lecho: y assi apiñadas en un hermoso monton, con voz baxa, y lagrimas en los ojos, dixo: Yo, señoras, soy la infelice Isabela Castrucho, cuyos Padres me dieron nobleza, la fortuna hacienda, y los Cielos algun tanto de hermosura. Nacieron mis Padres en Capua, pero engendraronme en España, donde nací, y me crié en casa de este mi tio, que aqui está, que en la Corte del Emperador la tenia. Valgame Dios, y para que tomo yo tan de atrás la corriente de mis desventuras! Estando, pues, yo en casa de este mi tio, ya huerfana de mis Padres, que á él me dexaron encomendada, y por tutor mio: llegò á la Corte un mozo, á quien yo vi en una Iglesia, y le miré tan de proposito (y no os parezca esto, señoras, desemboltura, que no parecerá, si consideráredes que soy muger) digo, que le miré en la Iglesia de tal modo, que en casa no podia estar sin mirarle, porque quedó su presencia tan impressa en mi alma, que no la podia apartar de mi memoria. Finalmente no me faltaron medios para entender quien él era, y la calidad de su persona, y que hacia en la Corte, ó à donde iba, y lo que saqué en limpio, fué, que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, Cavallero de esta Ciudad, mas Noble, que rico, y que iba á estudiar á Salamanca: En seis dias, que allí estuvo, tuve orden

den de escribirle quien yo era, y la mucha hacienda que tenia, y que de mi hermosura se podia certificar viendome en las Iglesia. Escribíle assimismo, que entendia que este mi tio me queria casar con un primo mio, porque la hacienda se quedasse en casa, hombre no de mi gusto, ni de mi condicion, como es verdad: dixele asimismo, que la ocasion en mi le ofrecia sus cabellos, que los tomasse, y que no diesse lugar en no hacerlo, al arrepentimiento, y que no tomasse de mi facilidad ocasion para no estimarme. Respondió, despues de averme visto no sé quantas veces en la Iglesia, que por mi persona sola, sin los adornos de la nobleza, y de la riqueza, me hiciera señora del mundo, si pudiera: y que me suplicaba durasse firme algun tiempo en mi amorosa intencion, á lo menos hasta que él dexasse en Salamanca á un amigo suyo, que con él de esta Ciudad avia partido á seguir el estudio. Respondíle, que si haria, porque en mi no era el amor importuno, ni indiscreto, que presto nace, y presto se muere. Dexóme entonces por honrado, pues no quiso faltar á su amigo, y con lagrimas, como enamorado: que yo se las ví verter passando por mi calle el dia que se partió sin dexarme, y yo me fuí con él sin partirme. Otro dia: quien podrá creer esto, qué de rodéos tienen las desgracias, para alcanzar mas presto á los desdichados! Digo, que otro dia concertó mi tio que bolviessemos á Italia, y sin poderme escusar, ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso, y la color me hacian sana: mi tio no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento, buscaba trazas para no partirme. En este tiempo le tuve, para escribir á Andrea de lo que me avia sucedido, y que era forzoso el partirme; pero que yo procuraria passar por esta Ciudad, donde pensaba fingirme endemoniada, y dar lugar con esta traza á que él le tuviesse de dexar á Salamanca, y venirá Luca, à donde á pesar de mi tio, y aùn de todo el mundo, sería mi esposo: assi que en su diligencia estaba mi ventura, y aùn la suya, si queria mostrarse agradecido. Si las cartas llegaron á sus manos (que si debieron de llegar, porque los portes las hacen ciertas) antes de tres dias ha de estar aqui, yo por mi parte he hecho lo que he podído: una

una legion de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener una onza de amor en el alma, quando la esperanza desde lexos la anda haciendo cocos. Esta es, señoras mias, mi historia, esta mi locura, esta mi enfermedad: mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan: passo hambre, porque esperah artura; pero con todo eso, la desconfianza me persigue; porque como dicen en Castilla: A los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca, y la mano. Haced, señoras, de modo, que acrediteis mi mentira, y fortalezcais mis discursos, haciendo con mi tio, que puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos dias, quizá permitirá el Cielo que llegue el de mi contento con la venida de Andrea. No avrá para que preguntar, si se admiraron, ó no los oyentes de la historia de Isabela: pues la historia misma se trahe consigo la admiracion, para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constanza, y Feliz Flora le ofrecieron de fortalecer sus designios, y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin de ellos, pues á buena razon no podian tardar mucho.

CAPITULO XXI.

Llega Andrea Marulo: descubrese la ficcion de Isabela, y quedan casados.

PRiessa se daba la hermosa Isabela Castrucho á revalidar su demonio, y priessa se daban las quatro, ya sus amigas, á fortalecer su enfermedad, afirmando con todas las razones que podian, de que verdaderamente era el demonio el que hablaba en su cuerpo: porque se vea quien es el amor, pues hace parecer endemoniados á los amantes. Estando en esto, que sería casi al anochecer, bolvió el Medico á hacer la segunda visita, y acaso truxo con él á Juan Bautista Marulo, Padre de Andrea el enamorado: y al entrar del aposento de la enferma, dixo: Vea vuessa merced, señor Juan Bautista Marulo, la lastima de esta doncella, y si merece que en su cuerpo de Angel se ande espaciando el demonio; pero una esperanza nos consuela,

y es, que nos ha dicho, que presto saldrà de aqui, y darà por señal de su salida la venida del señor Andrea vuestro hijo, que por instantes aguarda. Assi me lo han dicho, respondió el señor Juan Bautista, y holgariame yo, que cosas mias fuessen paraninfos de tan buenas nuevas. Gracias à Dios, y á mi diligencia, dixo Isabela, que si no fuera por mi, él se estuviera ahora quedo en Salamanca, haciendo lo que Dios se sabe. Creame el señor Juan Bautista, que está presente, que tiene un hijo mas hermoso, que santo, y menos estudiante, que galán: que mal ayan las galas, y las atildaduras de los mancebos, que tanto daño hacen en la Republica, y mal ayan juntamente las espuelas que no son de rodaja, y los acicates, que no son puntiagudos, y las mulas de alquiler, que no se aventajan á las postas. Con estas fue ensartando otras razones equivocas: conviene á saber de dos sentidos; que de una manera las entiendan sus secretarias, y de otra los demas circunstantes: ellas las interpretaban verdaderamente, y los demás como desconcertados disparates. Donde visteis vos, señora, dixo Marulo, á mi hijo Andrea, fue en Madrid, ó en Salamanca? No fue sino en Illescas, dixo Isabela, cogiendo guindas la mañana de San Juan al tiempo que alboreaba: mas si vá á decir la verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo, y siempre le tengo en el alma. Aún bien, replicó Marulo, que estè mi hijo cogiendo guindas, y no espulgandose, que es mas proprio de los Estudiantes. Los Estudiantes que son Cavalleros, respondió Isabela, de pura fantasía pocas veces se espulgan, pero muchas se rascan, que estos animalejos, que se usan en el mundo tan de ordinario, son tan atrevidos, que assi se entran por las calzas de los Principes, como por las frazadas de los Hospitales. Todo lo sabes maligno, dixo el Medico, bien parece que eres viejo: y esto encaminando su razon al demonio, que pensaba que tenia Isabela en el cuerpo. Estando en esto, que no parece sino que el mismo Satanás lo ordenaba, entró el tio de Isabela con muestras de grandissima alegria, diciendo: Albricias sobrina mia, albricias hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista que está pre-

sente:

sente: Ea, dulce esperanza mia, cumplenos la que nos has dado, de que has de quedar libre en viendole: Ea demonio maldito, *vade retro, exi foras,* sin que lleves pensamiento de bolver á esta estancia, por mas barrida, y escombrada que la veas. Venga, venga, replicó Isabela, esse putativo Ganymedes, esse contrahecho Adonis, y déme la mano de esposo, libre, sano, y sin cautela, que yo le he estado aqui aguardando, mas firme que roca, puesta á las ondas del mar, que la tocan, mas no la mueven. Entró de camino Andrea Marulo, á quien ya en casa de su Padre le avian dicho la enfermedad de la estrangera Isabela, y de como le esperaba para darle por señal de la salida del demonio. El mozo que era discreto, y estaba prevenido por las cartas que Isabela le embió á Salamanca de lo que avia de hacer, si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las espuelas acudió á la posada de Isabela, y entró por su estancia como atontado, y loco, diciendo: Afuera, afuera, afuera, aparta, aparta, aparta, que entra el valeroso Andrea, quadrillero mayor de todo el infierno, si es que no basta de una esquadra. Con este alboroto, y voces casi quedaron admirados los mismos que sabían la verdad del caso, tanto, que dixo el Medico, y aún su mismo Padre: Tan demonio es este como el que tiene Isabela; y su tio dixo: Esperabamos á este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal. Sossiegate hijo, sossiegate, dixo su Padre, que parece que estás loco. No lo ha de estar, dixo Isabela, si me vé á mi? No soy yo por ventura el centro donde reposan sus pensamientos? No soy yo el blanco donde assestan sus deseos? Si por cierto, dixo Andrea, si, que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo, y vida de mi muerte. Dadme la mano de ser mi Esposa, señora mia, y sanadme de la esclavitud en que me veo, á la libertad de verme debaxo de vuestro yugo: dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo, á la alteza de ser esposo de Isabela Castrucho: vayan de aqui fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabroso nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta. Tu dices bien, señor Andrea, replicó Isabela, y sin que aqui

in-

intervengan trazas, maquinas, ni embelecos: dame essa mano de esposo, y recibeme por tuya. Tendió la mano Andrea, y en aquel instante alzó la voz Auristela, y dixo: Bien se la puede dar, que para en uno son. Pasmado, y atonito, tendió tambien la mano su tio de Isabela, y travó de la de Andrea, y dixo: Qué es esto, señores, usase en este Pueblo, que se case un diablo con otro? Que no, dixo el Medico, que esto debe de ser burlando, para que el diablo se vaya: porque no es possible que este caso que vá sucediendo pueda ser prevenido por entendimiento humano. Con todo esso, dixo el tio de Isabela, quiero saber de la boca de entrambos, que lugar le darémos á éste casamiento, el de la verdad, ó el de la burla. El de la verdad, respondió Isabela, porque ni Andrea Marulo está loco, ni yo endemoniada: yo le quiero, y escojo por mi esposo, si es que él me quiere, y me escoge por su esposa. No loco, ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal, qual Dios ha sido servido de darme, y diciendo esto, tomò la mano de Isabela, y ella le dió la suya, y con dos síes quedaron indubitablemente casados. Qué es esto, dixo Castrucho, otra vez? Aqui de Dios, como, y es possible que assi se deshonren las canas de este viejo? No las puede deshonrar, dixo el Padre de Andrea, ninguna cosa mia: yo soy Noble, y si no demasiadamente rico; no tan pobre, que aya menester á nadie, no entro, ni salgo en este negocio: sin mi sabiduría se han casado los muchachos, que en los pechos enamorados la discrecion se adelanta á los años, y si las mas veces los mozos en sus acciones disparan, muchas aciertan, y quando aciertan, aunque sea acaso, exceden con muchas ventajas á las mas consideradas. Pero mirese con todo esso, si lo que aqui ha passado puede passar adelante, porque si se puede deshacer, las riquezas de Isabela, no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos Sacerdotes que se hallaron presentes, dixeron, que era valido el Matrimonio, presupuesto que si con parecer de locos le avian comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le avian confirmado. Y de nuevo le confirmamos, dixo Andrea, y lo mismo dixo Isabela. Oyendo lo qual su tio, se le cayeron las alas

del

del corazon, y la cabeza sobre el pecho, y dando un profundo suspiro, bueltos los ojos en blanco, dió muestras de averle sobrevenido un mortal parasismo. Llevaronle sus criados al lecho, levantóse del suyo Isabela, llevóla Andrea á casa de su Padre, como á su esposa, y de allí á dos dias entraron por la puerta de una Iglesia un niño, hermano de Andrea Marulo, á baptizar, Isabela, y Andrea á casarse, y á enterrar al cuerpo de su tio: porque se vean quan estraños son los sucessos de esta vida: unos á un mismo punto se baptizan, otros se casan, y otros se entierran. Con todo esso se puso luto Isabela: porque esta que llaman muerte, mezcla los thalamos con las sepulturas, y las galas con los lutos. Quatro dias estuvieron mas en Luca nuestros Peregrinos, y la esquadra de nuestros passageros, que fueron regalados de los desposados, y del Noble Juan Bautista Marulo. Y aqui dió fin nuestro Author al tercero Libro de esta notable Historia.

LIBRO QUARTO, DE LA HISTORIA DE LOS TRABAJOS DE PERSILES, Y SIGISMUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

Dáse cuenta del razonamiento que passó entre Periandro, y Auristela.

DISPUTÓLE entre nuestra peregrina esquadra, no una, sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucho, con tantas maquinas fabricado, podia ser valedero; á los que Periandro dixo que si: quanto mas que no les tocaba á ellos la averiguacion de aquel caso; pero lo que á él le habia descontentado, era la junta del Baptismo, casamiento, y la sepultura, y la ignorancia del Medico, que no atinó con la traza de Isabela, ni con el peligro de su tio. Unas veces trataban en esto, y otras en referir los peligros que por ellos avian passado. Andaban Croriano, y Ruperta su esposa atentíssimos, inquiriendo quien fuessen Periandro, y Auristela, Antonio, y Constanza, lo que no hacian por saber quien fuessen las tres Damas Francesas, que desde el punto que las vieron, fueron de ellos conocidas. Con esto, á mas que medianas jornadas, llegaron á Aquapendente, Lugar cercano á Roma, á la entrada de la qual Villa, adelantandose un poco Periandro, y Auristela de los demás, sin temor que nadie los escuchasse, ni oyesse, Periandro habló á Auristela de esta manera: Bien sabes (ó se-

señora!) que las causas que nos movieron á salir de nuestra Patria, y á dexar nuestro regalo, fueron tan justas, como necesarias: ya los ayres de Roma nos dán en el rostro: ya las esperanzas que nos sustentan, nos bullen en las almas: ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce possession esperada. Mira, señora, que serà bien que dés una buelta á tus pensamientos, y escudriñando tu voluntad, mires si estás en la entereza primera, ó si lo estarás despues de aver cumplido tu voto, de lo que yo no dudo; porque tu Real sangre no se engendrò entre promesas mentirosas, ni entre dobladas trazas. De mi te sé decir, ó hermosa Sigismunda, que este Periandro que aqui vés, es el Persiles que en la casa del Rey mi Padre viste: aquel digo, que te dió palabra de ser tu esposo en los Alcazares de su Padre, y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si allí la contraria fortuna nos llevasse. Ibale mirando Auristela atentissimamente, maravillada de que Periandro dudasse de su fé, y assi le dixo: Sola una voluntad, ó Persiles he tenido en toda mi vida, y essa avrá dos años que te la entregué, no forzada, sino de mi libre alvedrio, la qual tan entera, y firme está ahora como el primer dia que te hice señor de ella: la qual si es possible que se aumente, se ha aumentado, y crecido entre los muchos trabajos que hemos passado. De que tu estés firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, haré que se buelvan en possession tus esperanzas; pero dime, que harémos despues que una misma coyunda nos ate, y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Lexos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las agenas, sin arrimo que sustente la hiedra de nuestras incomodidades. No digo esto porque me falte el animo de sufrir todas las del mundo como esté contigo; sino digolo, porque qualquiera necessidad tuya me ha de quitar la vida. Hasta aqui, ó poco menos de hasta aqui, padecia mi alma en sí sola; pero de aqui adelante padeceré en ella, y en la tuya; aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son mas que una. Mira, señora, respondió Periandro, como no es possible que ninguno fabrique su fortuna; puesto que dicen, que cada uno es el artifice de ella desde el principio hasta el cabo: assi yo no puedo responderte ahora lo que harémos despues que la buena suerte nos junte, rompase ahora el inconveniente de nuestra division que despues de juntos, campos hay en la tier-

tierra que nos sustenten, y chozas que nos recojan, y años que nos encubran; que á gozarse dos almas, que son una, como tu has dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen. No nos faltarà medio para que mi Madre la Reyna sepa donde estamos, ni á ella la faltará industria para socorrernos, y en tanto essa Cruz de diamantes que tienes, y essas dos perlas inestimables: comenzaràn á darnos ayudas; sino que temo, que al deshacernos de ellas se ha de deshacer nuestra maquina, porque como se ha de creer, que prendas de tanto valor se encubran debaxo de una esclavina? Y por venir dandoles alcance la demás compañia cessò su platica, que fue la primera que avian hablado en cosas de su gusto: porque la mucha honestidad de Auristela jamás dió ocasion á Periandro á que en secreto la hablasse: y con este artificio, y seguridad notable passaron la plaza de hermanos entre todos quantos hasta alli los avian conocido, solamente en el desalmado, y ya muerto Clodio passó la malicia tan adelante, que llegó á sospechar la verdad. Aquella noche llegaron una jornada antes de Roma, y en un mesón, adonde siempre les solia acontecer maravillas, les aconteció esta, si es que assi pueda llamarse. Estando todos sentados á una mesa, la qual la solicitud del huesped, y la diligencia de sus criados, tenian abundantemente proveída: de un aposento del mesòn salió un gallardo Peregrino con unas escrivanías sobre el brazo izquierdo, y un cartapacio en la mano: y aviendo hecho á todos la debida cortesía en lengua Castellana, dixo: Este trage de Peregrino que visto, el qual trahe consigo la obligacion de que pida limosna el que lo trahe, me obliga, á que os la pida, y tan aventajada, y tan nueva, que sin darme joya alguna, ni prendas que lo valgan, me aveis de hacer rico. Yo, señores, soy un hombre curioso: sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio, y Apolo. Algunos años me he dado al exercicio de la guerra, algunos otros, y los mas maduros en el de las letras: en los de la guerra he alcanzado algun buen nombre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado. Algunos libros he impresso de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos han dexado de ser tenidos por buenos: y como la necessidad, segun se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mio, que tiene un no sé que de fantastico, é inventivo, ha dado en una ima-

imaginacion algo peregrina, y nueva: y es, que á costa agena quiero sacar un libro á luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ageno, y el provecho mio: el libro se ha de llamar Flor de Aforismos peregrinos: conviene à saber, sentencias sacadas de la misma verdad. En esta forma, quando en el camino, ó en otra parte topo alguna persona, cuya presencia muestre ser de ingenio, y de prendas, le pido me escriba en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, ó alguna sentencia que lo parezca: y de esta manera tengo juntados mas de trecientos Aforismos, todos dignos de saberse, y de imprimirse, y no en nombre mio, sino de su mismo Author, que lo firmó de su nombre despues de averlo dicho. Esta es la limosna que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo. Dadnos, señor Español, respondió Periandro, alguna muestra de lo que pedís, por quien nos guiemos, que en lo demás sereis servido, como nuestros ingenios lo alcanzáren. Esta mañana, respondió el Español, llegaron aqui, y passaron de largo un Peregrino, y una Peregrina Españoles, á los quales por ser Españoles declaré mi deseo, y ella me dixo, que pusiesse de mi mano, porque no sabía escribir, esta razon.

Mas quiero ser mala con esperanza de ser buena, que buena con proposito de ser mala.

Y dixome, que firmasse la Peregrina de Talavera. Tampoco sabía escribir el Peregrino, y me dixo que escribiese.

No hay carga mas pesada que la muger liviana.

Y fimé por él: Bartholomé el Manchego. De este modo son los Aforismos que pido: y los que espero de esta gallarda compañia, serán tales, que realcen á los demás, y les sirvan de adorno, y de esmalte. El caso està entendido, respondió Croriano, y por mi, tomando la pluma el Peregrino, y el cartapacio, quiero comenzar á salir de esta obligacion, y escribió.

Mas hermoso parece el Soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.

Y firmó Croriano. Luego tomò la pluma Periandro, y escribió.

Dichoso es el Soldado, que quando está peleando, sabe que le está mirando su Principe.

Y firmó. Sucedióle el Barbaro Antonio, y escribió.

La honra que se alcanza por la guerra, como se grava en laminas de bronce, y con puntas de acero, es mas firme que las demás honras.

Y

Y firmóse Antonio el Barbaro: y como allí no avia mas hombres, rogó el Peregrino, que tambien aquellas Damas escribiessen, y fue la primera que escribió Ruperta, y dixo.

La hermosura, que se acompaña con la honestidad, es hermosura, y la que no, no es mas de un buen parecer.

Y firmó. Segundó la Auristela, y tomando la pluma, dixo.

La mejor dote que puede llevar la muger principal, es la honestidad, porque la hermosura, y la riqueza el tiempo la gasta, ó la fortuna la deshace.

Y firmó: á quien siguió Constanza, escribiendo.

No por el suyo, sino por el parecer ageno, ha de escoger la muger al marido.

Y firmó. Feliz Flora escribió tambien, y dixo.

A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa, pero á mucho mas las fuerzas del gusto.

Y firmó: y siguiendo Belarminia, dixo.

La muger ha de ser como el armiño, dexandose antes prender, que enlodarse.

Y firmó. La ultima que escribió, fue la hermosa Deleasir, y dixo.

Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena, ò la mala suerte; pero mas sobre los casamientos.

Esto fue lo que escribieron nuestras Damas, y nuestros Peregrinos: de lo que el Español quedó agradecido, y contento, y preguntandole Periandro si sabia algun Aforismo de memoria, de los que tenia allí escritos, le dixesse. A lo que respondiò, que solo uno diria, que le avia dado gran gusto, por la firma del que lo avia escrito, que decia:

No desees, y serás el mas rico hombre del mundo.

Y la firma decia: Diego de Ratos, corcobado, Zapatero de viejo en Tordesillas, Lugar en Castilla la Vieja, junto á Valladolid. Por Dios, dixo Antonio, que la firma está larga, y tendida, y que el Aforismo es el mas breve, y compendioso que puede imaginarse; porque está claro, que lo que se desea es lo que falta, y el que no desea, no tiene falta de nada, y assi será el mas rico del mundo. Algunos otros Aforismos, dixo el Español, que hicieron sabrosa la conversacion, y la cena. Sentose el Peregrino con ellos, y en el discurso de la cena, dixo: No daré el privilegio de este mi libro à ningun Librero en Madrid si me dá por él dos mil ducados: que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios

de valde, ó á lo menos por tan poco precio, que no le luzca al Author del libro: verdad es, que tal vez suelen comprar un privilegio, é imprimir un libro, con quien piensan enriquecer, y pierden en él el trabajo, y la hacienda; pero el de estos Aforismos, escrito se lleva en la frente la bondad, y la ganancia.

CAPITULO II.

Llegan á las cercanias de Roma, y en un bosque encuentran á Arnaldo, y al Duque de Nemurs heridos en desafio.

BIen podía intitular el libro el Peregrino Español, Historia peregrina, sacada de diversos Authores: y dixera verdad, segun avian sido, é iban siendo los que la componian: y no les dió poco que reír la firma de Diego de Ratos, Zapatero de viejo, y aún tambien les dió que pensar el dicho de Bartholomé el Manchego, que dixo, que no avia carga mas pesada, que la muger liviana; señal que le debia de pesár ya la que llevaba en la moza de Talavera. En esto fueron hablando otro dia, que dexaron, al Español, moderno, y nuevo Author de nuevos, y exquisitos libros: y aquel mismo dia vieron à Roma, alegrandoles las almas, de cuya alegria redundaba salud en los cuerpos. Alborotaronse los corazones de Periandro, y de Auristela viendose tan cerca del fin de su deseo: los de Croriano, y Ruperta, y los de las tres Damas Francesas, assimismo, por el buen sucesso que prometia el fin prospero de su viage: entrando á la parte de este gusto los de Constanza, y Antonio. Heriales el Sol por Zenit, á cuya causa, puesto que està mas apartado de la tierra, que en ninguna otra sazon del dia, hiere con mas calor, y vehemencia: y aviendoles combidado una cercana selva, que á su mano derecha se descubria, determinaron de passar en ella el rigor de la siesta que les amenazaba, y aún quizà la noche, pues les quedaba lugar desmasiado para entrar el dia siguiente en Roma. Hicieronlo assi, y mientras mas entraban por la selva adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las hierbas salian, los arroyos que por ella cruzaban, les iban confirmando en su mismo proposito. Tanto avian entrado en ella, quando bolviendo los ojos, vieron que estaban ya encubiertos á los que por el Real camino passaban: y haciendoles la variedad de los sitios variar en la imagina-

cion

cion qual escogerian, segun eran todos buenos, y apacibles, alzó acaso los ojos Auristela, y vió pendiente de la rama de un verde sauze un retrato del grandor de una quartilla de papel, pintado en una tabla no mas del rostro de una hermosissima muger: y reparando un poco en él conoció claramente ser su rostro el del retrato, y admirada, y suspensa, se le enseñó á Periandro: à este mismo instante dixo Croriano, que todas aquellas hierbas manaban sangre, y mostró los pies en caliente sangre teñidos. El retrato que luego descolgó Periandro, y la sangre que mostraba Croriano, los tuvo confusos á todos, y en deseo de buscar, assi el dueño del retrato, como el de la sangre. No podia pensar Auristela quien, donde, ó quando pudiesse aver sido sacado su rostro; ni se acordaba Periandro, que el criado del Duque de Nemurs le avia dicho, que el Pintor que sacaba los de las tres Damas Francesas, sacaria tambien el de Auristela, con no mas de averla visto: que si de esto él se acordára, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcanzaba. El rastro que siguieron de la sangre, llevó á Croriano, y á Antonio, que le seguian, hasta ponerlos entre unos espesos arboles, que allí cerca estaban, donde vieron al pié de uno un gallardo Peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el corazon, y todo lleno de sangre: vista que les turbó en gran manere: y mas quando llegandose á él Croriano, le alzó el rostro, que sobre los pechos tenia derribado, y lleno de sangre, y limpiandosele con un lienzo, conoció sin duda alguna ser el herido el Duque de Nemurs, que no bastó el diferente trage en que se hallaba para dexar de conocerle: tanta era la amistad que con él tenia. El Duque herido, ó á lo menos el que parecia ser el Duque, sin abrir los ojos, que con la sangre los tenia cerrados, con mal pronunciadas palabras, dixo: Bien huvieras hecho, ó quien quiera que seas, enemigo mortal de mi descanso, si huvieras alzado un poco mas la mano, y dandome en mitad del corazon: que allí si que halláras el retrato mas vivo, y mas verdadero que el que me hiciste quitar del pecho, y colgar en el arbol, porque no me sirviesse de reliquias, y de escudo en nuestra batalla. Hallòse Constanza en este hallazgo, y como naturalmente era de condicion tierna, y compassiva, acudiò à mirarle la herida, y à tomarle la sangre, antes que á tener cuenta con las lastimossas palabras que decia. Casi otro tanto le sucedió á

Periandro, y à Auristela, porque la misma sangre les hizo passar adelante á buscar el origen de donde procedia, y hallaron entre unos verdes, y crecidos juncos tendido otro Peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro que descubieto, y limpio tenia: y assi, sin tener necessidad de limpiarsele, ni de hacer diligencias para conocerle, conocieron ser el Principe Arnaldo, que mas desmayado que muerto estaba. La primera señal que dió de vida, fue probarse á levantar, diciendo: No le llevarás, traydor, porque el retrato es mio, por ser el de mi alma, tu le has robado, y sin averte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida. Temblando estaba Auristela con la no pensada vista de Arnaldo; y aunque las obligaciones que le tenia la impelian á que á él se llegasse, no ossaba por la presencia de Periandro: el qual tan obligado, como cortés, asió de las manos del Principe, y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quizá el Principe querria que se callasse, le dixo: Bolved en vos, señor Arnaldo, y vereis que estais en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el Cielo, que no os podais prometer mejora de vuestra suerte. Abrid los ojos, digo, y vereis á vuestro amigo Periandro, y á vuestra obligada Auristela tan deseosos de serviros como siempre. Contadnos vuestra desgracia, y todos vuestros sucessos, y prometeos de nosotros todo quanto nuestra industria, y fuerzas alcanzàren, decidnos si estais herido, y quien os hirió, y en que parte, para que luego se procure vuestro remedio. Abrió en esto los ojos Arnaldo, y conociendo á los dos que delante tenia, como pudo, que fue con muchos trabajos, se arrojó á los pies de Auristela; puesto que abrazado tambien á los de Periandro, que hasta en aquel punto guardó el decoro á la honestidad de Auristela, en la qual puestos los ojos, dixo: No es possible que no seas tu, señora, la verdadera Auristela, y no imagen suya, porque no tendria ningun espiritu licencia, ni animo para ocultarse debaxo de apariencia tan hermosa. Auristela eres sin duda, y yo tambien sin ella soy aquel Arnaldo, que siempre ha deseado servirte: en tu busca vengo, porque si no es parando en ti, que eres mi centro, no tendrá sosiego el alma mia. En el tiempo que esto passaba, ya avian dicho á Croriano, y à los demás el hallazgo del otro Peregrino, y que daba tambien señales de estar mal herido: oyendo lo qual Constanza, aviendo toma-

do

do ya la sangre al Duque, acudiò à ver lo que avia menester el segundo herido, y quando conociò ser Arnaldo, quedó atonita, y confusa: y supliendo su discrecion su sobresalto, sin entrar en otras razones, le dixo, le descubriesse sus heridas: á lo que Arnaldo respondió con señalarle con la mano derecha el brazo izquierdo, señal de que allí tenia la herida. Desnudóle luego Constanza, y hallósele por la parte superior atravessado de parte à parte: tomóle luego la sangre, que aùn corria, y dixo á Periandro, como el otro herido que allí estaba era el Duque de Nemurs, y que convenia llevarlos al Pueblo mas cercano, donde fuessen curados, porque el mayor peligro que tenian, era la falta de la sangre. Al oír Arnaldo el nombre del Duque, se extremeció todo, y dió lugar á que los frios zelos se entrassen hasta el alma por las calientes venas, casi vacías de sangre; y assi dixo, sin mirar lo que decia: Alguna diferencia hay de un Duque á un Rey; pero en el estado del uno, ni del otro, ni aún en el de todos los Monarchas del mundo cabe el merecer á Auristela; y añadió, y dixo: No me lleven à donde llevàren al Duque, que la presencia de los agraviadores, no ayuda nada á las enfermedades de los agraviados. Dos criados trahía consigo Arnaldo, y otros dos el Duque, los quales, por orden de sus señores, los avian dexado allí solos, y ellos se avian adelantado à un Lugar allí cercano, para tenerles aderezado alojamiento cada uno de por sí, porque aùn no se conocian. Miren tambien, dixo Arnaldo, sí en un arbol de estos que están aqui á la redonda, està pendiente un retrato de Auristela, sobre quien ha sido la batalla, que entre mi, y el Duque hemos passado: quitese, deseme, porque me cuesta mucha sangre, de derecho es mio. Casi esto mismo estaba diciendo el Duque à Ruperta, y à Croriano, y á los demás que con él estaban; pero á todos satisfizo Periandro, diciendo, que èl le tenia en su poder como el deposito, y que le bolveria en mejor coyuntura á cuyo fuesse. Es possible, dixo Arnaldo, que se puede poner en duda la verdad de que el retrato sea mio? No sabe ya el Cielo, que desde el punto que ví el original, le trasladé en mi alma; pero tengale mi hermano Periandro, que en su poder no tendràn entrada los zelos, las iras, y las soberbias de sus pretensores, y llevenme de aqui, por me desmayo. Luego acomodaron en que pudiessen ir los dos heridos, cuya vertida sangre mas que la

pro-

profundidad de las heridas les iba poco à poco quitando la vida: y assi los llevaron al Lugar donde sus criados les tenian el mejor alojamiento que pudieron: y hasta entonces no avia conocido el Duque ser el Principe Arnaldo su contrario.

CAPITULO III.

Entran en Roma, y alojanse en la casa de un Judio llamado Monases

EMbidiosas, y corridas estaban las tres Damas Francesas de ver que en la opinion del Duque estaba estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos: que al criado que embiò à retratarlas, como se ha dicho, les dixo, que consigo los trahia entre otras joyas de mucha estíma, pero que en el de Auristela idolatreba: razones, y desengaños, que las lastimó las almas, que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras igualen á las suyas, ni aunque se les compare: porque la verdad que comunmente se dice, de que toda comparacion es odiosa, en la de las bellezas viene á ser odiosissima, sin que amistades, parentesco, calidades, y grandeza se opongan al rigor de esta maldita embidia, que assi puede llamarse, la que encendia las comparadas hermosuras. Dixo assimismo, que viniendo el Duque su señor desde Paris, buscando á la Peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se avia sentado al pié de un arbol con el retrato en las manos (assi hablaba con el muerto, como con el original vivo) y que estando assi, avia llegado el otro Peregrino tan passo por las espaldas, que pudo bien oír lo que el Duque con el retrato hablaba, sin que yo, y otro compañero mio lo pudiessemos estorvar, porque estabamos algo desviados. En fin, corrimos á advertir al Duque, que le escuchaban: bolvió el Duque la cabeza, y vió al Peregrino, el qual sin hablar palabra, lo primero que hizo, fue arremeter al retrato, y quitarsele de las manos al Duque, que como le cogió de sobresalto, no tuvo lugar de defenderle, como él quisiera; y lo que le dixo, fue, á lo menos lo que yo pude entender: Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrilegas manos la que en ellas tienes, dexa essa tabla, donde està pintada la hermosura del Cielo, assi porque no la mereces, como por ser ella mia. Esso no, respondió el otro Peregrino; y si de esta verdad no puedo darte testigos, remi-

tiré

tiré su falta à los filos de mi estoque, que en este bordon traygo oculto. Yo si que soy el verdadero posseedor de esta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas de la que ahora estamos, la compré con mis tesoros, y la adoré con mi alma, y he servido à su original con mi solicitud, y con mis trabajos. El Duque entonces volviendose á nosotros, nos mandó con imperiosas razones los dexassemos solos, y que viniessemos à este Lugar, donde le esperassemos, sin tener ossadia de bolver solamente el rostro á mirarles. Lo mismo mandó el otro Peregrino á los dos que con él llegaron, que segun parece, tambien son sus criados. Con todo esto hurté algun tanto la obediencia á su mandamiento: y la curiosidad me hizo bolver los ojos, y ví, que el otro Peregrino colgaba el retrato del arbol, no porque puntualmente lo viesse, sino porque lo congeturé, viendo que luego desembaynando del bordon que tenia un estoque, ó à lo menos una arma, que lo parecia, acometió á mi señor, el qual le salió á recibir con otro estoque, que yo no sé que en el bordon trahia. Los criados de entrambos quisimos bolver á despartir la contienda; pero yo fuí de contrario parecer, diciendoles, que pues era igual, y entre dos solos, sin temor, ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dexassemos, y siguiessemos nuestro camino, pues en obedecerles no errabamos, y en el bolver quizá si. Ahora sea lo que fuere, pues no sé si el buen consejo, ó la cobardia nos emperezó los pies, y nos ató las manos, ó si la lumbre de los estoques, hasta entonces aún no sangrientos, nos cegó los ojos, que no acertabamos á ver el camino que avia desde allí al lugar de la pendencia, sino el que avia al de este, adonde ahora estamos. Llegamos aqui, hicimos el alojamiento con priessa, y con mas animoso discurso bolviamos á ver lo que avia hecho la suerte de nuestros dueños: hallamoslos qual aveis visto, donde si vuestra llegada no los socorriera bien sin provecho avia sido la nuestra. Esto dixo el criado, y esto escucharon las Damas, y esto sintieron de manera, como si fueran amantes verdaderas del Duque: y al mismo instante se deshizo en la imaginacion de cada una la quimera, y maquina, si alguna avia hecho, ó levantado, de casarse con el Duque; que ninguna cosa quita, ó borra el amor mas presto de la memoria, que el desdén en los principios de su nacimiento: que el desden en los principios del amor tiene la misma fuerza que tiene la hambre en

la vida humana: á la hambre, y al sueño se rinde la valentia, y al desdén los mas gustosos deseos. Verdad es, que esto suele ser en los principios, que despues que el amor ha tomado larga, y entera possession del alma, los desdenes, y desengaños le sirven de espuelas, para que con mas ligereza córra á poner en efecto sus pensamientos. Curaronse los heridos, y dentro de ocho dias estuvieron para ponerse en camino, y llegar à Roma, de donde avian venido Cirujanos à verlos. En este tiempo supo el Duque, como su contrario era Principe heredero del Reyno de Dinamarca, y supo assimismo la intencion que tenia de escogerla por esposa: esta verdad calificó en él sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Parecióle, que la que era estimada para Reyna, lo podia ser para Duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos, é imaginaciones se mezclaban los zelos de manera, que le amargaban el gusto, y le turbaban el sossiego. En fin se llegó el dia de su partida, y el Duque, y Arnaldo cada uno por su parte, entró en Roma, sin darse á conocer á nadie: y los demàs Peregrinos de nuestra compañia, llegando á la vista de ella desde un alto montecillo la descubrieron, é hincados de rodillas, como à cosa sacra la adoraron, quando de entre ellos saliò una voz de un Peregrino que no conocieron, que con lagrimas en los ojos comenzò á decir de esta manera.

O grande, ó poderosa, ó sacrosanta
Alma Ciudad de Roma, á ti me inclíno
Devoto, humillado, y nuevo Peregrino,
A quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que á tu fama se adelanta,
Al ingenio suspende, aunque divino,
De aquel que á verte, y adorarte vino
Con tierno afecto, y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo que contemplo
Con la sangre de Martyres mezclada,
Es la reliquia universal del suelo.

No hay parte en ti, que no sirva de exemplo
De santidad, assi como trazada
De la Ciudad de Dios al gran modelo.

Quan-

Quando acabó de decir este soneto el Peregrino, se bolviò á los circunstantes, diciendo: Avrá pocos años que llegó á esta santa Ciudad un Poéta Español, enemigo mortal de sí mismo, y deshonra de su Nacion, el qual hizo, y compuso un soneto en vituperio de esta insigne Ciudad, y de sus Ilustres habitadores; pero la culpa de su lengua pagàra su garganta si le cogieran: yo no como Poéta, sin como Christiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que aveis oído. Rogóle Periandro que le repitiesse, hizolo asi, alabaronsele mucho, baxaron del recuesto, passaron por los prados de Madama, entraron en Roma por la puerta del Populo, besando primero una, y muchas veces los umbrales, y margenes de la entrada de la Ciudad santa: antes de la qual llegaron dos Judios á uno de los criados de Croriano, y le preguntaron, si toda aquella esquadra de gente tenia estancia conocida, y preparada donde alojarse; sino que ellos se la darían tal que pudiessen en ella alojarse Principes: porque aveis de saber señor, dixeron, que nosotros somos Judíos, yo me llamo Zabulon, y mi compañero Abiud: tenemos por oficio adornar casas de todo lo necesario, segun, y como es la calidad del que quiere habitarlas, y allí llega su adorno donde llega el precio que se quiere pagar por ellas. A lo que el criado respondió: Otro compañero mio desde ayer está en Roma, con intencion que tenga preparado el alojamiento, conforme à la calidad de mi amo, y de todos aquellos que aqui vienen. Que me maten, dixo Abiud, si no es este el Francés que ayer se contentó con la casa de nuestro compañero Manases, que la tiene aderezada como casa Real. Vamos, pues, adelante dixo el criado de Croriano, que mi compañero debe de estar por aqui esperando á ser nuestra guia: y quando la casa que tuviere no fuere tal, nos encomendarémos á la que nos diere el señor Zabulon. Con esto pasaron adelante, y á la entrada de la Ciudad vieron los Judíos á Manases su compañero, y con él al criado de Croriano, por donde vinieron en conocimiento que la posada que los Judíos avian pintado, era la rica de Manases: y asi alegres, y contentos guiaron á nuestros Peregrinos, que estaban junto al arco de Portugal. Apenas entraron las Francesas Damas en la Ciudad, quando se llevaron trás sí los ojos de casi todo el Pueblo, que por ser dia de estacion, estaba llena aquella calle de Nuestra Señora del Populo de in-

infinita gente; pero la admiracion, que comenzó á entrar poco á poco en los que á las Damas Francesas miraban, se acabó de entrar mucho á mucho en los corazones de los que vieron á la sin par Auristela, y á la gallarda Constanza, que á su lado iba: bien asi como vàn por iguales paralelos dos lucientes Estrellas por el Cielo. Tales iban, que dixo un Romano (que à lo que se cree debia de ser Poéta:) Yo apostaré, que la Diosa Venus, como en los tiempos passados, buelve á esta Ciudad, á ver las reliquias de su querido Enéas. Por Dios que hace mal el señor Gobernador de no mandar que se cubra el rostro de esta movible imagen: quiere por ventura, que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan, y que los necios idolatren? Con estas alabanzas: tan hyperboles, como no necesarias, pasó adelante el gallardo esquadron, llegò al alojamiento de Manases, bastante para alojar á un poderoso Principe, y á un mediano Exercito.

CAPITULO IV.

De lo que passó entre Arnaldo, y Periandro, y entre el Duque de Nemurs, y Croriano.

EXtendióse aquel mismo dia la llegada de las Damas Francesas por toda la Ciudad, con el gallardo esquadron de los Peregrinos: especialmente se divulgó la desigual hermosura de Auristela, encareciendola, si no como ella era, á lo menos quanto podian las lenguas de los mas diseretos ingenios. Al momento se coronó la casa de los nuestros de mucha gente, que los llevaba la curiosidad, y el deseo de ver tanta belleza junta, segun se avia publicado. Llegò esto á tanto extremo, que desde la calle pedian á voces se asomasen à las ventanas las Damas, y las Peregrinas, que reposando no querian dexar verse, especialmente clamaban por Auristela; pero no fue posible que se dexase ver ninguna de ellas. Entre la demás gente que llegó á la puerta, llegaron Arnaldo, y el Duque con sus habitos de Peregrinos: y apenas se huvo visto el uno al otro, quando á entrambos les temblaron las piernas, y les palpitaron los pechos. Conociólos Periandro desde la ventana: dixoselo á Croriano, y los dos juntos baxaron á la calle, para estorbar en quanto pudiesen la desgracia que podian temer de dos tan zelosos amantes. Periandro se pasò con Arnaldo, y Croriano con

el

el Duque, y lo que Arnaldo dixo á Periandro, fue: Uno de los cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento que tengo, consintiendo que este Cavallero Francés, que dicen ser el Duque de Nemurs, esté como en posesion del retrato de Auristela que puesto que está en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mio. Mira amigo Periandro, esta enfermedad, que los amantes llaman zelos (que la llamáran mejor desesperacion rabiosa) entran a la parte con ella la embidia, y el menosprecio: y quando una vez se apodera del alma enamorada, no hay consideracion que la sosiegue, ni remedio que la valga: y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efectos que hace son tan grandes, que por lo menos quitan el seso, y por lo mas la vida: que mejor es al amante zeloso el morir desesperado, que vivir con zelos: y el que fuere amante verdadero, no ha de tener atrevimiento para pedir zelos á la cosa amada: y puesto que llegue á tanta perfeccion, que no los pida no pude dexarlos de pedir á sí mismo, digo á su misma ventura, de la qual es imposible vivir seguro: porque las cosas de mucho precio, y valor tienen en continuo temor al que las posee, ò al que las ama, de perderlas: y esta es una pasion, que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseparable. Aconsejote (ò amigo Periandro!) si es que puede dar consejo quien no le tiene para sí; que consideres que soy Rey, y que quiero bien, y que por mil experiencias estás satisfecho, y enterado de que cumpliré con las obras, quanto con palabras he prometido de recibir á la sin par Auristela tu hermana, sin otra dote, que la grande que ella tiene en su virtud, y hermosura: y que no quiero averiguar la nobleza de su linage, pues está claro, que no avia de negar naturaleza los bienes de la fortuna, á quien tantos dió de sí misma. Nunca en humildes sujetos, ó pocas veces, hacen su asiento virtudes grandes: y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma; y para reducirme á un termino solo, te digo lo que otras veces te he dicho, que adoro á Auristela, ora sea de linage del Cielo, ora de los infimos de la tierra: y pues ya está en Roma, adonde ella ha librado mis esperanzas, sé tu (ò hermano mio!) parte para que me las cumpla, que desde aqui parto mi Corona, y mi Reyno contigo: y no permitas que yo muere escarnecido de este Duque, ni menospreciado de la

que

que adoro. A todas razones, ofrecimientos, y promesas, respondió Periandro diciendo: Si mi hermana tuviera culpa en las causas que este Duque ha dado à tu enojo, si no la castigára, alomenos la riñera, que para ella fuera un gran castigo; pero como sé no la tiene, no tengo que responderte. En esto de aver librado tus esperanzas en su venida á esta Ciudad, como no sé á dó llegan las que te ha dado, no sé que responderte. De los ofrecimientos que me haces, y me has hecho, estoy tan agradecido, como me obliga el ser tu el que los haces, y yo á quien se hacen: porque (con humildad sea dicho, ó valeroso Arnaldo) quizá esta pobre muzeta de Peregrino sirve de nuve, que por pequeña que sea, suele quitar los rayos al Sol: y por ahora sossiegate, que ayer llegamos á Roma, y no es possible que en tan breve espacio se ayan fabricado discursos, dado trazas, y levantado quimeras, que reduzgan nuestras acciones à los felices fines que deseamos. Huye en quanto te fuere possible de encontrarte con el Duque, porque un amante desdeñado, y flaco de esperanzas, suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere. Arnaldo le prometió, que assi lo haria, y le ofreció prendas, y dineros para sustentar la autoridad, y el gasto, assi el suyo, como el de las Damas Francesas. Diferente fue la plactica que tuvo Croriano con el Duque: pues toda se resolvió en que avia de cobrar el retrato de Auristela, ó avia de confessar Arnaldo no tener parte en él. Pidió tambien à Croriano fuesse intercesor con Auristela le recibiesse por esposo; pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hacia ventaja ninguna de las mas Ilustres de Europa. En fin, él se mostró algo arrogante, y algo zeloso, como quien tan enamorado estaba. Croriano se le ofreció asimismo, y quedó darle la respuesta que dixesse Auristela, al proponerle la ventura que se le ofrecia, de recibirle por esposo.

CAPITULO V.

De como por medio de Croriano fueron libres Bartholomé, y la Talaverana, que estaban sentenciado á muerte.

De esta manera los dos contrarios zelosos, y amantes, cuyas esperanzas tenian fundadas en el ayre, se despidieron, el uno de Periandro, y el otro de Croriano, quedando

do ante todas cosas de reprimir sus impetus, y dissimular sus agravios, á lo menos hasta tanto que Auristela se declarasse: de la qual cada uno esperaba que avia de ser en su favor, pues al ofrecimiento de un Reyno, y al de un Estado tan rico como el del Duque, bien se podia pensar que avia de titubear qualquier firmeza, y mudarse el proposito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas, y apartarse la mejoría de los estados: especialmente suele ser este deseo mas vivo en las mugeres. De todo esto estaba bien descuydada Auristela: pues todos sus pensamientos por entonces no se extendian à mas, que de enterarse en las verdades que á la salvacion de su alma convenian: que por aver nacido en partes tan remotas, y en tierras à donde la verdadera Fé Catholica no está en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necessidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo, llegó à él un hombre Español, y le dixo: Segun traygo las señas, si es que vuessa merced es Español, para vuessa merced viene esta carta. Pusole una en las manos cerrada, cuyo sobrescrito decia: Al Ilustre señor Antonio de Villaseñor, por otro nombre llamado el Barbaro. Preguntóle Periandro que quien le avia dado aquella carta? Respondióle el portador, que un Español, que estaba preso en la Carcel, que llaman Torre de Nona, y por lo menos condenado a ahorcar por homicida él, y otra su amiga, muger hermosa, llamada la Talaverana. Conoció Periandro los nombres, y casi adivinó sus culpas, y respondió: Esta carta no es para mi, sino para este Peregrino, que acia acá viene, y fue, porque en aquel instante llegó Antonio, à quien Periandro dió la carta: apartandose los dos à una parte, la abrió, y vió que assi decia:

Quien en mal anda, en mal para; de dos pies, aunque el uno esté sano, si el otro està cojo, tal vez cojea, que las malas compañias no pueden enseñar buenas costumbres. La que yo travé con la Talaverana, que no debiera, me tiene á mi, y á ella sentenciados de remate para la horca. El hombre que la sacó de España, la hallò aqui en Roma en mi compañia: recibiò pesadumbre de ello, assentòle la mano en mi presencia, y yo que no soy amigo de burlas, ni de recibir agravios, sino de quitarlos, bolví por la moza, y à puros palos mate á su agraviador. Estando en la fuga de esta pendencia, llegò otro Peregrino, que por el mismo estilo comenzò à tomarme la medida de las espaldas: dice la moza, que conociò, que el que me apa-

leaba era un su marido, de Nacion Poalco, con quien se avia casado en Talavera; y temiendose, que en acabando conmigo, avia de comenzar por ella, porque le tenia agraviado, no hizo mas de echar mano á un cuchillo, de dos que trahia consigo siempre en la bayna, y llegandose á él bonitamente, se le clavò por los riñones, haciendole tales heridas, que no tuvieron necessidad de Maestro. En efecto, el amigo á palos, y el marido á puñaladas, en un instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendieronnos al mismo punto, y traxeronnos à esta Carcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad. Tomaronnos la confession: confesamos nuestro delito, porque no lo podiamos negar, y con esto ahorramos el tormento, que aqui llaman tortura. Sustanciòse el processo, dandose mas priessa à ello de lo que quisieramos: ya está concluso, y nosotros sentenciados á destierro, sino que es esta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados á ahorcar, de lo que está tan pesarosa la Talaverana, que no lo puede llevar con paciencia: la qual besa à vuessa merced las manos, y á mi señora Constanza, y del señor Periandro, y à mi señora Auristela: y dice, que ella se holgará de estár libre para ir á bessarselas á vuessas mercedes à sus casas. Dice tambien, que si la sin par Auristela pone aldas en cinta, y quiere tomar à su cargo nuestra libertad, que le será facil: porque pedirá su grande hermosura, que no lo alcance, aunque la pida á la dureza misma? Y añade mas, y es que si vuessas mercedes no pudieran alcanzar el perdon, á lo menos procuren alcanzar el lugar de la muerte, y que como ha de ser en Roma, sea en España: porque está informada la moza, que aqui no llevan los ahorcados con la autoridad conveniente, porque ván á pié, y apenas los vee nadie, y assi apenas hay quien les rece una Ave Maria, especialmente si son Españoles los que ahorcan: y ella querria, si fuesse possible, morir en su tierra, y entre los suyos, donde no faltaria algun pariente, que de compasion le cerrasse los ojos. Yo tambien digo lo mismo, porque soy amigo de acomodarme á la razon: porque estoy tan mohino en esta Carcel, que á trueco de escusar la pesadumbre que me dán las chinchas en ella, tomaria por buen partido que me sacassen á ahorcar mañana. Y advierto á vuessa merced, señor mio, que los Jueces de esta tierra no desdicen nada de los de España: todos son corteses, y amigos de dar, y recibir cosas justas, y que quando no hay parte que solicite

la

la justicia, no dexan de llegarse á la misericordia: la qual si reyna en todos los valerosos pechos de vuessas mercedes (que si debe de reynar) sugeto hay en nosotros en que se muestra, pues estamos en tierra agena, presos en la Carcel, comidos de chinchas, y de otros animales, inmundos, que son muchos por pequeños y enfadan como si fuessen grandes: y sobre todo nos tienen ya en cueros, y en la quinta essencia de la necessidad solicitadores, Procuradores, Escribanos, de quien Dios nuestro Señor nos libre por su infinita bondad. Amen. Aguardando la respuesta quedamos, con tanto deseo de recibirla buena, como le tienen los zigoñinos en la torre, esperando el sustento de sus madres; y firmaba: El desdichado Bartholomé Manchego.

En extremo dió la carta gusto à los dos que la avian leído, y en extremo les fatigó su afliccion: y luego diciendole al que la avia llevado, dixesse al preso, que se consolasse, y tuviesse esperanza de su remedio, porque Auristela, y todos ellos con todo aquello que dadivas, y promesas pudiessen, le procurarian: y al punto fabricaron las diligencias que avian de hacerse. La primera fue, que Croriano hablasse al Embaxador de Francia, que era su pariente, y amigo, para que no se executasse la pena tan presto, y diesse lugar el tiempo à que le tuviessen los ruegos, y las solicitudes. Determinó tambien Antonio de escrivir otra carta en respuesta de la suya à Bartholomé, con que de nuevo se renovasse el gusto que les avia dado la suya; pero comunicando este pensamiento con Auristela, y con su hermana Constanza, fueron los dos de parecer que no se la escribiesse, porque à los afligidos no se ha de añadir afliccion: y podia ser que tomassen las burlas por veras, y se afligiessen con ellas. Lo que hicieron, dexar todo el cargo de aquella negociacion sobre los ombros, y diligencia de Croriano, y en las de Ruperta su esposa, que se lo rogó ahincadamente: y en seis dias ya estaban en la calle Bartholomé, y la Talaverana: que à donde interviene el favor, y las dadivas, se allanan los riscos, y se deshacen las dificultades. En este tiempo le tuvo Auristela, de informarse de todo aquello que á ella le parecia, que le faltaba por saber de la Fé Catholica: á lo menos de aquello que en su Patria obscuramente se platicaba. Halló con quien comunicar su deseo por medio de los Penitenciarios, con quien hizo su confession entera, verdadera, y llana, y quedó enseñada, y satisfecha de todo lo que quiso;

porque los tales Penitenciarios en la mejor forma que pudieron le declararon todos los principales, y mas convenientes Mysterios de nuestra Fé. Comenzaron desde la embidia, y soverbia de Lucifer, y de su caída con la tercera parte de las Estrellas que cayeron con él en los abismos: caída que dexó vacas, y vacías las sillas del Cielo, que las perdieron los Angeles malos por su necia culpa. Declararonle el medio que Dios tuvo para llenar estos assientos criando al hombre, cuya alma es capáz de la gloria que los Angeles malos perdieron. Discurrieron por la verdad de la creacion del hombre, y del mundo, por el Mysterio Sagrado, y amoroso de la encarnacion: y con razones sobre la razon misma bosquejaron el profundissimo Mysterio de la Santissima Trinidad: contaron, como convino que la Segunda Persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciesse Hombre, para que como Hombre, Dios pagasse por el hombre, y Dios pudiesse pagar como Dios: cuya union hypostática solo podia ser bastante pera dexar à Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se avia de satisfacer, y el hombre finito por sí no podia, y Dios en sí solo era incapáz de padecer; pero juntos los dos llegó el caudal à ser infinito, y assi lo fue la paga. Mostraronle la muerte de Christo, los trabajos de su vida, desde que se mostró en el Pesebre, hasta que se puso en la Cruz. Exageraronle la fuerza, y eficacia de los Sacramentos, y señalaron con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia: sin la qual no hay abrir la senda del Cielo, que suele cerrar el pecado. Mostraronle assimismo à Jesu-Christo Dios vivo, sentado à la diestra del Padre, estando tan vivo, y entero como en el Cielo, Sacramentado en la tierra: cuya santissima presencia no la puede dividir, ni apartar ausencia alguna; porque uno de los mayores atributos de Dios (que todos son iguales) es el estár en todo lugar, por potencia, por essencia, y por presencia. Assegurandole infaliblemente la venida de este Señor à juzgar el mundo sobre las nubes del Cielo: y assimismo la estabilidad, y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas, ó por mejor decir, las fuerzas del Infierno. Trataron del poder del Summo Pontifice, Visorrey de Dios en la tierra, y Llavero del Cielo. Finalmente no les quedó por decir cosa que vieron que convenia, para darse à entender, y para que Auristela, y Periandro los entendiessen. Estas liciones assi, alegraron sus almas, que las sacó

de

de si mismas, y se las llevó á que passeassen los Cielos, porque solo en ellos pusieron sus pensamientos.

CAPITULO VI.

Contienda entre Arnaldo, y el Duque de Nemurs sobre la compra de un retrato de Auristela.

CON otros ojos se miraron de allí adelante Auristela, y Periandro; á lo menos con otros ojos miraba Periandro á Auristela, pareciendole que ya ella avia cumplido el voto que la traxo á Roma, y que podia libre, y desembarazadamente recibirle por esposo; pero si medio gentil amaba Auristela la honestidad, despues de catechizada la adoraba: no porque viesse iba contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediessen antes, ó fuerzas, ó ruegos. Tambien estaba mirando, si por alguna parte le descubria el Cielo alguna luz, que le mostrasse lo que avia de hacer despues de casada: porque pensar, bolver á su tierra, lo tenia por temeridad, y por disparate, á causa que el hermano de Periandro, que la tenia destinada para ser su esposa, quizá viendo burladas sus esperanzas, tomaría en ella, y en su hermano Periandro venganza de su agravio. Estos pensamientos, y temores la trahian algo flaca, y algo pensativa. Las Damas Francesas visitaron los Templos, y anduvieron las estaciones con pompa, y magestad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del Embaxador de Francia, y no les faltó cosa, que para mostrar ilustre decoro, fuese necessaria, llevando siempre consigo á Auristela, y á Constanza: y ninguna vez salian de casa, que no las seguia casi la mitad del Pueblo de Roma: y sucedió, que passando un dia por una calle, que se llamaba Bancos, vieron en una pared un bello retrato entero de pies á cabeza de una muger, que tenia una corona en la cabeza, aunque partida por medio la corona, y á los pies un mundo, sobre el qual estaba puesta: y apenas la huvieron visto, quando conocieron ser el rostro de Auristela, tan al vivo dibujado, que no les puso en duda de conocerle. Preguntó Auristela admirada, cuyo era aquel retrato, y si se vendia acaso? Respondióle el dueño (que segun despues se supo, era un famoso Pintor) que él vendia aquel retrato; pero no sabía de quien fuesse: solo sabía, que otro Pintor su amigo se le avia hecho copiar en Francia el qual le avia dicho ser de una doncella estrangera, que

en habitos de Peregrina passaba á Roma. Qué significa, respondió Auristela, averla pintado con corona en la cabeza, y los pies sobre aquella esphera, y mas estando la corona partida? Esso, señora, dixo el dueño, son fantasías de Pintores, ó caprichos, como los llaman: quizá quieren decir, que esta doncella merece llevar la corona de hermosura, que ella va hollando en aquel mundo; pero no quiero decir, que dice, que vos, señora, sois su original, y que mereceis corona entera, y no mundo pintado, sino Real, y verdadero. Qué pedís por el retrato, preguntó Constanza? A lo que respondió el dueño: Dos Peregrinos están aqui, que el uno de ellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dice, que no le dexará por ningun dinero: yo no he concluído la venta, por parecerme que se están burlando, porque la exorbitancia del ofrecimiento me hace estar en duda. Pues no lo esteis, replicó Constanza, que essos dos Peregrinos, si son los que yo imagíno, bien pueden doblar el precio, y pagaros á toda vuestra satisfaccion. Las Damas Francesas, Ruperta, Croriano, y Periandro, quedaron atonitos de ver la verdadera imagen del rostro de Auristela en el del retrato. Cayó la gente que el retrato miraban, en que parecia al de Auristela, y poco á poco comenzó á salir una voz, que todos, y cada uno de por sí afirmaba: Este retrato que se vende, es el mismo de esta Peregrina que vá en este coche: para qué queremos ver el traslado, sino el original? y assi comenzaron á rodear el coche, que los cavallos no podian ir adelante, ni bolver atrás, por lo qual dixo Periandro: Auristela hermana cubrase el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega, y no nos dexa ver por donde caminamos. Hizolo assi Auristela, y passaron adelante; pero no por esto dexó de seguirlos mucha gente, que esperaban á que se quitasse el velo para verla como deseaban. Apenas se huvo quitado de allí el coche, quando se llegó al dueño del retrato Arnaldo en sus habitos de peregrino, y dixo: Yo soy el que os ofrecí los mil escudos por este retrato, si le quereis dar, trahedle, y veníos conmigo, que yo os lo daré luego de oro en oro. A lo que otro Peregrino, que era el Duque de Nemurs, dixo: No repareis hermano en precio, sino veníos conmigo, y proponed en vuestra imaginacion el que quisieredes, que yo os lo daré luego de contado. Señores, respondió el Pintor, concertaos los dos en qual le ha de llevar, que yo me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que antes me aveis

de

de pagar con el deseo, que con la obra. A estas platicas estaba atenta mucha gente, esperando en que avia de parar esta compra, porque ver ofrecer millares de ducados á dos, al parecer pobres Peregrinos, pareciales cosa de burla. En esto dixo el dueño: El que le quisiere, déme señal, y guia, que yo ya le descuelgo para llevarsele: oyendo lo qual Arnaldo, puso la mano en el seno, y sacó una cadena de oro con una joya de diamantes, que de ella pendía, y dixo: Tomad esta cadena, que con esta joya vale mas de dos mil escudos, y trahedme el retrato. Esta vale diez mil, dixo el Duque, dandole una de diamantes al dueño del retrato, y trahedmele á mi casa. Santo Dios, dixo uno de los circunstantes, qué retrato puede ser este, qué hombres estos, y qué joyas estas; cosa de encantamiento parece aquesta: por esso os aviso, hermano Pintor, que deis un toque á la cadena, y no hagais experiencia de la fineza de las piedras, antes que deis vuestra hacienda; que podria ser que la cadena, y las joyas fuessen falsas, porque del encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar. Enojaronse los Principes; pero por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterase en la verdad del valor de las joyas. Andaba rebuelta toda la gente de Bancos, unos admirando el retrato, otros preguntando, quien fuessen los Peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos, esperando quien avia de quedar con el retrato: porque les parecia que estaban de parecer los dos Peregrinos, de no dexarle por ningun precio: dierale el dueño por mucho menos de lo que le ofrecian, si se le dexáran vender libremente. Passó en esto por Bancos el Governador de Roma, oyó el murmurio de la gente, preguntó la causa, vió el retrato, y vió las joyas: y pareciendole ser prendas de mas que de ordinarios Peregrinos, esperando descubrir algun secreto, las hizo depositar, y llevar el retrato à su casa, y prender á los Peregrinos. Quedóse el Pintor confuso, viendo menoscabadas sus esperanzas, y su hacienda en poder de la justicia, donde jamás entró alguna, que si saliesse, fuesse con aquel lustre con que avia entrado. Acudió el Pintor á buscar á Periandro, y á contarle todo el sucesso de la venta, y del temor que tenia, no se quedasse el Governador con el retrato; el qual de un Pintor que le avia retratado en Portugal de su original, le avia el comprado en Francia, cosa que le pareció á Periandro possible, por haver sacado otros muchos en el tiem-

porque Auristela estuvo en Lisboa: con todo esso le ofreció por él cien escudos, con que quedasse á su riesgo el cobrarle. Contentóse el Pintor; y aunque fue tan grande la baxa de ciento á mil, le tuvo por bien vendido, y mejor pagado. Aquella tarde, juntandose con otros Españoles Peregrinos, fue á andar las siete Iglesias, entre los quales Peregrinos acertó á encontrarse con el Poéta que dixo el soneto al descubrirse Roma. Conocieronse, y abrazaronse, y preguntaronse de sus vidas, y sucessos: el Poéta Peregrino le dixo, que el dia antes le avia sucedido una cosa digna de contarse por admirable, y fue, que aviendo tenido noticia de que un Monseñor Clerigo de la Camara, curioso, y rico, tenia un museo el mas extraordinario que avia en el Mundo, porque no tenia figuras de personas que efectiuamente hubiessen sido, ni entonces lo fuessen sino unas tablas preparadas para pintarse en ellas los personages ilustres que estaban por venir, especialmente los que avian de ser en los venideros siglos Poétas famosos: entre las quales tablas avia visto dos, que en el principio de ellas estaba escrito en la una: Torquato Tasso; y mas abaxo un poco, decia: Jerusalèn libertada: en la otra estaba escrito: Zarate, y mas abaxo: Cruz, y Constantino. Preguntéle al que me las enseñaba, que significaban aquellos nombres? Respondióme, que se esperaba, que presto se avia de descubrir en la tierra la luz de un Poéta, que se avia de llamar Torquato Tasso, el qual avia de cantar Jerusalén recuperada con el mas heroyco, y agradable plectro que hasta entonces ningun Poeta huviesse cantado; y que casi luego le avia de suceder un Español, llamado Francisco Lopez de Zarate, cuya voz avia de llenar las quatro partes de la tierra, y cuya harmonía avia de suspender los corazones de las gentes, cantando la invencion de la Cruz de Christo, con las guerras del Emperador Constantino; poéma verdaderamente heroyco, y religioso, y digno del nombre de poéma. A lo que replicó Periandro: Duro se me hace de creer, que de tan atrás se tome el cargo de aderezar las tablas donde se ayan de pintar los que están por venir: que en efecto en esta Ciudad, cabeza del Mundo, están otras maravillas de mayor admiracion. Y avrá otras tablas aderezadas para mas Poétas venideros, preguntó Periandro? Si, respondió el Peregrino; pero no quise detenerme á leer los titulos, contentandome con los dos primeros; pero assi á bulto miré tantos, que me doy á entender, que la edad quando estos vengan (que segun

me

me dixo el que me guiaba no puede tardar) ha de ser grandissima la cosecha de todo genero de Poétas: encaminelo Dios como él fuere mas servido. Por lo menos respondió Periandro, el año que es abundante de Poesia, suele serlo de hambre, porque damele Poéta, y dartele he pobre, si ya la naturaleza no se adelanta á hacer milagros; y siguese la conseqüencia: hay muchos Poétas, luego hay muchos pobres: hay muchos pobres, luego caro es el año. En esto iban hablando el Peregrino, y Periandro, quando llegó á ellos Zabulon el Judío, y dixo á Periandro, que aquella tarde le queria llevar á ver á Hipolita Ferraressa, que era una de las mas hermosas mugeres de Roma, y aún de toda Italia. Respondióle Periandro, que iria de muy buena gana, lo qual no le respondiera, si como le informó de la hermosura, le informára de la calidad de su persona: porque la alteza de la honestidad de Periandro no se abalanzaba, ni abatia á cosas baxas, por hermosas que fuessen, que en esto la naturaleza avia hecho iguales, y formado de una misma turquéssa á él, y Auristela: de la qual se recató para ir á ver á Hipolita, á quien el Judio le llevó mas por engaño, que por voluntad, que tal vez la curiosidad hace tropezar, y caer de ojos al mas honesto recato.

CAPITULO VII.

De un estraño caso, y notable peligro en que se vió Periandro por malicia de una Dama cortesana.

CON la buena crianza, con los ricos ornamentos de la persona, y con los aderezos, y pompa de la casa se cubren muchas faltas: porque no es possible que la buena crianza ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el adereso de la casa no contente. Todo esto tenia Hipolita, Dama cortesana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora, y en cortesía con la misma buena crianza; no era possible que fuesse estimada en poco, de quien la conocia, porque con la hermosura encantaba, con la riqueza se hacia estimar, y con la cortesía, si assi se puede decir, se hacia adorar. Quando el amor se viste de estas tres calidades, rompe los corazones de bronce, abre las bolsas de yerro, y rinde las voluntades de marmol: y mas si á estas tres cosas se les añade el engaño, y la lisonja, atributos convenientes para las que quieren mostrar á la luz del mundo sus donayres. Hay por ventura entendimiento tan agu-

do en el mundo, que estando mirando una de estas hermosas que pinto, dexando á una parte las de su belleza, se ponga á discurrir las de su humilde trato? la hermosura en parte ciega, y en parte alumbra, tras la ciega corre el gusto: trás la que alumbra, el pensar en la enmienda. Ninguna de estas cosas consideró Periandro al entrar en casa de Hipolita; pero como tal vez sobre descuydados cimientos suele levantar amor sus maquinas: esta sin pensamiento alguno se fabricó, no sobre la voluntad de Periandro, sino en la de Hipolita: que con estas Damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho, para dar con ellas donde se arrepientan, sin arrepentirse. Ya avia visto Hipolita á Periandro en la calle, y ya la avia hecho movimientos en el alma su bizarría, su gentileza, y sobre todo el pensar que era Español, de cuya condicion se prometia dadivas impossibles, y concertados gustos: y estos pensamientos los avia comunicado con Zabulon, y rogadole se le traxesse á casa, la qual tenia tan aderezada, tan limpia, y tan compuesta, que mas parecia que esperaba ser thalamo de bodas, que acogimiento de Peregrinos. Tenia la señora Hipolita (que con este nombre la llamaban en Roma, como si lo fuera) un amigo, llamado Pirro Calabrés, hombre acuchillador, impaciente, facineroso: cuya acienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos, y en los engaños de Hipolita, que muchas veces con ellos alcanzaba lo que queria, sin rendirse á nadie; pero en lo que mas Pirro aumentaba su vida, era en la diligencia de sus pies, que lo estimaba en mas que en las manos: y de lo que él mas se apreciaba, era de traher siempre assombrada á Hipolita en qualquiera condicion que se le mostrasse, ora fuesse amorosa, ora fuesse aspera: que nunca les falta á estas palomas duendas milanos que las persigan, ni pajaros que las despedacen: miserable trato de esta mudanza, y simple gente! Digo, pues, que este Cavallero, que no tenia de serlo mas que el nombre, se halló en casa de Hipolita, al tiempo que entraron en ella el Judio, y Periandro. Apartóle aparte Hipolita, y dixole: Vete con Dios, amigo, y llevate esta cadena de oro de camino, que este Peregrino me embió con Zabulon esta mañana. Mira lo que haces, Hipolita, respondió Pirro, que á lo que se me trasluce, este Peregrino es Español, y soltar él de su mano, sin aver tocado la tuya esta cadena, que debe de valer cien escudos, gran cosa me parece, y mil temores me sobresaltan: llevate tu, ó

Pirro,

Pirro, la cadena, y dexame á mi el cargo de sustentarla, y de no bolverla á pesar de todas sus Españolerías. Tomó la cadena que le dió Hipolita, Pirro, que para el afecto la avia hecho comprar aquella mañana; y sellandole la boca con ella, mas que de passo le hizo salir de casa. Luego Hipolita libre, y desembarazada de su corma, suelta de sus grillos se llegó á Periandro; y con desenfado, y con donayre, lo primero que hizo, fue echarle los brazos al cuello, y diciendole: En verdad que tengo de ver si son tan valientes los Españoles como tienen la fama. Quando Periandro vió aquella desemboltura, creyó que toda la casa se le habia caída acuestas; y poniendole la mano delante el pecho á Hipolita, la detuvo, y la apartó de sí, y le dixo: Estos habitos que visto señora Hipolita, no permiten ser profanados, ó à lo menos no lo permitiré en ninguna manera: y los Peregrinos, aunque sean Españoles, no están obligados á ser valientes, quando no les importa; pero mirad vos, señora, en que quereis que muestre mi valor, sin que á los dos perjudique, y seréis obedecida, sin replicaros en nada: Pareceme, respondió Hipolita, señor Peregrino, que assi lo sois en el alma, como en el cuerpo; pero pues, segun decís, que haréis lo que os dixere, como á ninguno de los dos perjudique, entraos conmigo en esta quadra, que os quiero enseñar una lonja, y un camarin mio. A lo que respondió periandro: Aunque soy Español, soy algun tanto medroso, y mas os temo á vos sola, que á un exercito de enemigos: haced que nos haga otro la guia, y llevadme dó quisieredes. Llamó Hipolita á dos doncellas suyas, y á Zabulon el Judío, que á todo se halló presente, y mandólas que guiassen á la lonja. Abrieron la sala, y á lo que despues Periandro dixo, estaba la mas bien aderezada que pudiesse tener algun Principe, rico, y curioso en el mundo: Parrasio, Polignoto, Apeles, Ceuxis, y Timantes tenian allí lo perfecto de sus principes, comprado con los thesoros de Hipolita, acompañados de los del devoto Rafaél de Urbino, y de los del divino Michaél Angelo: riquezas donde las de un gran Principe deben, y pueden mostrarse en los edificios Reales. Los Alcazares sobervios, los Templos magnificos, y las pinturas valientes son propias, y verdaderas señales de la magnanimidad, y riqueza de los Principes, prendas en efecto contra quien el tiempo apresura sus alas, y apresta su carrera, como á emulas suyas, que á su despecho están mostrando la magnificencia de los pasados siglos. O Hipolita,

solo

solo buena por esto! si entre tantos retratos que tienes, tuvieras uno de tu buen trato, y dexáras en el suyo á Periandro, que asombrado, atonito, y confuso andaba mirando en que avia de parar la abundancia que en la lonja veia en una limpissima mesa que de cabo á cabo la tomaba la musica, que de diversos generos de pajaros en riquisimas jaulas estaban haciendo una confusa, pero agradable harmonía. En fin á él le pareciò que todo quanto avia oído decir de los Huertos Esperidelos, de los de la Maga Falerina, de los Pensiles famosos, ni de todos los otros que por fama fuesen conocidos en el mundo, no llegaban al adorno de aquella sala, y de aquella lonja; pero como él andaba con el corazon sobresaltado (que bien aya su honestidad, que se le aprensaba entre dos tablas) no se le mostraban las cosas como ellas eran, antes cansado de ver cosas de tanto deleyte, y enfadado de ver que todas ellas se encaminaban contra su gusto, dando de mano á la cortesía, probó á salirse de la lonja: y se saliera, si Hipolita no se lo estorvára de manera que le fue forzoso mostrar con las manos, asperas palabras algo descorteses: travó de la esclavina de Periandro, y abriendole el jubon, le descubriò la Cruz de diamantes, que de tantos peligros hasta alli avia escapado: y asi deslumbrò la vista á Hipolita, como el entendimiento: la qual viendo que se le iba, á despecho de su blanda fuerza, diò en un pensamiento, que si le supiera revalidar, y apóyar algun tanto mejor, no le fuere bien dello á Periandro: el qual dexando la esclavina en poder de la nueva Egypcia, sin sombrero, sin bordon, sin ceñidor, ni esclavina se puso en la calle, que el vencimiento de tales batallas consiste mas en el huír que en el esperar. Pusose ella asimismo, á la ventana, á muy grandes voces comenzò á apellidar la gente de la calle, diciendo: Tenganme á ese ladron, que entrando en mi casa como humano, me ha robado una prenda divina, que vale una Ciudad. Acertaron á estar en la calle dos de la guarda del Pontífice, que dicen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladron, facilitaron su dudosa potestad, y prendieron á Periandro: echaronle mano al pecho, y quitandole la Cruz, se santiguaron con poca decencia: paga que dá la justicia á los nuevos delinquentes, aunque no se les averigue el delito. Viendose, pues, Periandro puesto en Cruz, sin su Cruz, dixo á los Tudescos en su misma lengua, que él no era ladron, sino persona principal, y que aquella Cruz era suya, y que viesen que

su

su riqueza no la podia hacer de Hipolita, y que les rogaba le llevassen ante el Gobernador, que él esperaba con brevedad averiguar la verdad de aquel caso. Ofreciòles dineros, y con esso, y con averles hablado en su lengua, con que se reconciliáron los animos que no se conocen, los Tudescos no hicieron caso de Hipolita, y assi llevaron à Periandro delante del Governador: viendo lo qual Hipolita, se quitó de la ventana, y casi arañandose el rostro, dixo á sus criadas: Ay hermanas, y que necia he andado! á quien pensaba regalar he lastimado: á quien pensaba servir he ofendido: preso vá por ladron, el que lo ha sido de mi alma: mirad que caricias, mirad que halagos son hacer prender al libre, y disfamar al honrado: y luego les contó como llevaban preso al Peregrino, dos de la guarda del Papa. Mandó assimismo, que la aderezassen luego el coche, que queria ir en su seguimiento, y disculparle, porque no podia sufrir su corazon verse herir en las mismas niñas de sus ojos, y que antes queria parecer testimoñera que cruel: que de la crueldad no tendria disculpa, y del testimonio si, echando la culpa al amor, que por mil disparates descubre, y manifiesta sus deseos, y hace mal á quien quiere. Quando ella llegó en casa del Governador, le halló con la Cruz en las manos, examinando à Periandro el caso: el qual como vió à Hipolita, dixo al Governador: Esta señora, que aqui viene, ha dicho, que essa Cruz que vuessa merced tiene, yo se la he robado, y yo dire que es verdad quando ella dixere de qué es la Cruz, qué valor tiene, y quantos diamantes la componen: porque si no es que lo dicen los Angeles, ò algun otro espiritu que lo sepa ella no lo puede saber, porque no la he visto sino en mi pecho, y una vez sola: Qué dice la señora Hipolita á esto? dixo el Governador, y este cubriendo la Cruz, porque no tomasse las señales de ella, la qual respondió: Con decir que estoy enamorada, ciega, y loca quedará este Peregrino disculpado, y yo esperando la pena que el señor Gobernador quisiere darme por mi amoroso delito, y le contó punto por punto lo que con Periandro le avia passado, de que se admiró el Governador, antes del atrevimiento, que del amor de Hipolita: que de semejantes sugetos son propios los lascivos disparates. Afeóle el caso, pidió á Periandro la perdonasse, dióle por libre, y bolviéle la Cruz, sin que en aquella causa se escriviesse letra alguna, que no fue ventura poca. Quisiera saber el Governador, quien eran los Peregrinos que avian dado las joyas en prendas

del

del retrato de Auristela; y assimismo quien era él, y quien Auristela: à lo que respondió Periandro: El retrato es de Auristela mi hermana, los Peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas: esta Cruz es mia, y quando me dé el tiempo lugar, y la necessidad me fuerce, diré quien soy, que el decirlo ahora no está en mi voluntad, sino en la de mi hermana: el retrato que vuessa merced tiene, ya se le tengo comprado al Pintor por precio convenible, sin que en la compra ayan intervenido pujas, que se fundan mas en rencor, en fantasía, que en razon. El Governador, dixo, que él se queria quedar con él por el tanto, por añadir con el á Roma, cosa que aventajasse á las de los mas excelentes Pintores que la hacian famosa. Yo se lo doy à vuessa merced, respondió Periandro, por parecerme que en darle tal dueño, le doy la honra possible. Agradecióselo el Governador, y aquel dia dió por libres à Arnaldo, y al Duque, y les bolvió sus joyas, y él se quedó con el retrato porque estaba puesto en razon que se avia de quedar con algo.

CAPITULO VIII.

Dá cuenta Arnaldo de todo lo que le avia sucedido desde que se apartó de Periandro, y Auristela en la Isla de las Hermitas.

MAS confusa que arrepentida bolvió Hipolita à su casa, pensativa además, y además enamorada: que aunque es verdad que en los principios de los amores, los desdenes suelen ser parte para acabarlos: los que usó con ella Periandro, la avivaron mas los deseos. Pareciale à ella que no avia de ser tan de bronce un Peregrino, que no se ablandasse con los regalos que pensaba hacerle; pero hablando consigo, se dixo á si misma: Si este Peregrino fuera pobre, no truxera consigo Cruz tan rica, cuyos muchos, y ricos diamantes sirven de claro sobrescrito de su riqueza: de modo, que la fuerza de esta roca no se ha de tomar por hambre: otros ardídes, y mañana son menester para rendirla: no sería possible que este mozo tuviesse en otra parte ocupada el alma? no sería possible, que esta Auristela no fuesse su hermana? no sería possible, que finezas de los desdenes que usa conmigo los quisiesse assentar, y poner en cargo á Auristela? Valgame Dios, que me parece que en este punto he hallado el de mi remedio: alto, muera Auristela, descubrase este encantamiento; á lo menos veamos el sentimiento que este montaráz corazon hace: pongamos,

siquie-

siquiera, en platica este designio, enferme Auristela, quitemos su Sol delante de los ojos de Periandro: veamos si faltando la hermosura, causa primera de donde el amor nace, falta tambien el mismo amor, que podria ser que dando yo lo que á este le quitáre, quitandole á Auristela, viniese á reducirse á tener mas blandos pensamientos: por lo menos probarlo tengo, ateniendome á lo que se dice, que no daña el tentar las cosas que descubren algun rastro de provecho. Con estos pensamientos, algo consolada, llegó à su casa, donde halló á Zabulon, con quien comunicó todo su designio confiada en que tenia una muger de la mayor fama de hechicera que avia en Roma, pidiendole (aviendo antes precedido dadivas, y promesas) hiciesse con ella, no que mudasse la voluntad de Periandro, pues sabia que esto era impossible; sino que enfermasse la salud de Auristela, y con limitado termino, si fuesse menester, le quitasse la vida. Esto dixo Zabulon, ser cosa facil al poder, y sabiduría de su muger: recibió no sé quanto por primera paga, prometió que desde otro dia comenzaria la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipolita satisfizo à Zabulon, sino amenazóle assimismo: y á un Judio dadivas, ò amenazas le hacen prometer, y aún hacer impossibles. Periandro contó á Croriano, Ruperto, Auristela, y á las tres Damas Francesas, à Antonio, y à Constanza su prision, los amores de Hipolita, y la dadiva que avia hecho del retrato de Auristela al Governador. No le contentó nada à Auristela los amores de la Cortesana, porque ya avia oído decir, que era una de las mas hermosas mugeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas, y mas discretas: y las musarañas de los zelos, aunque no sea mas que una, y sea mas pequeña que nn mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de un amante mayor que el monte Olimpio: y quando la honestidad ata la lengua, de modo que no puede quexarse, dá tormento al alma con las ligaduras del silencio: de modo que à cada passo anda buscando salidas para dexar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ningun otro remedio tienen los zelos, que oír disculpas; y quando estas no se admiten, no hay que hacer caso de la vida: la qual perdiera Auristela mil veces, antes que formar una quexa de la fé de Periandro. Aquella noche fue la primera vez que Bartholomé, y la Talaverana fueron à visitar à sus señores, no libres, aunque ya lo estaban de la Carcel, sino atados con mas duros grillos, que eran los

del

del Matrimonio , pues se avian casado: que la muerte del Polaco puso en libertad à Luísa, à él le truxo su destino à venir peregrino à Roma. Antes de llegar à su Patria, halló en Roma à quien no trahia intencion de buscar, acordandosele de los consejos que en España le avia dado Periandro; pero no pudo estorvar su destino, aunque no le fabricó por su voluntad. Aquella noche assimismo visitó Arnaldo à todas aquellas señoras, y dió cuenta de algunas cosas, que en el bolver à buscarles, despues que apaciguó la guerra de su patria, le avian sucedido: contó como llegó á la Isla de las Hermitas, donde no avia hallado à Rutilio, sino á otro Hermitaño en su lugar que le dixo, que Rutilio estaba en Roma. Dixo assimismo, que avia tocado en la Isla de los Pescadores, y hallado en ella libres, sanas, y contentas á las desposadas, y à los demas que con Periandro, segun ellos dixeron, se avian embarcado. Contó, como supo de oídas, que Policarpa era muerta, y Sinforosa no avia querido casarse. Dixo como se tornava à poblar la Isla Barbara, confirmandose sus Moradores en la creencia de su falsa profecía. Advirtió como Mauricio, y Ladislao su yerno, con su hija Transila, avian dexado su Patria, y passadose à vivir mas perfectamente à Inglaterra. Dixo tambien, como avia estado con Leopoldo, Rey de los Daneos, despues de acabada la guerra, el qual se havia casado por dar sucession á su Reyno, y que avia perdonado á los dos traydores que llevaba presos quando Periandro, y sus Pescadores les encontraron; de quien mostró estar muy agradecido, por el buen termino, y cortesía que con él tuvieron: y entre los nombres, que le era forzoso nombrar en su discurso: tal vez tocaba con el de los Padres de Periandro, y tal con los de Auristela, con que les sobresaltaba los corazones, y les trahia á la memoria, assi grandezas, como desgracias. Dixo, que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimacion tenidos sus retratos. Contó assimismo la fama que dexaban en Francia en todo aquel camino la hermosura de Constanza, y de aquellas señoras Damas Francesas. Dixo como Croriano avia grangeado opinion de generoso, y de discreto en aver escogido á la sin par Ruperta por esposa. Dixo assimismo, como en Luca se hablaba mucho en la sagacidad de Isabela Castrucho, y en los breves amores de Andrea Marulo: á quien con el demonio fingido truxo el Cielo á vivir vida de Angeles. Contó como se tenia por milagro la caída de Periandro, y como dexaba en el camino á un mancebo
Pere-

Peregrino Poéta, que no quiso adelantarse con él, por venirse despacio, componiendo una comedia de los sucessos de Periandro, y Auristela, que los sabía de memoria, por un lienzo que avia visto en Portugal, donde se avian pintado; y que trahía intencion firmissima de casarse con Auristela, si ella quisiesse. Agradecióle Auristela su buen proposito y aún desde allí le ofreció darle para un vestido, si acaso llegasse roto, que un deseo de un buen Poéta toda buena paga merece. Dixo tambien, que avia estado en casa de la señora Constanza, y Antonio y que sus Padres y Abuelos estaban buenos, y solo fatigados de la pena que tenian de no saber de la salud de sus hijos: deseando bolviese la señora Constanza à ser esposa del Conde su cuñado, que queria seguir la discreta eleccion de su hermano: ó ya por no dar los veinte mil ducados, ó ya por el merecimiento de Constanza, que era lo mas cierto, de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro, y Auristela, que como á sus hermanos los querian. De esta platica de Arnaldo se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas de que Periandro, y Auristela debian de ser grandes personages, porque de tratar de casamientos de Condes, y de millaradas de ducados, no podian nácer sino sospechas ilustres, y grandes. Contó tambien como avia encontrado en Francia á Renato, el Cavallero Francés, vencido en la batalla contra derecho, y libre, y victorioso por la conciencia de su enemigo. En efecto, pocas cosas quedaron de las muchas que en el galán progresso de esta Historia se han contado, en quien él se huviesse hallado, que allí no las bolviesse á traher á la memoria; trayendo tambien la que tenia de quedarse con el retrato de Auristela, que tenia Periandro, contra la voluntad del Duque, y contra la suya; puesto que dixo, que por no dar enojo á Periandro, dissimularia su agravio. Ya le huviera yo deshecho, respondió Periandro, bolviendo, señor Arnaldo el retrato, si entendiera fuera vuestro: la ventura, y su diligencia se le dieron al Duque, vos se lo quitasteis por fuerza, y assi no teneis de que quexaros. Los amantes están obligados á no juzgar sus causas por la medída de sus deseos; que tal vez no los han de satisfacer, por acomodarse con la razon, que otra cosa les manda; pero yo haré de manera, que quedando vos, señor Arnaldo, contento, el Duque quede satisfecho, y será con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es mas suyo, que de otro alguno. Satisfizole á Arnaldo el

parecer de Periandro, y ni mas, ni menos á Auristela. Con esto cessò la platica, y otro dia por la mañana comenzaron á obrar en Auristela los hechizos, los venenos, los cuentos, y las malicias de la Julia, muger de Zabulon.

CAPITULO IX.

En que se cuenta la enfermedad de Auristela por los hechizos de Julia, la muger de Zabulon.

NO se atrevió la enfermedad á acometer rostro á rostro á la belleza de Auristela; temerosa no espantasse tanto la hermosura la fealdad suya; y assi la acometió por las espaldas, dandole en ella unos calosfrios al amanecer, que no la dexarón levantar aquel dia. Luego, luego se le quitò la gana de comer, y comenzó la viveza de sus ojos á amortiguarse, y el desmayo, que con el tiempo suele llegar á los enfermos, sembró en un punto por todos los sentidos de Constanza, haciendo el mismo efecto en los de Periandro, que luego se alborotaron, y temieron todos los males possibles, especialmente lo que temen los poco venturosos: no avia dos horas que estaba enferma, y ya se le parecian cardenas las encarnadas rosas de sus mexillas, verde el carmin de sus labios, y topacios las perlas de sus dientes: hasta los cabellos le pareció que avian mudado color: estrecharonse las manos, y casi mudando el assiento, y encaxe natural de su rostro: y no por esto le parecia menos hermosa, porque no la miraba en el lecho que yacía, sino en el alma, donde la tenia retratada: llegaban á sus oídos (á lo menos llegaron de allí á dos dias) sus palabras, entre debiles acentos formadas, y pronunciadas con turbada lengua. Assustaronse las señoras Francesas, y el cuydado de atender á la salud de Auristela fue de tal modo, que tuvieron necessidad de tenerle de sí mismas Llamaronse Medicos, escogieronse los mejores, á lo menos los de mejor fama, que la buena opinion califica la acertada medicina: y assi suele aver Medicos venturosos, como Soldados bien afortunados: la buena suerte, y la buena dicha, que todo es uno, tambien puede llegar á la puerta del miserable en un saco de sayal, como en un escaparate de plata; pero ni en plata, ni en lana no llegaba ninguna à las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperaban los dos hermanos Antonio, y Constanza. Esto era al reves en el Duque, que como el amor que tenia en el pecho se

avia

avia engendrado de la hermosura de Auristela: assi como la tal hermosura iba faltando en ella, iba en él faltando el amor: el qual muchas raízes ha de aver echado en el alma, para tener fuerzas de llegar hasta el margen de la sepultura con la cosa amada. Peíssima es la muerte, y quien mas à ella se llega, es la dolencia: y amar las cosas feas, parece cosa sobrenatural, y digna de tenerse por milagro. Auristela en fin iba enflaqueciendo por momentos, y quitando las esperanzas de su salud á quantos la conocian: solo Periandro era el solo, solo el firme, solo el enamorado, solo aquel que con intrepido pecho se oponia á la contraria fortuna, y á la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaba. Quince dias esperó el Duque de Nemurs á ver si Auristela mejoraba, y en todos ellos no huvo ninguno, que á los Medicos no consultasse de la salud de Auristela, y ninguno se la asseguró, porque no sabía la causa precisa de su dolencia. Viendo lo qual el Duque, y que las Damas Francesas no hacían de él caso alguno: viendo tambien, que el Angel de luz de Auristela, se avia buelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas, que si no del todo, en parte le disculpaban: un dia llegandose á Auristela en el lecho donde enferma estaba, delante de Periandro, lé dixo: Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dexado conseguir el deseo que tenia de recibirte por mi legitima esposa, antes que la desesperacion me trayga á terminos de perder el alma, como me ha trahido en los de perder la vida: quiero por otro camino provar mi ventura, porque sé cierto que no tengo de tener ninguna buena, aunque la procure: y assi sucediendome el mal que no procuro, vendré á perderme, y á morir desdichado, y no desesperado. Mí Madre me llama, tieneme prevenida esposa, obedecerle quiero, y entretener el tiempo del camino, tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura, y de tu enfermedad: y quiera Dios que no diga las de tu muerte: dieron sus ojos muestras de algunas lagrimas. No pudo responderle Auristela, ó no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro: lo mas que hizo fue, poner la mano debaxo de su almohada, y sacar su retrato, y bolverse al Duque, el qual le besó las manos por tan gran merced; pero alargando la suya Periandro, se la tomó, y le dixo: Si de ello no disgustas, ó gran señor, por lo que bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir una palabra que tengo dada, que sin

ser en perjuício tuyo, será grandemente en el mio, si no lo cumplo. Bolviòsele el Duque con grandes ofrecimientos de poner por él la hacienda, la vida, y la honra, y mas, si mas pudiesse: y desde allí se dividió de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos mas en Roma: discreto amante, y el primero quizá que haya sabido aprovecharse de las guedejas, que la ocasion le ofrecia! Todas estas cosas pudieran despertar á Arnaldo, para que considerára quan menoscabadas estaban sus esperanzas, y quan á pique de acabar con toda la maquina de sus peregrinaciones: pues como se ha dicho, la muerte casi avia pisado las ropas á Auristela: y estuvo muy determinado de acompañar al Duque, si no en su camino, á lo menos en su proposito, bolviendose á Dinamarca; mas el amor, y su generoso pecho, no dieron lugar à que dexasse á Periandro sin consuelo, y à su hermana Auristela en los postreros limites de la vida, á quien visitó, y de nuevo hizo ofrecimientos, con determinacion de aguardar que el tiempo mejorase los sucesos, á pesar de todas las sospechas que le sobrevenian.

CAPITULO X.

Cobra Auristela la salud, por haver Julia deshecho los hechizos: y propone á Periandro el intento de no casarse.

CONTENTISIMA estaba Hipolita de ver que las artes de la cruel Julia, tan en daño de la salud de Auristela se mostraban, porque en ocho dias la pusieron tan otra de lo que ser solia, que ya no la conocian sino por el organo de la voz: cosa que tenia suspensos á los Medicos, y admirados á quantos la conocian. Las señoras Francesas atendian á su salud con tanto cuydado como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular aficion la queria. Llegó á tanto el mal de Auristela, que no conteniendose en los terminos de su jurisdiccion, pasó á la de sus vecinos: y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontró fue con él; no porque el veneno, y maleficios de la perversa Judía obrassen en él derechamente, y con particular asistencia, como en Auristela, para quien estaban hechos, sino porque la pena que él sentia de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaba en él el mismo efecto que en Auristela: y assi se iba enflaqueciendo, que comenzaron todos á dudar de la vida suya, como de la de Auristela: viendo lo qual Hipolita,

ta, y que ella misma se mataba con los filos de su espada, adivinando con el dedo de donde procedia el mal de Periandro, procuró darle remedio, dandosele á Auristela: la qual ya flaca, ya descolorida: parecia que estaba llamando su vida á las aldabas de las puertas de la muerte: y creyendo sin duda, que por momentos le abrian, quiso abrir, y preparar la salida á su alma, por la carrera de los Sacramentos, bien como ya instruída en la verdad Chatolica: y assi haciendo las diligencias necessarias, con la mayor devocion que pudo, dió muestras de sus buenos pensamientos, acreditó la integridad de sus costumbres, diò señales de aver aprendido bien lo que en Roma la avian enseñado, y resignandose en las manos de Dios, sossegó su espiritu; y puso en olvido Reynos, regalos, y grandezas. Hipolita, pues, aviendo visto, como está dicho, que muriendose Auristela, moria tambien Periandro: acudió á la Judia á pedirle que templasse el rigor de los hechizos que consumian à Auristela, ó los quitasse del todo, que no queria ella ser inventora de quitar con un golpe solo tres vidas, pues muriendo Auristela, moria Periandro, y muriendo Periandro, ella tambien quedaria sin vida. Hizolo assi la Judia, como si estuviera en su mano la salud, ò la enfermedad agena, ò como si no dependieran todos los males que llaman de pena, de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa; pero Dios obligandole, si assi se puede decir, por nuestros mismos pecados, para castigo de ellos permite que pueda quitar la salud agena, esta que llaman hechicería con que lo hacen las hechiceras, sin duda ha él permitido, usando mezclas, y venenos, que con tiempo limitado quitan la vida á la persona que quieren, sin que tenga remedio de excusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de donde procede la causa de tan mortal efecto: assi, que para guarecer de estos males, la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina. Comenzó, pues, Auristela á dexar de empeorar, que fue señal de su mejoría, comenzó el sol de su belleza á dar señales, y vislumbres de que bolvia á amanecer en el Cielo de su rostro: bolvieron á despuntar las rosas en sus mexillas, y la alegria en sus ojos: ahuyentaronse las sombras de su melancolía: bolvió à enterarse el organo suave de su voz; afinóse el carmin de sus labios; compitió con el marfil la blancura de sus dientes, que bolvieron á ser perlas, como antes lo eran. En fin, en poco espacio de tiempo bolvió á ser toda her-

mosa, toda bellisima, toda agradable, y toda contenta: y estos mismos efectos redundaron en Periandro, y en las Damas Francesas, y en los demás, Croriano, y Ruperta, Antonio, y su hermana Constanza: cuya alegria, ò tristeza caminaba al passo de la de Auristela: la qual dando gracias al Cielo por la merced, y regalos que le iba haciendo, assi en la enfermedad, como en la salud: un dia llamó á Periandro, y estando solos, por cuydado, y de industria, de esta manera le dixo: Hermano mio, pues ha querido el Cielo que con este nombre tan dulce, y tan honesto ha dos años que te he nombrado, sin dar licencia al gusto, ò al descuydo, para que de otra suerte te llamasse, que tan honesta, y tan agradable no fuesse: querria que esta felicidad passasse adelante, y que solo los terminos de la vida la pusiessen termino: que tanto es una ventura buena, quanta es duradera; y tanto es duradera, quanto es honesta. Nuestras álmas, como tu bien sabes, y como aqui me han enseñado, siempre están en continuo movimiento, y no pueden parar sino en Dios, como en su centro: en esta vida los deseos son infinitos, y unos se encadenan de otros, y se eslabonan, y ván formando una cadena, que tal vez llega al Cielo, y tal se sume en el Infierno. Si te pareciere, hermano, que este lenguage no es mio, y que vá fuera de la enseñanza que me han podido enseñar mís pocos años, y mi remota crianza: advierte, que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la experiencia, y escrito mayores cosas: principalmente ha puesto, que en solo conocer, y ver á Dios está la suma gloria, y todos los medios que para este fin se encaminan son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestídad, y el de la virginidad. Yo á lo menos assi lo entiendo: y juntamente con entenderlo assi, entiendo que el amor que tienes es tan grande, que querrás lo que yo quisiere. Heredera soy de un Reyno, y ya tu sabes la causa porque mi querida Madre me enviò en casa de los Reyes tus Padres, por assegurarme de la grande guerra de que se temia. De esta venida, se causò el de venirme yo contigo, tan sujeta à tu voluntad, que no he salido de ella un punto, tu has sido mi Padre, tu mi hermano, tu mi sombra, tu mi amparo: y finalmente tu mi Angel de guarda, y tu mi enseñador, y mi maestro, pues me has trahido á esta Ciudad, donde he llegado á ser Christiana como debo. Querria ahora, si fuesse possible, irme al Cielo sin rodéos, sin sobresaltos, y sin

sin cuydados; y esto no podrá ser si tu no me dexas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra, y la voluntad de ser tu esposa. Dexame, señor, la palabra, que yo procuraré dexar la voluntad, aunque sea por fuerza: que para alcanzar tan gran bien, como es el Cielo, todo quanto hay en la tierra se ha de dexar, hasta los Padres, y los esposos, yo no te quiero dexar por otro; por quien te dexo, es por Dios, que te dará á sí mismo: cuya recompensa infinitamente excede á que me dexe por él. Una hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza: con ella te podrás casar, y alcanzar el Reyno que á mi me toca: y con esto haciendo felices mis deseos, no quedarán defraudados del todo los tuyos. Qué inclinas la cabeza, hermano, à que pones los ojos en el suelo, desagradante estas razones, parecente descaminados mis deseos? dímelo, respondeme, por lo menos sepa yo tu voluntad; quizá templaré la mia, y buscaré alguna salida à tu gusto; que en algo con el mio se conforme? Con grandissimo silencio estuvo escuchando Periandro á Auristela, y en un breve instante formó en su imaginacion millares de discursos, que todos vinieron à parar en el peor, que para el pudiera ser, porque imaginó, que Auristela le aborrecia: porque aquel mudar de vida, no era sino porque à él se le acabara la suya; pues bien debia saber, que en dexando ella de ser su esposa, él no tenia para que vivir en el mundo: y fue, y vino con esta imaginacion con tanto ahinco, que sin responder palabra à Auristela, se levantó de donde estaba sentado, y con ocasion de salir á recibir á Feliz Flora, y á la señora Constanza, que entraban en el aposento, se salió de él, y dexó à Auristela, no se si diga arrepentida; pero sé que quedó pensativa, y confusa.

CAPITULO XI.

Sale Periandro de Roma despechado por la proposicion de Auristela.

LAS aguas en estrecho vaso encerradas, mientras mas priessa se dán à salir, mas déspacio se derraman: porque las primeras impelidas de las segundas, se detienen, y unas á otras se niegan el paso, hasta que hace camino la corriente, y se desagua. Lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de un lastimado amante: que acudiendo tal vez todas juntas á la lengua, las unas á las otras impiden, y no sabe

be el dircurso con quales se dé primero á entender su imaginacion: y asi muchas veces callando, dice mas de lo que querría. Mostróse esto en la poca cortesía que hizo Periandro á los que entraron á ver à Auristela: el qual lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado, y desengañado, se salió del aposento de Auristela, sin saber, ni querer, ni poder responder palabra alguna á las muchas que ella le avia dicho. Llegaron á ella Antonio, y su hermana, y hallaronla como persona que acababa de despertar de un pesado sueño, y que entre sí estaba diciendo con palabras distintas, y claras: Mal he hecho; pero qué importa? No es mejor que mi hermano sepa mi intencion? No es mejor que yo dexe con tiempo los caminos torcidos, y las dudosas sendas, y tienda el paso por los atajos llanos, que con distincion clara nos estàn mostrando el felice paradero de nuestra jornada? Yo confieso, que la compañia de Periandro no me ha de estorbar de ir al Cielo; pero tambien siento, que iré mas presto sin ella; si, que mas debo yo à mi, que no à otro, y al interese del Cielo, y de la gloria se han de posponer los del parentesco, quanto mas, que yo no tengo ninguno con Periandro. Advierte, dixo á esta sazon Constanza, hermana Auristela, que vás descubriendo cosas que podrían ser parte, que desterrando nuestras sospechas, á ti te dexasen confusa. Si no es tu hermano Periandro, mucha es la conversacion que con él tienes, y si lo es, no hay para que te escandalíces de su compañia. Acabó á esta sazon de bolver en sí Auristela, y oyendo lo que Constanza le decia, quiso enmendar su descuydo; pero no acertó, pues para soldar una mentira, por muchas se atropellan, y siempre queda la verdad en duda, aunque mas viva la sospecha. No sé, hermana, dixo Auristela lo que me he dicho, ni sé si Periandro es mi hermano, ó si no lo se; lo que te sabré decir, es, que es mi alma por lo menos, por él vivo, por él respiro, por él me muevo, y por él me sustento; conteniendome con todo esto en los terminos de la razon, sin dar ningun lugar á ningun vario pensamiento, ni à no guardar todo honesto decoro: bien asi como le debe guardar una muger principal à un tan principal hermano. No te entiendo, señora Auristela, la dixo à esta sazon Antonio, pues de tus razones tanto alcanzo ser tu hermano Periandro como si no lo fuese: dínos ya quien es, y quien eres, sí es que puedes decirlo; que ahora sea tu hermano, ó no lo sea, por lo menos no podeis negar ser principales:

y en nosotros (digo en mi, y en mi hermana Constanza) no está tan en niñez la experiencia, que nos admire ningun caso que nos contáres; que puesto que ayer salímos de la Isla Barbara, los trabajos que has visto que hemos pasado, han sido nuestros maestros en muchas cosas, y por pequeña muestra que se nos dé sacamos el hilo de los mas arduos negocios: especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo trahen la declaracion. Qué mucho que Periandro no sea tu hermano, y qué mucho que tu seas su legitima esposa; y qué mucho otra vez, que con honesto, y casto decoro os ayais mostrado hasta aqui limpisimos al Cielo, y honestisimos à los ojos de los que os han visto? No todos los amores son precipitados, ni atrevidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar á sus amadas, sino con las potencias de su alma: y siendo esto asi, señora mia, otra vez te suplico, nos digas quien eres, y que es Periandro, el qual segun le ví salir de aqui, él lleva un bolcán en los ojos, y una mordaza en la lengua. Ay desdichada! replicó Auristela, y quan mejor me huviera sido, que me huviera entregado al silencio eterno, pues callando escusàra la mordaza que dices que lleva en su lengua. Indiscretas somos las mugeres mal sufridas, y peor calladas: mientras callé, en sosiego estuvo mi alma, hablé, y perdíle, y para acabarle de perder, y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepais vosotros, pues el Cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro, ni menos es mi esposo, ni mi amante: á lo menos de aquellos que corriendo por la carrera de su gusto, procuran para sobre la honra de sus amadas. Hijo de Rey es, hija, y heredera de un Reyno soy: por la sangre somos iguales, por el Estado alguna ventaja le hago, por la voluntad ninguna; y con todo esto nuestras intenciones se responden, y nuestros deseos con honestisimo efecto se estàn mirando: sola la ventura es la que turba, y confunde nuestras intenciones, y la que por fuerza hace que esperemos en ella. Y porque el nudo que lleva á la garganta Periandro, me aprieta la mia, no os quiero decir mas por ahora, señores, sino suplicaros me ayudeis á buscarle: que pues él tuvo licencia para irse sin la mia, no querrá bolver sin ser buscado. Levanta, pues, dixo Constanza, y vamos à buscarle: que los lazos con que amor liga à los amantes, no los dexan alexar de lo que bien quieren: vén, que presto le hallarémos, presto le veràs, y mas presto lle-

llegaràs à tu contento. Si quieres tener un poco los escrupulos que te rodéan, dales de mano, y dà la de esposa à Periandro, que igualandole contigo, pondràs silencio à qualquiera murmuracion. Levantóse Auristela, y en compañia de Feliz Flora, Constanza, y Antonio, salieron à buscar à Periandro: y como ya en la opinion de ellos era Reyna, con otros ojos la miraban, y con otro respecto la servian. Periandro, en tanto que era buscado, procuraba alexarse de quien le buscaba: salió de Roma á pié, y solo, si ya no se tiene por compañia la soledad amarga, los suspiros tristes, y los continuos sollozos: que estos, y las varias imaginaciones, no le dexaban un punto. Ay! iba diciendo entre sí, hermosisima Sigismunda, Reyna por naturaleza, bellisima por privilegio, y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo, y sobre manera agradable, y quan poco te costaba, ò señora, el tenerme por hermano: pues mis tratos, y pensamientos jamás desmintieran la verdad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera averiguar, aunque en sus trazas se desvelára. Si quieres que te lleven al Cielo sola, y señora, sin qúe tus acciones dependan de otro, que de Dios, y de ti misma, sea en buen hora; pero quisiera que advirtieras, que no sin escrupulo de pecado puedes ponerte en el camino que deseas; sin ser mi homicida, dexáras, ó señora, á cargo del silencio, y del engaño tus pensamientos, y no me los declaráras à tiempo, que avias de arrancar con las raízes de mi amor mi alma: la qual por ser tan tuya, te dexo á toda tu voluntad, y de la mia me destierro. Quedate en paz, bien mio, y conoce, que el mayor que te puedo hacer, es dexarte. Llegóse la noche en esto, y apartandose un poco del camino, que era el de Napoles, oyó el sonido de un arroyo, que por entre unos arboles corria: á la margen del qual, arrojandose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no diò treguas á sus suspiros.

CAPITULO XII.

Donde se dice quien eran Periandro, y Auristela.

PArece que el bien, y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos líneas concurrentes, que aunque parten de apartados, y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro en compañia del manso arroyuelo, y de la clara luz de la noche: hacianle los arboles compa-

ñia,

ñia, y un ayre blando, y fresco le enjugaba las lagrimas. Llevabale la imaginacion Auristela, y la esperanza de tener remedio de sus males en viento: quando llegò à sus oídos una voz estrangera, que escuchandola con atencion, vió, que en lenguage de su Patria, sin poder distinguir si murmuraba, ò si cantaba; y la curiosidad le llevó cerca, y quando lo estuvo, oyó que eran dos personas las que no cantaban, ni murmuraban, sino que en platica corriente estaban razonando; pero lo que mas le admiró, fue, que hablasen en lengua de Noruega, estando tan apartados de ella. Acomodóse detràs de un arbol de tal forma, que él, y el arbol hacian una misma sombra: recogió el aliento, y la primera razon que llegó á sus oídos, fue: No tienes, señor, para que persuadirme, de que en dos mitades se parte el dia entero de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiempo, donde me llevaron mis desgracias: y sè que la mitad del año se lleva la noche, y la otra mitad el dia: el que sea esto asì, yo lo sè, el porque sea asi, ignoro. A lo que respondió: Si llegamos á Roma, con una esfera te haré tocar con la mano la causa de este maravilloso efecto, tan natural en aquel clima, como lo es en este ser el dia, y la noche de veinte y quatro horas. Tambien te he dicho, como en la ultima parte de Noruega, casi debaxo de el Polo Arctico està la Isla, que se tiene por ultima en el mundo, á lo menos por aquella parte: cuyo nombre es Thyle, á quien Virgilio llamó Thule en aquellos versos que dicen en el libro 1. Georg.

ac tue notuæ
Numina sola colant: tibi serviat ultima Thule.

Que Thule en Griego, es lo mismo que Thyle en Latin. Esta Isla es tan grande, ó poco menos que Inglaterra, rica, y abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana. Mas adelante, debaxo del mismo Norte, como trescientas leguas de Thyle, está la Isla llamada Frislande, que avrà quatrocientos años que se descubrió á los ojos de las gentes: tan grande, que tiene nombre de Reyno, y no pequeño. De Thyle es Rey, y Señor Maximino, hijo de la Reyna Eustoquia, cuyo Padre no ha muchos meses que pasó de esta à mejor vida: el qual dexó dos hijos, que el uno es el Maximino, que te he dicho que es el heredero del Reyno; y el otro un generoso mozo, llamado Persiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre

bre todo extremo, y querido de su Madre sobre todo encarecimiento: y no sé yo con qual poderte encarecer las virtudes de este Persiles: y asi quedense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las menoscabe; que puesto que el amor que le tengo, por aver sido su ayo, y criadole desde niño, me pudiera llevar à decir mucho, todavia será mejor callar por no quedar corto. Esto escuchaba Periandro, y luegò cayó en la cuenta, que el que le alababa no podia ser otro que Serafido, un ayo suyo: y que asimismo el que le escuchaba era Rutilio, segun la voz, y las palabras, que de quando en quando respondia. Si se admiró, ó no, á la buena consideracion lo dexo, y mas quando Serafido, que era el mismo que avia imaginado Periandro, oyó que dixo: Eusebia Reyna de Frislanda, tenia dos hijas de extremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor llamabase Eusebia, como su Madre, donde la naturaleza cifró toda la hermosura que por todas las partes de la tierra tiene repartida: á la qual no sé yo con que designio, tomando ocasion de que la querian hacer guerra ciertos enemigos suyos, la embió á Thyle en poder de Eustoquia, para que seguramente, y sin los sobresaltos de la guerra, en su casa se criase; puesto que yo para mi tengo, que no fue esta la ocasion principal de embiarla, sino para que el Principe Maximino se enamorase de ella, y la recibiese por su esposa: que de las estremadas bellezas se puede esperar que buelvan en cera los corazones de marmol, y junten en uno los extremos que entre sí estàn mas apartados; à lo menos si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrá averiguar la experiencia, porque sé que el Principe Maximino muere por Sigismunda: la qual á la sazon que llegó á Thyle, no estaba en la Isla Maximino, à quien su Madre la Reyna embiò el retrato de la doncella, y la embaxada de su Madre: y él respondió, que la regalasen, y la guardasen para su esposa: respuesta que sirvió de flecha que atravesó las entrañas de mi hijo Persiles, que este nombre le adquirió la crianza que en él hice. Desde que la oyó no supo oír cosas de su gusto: perdió los brios de su juventud, y finalmente encerró en el honesto silencio todas las acciones que le hacian memorable, y bien querido de todos: y sobre todo vino á perder la salud, y à entregarse en los brazos de la desesperacion de ella. Visitaronle Medicos: y como no sabían la causa de su mal, no acertaban con su remedio, que como no

mues-

muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso, y casi imposible entender la enfermedad que en ellas asiste. La Madre viendo morir á su hijo, sin saber quien le mataba, una, y muchas veces le preguntó le descubriese su dolencia, pues no era posible, sino que él supiese la causa, pues sentía los efectos. Tanto pudieron estas persuaciones, tanto las solicitudes de la doliente Madre, que vencida la pertinacia, ó la firmeza de Persiles, le vino á decir, como él moría por Sigismunda, y que tenia determinado de dexarse morir, antes que ir contra el decoro que à su hermano se le debia: cuya declaracion resucitó en la Reyna su muerta alegria, dió esperanzas á Persiles de remediarle, si bien se atropellase el gusto de Maximino: pues por conservar la vida, mayores respectos se han de posponer, que el enojo de un hermano. Finalmente Eustoquia hablò á Sigismunda, encareciendole lo que se perdia en perder la vida Persiles: sugeto donde todas las gracias del mundo tenian su asiento, bien al revés del de Maximino, á quien la aspereza de sus costumbres en algun modo le hacian aborrecible. Levantóle en esto algo mas testimonios de los que debiera, y subió de punto con los hyperboles, que pudo las bondades de Persiles. Sigismunda muchacha, sola, y persuadida, lo que respondió, fue, que ella no tenia voluntadalguna, ni tenia otra consejera que la aconsejase, sino á su misma honestidad: que como ésta se guardasse, dispusiesen á su voluntad de ella. Abrazola la Reyna, contó su respuesta á Persiles, y entre los dos concertaron, que se ausentasen de la Isla antes que su hermano viniese: á quien darian por disculpa, quando no la hallase, que avia hecho voto de ir á Roma, á enterarse en ella de la Fé Catholica, que en aquellas partes Septentrionales andaba algo de quiebra: jurandole primero de Persiles, que en ninguna manera iria en dicho, ni en hecho contra su honestidad, y asi colmandoles de joyas, y de consejos, los despidió la Reyna: la qual despues me contó todo lo que hasta aqui te he contado. Dos años, poco mas, tardó en venir el Principe Maximino á su Reyno, que anduvo ocupado en la guerra que siempre tenia con sus enemigos. Preguntó por Sigismunda, y el no hallarla, fue hallar su desasosiego. Supo su viage, y al momento se partió en su busca; si bien confiado de la bondad de su hermano, temeroso pero, de los recelos, que por maravilla se apartan de los amantes. Como su Madre supo su determinacion,

nacion, me llamò aparte, y me encargò la salud, la vida, y la honra de su hijo: y me mandò, me adelantase á buscarle, y á darle noticia de que su hermano le buscaba. Partióse el Principe Maximino en dos gruesisimas naves, y entrando por el estrecho Herculeo, con diferentes tiempos, y diversas borrascas, llegó á la Isla de Trinacria, desde allí á la gran Ciudad de Partenope, y ahora queda no lexos de aqui, en un Lugar llamado Terrachina, ultimo de los del Reyno de Napoles, y primero de los de Roma. Queda enfermo: porque le ha cogido esto que llaman mutacion, que le tiene á punto de muerte. Yo desde la Ciudad de Lisboa, donde me desembarqué, traygo noticia de Persiles, y Sigismunda: porque no pueden ser otros, una Peregrina, y un Peregrino, de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermosura, que si no son Persiles, y Sigismunda, deben de ser Angeles humanos. Si como los nombras, respondió el que escuchaba à Serafido, Persiles, y Sigismunda, los nombràras Periandro, y Auristela, pudiera darte nueva certisima de ellos, porque ha muchos dias que los conozco; en cuya compañia he pasado muchos trabajos: y luego le comenzó à contar los de la Isla Barbara con otros algunos. En tanto que se venia el dia, y en tanto que Períandro (porque allí no le hallasen) los dexó solos, y bolvió à buscar á Auristela, para contar la venida de su hermano, y tomar consejo de lo que debian de hacer para huir de su indignacion, teniendo à milagro aver sido informado en tan remoto lugar de aquel caso: y asi lleno de nuevos pensamientos bolvió á los ojos de su contrita Auristela, ya las esperanzas casi perdidas de alcanzar su deseo.

CAPITULO XIII.

Buelve Periandro ázia Roma con la noticia de venir su hermano Maximino: llega tambien Serafido su Ayo en compañia de Rutilio.

ENtretienense el dolor, y el sentimiento de las recien dadas heridas en la colera, y en la sangre caliente, que despues de fria fatiga de manera, que rinde la paciencia del que las sufre. Lo mismo acontece en las pasiones del alma: que en dando el tiempo lugar, y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida. Dixo su voluntad Auristela

á

á Periandro, cumplió con su deseo, y satisfecha de averle declarado, esperaba su cumplimiento, confiado en la rendida voluntad de Periandro: el qual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salió de Roma, y le sucedió lo que se ha contado. Conociò á Rutilio, el qual contó à su Ayo Serafido toda la historia de la Isla Barbara, con las sospechas que tenia, de que Auristela, y Periandro fuesen Sigismunda, y Persiles: dixole asimismo, que sin duda los hallarian en Roma, á quien desde que los conoció, venian encaminados, con la disimulacion, y cubierta de ser hermanos. Preguntó muchisimas veces á Serafido la condicion de las gentes de aquellas Islas remotas, de donde era Rey Maximino, y Reyna la sin par Auristela. Bolvióle a repetir Serafido, como la Isla de Thyle, ó Thule, que ahora vulgarmente se llama Islanda, era la ultima de aquellos mares Septentrionales; puésto que un poco mas adelante está otra Isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrió Nicolás Temo, Veneciano, el año de mil y trecientos y ochenta, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entonces de los Antiguos: de quien es Reyna Eusebia, Madre de Sigismunda, que yo busco. Hay otra Isla asimismo poderosa, y casi siempre llena de nieve, que se llama Groenlanda: á una punta de la qual está fundado un Monasterio debaxo del titulo de Santo Thomás, en el qual hay Religiosos de quatro Naciones, Españoles, Franceses, Toscanos, y Latinos: enseñan sus lenguas á la gente principal de la Isla, para que en saliendo de ella sean entendidos por donde quiera que fueren. Está, como he dicho, la Isla sepultada en nieve, y encima de una montañuela está una fuente, cosa maravillosa, y digna de que se sepa: la qual derrama, y vierte de sí tanta abundancia de agua, y tan caliente, que llega al mar, y por muy gran espacio dentro de él, no solamente le desnieva, pero le calienta de modo que se recogen en aquella parte increíble infinídad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el Monasterio, y toda la Isla, que de allí saca sus rentas, y provechos. Esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinosas, de las quales se hace un betún pegajoso, con el qual se fabrican las cosas, como si fuesen de duro marmol. Otras cosas te pudiera decir, dixo Serafido á Rutilio, de estas Islas, que ponen en duda su credito; pero en efecto son verdaderas. Todo esto que no oyó Periandro, lo contó despues Rutilio, que ayudado de la noti-

cia

cia que de ellas Periandro tenia, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecian. Llegó en esto el dia, y hallóse Periandro junto á la Iglesia, y Templo magnifico, y casi el mayor de la Europa, de San Pablo: y vió venir àcia sí alguna gente en monton á cavallo, y á pié: llegando cerca conoció que los que venian eran Auristela, Feliz Flora, Constanza, y Antonio su hermano: y asimismo Hipolita, que aviendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dexar á que otra llevase las albricias de su hallazgo: y asi siguió los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que de ellos dió la muger de Zabulón el Judío, bien como aquella que tenia amistad con quien no la tiene con nadie. Llegó en fin Periandro al hermoso esquadron: saludó á Auristela, notóle el semblante del rostro, y halló mas mansa su riguridad, y mas blandos sus ojos. Contó luego publicamente lo que aquella noche le avia pasado con Serafido su Ayo, y con Rutilio: dixo como su hermano el Principe Maximino, quedaba en Terrachina enfermo de la mutacion, y con proposito de venirse á curar á Roma, y con autoridad disfrazada, y nombre trocado á buscarlos. Pidió consejo à Auristela, y à los demás de lo que haría: porque de la condicion de su hermano el Principe no podia esperar ningun blando acogimiento. Pasmóse Auristela con las no esperadas nuevas: desaparecieronse en un punto, asi las esperanzas de guardar su integridad, y buen proposito, como de alcanzar por mas llano camino la compañia de su querido Periandro. Todos los demàs circunstantes discurrieron en su imaginacion, que consejo darian á Periandro; y la primera que saliò con el suyo, aunque no se le pidieron, fue la rica, y enamorada Hipolita, que le ofreció de llevarle á Napoles con su hermana Auristela, y gastar con ellos cien mil, y mas ducados, que su hacienda valia. Oyó este ofrecimiento Pirro el Calabrés, que allí estaba, que fue lo mismo que oír la sentencia irremissible de su muerte; que en los rufianes no engendra zelos el desdén, sino el interés: y como este se perdía con los cuydados de Hipolita, por momento iba tomando la desesperacion posesion de su alma: en la qual iba athesorando odio mortal contra Periandro: cuya gentileza, y gallardía, aunque era tan grande, como se ha dicho, à él le parecia mucho mayor: porque es propria condicion del zeloso parecerle magnificas, y grandes las acciones de sus ribales. Agradeció Periandro á Hipolita; pero no admitió su

ene-

generoso ofrecimiento: los demás no tuvieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio, y Serafido: y entrambos á dos apenas huvieron visto á Periandro, quando corrieron á echarse á sus pies: porque la mudanza del habito no le pudo mudar la de su gentileza. Teniale abrazado Rutilio por la cintura, y Serafido por el cuello: lloraba Rutilio de placer, y Serafido de alegria. Todos los circunstantes estaban atentos, mirando el estraño, y gozoso recibimiento; solo en el corazon de Pirro andaba la melancolía, atenazandole con tenazas, mas ardiendo que si fueran de fuego: y llegó á tanto extremo el dolor que sintió de ver engrandecido, y honrado á Periandro, que sin mirar lo que hacia, ó quizá mirandolo muy bien, metió mano á su espada, y por entre los brazos de Serafido se la metió á Periandro por el ombro derecho, con tal furia, y fuerza, que le salió la punta por el izquierdo, atravessandole, poco menos que al soslayo, de parte á parte. La primera que vió el golpe, fue Hipolita, y la primera que gritó, fue su voz, diciendo: Ay traydor, enemigo mortal mio, y como has quitado la vida á quien no merecia perderla para siempre! Abrió los brazos Serafido, soltòle Rutilio, calientes ya en su derramada sangre, y cayó Periandro en los de Auristela: la qual faltandole la voz à la garganta, el aliento á los suspiros, y las lagrimas á los ojos, se le cayó la cabeza sobre el pecho, y los brazos á una, y otra parte. Este golpe, mas mortal en la apariencia, que en el efecto, suspendió los animos de los circunstantes, y les robò la color de los rostros, dibuxandoles la muerte en ellos, que ya por la falta de la sangre à mas andar se entraba por la via de Periandro: cuya falta amenazaba á todos el ultimo fin de sus dias; á lo menos Auristela la tenia entre los dientes, y la queria escupir de los labios. Serafido, y Antonio arremetieron á Pirro, y á despecho de su fiereza, y fuerzas le asieron: y con gente que se llegò, le embiaron á la prision, y el Gobernador de alli á quatro dias le mandó llevar á la horca, por incorregible, y assessino: cuya muerte diò la vida á Hipolita que vivió desde allí adelante.

***

CAPITULO XIV.

Llega Maximino enfermo de la mutacion: muere dexando casados á Periandro, y Auristela, conocidos ya ser Persiles, y Sigismunda.

ES tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos un minimo punto de firmeza. Auristela arrepentida de aver declarado su pensamiento á Periandro, bolviò á buscarle alegre, por pensar que en su mano, y su arrepentimiento estaba el bolver á la parte que quisiesse la voluntad de Periandro: porque se imaginaba ser ella el clavo de la rueda de su fortuna, y la esphera del movimiénto de sus deseos: y no estaba engañada, pues ya los trahia Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela; pero mirad los engaños de la variable fortuna, Auristela en tan pequeño instante, como se ha visto, se ve otra de lo que antes era: pensaba reír, y está llorando: pensaba vivir, y ya se muere: creía gozar de la vista de Periandro, y ofrecesele á los ojos la del Principe Maximino su hermano, que con muchos coches, y grande acompañamiento entraba en Roma por aquel camino de Terrachina: y llevandole la vista el esquadron de gente, que rodeaba al herido Periandro, llegó sin coche á verlo, y saliò á recibirle Serafido, diciendole: O Principe Maximino, y que malas albricias espero de las nuevas que pienso darte: este herido que vés en los brazos de esta hermosa doncella, es tu hermano Persiles, y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia á tiempo tan aspero, y en sazon tan rigurosa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te han puesto en la de llevarlos á la sepultura. No irán solos, respondiò Maximino, que yo les haré compañia, segun vengo: y sacando la cabeza fuera del coche, conoció á su hermano, aunque tinto, y lleno de la sangre de la herida. Conociò assimismo á Sigismunda por entre la perdída color de su rostro: porque el sobresalto que le turbò sus colores, no le afeò sus facciones. Hermosa era Sigismunda antes de su desgracia; pero hermosissima estaba despues de aver caído en ella: que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza. Dexòse caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela, sino la Reyna

de

de Frislanda, y en su imaginacion tambien Reyna de Thyle; que estas mudanzas tan estrañas, caen debaxo del poder de aquella que cumunmente es llamada Fortuna, que no es otra cosa, sino un firme disponer del Cielo. Aviase partido Maximino con intencion de llegar á Roma á curarse con mejores Medicos que los de Terrachina: los quales le pronosticaron, que antes que en Roma entrasse, le avia de saltear la muerte, en esto mas verdaderos, y experimentados, que en saber curarle: verdad es, que el mal que causa la mutacion, pocos le saben curar. En efecto, frontero del Templo de San Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea muerte salió al encuentro al gallardo Persiles, y le derribò en tierra, y enterró á Maximino: el qual viendose á punto de muerte, con la mano derecha asiò la izquierda de su hermano, y se la llegò á los ojos, y con su izquierda le asió de la derecha, y se la juntó con la de Sigismunda, y con voz turbada, y aliento mortal, y cansado dixo: De vuestra honestidad, verdaderos hijos, y hermanos mios, creo que entre vosotros está por saber esto. Aprieta (ó hermano!) estos parpados, y cierrame estos ojos en perpetuo sueño, y con essa otra mano aprieta la de Sigismunda, y sellala con el sí, que quiero que le dés de esposo, y sean testigos de este casamiento la sangre que estás derramando, y los amigos que te rodéan. El Reyno de tus Padres te queda, el de Sigismunda heredas, procura tener salud, y gozaos años infinitos. Estas palabras tan tiernas, tan alegres, y tan tristes, avivaron los espiritus de Persiles, y obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretandole la muerte la mano, le cerrò los ojos, y con la lengua, entre triste, y alegre pronunciò el sí, y le diò, de ser su esposo á Sigismunda. Hizo el sentimiento de la improvisa, y dolorosa muerte en los presentes, y comenzaron á ocupar los suspiros el ayre, y á regar las lagrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Maximino, y llevaronle á San Pablo, y el medio vivo de Persiles, en el coche del muerto, le bolvieron á curar á Roma; donde no hallaron á Belarminia, ni á Deleasir, que se avian ya ido á Francia con el Duque. Mucho sintiò Arnaldo el nuevo, y estraño casamiento de Sigismunda: muchissimo le pesò de que se huviessen malogrado tantos años de servicio, de buenas obras hechas, en orden á gozar pacifico de su sin igual belleza: y lo que mas le tarazaba el alma, eran las no crecidas razones del

 maldi-

maldiciente Clodio, de quien él á su despecho hacia tan manifiesta prueva. Confuso, atonito, y espantado estuvo por irse, sin hablar palabra á Persiles, y Sigismunda; mas considerando ser Reyes, y la disculpa que tenian, y que sola esta ventura estaba guardada para él, determinò ir á verles, y assi lo hizo. Fue muy bien recibido, y para que del todo no pudiesse estar quexoso, le ofrecieron á la Infanta Eusebia para su esposa, hermana de Sigismunda, á quien él acetò de buena gana, y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia á su Padre; que en los casamientos graves, y en todos, es justo se ajuste la voluntad de los hijos con las de los Padres. Assistiò á la cura de la herida de su cuñado en esperanza, y dexandole sano, se fue á ver á su Padre, y prevenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinò de casarse con Antonio el Barbaro, por no atreverse á vivir entre los parientes del que avia muerto Antonio. Croriano, y Ruperta, acabada su romería, se volvieron á Francia, llevando bien que contar del sucesso de la fingida Auristela. Bartholomé el Manchego, y la Castellana Luísa se fueron á Napoles, donde se dice, que acabaron mal, porque no vivieron bien. Persiles depositò á su hermano en San Pablo: recogió á todos sus criados, bolviò á visitar los Templos de Roma, acariciò á Constanza, á quien Sigismunda diò la Cruz de diamantes, y la acompañó, hasta dexarla casada con el Conde su Cuñado: y aviendo besado los pies al Pontifice, sossegó su espiritu, y cumpliò su voto, y viviò en compañia de su esposo Persiles, hasta que biznietos le alargaron los dias, pues los viò en su larga, y felice posteridad.

F I N.

TABLA

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN LA Historia de los Trabajos de Persiles, y Sigismunda.

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO.

LI-

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

LI-

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO.

LL

LIBRO QUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

F I N.